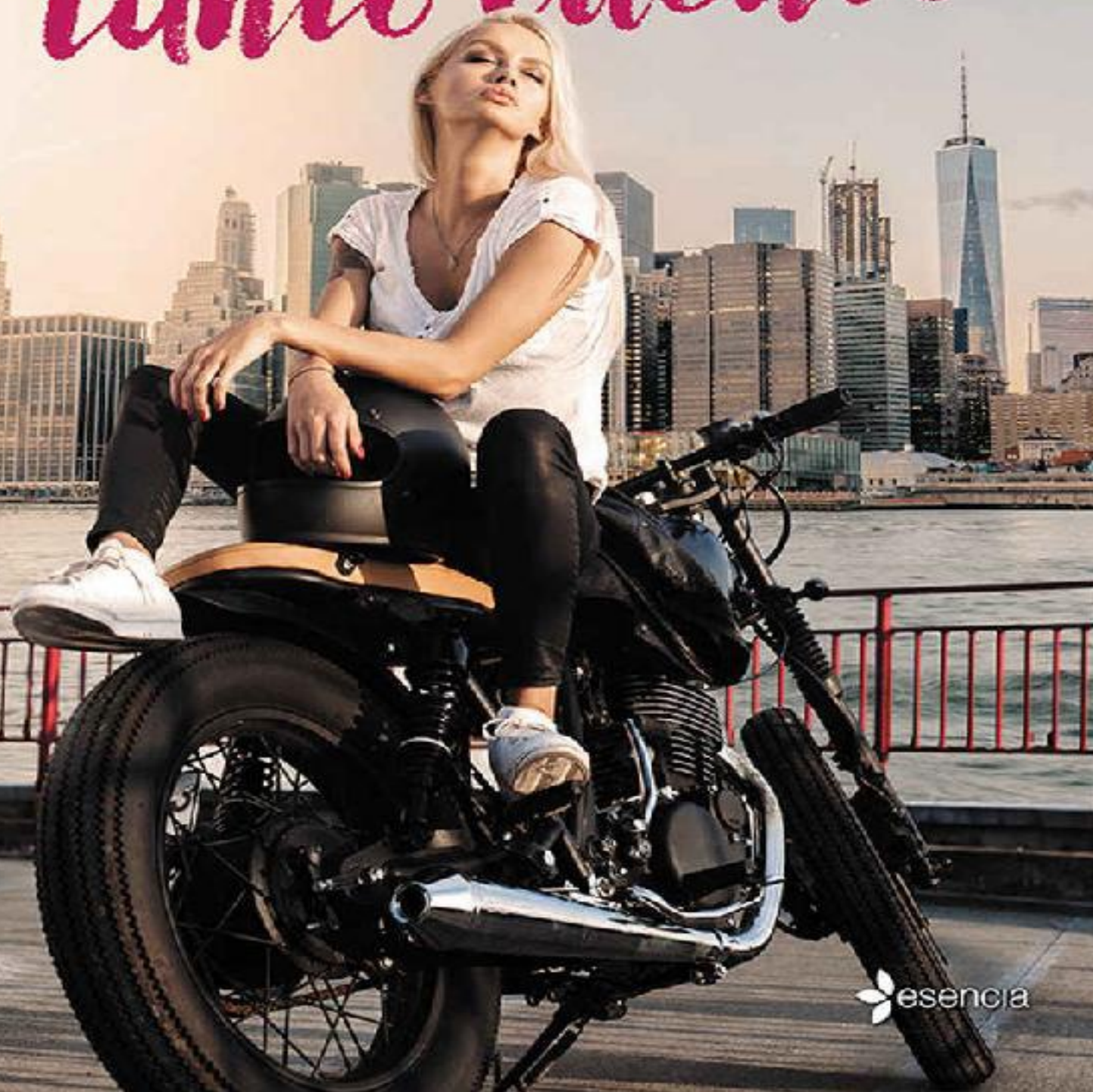


ANABEL GARCÍA

*Esta princesa
ya no quiere
tanto cuento*



Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Prólogo
Cita
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Epílogo
Referencias a las canciones
Cita de la autora
Agradecimientos
Biografía
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

La vida parece divertirse poniéndome en situaciones límite de las que no sé cómo salir. Pero esta vez se trata de un gran dilema, pues mi camino se ha bifurcado de repente y me lo juego todo a cara o cruz.

La cara supondría apostar por mi profesión, que tantos años de esfuerzo me ha costado lograr. Y la cruz sería escoger ese amor que nunca he conocido, el que me tiene suspirando a todas horas del día y de la noche... Él es pura pasión, en todos los sentidos... El problema es que se trata de mi paciente, por lo que la única relación que puedo mantener con él es la estrictamente profesional.

Al margen de lo que elija, estoy convencida de que algo saldrá mal, y mucho me temo que si tomo la decisión equivocada, será mi perdición.

Tu vocación o el amor... ¿Qué camino escogerías?

*Esta princesa ya no
quiere tanto cuento*

Anabel García

Esencia/Planeta

Prólogo

Todos poseemos en lo más profundo de nuestro ser dos personalidades completamente opuestas: una es la *positiva*; la otra es un poco menos indulgente y generalmente es conocida como la *negativa*, o la *mala*. Estas identidades reciben distintos nombres dependiendo de la cultura en la que vivamos. Algunos de los paradigmas más famosos que podemos encontrar son el *yin* y el *yang*, el *blanco* y el *negro*, el *ángel* y el *demonio*, la *cara* y la *cruz*, la *luz* y la *oscuridad*..., aunque no resultaría difícil enumerar un sinnúmero de ejemplos más.

Todo esto demuestra que el ser humano se disocia por naturaleza, y que las mujeres lo hacemos aún más. Es decir, que según la situación en la que estemos, con quién nos encontremos y cuál sea nuestro estado de ánimo, predominará una identidad sobre la otra, aunque siempre tenderemos a dejarnos guiar por la original.

Dicha identidad primaria es la que define nuestros rasgos, gustos, actitudes, preferencias... En definitiva, se podría afirmar que es la que más conoce la gente de nuestro entorno, o lo que comúnmente llamamos *personalidad*.

Teniendo todo esto en cuenta, me cuestiono varias cosas. ¿Qué sucedería si un buen día nuestras dos identidades más poderosas decidiesen librar una encarnizada batalla en nuestro interior por prevalecer sobre la otra? ¿Podríamos traicionarnos a nosotros mismos? ¿Permitiríamos que ese nuevo ser emergente nos gobernase? ¿Cambiaría entonces nuestra vida de forma drástica o, por el contrario, nadie lo percibiría?

Estas preguntas y otras muchas me las formulo a diario después de haber estado con él en la consulta. ¿Cómo debe de sentirse viviendo con esa continua lucha interna? ¿Podría amar a alguien, cuando ni siquiera se ama a sí mismo? ¿Sería capaz de autoinfligirse daño físico por el mero hecho de perjudicar a su otro yo? ¿Es posible odiarse de tal manera? ¿Hasta dónde sería capaz de llegar por cumplir su venganza?

Nunca antes me había encontrado con un caso así. No puedo negar que me aterra, pero a la vez me siento alentada continuamente por esa intensa mirada aguamarina, pues a través de ella trata de demostrarme que su iracundo corazón todavía alberga un ápice de esperanza. Y es justo esa latente súplica en sus ojos lo que me incita una vez tras otra a confiar en él.

He decidido arriesgarlo todo por salvar su alma, porque nadie ha apostado por él jamás y creo firmemente que todos merecemos la oportunidad de redimirnos.

Él es las dos caras de la misma moneda. La cara y la cruz. El odio y el amor. No tuvo culpa de lo ocurrido, tan solo cumplió con lo que le tenía deparado su destino, y nadie está a salvo de

dicha maldición.

Solo le queda la incierta esperanza de confiar y aguardar pacientemente, por si algún día alguien con el valor suficiente lo toma de la mano para guiarlo a través de sus propias tinieblas y logra al fin encontrar su luz.

¿Seré yo ese alguien?...

Recordaré aquel breve instante el resto de mi vida,
aquel insignificante vuelo de mariposa
a partir del cual, y sin ni siquiera yo saberlo,
cambiaría todo para siempre...

BEATRIZ SWANSON

Capítulo 1

Me asomo al borde de la acera con sumo cuidado para evitar que mis infinitos tacones rojos de aguja resbalen, debido a mi ya de sobra conocida falta de destreza —también llamada *torpeza innata*— y morir, así, atropellada por la incalculable masa de vehículos que circulan a esta hora de la mañana por la Quinta Avenida.

Comienzo a estar un tanto desesperada, puesto que no hay forma humana de que algún taxi se detenga frente a mí, y mira que levanto el brazo y lo agito con todas mis fuerzas, como si mi vida dependiese de ello, pero nada, resulta todo inútil. Incluso he llegado a pensar que no se detienen porque les parece que estoy saludando a mi novio, ese al que hace años que no veo y que está justo en la acera de enfrente, y que por eso levanto el brazo con tanto ímpetu... Aunque, por desgracia, no es el caso. La humillante realidad es que los taxistas pasan olímpicamente de mí.

Cuando, al cabo de media hora, mi mano está ya morada debido a que no le llega el riego sanguíneo, oigo un frenazo a mi lado y descubro que, por fin, un gentil taxista se ha apiadado de una servidora.

—Buenos días —saludo enojada con el gremio, mientras me monto a toda prisa en el asiento trasero.

—Buenos días. ¿Adónde la llevo, señorita? —me contesta con un claro acento extranjero, aunque no me atrevería a apostar por su procedencia exacta.

—Al Bloomingdale's de la calle Lexington, por favor —contesto con suma indiferencia, sacando el móvil del bolso para comprobar mi agenda.

Entonces el taxista deja de mirarme por el espejo retrovisor y se vuelve en su asiento para hacerlo directamente por encima de unas roñosas gafas de culo de botella, con unos ojos pequeños y oscuros, parecidos a los de una rata asustada.

—¿Le importaría indicarme la dirección exacta, señorita? —solicita, un tanto intimidado por mi claro estado de indignación ante su pregunta.

—¡¡¡¿Perdone?!!! —respondo con incredulidad.

—El número y la calle donde se encuentra ese *Blumin...*

No lo dejo ni terminar la frase, porque salto como un gazapo en apuros.

—¡¡¡¿¿Un taxista neoyorquino me está diciendo que no sabe dónde está Bloomingdale's..., o lo estoy soñando??!!!

En un arrebatado de irritación total, agarro la manija de la puerta para salir del coche

escopetada, pero automáticamente recapacito y sopeso si me compensa más estar otra hora abandonada en la calle, cual Estatua de la Libertad, hasta que otro vehículo quiera recogerme, o indicarle a este... pseudotaxista energúmeno la dirección a la que pretendo que me lleve.

—Lo siento, llevo poco tiempo en la profesión, señorita. —El maldito... *ser* se encoge de hombros a modo de excusa.

Respiro hondo mientras cierro los ojos evocando el vuelo de una paloma blanca de la paz y los vuelvo a abrir un poco más serena.

—Avenida Lexington, entre las calles Cincuenta y nueve y Sesenta —replico enfurruñada, escogiendo a regañadientes mi segunda opción.

Por si hay alguien en el universo, aparte de este *fmjfhjcjd*, que no lo sepa, Bloomingdale's es uno de los centros comerciales más grandes y lujosos de la ciudad, toda una institución en Nueva York. Ocupa una manzana completa, y quien no lo conozca simplemente es que no ha venido aquí para nada, ni siquiera de turismo... Es más, incluso me atrevería a afirmar que el que no haya oído hablar del maldito Bloomingdale's es porque ni siquiera sabe conectarse a internet... ¡Por Dios, si hasta se visita más que el MoMA!

Como mañana es el gran día, no quiero que nada altere mi estado de euforia y felicidad, y menos aún una cosa tan nimia como que un taxista extranjero no conozca un centro comercial, así es que decido acomodarme en el asiento y contemplar por la ventanilla los majestuosos edificios de la zona mientras trato de reconciliarme de nuevo con el universo.

Cuando ha pasado cerca de una hora, observo que los edificios hace rato que han dejado de ser majestuosos para pasar a ser bastante lúgubres. «Si no estamos en el Bronx, poco nos falta», pienso. Es entonces cuando decido tomar cartas en el asunto. Respiro hondo antes de dar por sentado que el individuo se ha perdido, conmigo en su coche.

—Disculpe —carraspeo exageradamente—, pero, si no le importa, ¿podría indicarme hacia dónde vamos? —Por un momento imagino que podría muy bien estar secuestrándome, y yo aquí sentada, tan feliz de la vida.

De repente, el taxista detiene el automóvil en seco en medio de la calle por la que circulamos. El frenazo provoca que me estampe contra el asiento delantero y que, además, todos los conductores de los vehículos que venían detrás de nosotros nos piten y nos increpen con violencia por las ventanillas mientras nos adelantan como pueden.

—Creo que nos hemos perdido —me confiesa al final el hombre entre dientes, sin ni siquiera mirarme, al tiempo que suspira agobiado.

No sé si respirar aliviada porque no se trate de un secuestro o pegarle de tortas... No obstante, solo soy capaz de parpadear con incredulidad.

—Y ¿cuándo se ha dado cuenta de eso exactamente? —mascullo.

—En cuanto se ha montado en el taxi.

Me cubro la cara con las manos. «Esto no puede estar pasándome a mí.» ¡Tengo millones de citas que no atenderé por culpa de este... imbécil!

«Inspira..., espira...», me repito a modo de mantra zen, mientras intento que unas orquídeas blancas flotantes emerjan en mi mente. No obstante, en cuanto aparecen las delicadas florecillas, acompañadas de una música celestial..., ¡las descuartizo todas en mil pedazos con cara de sádica!

Abro la puerta del coche, enajenada por la cólera que me invade y que ni siquiera me permite respirar. La ira me oprime el pecho, siento el rostro ardiendo, ahora mismo soy toda fuego, y no precisamente un fuego de pasión, sino de algo muy negativo... «Tita, pareces un Pokémon en efecto tornado»; las palabras de Cathy, mi sobrina postiza, vienen a mi mente.

Abro la puerta del conductor mientras me quito los zapatos y lo increpo con uno de ellos en la mano.

—¡Bájate ahora mismo de ahí, pedazo de inútil!

—¿Qué va a hacerme? —contesta el taxista aterrado, cubriéndose la cabeza con ambas manos mientras me obedece algo inseguro.

Ese gesto me hace sentir como una *destroyer* total, porque ganas de clavarle el tacón en el ojo no me faltan. La escena me resulta hasta cómica, ya que él es mucho más alto y corpulento que yo, y justo por eso no creía posible que pudiera asustarlo de ninguna manera, pues es obvio que con un simple tortazo me tiraría al suelo, pero por lo visto lo tengo acojonadito.

—Por favor, no me robe el coche, lo he subarrendado algunos días, no soy el dueño... ¡Si éste se entera, me matará! —gimotea.

«¡Ajá! Se acaba de descubrir el pastel, cucaracha.»

Como obtener una licencia de taxi en la ciudad es tan sumamente caro, se dedican a compartir los coches entre varios para sacar un rendimiento las veinticuatro horas del día y así lo amortizan, consiguiendo con ello, por otra parte, que el sector sea cada vez menos profesional.

—¡Confórmate con que no te atraviere el ojo con un tacón! —escupo irritada.

Me acomodo tras el volante y coloco con sumo cuidado mis carísimos zapatos rojos de Jimmy Choo en el asiento del copiloto.

Arranco el motor.

Bajo la ventanilla y miro al despojo humano que me observa atemorizado junto al vehículo.

—¿Te vienes o te quedas? —le espeto.

Sin dudarle, sube corriendo a sentarse en el asiento trasero.

Acelero y me incorporo de nuevo al tráfico a todo gas.

En menos de media hora aparco derrapando frente a Bloomingdale's, cojo mis zapatos, me los pongo y salgo a la calle toda digna. Sin dirigirle ni una simple mirada, pego un portazo y rodeo el coche a toda prisa rumbo al centro comercial. ¡Llego tardísimo!

Entonces, una voz me detiene.

—¡Oiga! ¡Oiga! ¡Espere! ¡No me ha pagado! —me increpa el taxista.

Me vuelvo para echarle un mal de ojo con toda mi cólera concentrada en ello. Tengo que contenerme con todas mis fuerzas para no cometer un asesinato en medio de la calle y a plena luz del día.

—¡¿Cómo dices?! Creo que no te he oído bien... —exclamo un tanto alterada mientras señalo mi oreja haciendo un gesto exagerado con un dedo. Con un poco de suerte, se arrepentirá.

—Que no me ha pagado el trayecto.

Cierro los ojos. «No matar, no matar...», me repito.

Los abro de nuevo y, en mi evidente estado de apacible calma y serenidad, exclamo:

—¡¡¡Que te follen, maldita rata de cloaca!!!!

A continuación, me vuelvo de nuevo para continuar mi camino estoicamente hacia la puerta de entrada, toda estirada, pero esta vez mucho más relajada.

¿Por qué siempre me suceden este tipo de calamidades? Soy una especie de mujer gafe que atrae los problemas y, aun así, nunca suelo decir palabrotas (solo cuando estoy con Elizabeth, que me lo pega) y casi nunca me altero por nada. Soy muy templada, a veces incluso demasiado, pero hay situaciones, como ésta, que me superan y, aunque me cueste reconocerlo, todavía permanecen algunas reminiscencias Hudson en mí, bastantes para mi gusto, pero hemos pasado mucho tiempo juntas, es lógico.

* * *

Poco a poco, con las compras y los preparativos para mañana, me olvido de lo sucedido y mi estrés vuelve a su nivel habitual, es decir, cero. Y, así, paso el resto del día, contratando el catering, alquilando trajes y joyas, seleccionando camareros, supervisando los horarios de los vuelos de mis familiares...

La verdad es que resulta caótico preparar una inauguración, y mira que he hecho cosas estresantes a lo largo de mi vida, ¡sobre todo de mi vida laboral! Recuerdo que el simple hecho de mirar a mi jefa, mejor dicho, a mi exjefa, me estresaba de una forma descomunal... «¡Jesús, es increíble lo bien que me siento cada vez que pienso que jamás tendré que volver a obedecer las órdenes de esa bruja malvada!»

Capítulo 2

«Hoy es el gran día, hoy es el gran día...» Eso fue lo único que recuerdo haber soñado durante toda la noche.

Aquella mañana, como siempre, sonó mi horrendo despertador, uno que tenía desde hacía mil años y que reproducía, ni más ni menos, el maravilloso y extraordinario cacareo de una gallina... Sí, en efecto, alguien tuvo la brillante idea de fabricarlo...; sí, en efecto, alguien me lo regaló..., y, sí, en efecto, yo lo usaba desde entonces, no sé muy bien por qué. La conclusión de todo esto es que, cada amanecer, la primera imagen que pasaba por mi mente nada más abrir los ojos era la de una gallina cacareando a lo bestia.

Extraordinario, ¿verdad?

Me apresuré a apagarlo de un manotazo, medio dormida y esperando que, con un poco de suerte, en uno de aquellos golpes lograra romperlo definitivamente. Sin embargo, nunca se obraba el milagro. ¡Cómo lo odiaba! Era inexplicable, pero todavía seguía atesorando aquel viejo reloj. Ahora que me acuerdo, me lo regaló la tía Felisa a los diez años, por mi primera comunión, porque se mofaba de que el gallo que teníamos en casa de mis padres nunca cantaba. Todavía hoy no alcanzo a comprender cómo aquel aparato infernal seguía funcionando después de tantos años..., pues estoy segura de que, si hubiese sido un reloj de diseño exclusivo, de los *muy carísimos*, ya se habría estropeado hacía tiempo. Pero no había manera: por más cachiporrazos que le pegaba, al día siguiente, la condenada gallina volvía a cacarear.

Llevaba más de un mes preparándome para aquel día ¡y por fin había llegado!

Me quedé retozando en la cama durante unos instantes, como solía hacer siempre, desperezándome con tranquilidad, sin ser del todo consciente ni de en qué galaxia vivía... No obstante, en cuanto lo recordé, salí disparada como una bala hacia el ropero para vestirme de inmediato.

«¡No! ¡Espera! Antes de vestirme, ¡tienes que ducharte!», me recordé a mí misma. Entonces, al cambiar bruscamente de dirección, derrapé en medio del salón y estampé la frente contra una de las pocas esquinas que había en la casa.

¡Pedazo de golpe me pegué!

No tuve que ir muy lejos para llegar hasta el baño, apretándome la zona magullada con la mano y maldiciendo mi escasez o, más bien, mi completa falta de agilidad.

«Estupendo, Bea, ahora parecerás un cachorro de unicornio al que está a punto de brotarle el cuerno...» Me froté varias veces aquel bulto espantoso frente al espejo para comprobar

horrorizada que, lejos de desaparecer, se hacía cada vez más grande y cambiaba su moderado color bermellón por un escandaloso color púrpura...

«¡Venga, dúchate ya, *unicornia*, o llegarás tarde!», me reprendí al instante, asumiendo cabizbaja que toda mi vida estaría destinada a ser así, rematadamente desastrosa.

Vivía en un apartamento de escasos veinte metros cuadrados, donde la cama delimitaba el salón y la cocina. Lo único que estaba un poco más apartado era el baño, pero tampoco demasiado. Resumiendo, vivía en un zulo.

Había alquilado aquel estupendo, a la par que mugriento, apartamento porque era lo único a lo que podía aspirar con los ahorros de toda mi vida, y para terminar de rematar la faena, esto podría ser, a lo sumo, durante un par de meses, hasta que encontrase trabajo, si es que lo conseguía. De lo contrario, tendría que volver a mi pequeño pueblo, que se encontraba nada más y nada menos que en Extremadura, España.

¡Toda una fatalidad!

Desde que me había instalado aquí había trabajado en infinidad de cosas, aunque la mayoría habían sido tan solo ocupaciones de un día, como, por ejemplo, repartiendo todo tipo de objetos, reponiendo en supermercados, ¡y hasta limpiando botas! De ahí procedían mis pocos ahorros. Mis padres no eran precisamente ricos, más bien todo lo contrario y, desde el primer día que tuve conciencia, aprendí a buscarme la vida yo solita, porque era la pequeña de cinco hermanos, todos ellos varones, y en mi casa muchas veces no había ni para comer.

Toda mi familia sobrevivía gracias al miserable sueldo de mi padre, que trabajaba por temporadas, restaurando diversas obras de arte que le encargaban algunos museos de Madrid o Barcelona. Obviamente no le mandaban restaurar a Monet, por lo que en casa había meses duros y otros muy duros.

Mi padre era un inmigrante inglés que se enamoró de una mujer extremeña y que se asentó en un pueblo donde nunca encajó para formar una familia demasiado peculiar. De ahí provenían los apellidos y el bilingüismo mío y de mis hermanos. Él malvivió siempre trabajando en algo que en el pueblo era considerado de todo menos productivo y rentable, pero que para mi padre era su vida.

Mi madre, por su parte, intentaba limpiar en algunos sitios, pero disponía de muy pocas horas libres para hacerlo, ya que cinco hijos requerían de todo su tiempo, esfuerzo y dedicación...

La conclusión es que nunca nos sobró nada, ni siquiera calor en invierno. Pero, aun así, siempre estuvimos muy unidos y cualquiera de nosotros habría dado la vida por los demás sin dudar.

Lo peor de todo era que, desde que yo vivía en la Gran Manzana, no había conseguido ningún trabajo estable y empezaba a desesperarme. La cuenta atrás había comenzado, o, mejor dicho, la cuenta atrás que había comenzado era la del banco.

Los entrevistadores olían mi desesperación... Sí, estaba segura de que ése era el verdadero motivo por el que no me contrataban... Huelen el miedo y la necesidad, y a mí me sobran ambas cosas.

«Estaré ideal con semejante chichón», pensé al contemplar apesadumbrada esa bola morada que se izaba gloriosa en medio de mi frente. No obstante, enseguida recordé aquel proverbio

chino que reza algo así como: «Si un problema tiene solución, no hay que preocuparse, y si no la tiene, pues tampoco» ¡Qué listo fue aquel chino! Me apuesto el cuello a que fue el famosísimo Confucio. ¿Que no lo conocéis? Sí, hombre, ese que inventó la *confución*... Mi problema claramente pertenecía a los de la segunda categoría, así que me imaginé al chino haciéndome un corte de mangas, encogiéndose de hombros y canturreando: «¡Se fastidia, señolita!».

Un chorro de agua fría me sacó con brusquedad de mis cavilaciones. Al sentir cómo el líquido helado recorría mi piel pegué un grito que ni Tarzán en sus mejores tiempos y lancé el teléfono de ducha contra la pared. Sin embargo, debido a la presión, no tardó en salir volando por los aires de nuevo hacia mí, consiguiendo inundar todo el baño en cuestión de segundos.

«¡¿Otra vez se ha estropeado la caldera?!! Es la cuarta vez en dos días.» Me reprendí a mí misma por no haberme quejado antes, mientras me acordaba de la madre del casero y de toda su familia. A todo esto, me alejaba de la alcachofa de ducha todo lo posible, como si se tratase del mismísimo diablo, porque parecía que la manguera hubiese cobrado vida propia retorciéndose convulsivamente bajo mis pies; después se levantaba sobre mi cabeza con la furia de una cobra voladora, mientras yo intentaba esquivar las gélidas gotas mortales, que amenazaban con congelar mi alma... Toda esa rocambolesca escena duró unos cuantos años, o eso me pareció a mí, hasta que por fin conseguí, de una manera muy heroica, terminar con aquella debacle, es decir, que cerré el grifo.

«Respira, Betty, piensa en un campo de..., no sé..., ¿de amapolas?», me decía, dándome ánimos. Pero las amapolas se convertían en pirañas cuando recordaba que ¡no sabía reparar la dichosa caldera!

Me encontraba sola en casa, con el pelo lleno de una espuma que se metía cada vez más en mis ojos. Clavé la mirada en la alcachofa de la ducha con el ceño fruncido, sujetándolo de nuevo entre las manos. Primero, lo reté, pero terminé suplicándole para que milagrosamente escupiese agua caliente, o al menos templada... «Vale, con que esté tibia me conformaré. Por favor, por favor, por favor, grifito guapo...» Pero mis súplicas no dieron el resultado esperado, así es que seguí aclarándome la espuma como pude, porque el agua salía cada vez más gélida de aquella fuente del mal.

¿He comentado ya que estábamos en pleno invierno?

«Desde luego que, si por algún milagro todos los astros se alinean a mi favor para que me contraten, voy a empezar en el trabajo de la mejor manera: con un cuerno en la frente, el pelo pegajoso por culpa de la espuma y cogiendo la baja por pulmonía», pensaba mientras me envolvía desesperada con una vieja toalla, sin poder parar de tiritar.

Cuando pude recobrar la temperatura corporal de un ser humano en estado normal —o sea, la de cualquiera que no fuese Walt Disney—, salí disparada a lo que podríamos denominar mi *armario* para escoger mis mejores galas.

Uno de los innumerables requisitos que se solicitaban para asistir a la entrevista era acudir con indumentaria de color negro, blanco o gris. Al final me puse un pantalón gris de pinzas que tenía de hacía varios años, un jersey de cuello vuelto negro, sin tantas bolas como los demás (entre otras cosas porque le pasé la cuchilla de afeitar), y unas bailarinas blancas de charol que me había regalado mi abuela.

Me miré en el espejo muy orgullosa. ¿Parecía lo bastante seria? «Sí. Yo creo que voy muy bien, parezco una secretaria de verdad», me dije para animarme.

Recogí mi pelo liso, lacio y rubio en un moño, al más puro estilo señorita Rottermeier, para tener la cara despejada. Mi abuela constantemente me decía que mis ojos azules debían resaltar por encima de mis demás virtudes, y de todos es sabido que las abuelas siempre tienen razón.

A modo de colofón final, me planté unas gafas de pasta negras cuyos cristales no tenían ninguna función, o sea, las gafas de adorno de toda la vida, que en un arrebato de secretaria pija me había dado por comprar el día anterior, y la verdad es que me hacían tener un aire bastante sofisticado. «Si me viese mi madre ahora mismo, estaría orgullosa de mí», iba pensando mientras bajaba a toda prisa por la escalera, porque no había ascensor en el edificio. Mi madre siempre aseguraba que para triunfar en la vida solo había que casarse con un hombre rico, por eso ella se sentía tan desdichada.

Recuerdo que estaba muy nerviosa.

Eran las ocho en punto de la mañana, aunque la cita era a las diez; nunca se sabe la de imprevistos que pueden suceder en Nueva York y, tratándose de mí, había que andarse con mil ojos, pues la probabilidad de caer en desgracia se multiplicaba por cien. No me perdonaría llegar tarde, por eso iba con dos horas de antelación. Prefería pasear durante ese tiempo sobrante, antes que ser impuntual.

Salí a la calle y enseguida el ritmo frenético de los viandantes neoyorquinos me absorbió, por lo que aceleré el paso junto a ellos en dirección a la boca del metro. Cada vez que eso sucedía, no podía evitar acordarme de mis primeros días aquí y reírme.

Mi pueblo era un remanso de paz y tranquilidad. Nueva York, todo caos. Recuerdo la primera vez que salí por sus calles cuando era estudiante. Intentaba mantenerme pegada a la pared para no rozar a nadie, me daba auténtico pavor porque mis padres me habían advertido millones de veces sobre los robos y las violaciones en esta ciudad..., pero, obviamente, me resultó imposible no tocar a nadie. ¡Lo pasé muy mal! No lograba salir de ese río de gente que me arrastraba hacia el abismo..., ya me veía saqueada y violada... No obstante, lo peor que me sucedió fue que terminé en una calle demasiado alejada de mi destino. Así que, aunque resultó horroroso, no fue ni mucho menos tan malo como había imaginado. Una semana después ya sabía lo que debía hacer, incluso lo agradecía, porque parecía que esa loca marabunta te alentaba a caminar.

En el metro, me dispuse a subir al primer vagón que se detuvo delante de mí. Estaba muy feliz porque aquella mañana no iba a entregar currículums: por fin tenía mi codiciada entrevista. ¡Mi primera entrevista sería en Nueva York!

Me senté en el primer sitio que encontré libre y me puse los cascos con música en el móvil, para ser más exactos, la Quinta Sinfonía de Beethoven, a ver si el alemán conseguía relajarme un poquito.

No comprendía por qué estaba tan nerviosa, ya que ni siquiera quería aquel trabajo. Llevaba viviendo en Nueva York algo más de un mes. Pensaba que, al estar residiendo aquí, me resultaría mucho más fácil que me contratasen en alguna clínica. Con anterioridad, desde España, había asistido a multitud de entrevistas vía Skype, pero siempre me contestaban lo mismo: «Muchas

gracias, señorita Swanson, ya la llamaremos». Aunque nunca lo hicieron. Era evidente que debían de seleccionar siempre a alguien que ya viviese aquí.

Así que opté por ampliar mi campo de posibles ocupaciones para ganar tiempo hasta que realmente encontrase algo de lo mío y, ya de paso, poder seguir subsistiendo en la Gran Manzana. Si no pagaba el alquiler, debería volver al pueblo, con toda probabilidad a trabajar como panadera, ganadera, camarera o de lo que surgiese. Por tanto, debía intentarlo con toda mi alma.

De la millonada de requisitos que exigían para asistir a la gran entrevista, hubo uno que llamó de forma especial mi atención: «Ser una persona tranquila y con mucha paciencia». ¿Paciencia? ¿Tranquilidad? No sería uno de los requisitos que yo solicitase a la hora de contratar a una secretaria, lo que me hacía estar bastante intrigada.

De pronto, un calor insoportable entre mis piernas provocó que me pusiera en pie de un brinco... Cuando fui consciente de lo que acababa de suceder, ni siquiera fui capaz de reaccionar. Arrodillada frente a mí, una señora mayor se desvivía por intentar limpiarme con la manga de su abrigo. Lo que hasta el momento era un pantalón gris se había convertido en un pantalón gris con un gran círculo marrón.

La observé con incredulidad. Después desvié la mirada poco a poco hacia la gran mancha que había dejado el chocolate y quise estrangularla con mis propias manos, pero no pude siquiera articular palabra alguna.

—¡Oh, por Dios, lo siento, lo siento, señorita...! ¡No sé cómo he tropezado y se me ha caído todo...! —tartamudeaba la pobre mujer.

—No se preocupe, no pasa nada —conseguí balbucear.

—Permítame que le pague al menos la tintorería, por favor. —Parecía realmente apurada.

—No se preocupe, de verdad, no es nada.

El tren de la línea E se detuvo en la estación de World Trade Center y me bajé del vagón cual espíritu errante.

Era tal mi estado de *shock* que, cuando salí a la calle, no me percaté de que estaba lloviendo a cántaros hasta que noté mi pelo chorreante deslizándose sobre mis hombros. Enseguida me llevé las manos a la cabeza y descubrí entonces que mi *rottermono* se había deshecho por completo. Y, de pronto, sin poder evitarlo, rompí a llorar como hacía tiempo que no lo hacía. Allí, en pleno distrito financiero de Nueva York, empapándome bajo la incesante lluvia, me hallaba yo, paralizada, llorando como una niña pequeña, sin consuelo...

Por supuesto, ni que decir tiene que la gente a mi alrededor no se dignó mirarme siquiera. «Esto debe de ser alguna especie de señal divina para que no acuda a la entrevista», pensé, en medio de mi desgracia.

Pero en el preciso instante en que me volví, rendida, para tomar el metro de vuelta a casa, asumiendo mi derrota, recordé a mis padres y lo ilusionados que estaban porque su hijita triunfase en Estados Unidos... No podía decepcionarlos volviendo al pueblo para ser camarera en algún bar, debía intentarlo con todas mis fuerzas, hasta el último aliento.

Ellos habían invertido lo poco que tenían en mis estudios. A mí siempre me había gustado mucho estudiar, se me daba muy bien, todos mis profesores alentaban a mis padres para que

siguiere haciéndolo, porque, de lo contrario, sería un gran talento desaprovechado. Les insistían siempre en que era muy inteligente, demasiado como para terminar limpiando casas o cuidando ancianos.

Por todo eso, mis padres me propusieron que, si conseguía una beca para la Universidad de Columbia, ellos me pagarían los viajes que fuesen necesarios desde España, ya que en aquella época mis hermanos comenzaban por fin a cobrar sus primeros salarios y ayudarían económicamente en casa. Por suerte o por desgracia para mí, ninguno de ellos tenía mi inteligencia; de haber sido así, yo nunca podría haberme permitido aquel lujo, pues en mi familia se decía que «la mujer iba de la vagina a la cocina».

Y así fue como al final conseguí ser aceptada en la escuela superior de Medicina, una vez superados los duros exámenes de acceso, conocidos como MCAT, con una nota media de sobresaliente; más tarde ingresaría en el Centro Médico de la Universidad de Columbia, de donde años después saldría siendo una psiquiatra con honores.

Todo aquello fue gracias a que me concedieron la prestigiosa beca anual de la Fundación Alicia Koplowitz, más que generosa, con la que, además de cubrir gastos de matrículas y libros, pude instalarme en el colegio del campus y mantenerme más que bien, sin pasar apuros de ninguna índole.

Fueron ocho años de mi vida en los que iba de la clase a mi cuarto y viceversa. La beca concedida me exigía, como mínimo, una nota media de ocho puntos sobre diez anuales. Por lo que, mientras las demás chicas de mi edad salían a divertirse y encontraban el amor de su vida varias veces al mes, yo luchaba por conseguir mi sueño, es decir, que no me retirasen la codiciada beca, para poder llegar a ser algún día una prestigiosa psiquiatra, o al menos una simple psiquiatra a secas.

Por todo ello, al regresar al pueblo después de terminar mis estudios, fui del todo consciente de que la vida apacible de allí no tenía nada que ver conmigo. Descubrí entonces que había nacido para vivir en Nueva York, y ni siquiera el castellano me resultaba ya familiar.

Pero, volviendo a mi bochornosa situación, empapada y sucia: recordé los esperanzados ojos de mis pobres padres el día en que me marché del pueblo por última vez para intentar conseguir mi sueño y, entonces, me repetí a mí misma: «Debo intentarlo, debo luchar hasta el último aliento».

Miré a mi alrededor, desesperada. Si hubiese tenido dinero, habría corrido a alguna tienda para comprar ropa limpia y seca, pero las boutiques de aquella zona tenían unos precios realmente prohibitivos para muchas personas, incluso las adineradas, así que yo no podría comprar allí ¡ni una pinza para el pelo!

No me quedaban muchas más opciones. Me apresuré a buscar en las notas del móvil la dirección que me había facilitado la amable señorita que me había confirmado la cita el día anterior y comprobé que no estaba demasiado lejos.

Llegué al número indicado y me quedé petrificada admirando el inmenso edificio que tenía unas gigantescas puertas giratorias doradas para entrar en él. «¡Ahora comprendo por qué exigen tantos requisitos para trabajar en este lugar! Solo las puertas ya valen una pasta...», pensé, absorta en ellas.

Cuando salí de la extraña ensoñación en la que me habían sumido aquellas puertas al girar, comprobé en mi reloj que ¡solo quedaba media hora para la entrevista!

Entré corriendo en un bar tailandés que había justo en la esquina, debajo del edificio que ocupaba Hudson Enterprises. Le supliqué al camarero que me permitiese pasar al baño, y mi estado debía de ser tan lamentable que ni siquiera lo dudó. Una vez allí, me limpié como pude los restos del chocolate con papel higiénico e intenté recolocarme de nuevo el moño empapado.

Me miré al espejo. Mi aspecto era deplorable. Hice una mueca de pena mezclada con asco, pero enseguida me obligué a animarme: «Venga, Bea, si el “no” ya lo tienes».

Al rato, de nuevo delante de las inmensas puertas giratorias doradas, respiré hondo y por fin entré. En cuanto estuve dentro, comprendí por qué solicitaban ir vestida con esos colores específicamente, pues todo a mi alrededor era de color gris, con los muebles en blanco y algún detalle en negro. Me daba la impresión de estar sumergida en un mundo paralelo al nuestro. Se respiraba un ambiente frío, donde todos los allí presentes estaban ocupados haciendo algo importante, nadie hablaba, nadie reía... A lo mejor ni siquiera respiraban. Reinaba un silencio absoluto. Todos cuantos estaban en aquella lujosa cápsula del tiempo parecían más máquinas que seres vivos.

Enseguida, una de las chicas de la recepción llamó mi atención levantando la mano.

—Disculpe, señorita, ¿puedo ayudarla en algo?

—Eh..., sí, tengo cita para una entrevista. Mi nombre es Beatriz Swanson.

Noté cómo la recepcionista intentaba no observarme con demasiado descaro.

—¿Sería tan amable de informarme de qué oferta de trabajo se trata, por favor? Es para poder derivarla a la planta correspondiente.

—Secretaría —me apresuré a contestar.

La chica carraspeó con exageración al oír mi respuesta, y las tres mujeres que se encontraban junto a ella tras el mostrador se miraron unas a otras con una expresión muy extraña cuyo significado yo no lograba comprender.

—¿Suced algo? —les pregunté confusa.

—¡No! —La primera saltó del sitio ante mi inesperada pregunta—. Discúlpeme, tiene que tomar ese ascensor, suba a la décima planta y allí la atenderán.

—Gracias.

No conseguía entender el motivo por el que me habían mirado de esa manera; si hubiese sido por mis pintas, la recepcionista me habría contemplado con desprecio desde el primer momento y no al comunicarle el puesto al que aspiraba..., ¿no?

Las puertas del ascensor desaparecieron de mi vista cuando el timbre indicó que había llegado a la décima planta. Mis ojos se abrieron desmesuradamente nada más poner un pie sobre la majestuosa moqueta negra y descubrir el asombroso elenco de *top models* que se expandía ante mí. Todas altísimas, esbeltísimas, vestidísimas de negro riguroso, con unos tacones *infinitísimos*, peinadísimas y maquilladísimas.

Volví a entrar en el ascensor a toda prisa, dispuesta a pulsar el botón de la planta baja de nuevo. Me negaba rotundamente a protagonizar el ridículo más espantoso de mi vida y futuras reencarnaciones. Desde luego, estaba muy satisfecha de haber puesto toda la carne en el asador y

haber llegado hasta allí, pero también debía saber aceptar una derrota.

—¡Beatriz Swanson! —pronunció entonces una voz a mi espalda.

—¡Yo! —Levanté la mano de forma inconsciente, saliendo del ascensor mientras las puertas plateadas me aporreaban al intentar cerrarse conmigo en medio.

Eso provocó que todas las estiradísimas que tenía delante rompiesen en tremendas carcajadas, dándose con el codo unas a otras para señalarme.

«¡Mecachis...! Pero si lo que intentaba era escaparme...», pensé después de haber hablado, algo bastante habitual en mí, por cierto.

Todavía hoy no comprendo qué fue exactamente lo que me impulsó a contestar aquella llamada, pero lo hice, y ése fue el momento exacto a partir del cual mi vida cambió para siempre.

Capítulo 3

Una conejita temblorosa recorriendo un pasillo repleto de tigresas hambrientas estaría mucho más segura de sí misma de lo que lo estaba yo hasta llegar a la puerta de aquel despacho. ¡El trayecto se me hizo eterno! Ninguna de las terapias estudiadas en todos mis años de carrera me venía a la cabeza. El murmullo colectivo de las *top*, junto a alguna que otra risotada maliciosa, se oyó a mi espalda en cuanto toqué el pomo de la inmensa puerta gris. Me detuve un breve instante para tomar aire antes de entrar, y fue entonces cuando vi el letrero que estaba situado justo frente a mis ojos, que rezaba: ELIZABETH HUDSON. PRESIDENTA.

Imaginé entonces a una señora de avanzada edad, ya que, si era propietaria de todo aquello, le habría costado muchos años de duro trabajo. Un punto a mi favor: me encantaban las ancianitas.

Sacudí la cabeza, me serené un poco y entré.

Me quedé literalmente pasmada ante lo que vieron mis ojos una vez en el interior de aquel... despacho palaciego.

En medio de la inmensa oficina, como no podía ser de otra manera, toda decorada en tonos grises, blancos y negros, resplandecía detrás de una pantalla de ordenador una increíble cascada de rizos rojos. Sin poder evitarlo, mis ojos recorrieron la larga melena de principio a fin unas cinco veces. Era tan espectacular que solo sentía ganas de acariciarla. La idealización de aquella mujer no duró demasiado tiempo, ya que enseguida asomó el rostro por un lateral del ordenador para observarme con un solo ojo... del color verde esmeralda más increíble que había visto nunca. Asombrosamente, mi ridícula imaginación había subestimado su hermosura.

—Creo recordar que pedí que vinieseis con una indumentaria en tonos grises, blancos o negros. —Subrayó el «o» con un gesto exagerado de sus labios perfectos.

¡Cielos, hasta su tono me resultaba atractivo!

—Lo siento..., yo... —Ni siquiera reconocí mi propia voz al oírme hablar, ¡me temblaba todo el cuerpo!

—No me interesa tu vida, chica. ¿No tenías más complementos que ponerte: un sombrero, algunas plumas, o algo similar? —me reprendió con una voz estruendosa—. Menos mal que no había más colores en la lista, ¡porque habrías aparecido disfrazada de Agatha Ruiz de la Prada, por el amor de Dios!

Creí que había dicho eso haciendo un guiño a mis raíces, pero pronto cambiaría de opinión al observar que me examinaba con mucho desprecio, de arriba abajo, mientras se ensañaba

dadivosamente con mi vestimenta.

Cuando al fin terminó de soltar sapos y culebras sobre mis pantalones *horteras* y mi jersey *roñoso* —palabras textuales—, de pronto se detuvo mirando mis pies y abrió unos ojos como platos, horrorizada.

—¿Qué... su-ce-de...?

Quería irme de allí cuanto antes, aquella mujer me anulaba por completo, ejercía un poder brutal sobre mí, era como una energía cósmica que absorbía mi personalidad. Una sensación bastante parecida al terror gobernaba mi cuerpo.

—¡Oh, Dios mío! —Se levantó de su sillón de cuero tras la mesa, llevándose una mano a la frente con demasiada teatralidad.

A continuación, avanzó hasta mí con paso firme pero despacio, por lo que me dio tiempo a comprobar que también había subestimado su cuerpo, más que escultural.

—Pero ¿tú ves normal presentarte en *mi* empresa con esa aberración que llevas en los pies? —No dejaba de señalar con exageración mis manolequinas con su manicura francesa perfecta—. ¿Te has fijado en cómo van vestidas las mujeres que están haciendo cola ahí fuera, muchacha?

Estuve a punto de desmayarme en aquel momento, de verdad que no me habría importado morirme. Estaba empapada como un pollo, manchada de chocolate, despeinada... Y ¿se estaba fijando en mis zapatos, que era lo único que llevaba medianamente impoluto?

Mis labios no conseguían encontrarse uno con otro.

—Señorita... —Se volvió, desfilando con majestuosidad hacia la mesa para coger un papel que tenía sobre ella, buscó algo escrito en él durante un solo segundo y después lo lanzó por los aires—. Beatriz... —Clavó sus ojos verdes en mí.

¡Me sentí diminuta!

—¿S-íii..? —logré balbucear.

—¡¿Sí?! —repitió, burlándose de mí—. «¿Sí, señorita Hudson?», querrás decir —me corrigió molesta—. ¡A ver esos modales! —exclamó levantando la voz.

«¡Oh, por Dios, quiero morirme, por favor!»

—¿Sí, señori...? —No me dejó terminar.

—¿Por qué alguien como tú, ya sabes, un ratón de biblioteca con honores, quiere trabajar como una simple secretaria?

—Po-po-por-que... —Nunca había tartamudeado antes, lo juro.

—Beatriz Swanson, sal de inmediato de mi despacho, date una vuelta por la planta baja y vuelve a subir cuando seas capaz de articular dos palabras seguidas. Si piensas contestar así a las llamadas de mis clientes, nos iremos a la quiebra. —Y me echó de allí con un firme gesto de su dedo índice.

No objeté nada al respecto, solo acerté a volverme para salir a toda prisa y terminar con aquella humillación de una vez por todas, demasiado convencida de que jamás volvería a ver a ese ser engreído y cruel.

—¡Dios santo, vaya personaje! —la oí gruñir mientras me marchaba.

Cuando cerré la puerta de su despacho tras de mí, todas las modelos me observaron, esta vez riendo abiertamente, al descubrir la cara de pánico que debía de tener, así que me dispuse a

correr hacia el ascensor, llorando de rabia e impotencia.

Al llegar a la planta baja, me apresuré a abandonar el edificio, pero una de las chicas que me había atendido en la recepción llamó mi atención justo antes de llegar a la salida.

—¡Señorita Swanson! ¡Señorita Swanson, espere! —gritaba agitando la mano.

Sin embargo, la ignoré, pues mi único propósito era salir de allí cuanto antes. Cuando por fin me disponía a entrar en la puerta giratoria dorada, el pasadizo mágico donde todo mi sufrimiento terminaría, mi transbordador hacia la felicidad... o, al menos, a un mundo de colores en el que, sobre todo, ¡no estaba ella...!, sentí que alguien me sujetaba por el codo, lo que provocó que de forma automática me volviese asustada.

—Discúlpeme, señorita Swanson, pero la señorita Hudson me ha ordenado que la detenga.

—¡Oh, por Dios santo...! —Me llevé la mano a la frente—. Si no he robado nada.

—No lo dudo, señorita, pero si fuese tan amable de volver a subir, la está esperando en su despacho.

—Pero no quiero...

—Es una orden —me interrumpió ella en un tono seco.

Al ver mi cara de pocos amigos ante su impertinencia, me lo explicó de una manera bastante más sumisa.

—Me ha advertido que, si no consigo detenerla, me despedirá... Por favor... —suplicó preocupada.

Nunca me habría perdonado que despidiesen a alguien por mi culpa. Pero ¿de verdad sería capaz de echarla?... Al instante supe la respuesta a mi pregunta, por lo que, muy a mi pesar, volví a subir.

Cualquier persona en su sano juicio habría seguido su camino —aquí paz y después gloria— para no volver nunca a ese tenebroso lugar, a encontrarse con esa... arpía pelirroja. No obstante, yo tenía una desarrollada vertiente masoquista, con lo cual, subí de nuevo, rezando a todos los santos y a todos los arcángeles para que, en aquel preciso instante, un meteorito colisionase contra la Tierra.

Las modelos me observaron con incertidumbre cuando pasé por delante de ellas otra vez, solo me faltó saludarlas. Tuve que soportar más *top-cuchicheos*. Sin quererlo estaba siendo el centro de atención de la mañana. ¡Y mira que lo detestaba! Durante toda mi vida había tratado de pasar desapercibida en todo momento, pero ese día, por más que lo intentaba, no lo conseguía.

No me detuve esa vez delante de la puerta, sino que la abrí directamente y la cerré tras de mí.

Ella estaba sentada en aquel carísimo sillón de piel, con sus larguísimas y esculturales piernas puestas encima de la mesa, cruzadas a la altura de los tobillos. Me contemplaba pensativa mientras se balanceaba en el asiento, sin apartar sus ojos de los míos. Parecía estar planeando la destrucción del universo.

—¿Adónde ibas tan deprisa, SwansonBeatriz? —me recriminó.

—A la calle —respondí temerosa. Pero era la verdad.

—¿Te marchabas sin despedirte siquiera o me lo ha parecido a mí? —Aguzó la mirada.

—Yo... Lo siento, yo...

Tuve que mirar al suelo, me moría de la vergüenza por haber huido sin dar la cara. Si me

hubiesen dicho que haría semejante cosa, jamás lo habría creído.

—¡Mírame! —me ordenó entonces, cosa que hice sin dudar. Creo que, si me hubiese mandado saltar por la ventana, lo habría hecho también—. Beatriz, ésta es una de las empresas más prestigiosas del mundo, aquí solo tienen el honor de trabajar los mejores, y los demás darían su vida por ello, pero nunca lo conseguirían. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—¡¿Sí, qué?! —gritó, incorporándose en el sillón y dando una palmada sobre la mesa.

—Sí, señorita Hudson.

«Ay, por favor...» Me temblaban hasta las piernas.

—Quiero a alguien junto a mí que desee este puesto con toda su alma, que cada mañana dé gracias a Dios por ocuparlo. Necesito a alguien con agallas, alguien que dé la vida si hace falta por Hudson Enterprises, lo que significa que la dará también por mí. Porque precisamente por esa razón tu sueldo tendrá tantos ceros.

—Sí, señorita Hudson.

Me iba a desmayar de un momento a otro, lo estaba presintiendo.

—¿Crees que tú serías la persona adecuada para ocupar dicho puesto, Beatriz? ¿No correrás a aceptar el primer trabajo que te ofrezcan en el campo de la psiquiatría? ¿No volverás a España para estar más cerca de tus seres queridos? Piensa bien tus respuestas porque son las preguntas del millón. —Me observaba como una pantera hambrienta, deseando devorarme.

—Si me elige para el puesto, le doy mi palabra de honor de que no aceptaré ningún otro trabajo, ni mucho menos me volveré a España, porque adoro Nueva York —me salió del alma—, ¡... señorita Hudson! —me apresuré a añadir, lo que hizo que unos hoyuelos apareciesen por un instante en su rostro.

En realidad, después de vivir toda aquella pesadilla, me sentiría hasta orgullosa de trabajar allí.

—De acuerdo, toma.

Se levantó de su asiento y avanzó hasta mí, moviéndose con majestuosidad subida a sus taconazos. Me entregó un sobre sin cerrar que contenía un papel doblado. Luego dio tres pasos hacia atrás y se apoyó en su escritorio para observarme con atención.

La miré indecisa.

—¡Ábrelo, coño! —me ordenó con un gesto impaciente.

Obedecí, pero me temblaban tanto las manos que mis dedos de repente se habían transformado en gelatinas y el sobre se me cayó al suelo... Me quería morir... Definitivamente, aquella mujer colapsaba mis cinco sentidos.

Antes de que reaccionase siquiera, ella lo había recogido y abierto con un solo movimiento.

—Mi tiempo es tan valioso que no Swanson puedes ni imaginarlo, Beatriz. Por desgracia, no dispongo de toda la mañana para observar cómo logras abrir un maldito sobre. —Me empotró de mala gana su contenido contra el pecho—. Coge este dinero y gástatelo en ropa, ¡todo!

No podía creer la ingente suma que había escrita en el cheque al portador que sostenía.

—¡Ah! —Me sacó de «Los mundos de Yupi». Compra también zapatos, muchos zapatos, y todos de tacón, ¡por favor!

—Pero...

—No hay peros que valgan; mañana a las siete en punto te quiero aquí, vestida, maquillada y peinada como un pincel. Mi asistente personal te está esperando ahora mismo en la planta baja, él ya sabe lo que tiene que hacer. Tienes dinero de sobra para ello.

—¡Gracias! —exclamé, casi hiperventilando por la emoción.

—¿Gracias, qué? —Puso los ojos en blanco, suspirando.

—¡Muchas gracias, señorita Hudson! —Estaba tan contenta que hasta quería darle un beso.

—No me las des, Beatriz, vas a sudar de lo lindo cada dólar. —Me guiñó un ojo.

—Prometo que no la defraudaré, señorita Hudson, lo daré todo por esta empresa y por usted.

De verdad lo sentía así. Desconocía cuál iba a ser mi sueldo, pero si tenía tantos ceros, mis padres no volverían a pasar hambre nunca más. Y si para ello debía soportar a Satán, pues que así fuese.

—Lo sé, Beatriz, tengo muy buen ojo con la gente, como con todo lo demás —respondió altanera.

—Puede llamarme Bea si quiere, señorita Hudson, así es como me llama todo el...

—Una última cosa, Beatriz... —me interrumpió bruscamente—. Quiero saber el motivo por el que estabas llorando antes, bajo la lluvia, como una desalmada. —Entornó los ojos para escucharme con atención.

Y fue entonces, justamente en ese preciso instante, cuando descubrí que aquella mujer que aparentaba ser marmórea e inquebrantable tenía un corazón gigantesco.

—Por todo, señorita Hudson. —Me señalé la mancha de chocolate, el pelo... Ella ni se inmutó, no mostró ni un ápice de clemencia ni empatía conmigo, solo aguzó la mirada—. Pero ya no importa, ¡ahora soy tan feliz! —añadí.

—Muy bien. Puedes marcharte, estoy demasiado ocupada —me indicó, moviendo la mano con un gesto de indiferencia absoluta.

—¡Gracias de nuevo!

—Hazme un último favor antes de salir, Beatriz —agregó, clavando sus ojos esmeralda en mí.

—Lo que sea, señorita Hudson. —Antes de terminar la frase ya me estaba arrepintiéndome, pero no había vuelta atrás.

—Informa a todas esas mujeres que están ahí fuera de que el puesto ya ha sido ocupado..., por ti. Así, la próxima vez medirán mejor a sus adversarios antes de reírse de ellos.

La observé con admiración y respeto, puesto que me estaba *obligando* a no subestimarme y a demostrar a los demás que el que ríe el último ríe mejor. Lo malo es que ése no era precisamente mi estilo.

—Puedes retirarte, Beatriz.

Rodeó la mesa con movimientos élficos y se sentó en su sillón de diosa del mundo como si yo ya no estuviese allí, ignorando por completo, o no, que acababa de hacerme la mujer más feliz del mundo.

Capítulo 4

Me despierto sobresaltada y miro con desgana mi despertador digital plateado de última generación que marca todavía las cinco de la madrugada.

«¡Oh! Los segundos pasan como días enteros...»

Me he despertado ya unas seis veces a lo largo de la noche, estoy muy nerviosa, por eso no consigo conciliar el sueño. Intento volver a acurrucarme en mi almohada, pienso en lo a gusto que estoy arropadita con mi edredón de plumón de oca, sobre mi colchón viscoelástico... Pero no hay manera, mi cerebro no me permite que lo engañe, estoy tan despejada que podría ponerme a hacer integrales y derivadas complejas sin ninguna dificultad, así que me doy por vencida.

Me levanto y deambulo por la casa como una sonámbula borracha. No se me ocurre qué hacer a estas horas. Me preparo un café y me lo tomo de dos tragos, necesito quemar esta energía de alguna manera, me urge matar estos nervios.

Como una premonición repentina, se me viene a la cabeza la solución y decido enfundarme en mi ropa deportiva, esa que me compré hace mil años y que nunca he sacado de su cajón, para ir a correr unos kilómetros, o al menos unos cuantos metros; eso aliviará este molesto hormigueo que siento en las piernas, estoy segura.

Mientras corro por las calles del Upper West Side de Manhattan con los cascos del móvil y la música de Rihanna a todo volumen en mis orejas, no pienso en nada más. La música es la medicina infalible para todo.

Cuando llevo media hora corriendo, decido dar media vuelta. No estoy demasiado cansada, pero si me espero a estarlo, es probable que tenga que volver en ambulancia, así que me propongo no alardear conmigo misma de mis méritos olímpicos y regresar a casa.

En el camino de retorno, observo con curiosidad cómo van abriendo los quioscos, las droguerías y demás tiendas y cafeterías del barrio. Todo parece ir cobrando vida a mi paso.

Llego al número 382 de Central Park West, donde está el preciado apartamento que tantas horas de trabajo me ha costado conseguir. Mi palacio de cristal particular.

Accedo al majestuoso vestíbulo de mármol del edificio y realizo con tranquilidad mis estiramientos matutinos, que podría haber hecho en casa perfectamente, pero que me da por hacer aquí. No me doy cuenta de que el portero está contemplando mi culo con descaro hasta que bajo la cabeza para llevarme las manos a los tobillos y lo veo entre mis piernas.

—¡Vuelve a mirarme así y te arrancaré los ojos, viejo verde! —lo amenazo, sin cambiar de posición.

—¡Disculpe! —exclama asustado, dando un brinco. No se había percatado de que estaba observándolo.

El hombre disimula como puede, fingiendo que coloca papeles en el mostrador. No me da ninguna pena. Me tiene harta. Al principio se cortaba un poco, pero ya babea sin disimulo, y lo que no quiero que piense por nada del mundo es que me gusta que lo haga. Ya tuve bastante de eso en mi adolescencia.

Como esa mole redonda y sudorosa se ha cargado mi estado de euforia matinal, me dirijo al ascensor sin ni siquiera mirarlo, y mientras voy subiendo a mi apartamento pienso en qué deben de haberse basado mis vecinos para contratar a semejante portero/cerdo.

«¿Tú te crees que semejante despojo humano se merece trabajar en uno de los edificios de apartamentos más lujosos de la zona?», pienso para mis adentros.

»Yo creo que no, si ni siquiera da los buenos días, por el amor de Dios...

»Seguro que es el sobrino fracasado de alguna propietaria y, evidentemente, por eso está aquí.

»Eso me pasa por no asistir a las reuniones de vecinos, iré a la siguiente.» Tomo nota mental para hacerlo, aunque ya me lo he apuntado varias veces y al final siempre tengo la malísima suerte de que la dichosa reunión coincida con algo imposible de cancelar, como, por ejemplo, limarme las uñas... ¡Qué mala pata!

Las conversaciones conmigo misma son una de las muchas características que mi madre cree que debería mirarme un psicólogo, pero yo no lo veo tan grave. Me atrevería a afirmar, más bien, que es uno de los inconvenientes de vivir sola siendo una charlatana: que terminas hablando contigo misma.

Entro en casa y cierro corriendo la puerta tras de mí. Aunque esta zona sea una de las más seguras del mundo, nunca se sabe qué te puede ocurrir. Soy una mujer soltera que siempre está sola, una auténtica golosina para los maleantes... Sí, vale, admito que puede ser que vea demasiado «CSI».

Mi sueldo en estos últimos tiempos ha sido insultantemente elevado, ninguna secretaria en la historia de la humanidad ha cobrado lo que yo, ni siquiera en sus mejores sueños. Pero lo he ahorrado todo para conseguir comprar este apartamento y también lo que se materializará dentro de unas horas. ¡Además, mi jefa me ha hecho sudar de lo lindo cada dólar de ese dinero, con lo cual, me lo merezco! Cada vez que recuerdo cómo nos conocimos la pelirroja y yo, y lo amigas que somos ahora, no puedo evitar sonreír.

Voy al baño y lleno la gran bañera de mármol con agua caliente mientras esparzo sales aromáticas a diestro y siniestro en ella; parezco una granjera echando de comer a patos hambrientos.

Me voy a regalar un baño de espuma porque me lo he ganado. Para relajarme solo he de conseguir borrar de mi mente al maldito portero y al horrendo taxista de ayer... Pero, por Dios santo, ¿quién se pierde yendo a Bloomingdale's?!

La presentación tendrá lugar a las nueve..., ¡de la noche! Por tanto, tengo tiempo de sobra.

Entro con sigilo en la bañera, me encanta el agua caliente, y en pleno invierno, más aún. Siento cómo se va calentando todo mi cuerpo al contacto con el líquido ardiente, sale hasta humo

de mí. Alguno de estos días me voy a cocer.

Cuando ya estoy dentro del todo, apoyo la cabeza en el almohadón que está sobre el borde de la bañera y me coloco los cascos con baladas para relajarme un poco. Me siento como en el vientre de mi madre, o sea, en la gloria.

«¡Oh! Qué relax...»

* * *

Abro los ojos de repente, sobresaltada.

—¡Mierda! ¡Me he quedado dormida! —Si es que se veía venir...

Salgo de la bañera a toda prisa, pero, debido a las sales, que hacen que mis pies estén resbaladizos, me escurro sin poder evitarlo y me pego un buen golpe contra el suelo. Allí, tendida patas arriba y en pelota picada sobre las baldosas, decido serenarme, ya que, si a las prisas le sumamos mi torpeza innata, tendremos un coctel molotov. Así pues, me levanto como buenamente puedo para no caerme de nuevo, intentando mantener mi nulo equilibrio, y me dirijo hacia la habitación con paso firme pero sin prisas. Si queréis compararme con un pingüino mareado, lo acepto.

He quedado a las once en el aeropuerto con mis hermanos, que vienen a la inauguración en representación de la familia, para apoyarme, ya que mi madre está enferma y mi padre siempre se queda en casa para cuidarla, por lo que no podrán asistir. Aunque mis hermanos les han prometido que lo grabarán todo para que puedan verlo después.

Me enfundo unos vaqueros ajustados a toda prisa, unas botas de piel hasta la rodilla color camel y un jersey del mismo tono con el cuello caído y ancho, que hace las veces de bufanda. Voy corriendo hacia la salida, descuelgo el abrigo del perchero de la entrada a mi paso y me lo pongo mientras cierro la puerta para salir al rellano. No me ha dado tiempo de peinarme, solo de hacerme un recogido de cualquier manera con una pinza que saco del bolsillo del abrigo. «Menos mal que mi pelo liso es bastante domable y hago con él lo que quiero», pienso satisfecha, aunque al mirarme en el espejo del ascensor enseguida descubro que esto es una ironía, porque parece que acabo de pelearme con alguien.

Y así es como una gallina despeluchada corre a coger un taxi mientras reza para que se retrasen todos los vuelos.

—¡Al JFK, por favor! —le indico al taxista mientras me lanzo, literalmente, al interior del vehículo.

Capítulo 5

Descubro enseguida a Peter, tan rubio y blanquito como siempre, sentado en el suelo y jugueteando con su móvil. Él es mi hermano del alma, ya que tan solo nos llevamos un año escaso de diferencia y nos hemos criado prácticamente el uno al otro. Cuando hemos necesitado algo siempre hemos estado juntos, tanto para lo bueno como para lo malo, y aún hoy, en la distancia, seguimos haciéndolo. Por otra parte, somos los dos únicos solteros de nuestra familia, y eso une más.

Alza la vista como si presagiara que estoy cerca, se incorpora de un salto y viene corriendo hacia mí. Me levanta por los aires y comenzamos a reír.

—¡Betty! ¡Me moría por verte! —exclama, mientras me besa sin parar por toda la cara.

Mis hermanos siempre me habían llamado Bea, como todos los que me conocen en España, pero desde que les conté que los americanos me habían rebautizado como Betty, les gustó tanto que ellos también me lo cambiaron. Aunque mis padres se negaron rotundamente «a tal aberración», palabras textuales.

—Ya creíamos que te habías olvidado de nosotros, hermanita —nos interrumpe Isaac, separándonos para luego abrazarme como si fuese un oso.

Isaac es pelirrojo con muchas pecas y los ojos azules; en realidad, los cinco hermanos los tenemos azules, reminiscencias inglesas paternas. Isaac tiene treinta y nueve años y es mi hermano mayor. No pudo estudiar porque en casa necesitábamos la comida más que los libros, y él fue quien sacrificó su futuro por nosotros, ayudando a la familia con su sueldo. Más tarde, los demás harían lo mismo. En la actualidad, está felizmente casado y esperando su primer hijo.

—Bettina, cada vez estás más delgada. No me extraña que estés soltera..., ¡no hay por dónde agarrarte! —Mi otro hermano me separa de Isaac.

—¡Y tú cada vez estás más gordo, Robert! —bromeo riendo a la vez que le toco su gran panza redonda.

Robert es el hermano que sigue al mayor, tiene treinta y siete años y yo siempre he creído que es adoptado, ya que no se parece a nadie de la familia. Es moreno, muy reservado, y no le gusta hablar.

Falta todavía un hermano, Steve, pero se ha ido de vacaciones con su mujer y no he querido fastidiarle sus únicos días de descanso para asistir media hora a la inauguración de esta noche, así que se lo perdono.

—¿Lleváis mucho tiempo esperando, chicos? —les pregunto afligida.

—Con el frío que hace, casi morimos congelados, hermanita —protesta Peter lloriqueando y poniendo una mueca de pena. No sé si creerlo porque le encanta tomarme el pelo, pero enseguida me ve la cara de preocupación que tengo y se apresura a aclarar—: ¡Que era broma, tonta! Acabábamos de encontrarnos cuando has llegado.

Cada uno viene de un sitio distinto, ya que todos se fueron de casa a buscarse la vida muy pronto. Han cogido los vuelos sincronizando todo lo que han podido las tres llegadas, y al final la mía ha sido la más tardía. No tengo remedio.

Nos montamos los cuatro en un taxi que nos lleva a mi apartamento.

Ya no soy la chica modosita e introvertida que era antes. La vida me ha cambiado en ese aspecto. Bueno, pensándolo mejor, ha sido Hudson Enterprises... ¡No, no, no!, mejor dicho, ¡Elizabeth ha sido la que me ha diseñado a su imagen y semejanza! Es del todo imposible hablar de la Beatriz Swanson actual sin pronunciar el nombre de Elizabeth Hudson.

Siempre pensé que ella me había contratado porque había sentido lástima por mí en aquella entrevista, pero hoy en día estoy segura de que en realidad lo que sucedió fue que vio en mí a una mujer débil con un gran potencial para moldear a su antojo. En efecto, me remodeló y me convirtió en todo aquello que ella quería que fuese, su discípula fiel. Según Elizabeth, yo era un diamante en bruto, pero todavía no estoy demasiado segura de que antes de pulirme fuese mejor que ahora; al menos, no veía la vida con tanta claridad y rudeza.

No negaré que en el fondo no se lo agradezca: la dulce y tierna Bea de antes era una pavisosa en todos los aspectos, una inútil, físicamente hablando, y una llorona que temblaba de miedo a la mínima. La Beatriz de ahora es una mujer moderna, actual, fresca, con poder de decisión, confianza en sí misma y ansias de triunfar en la vida. Pero, para ser sincera, creo que antes, viviendo en la ignorancia, era más feliz con todo lo que me rodeaba, tan solo me conformaba. Ahora quiero más y más, no tengo límites, nunca me doy por satisfecha, por mucho que consiga. Todo ello me hace estar en una continua búsqueda del crecimiento personal, y justo ésa fue la razón por la que se separaron el camino de Elizabeth y el mío.

Recuerdo el día que le anuncié que iba a dejar H.E., ¡estuvo un mes sin hablarme! Prácticamente no apareció por la empresa, cosa bastante habitual en ella, por otra parte. Como el negocio va rodado, se permite el lujo de hacer lo que le da la gana, siempre.

No sé si esperaba que me jubilara allí; es evidente que, por su reacción, así era. El motivo no fue económico, porque con lo que me pagaba habría tenido para retirarme más que holgadamente a los cuarenta años, incluso para nadar en billetes, pero necesitaba volar yo sola, no depender de ella para todo. Quería tomar mis propias decisiones, equivocarme, caerme, levantarme, que la gente apreciase mis esfuerzos, conseguir mis propios objetivos... Pero, sobre todo, hacerlo por mí misma. Además, deseaba más que nada en el mundo trabajar en el campo de la psiquiatría, que es lo que a mí en realidad me satisface, mi vocación, y para lo que he estudiado tantos años. Ése es mi sueño, y por fin hoy podré hacerlo realidad.

Entramos en casa y mis hermanos empiezan a deambular por el apartamento para descubrir hasta el último alfiler que hay por aquí.

—¡Guau, Bettina, vaya choza! —silba Robert, con las manos metidas en los bolsillos, mientras va observando con detenimiento y curiosidad todo a su alrededor.

—En un sitio así hasta tendrías éxito con las mujeres, ¿eh, Pete? —bromea Isaac.

—Yo creo que ni en un sitio así... —se mofa Robert carcajeándose de forma exagerada.

—No les hagas caso, cariño. —Animo a mi hermano del alma, dándole un dulce beso en la cara—. Estas bestias pardas solo piensan en mujeres y en comer.

—¿Es que hay algo más en lo que pensar? —Los otros dos se ríen.

—¡Sois unos trogloditas! —les reprendo.

Todos en nuestra familia somos de constitución muy delgada, excepto Robert, que a partir de los veinte años empezó a inflarse sin parar hasta llegar a ser la mole que es hoy en día.

Peter siempre ha sido muy sensible. Creo que el hecho de estar a todas horas conmigo cuando éramos niños debió de influirle de alguna manera, y me siento culpable por ello. Yo era una chiquilla miedosa, vergonzosa, patosa, me escondía debajo de la cama cuando había visitas en casa y otras cosas por el estilo. Peter ha hecho siempre lo mismo que yo, era mi sombra, y así se convirtió, inevitablemente, en lo que es hoy en día, a sus treinta y dos años: un hombre bastante delicado y miedoso. Por suerte, él no se ha encontrado con una Hudson en su vida que le gritase: «¡Eh, tú, carroña, o cambias o te devoro vivo!», y, pensándolo mejor, doy gracias a Dios porque haya sido así, ya que, de lo contrario, mi pobre hermano se habría suicidado.

¡Todavía hoy no alcanzo a comprender cómo lo superé yo!

Nos sentamos todos en los sofás de piel beige que están repartidos por el amplio salón; son cuatro *chaise longues* que forman un cuadrado alrededor de la mesa baja de esmalte verde que me trajeron de Asia. El decorador del piso me recomendó comprarlos en blanco o negro, pero mi respuesta fue clara: «¡No!». Odio el blanco, el negro y el gris.

Después de comer, de ponernos al día en cuestiones laborales, familiares y sentimentales y de ver un rato la televisión, los cuatro hermanos nos disponemos a arreglarnos para el gran evento de esta noche.

Capítulo 6

El taxi se detiene en la intersección de Broadway con la Séptima Avenida, donde se forma Times Square, el epicentro de la isla. Justo enfrente está mi pequeña clínica.

Hoy es un día muy especial para mí, ya que por fin me he decidido a montar mi propio negocio, muy a pesar de las continuas quejas de la pelirroja, que me ha estado atormentando día y noche para que no abandonase H.E., aunque al final conseguí hacerla entrar en razón. O, al menos, eso quise pensar. Apuesto todo lo que tengo a que me está haciendo vudú para que esto salga mal.

Necesito desesperadamente romper ese lazo mordaz con ella, me absorbe por completo; incluso ahora que somos las mejores amigas, me anula como persona. Ella no lo hace adrede, pero su personalidad arrolladora consigue que yo me sienta demasiado pequeña en medio de su inmensidad. Creo que estoy más que preparada para volar sola. Aunque me haya amenazado con no dejarme volver, sé que, si me fuese mal, me recibiría con los brazos abiertos, de hecho, creo que rezará cada día para que así sea. ¿Qué voy a hacer con ella?

Nunca lo habría creído posible, pero, gracias a mi esfuerzo y dedicación, hoy abrirá sus puertas Swanson's Clinic, y por eso estoy tan emocionada.

Mis hermanos y yo subimos en el lujoso ascensor del edificio. Ellos también están nerviosos, aunque intenten disimularlo. Hemos venido un par de horas antes de la indicada en las invitaciones, ya que quiero prepararlo todo minuciosamente para la gran ocasión.

Van a asistir posibles clientes muy importantes que han invitado Sammuel y Elizabeth para hacerme un favor, porque, de no ser así, no vendría nadie, no vamos a engañarnos. Además, es probable que él la haya obligado a hacerlo. Estoy segura de que, si ella hubiese podido sabotear el acto para que me diese cuenta de que estoy mejor en su empresa, lo habría hecho sin dudarlo. Puedo imaginarme la escenita a la perfección.

Respiro hondo antes de abrir la puerta de mi clínica.

Cuando pienso en cómo he llegado a este punto de mi vida no puedo evitar reírme a carcajadas, puesto que he pasado por muchas fases, a cuál más surrealista.

Pero aquí estoy.

Abro la puerta con la llave, aunque descubro que ya está abierta.

«¡Qué extraño!», pienso, arrugando la nariz.

Entro con sumo cuidado porque todo está a oscuras, palpo a mi alrededor para intentar distinguir algo en la penumbra y encontrar el interruptor de la luz. Estoy muy concentrada

cuando de pronto se encienden todas las lámparas y algo se abalanza sobre mí...

Una vez que termino de gritar y saltar como una auténtica desquiciada, me doy cuenta de que una mata de rizos pelirrojos me está abrazando, casi hasta la asfixia.

—¡Vaya susto te hemos dado, ¿eh?! —Se está partiendo de la risa, literalmente.

—¿De dónde has sacado la llave?! —le pregunto, todavía aterrorizada, con la mano sobre el pecho para comprobar que el corazón me sigue latiendo.

—Sammuel ha sobornado al guardia de seguridad. —Lo señala.

Dirijo mis ojos hacia los suyos. Él se encoge de hombros negando con la cabeza; es evidente que ha sido idea de su mujercita.

—¡Enhorabuena, Betty! —sigue celebrando Elizabeth mientras yo continúo en estado de *shock*. Me aparta de ella para mirarme de arriba abajo como una especie de madre orgullosa—. ¡Estoy tan feliz por ti! —exclama.

—Deja que me recupere y ahora te lo agradeceré, Liz —baluceo.

—No tienes nada que agradecerme, cariño. Hemos venido antes que nadie para ayudarte con el catering y demás preparativos. Como no has querido que H.E. organizara el evento, seguro que algo saldrá mal, así que para eso estoy yo aquí: aniquilaré al que no esté en su puesto.

Ella y sus aires de grandeza..., ¡aunque no dudo que lo hará!

—Tranquila, Betty, ya he echado la pastilla en su zumo, enseguida comenzará a hacerle efecto y se relajará. —Sammuel aparece tras ella guiñándome un ojo, lo que me hace sonreír.

Lleva un esmoquin negro impoluto. Al principio no me caía nada bien, pero desde hace tiempo descubrí que es el yang que Elizabeth necesitaba en su caótica vida. Forman un equipo perfecto.

—¡Muy gracioso, Roc! —Ella le pega en el abdomen mientras pone los ojos en blanco.

—Gracias, Sammuel —ironizo un tanto cortada—. ¿Y Cathy? Pensaba que iba a venir.

Miro a mi alrededor para comprobar si mi sobrina postiza está escondida por algún rincón, pero no hay ni rastro de esa *princirroja* que me tiene loca.

—Los abuelos se pelean por quedarse con ella, y nosotros aprovechamos esos ratos para vivir —argumenta la madre de la criatura.

—Ya...

Ambas nos reímos porque sabemos de sobra que con la palabra *vivir* está haciendo referencia a fornicar como conejos.

—¡Va a acabar conmigo...! Deberían estudiarla, esa niña es una fuente inagotable de energía... —cuchichea Elizabeth a modo de secreto—. ¡Venga! Tenemos que organizar la música, las bebidas, la comida, los camareros... He pensado que las tarjetas puedes ponerlas por aquí...

—Elizabeth —la increpo, cortándola. Me examina como a un mono verde—. Relax. —Pongo los dedos como si estuviese practicando yoga—. Inspira..., esp...

—¿Qué relax ni qué leches? —suelta interrumpiéndome—. ¿Estás loca? ¡Faltan dos horas para que llegue todo el mundo y esto está patas arriba! —Me mira con esa cara de energúmena que conozco de sobra.

Cojo aire para armarme de valor.

—Ya no eres mi jefa, Elizabeth, debes aprender a vivir con ello, y de esas puertas para adentro las cosas se hacen como yo quiero; ¿lo vas a entender alguna vez?

Sammuel continúa observándonos. Tiene las manos metidas en los bolsillos para aparentar tranquilidad, pero me doy cuenta de que en realidad está tenso, creo que está sopesando si inmovilizar a su mujer para que no me asesine o irse a tomar un whisky doble y que sea lo que Dios quiera.

—Solo pretendía ayudarte... —De repente, Elizabeth hace un puchero y se pone a llorar.

—¡Oh, no! —La abrazo enseguida, acariciándole el pelo para tranquilizarla—. Lo siento, Liz, estoy muy nerviosa y no quiero que te preocupes ni que te esfuerces demasiado en tu estado.

—¡Estoy embarazada, joder, no inválida! ¡Todo el mundo igual...! —grita muy enfadada, deshaciéndose de mi abrazo.

Entonces Sammuel se da la vuelta y se dirige hacia la mesa de las bebidas. Finalmente se va a servir ese whisky y a pasar de nosotras. Yo no sé muy bien qué hacer, porque si ya de por sí está loca, embarazada ¡es la bomba!

—Chisss, nena, nena... —Sammuel vuelve enseguida y le entrega un zumo de naranja—. Betty sabrá lo que tiene que hacer, ¿de acuerdo? Y si necesita ayuda, te la pedirá. —Él me mira haciendo una mueca que no entiendo muy bien—. ¿No es así, Betty? —Enfatiza la pregunta con sus ojos violetas muy abiertos.

«¡Entendido!»

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! Claro que sí, te llamaré enseguida. —Le regalo una amplia sonrisa a Elizabeth. Ella afila la mirada y me estudia con detenimiento, después observa a Sammuel, que se muestra impasible, para volver a contemplarme a mí de nuevo. Me conoce mejor que yo misma, y sabe que miento—. ¡Lo juro! —añado con voz de pito y levantando la mano con rapidez, cual juramento *scout* eterno.

No parece en absoluto convencida. Aun así, ella, su tripón y Sammuel van a sentarse a regañadientes en los sillones de la esquina, momento que aprovecho para presentarles a mis hermanos, que están alucinando porque me codee con este tipo de personalidades.

Definitivamente, jamás podré liberarme de su yugo, lo que me une a ella es una especie de enamoramiento masoquista, pero sin deseo sexual de por medio. Es demasiado extraño.

* * *

Poco a poco, los invitados van entrando en la sala. La clínica no es muy grande, pero lo he dispuesto todo para que estemos cómodos, y parece más espaciosa de lo que en realidad es. Se compone de dos estancias: una, la recepción/sala de espera, y la otra, que es la consulta propiamente dicha, donde no vamos a entrar porque es mi santuario.

Ahora me arrepiento de no haberle hecho caso a Elizabeth, ya que, según van llegando los invitados, observo cómo contemplan las paredes, extrañados y me parece que la estancia tiene demasiado colorido. No obstante, me niego rotundamente a prestarle atención; seguro que está en su rincón, muy pagada de sí misma, con esa mirada de sobra conocida que significa «ya te lo advertí» dibujada en su espectacular rostro. La odio.

Ejerciendo mi posición de anfitriona, saludo a las personas cuando entran, pero una gran mayoría..., ¿para qué vamos a engañarnos?..., absolutamente *todos* se desviven por ir corriendo a saludar a Sammuel y, sobre todo, a Elizabeth.

Mis hermanos están en otro rincón, bebiendo ponche y contando chistes. Yo termino uniéndome a ellos.

Pasa un rato y parece que nadie nota mi ausencia.

—¿Qué ocurre, Bettina? —Peter me observa con cara de pena, apoyando la mano en mi espalda.

—Nada —resoplo agobiada.

—Venga, hermanita, a nosotros nos lo puedes contar. —Isaac nos interrumpe sin el menor tacto—. Esa pelirroja altanera te está quitando el protagonismo y estás celosa, ¿me equivoco?

Aunque sea la verdad, dicho así, suena fatal, y más cuando todos los invitados han venido gracias a ella.

—¿Qué? ¡No! ¡Para nada! No es eso, es solo que imaginaba que esta noche sería... distinta, pero veo que sigue siendo lo mismo de siempre.

Ninguno de mis hermanos objeta nada. Me conocen muy bien, pues en lo más profundo de mi ser sigo siendo esa niña inocente de pueblo, solo que ahora sufro delirios de grandeza.

Cabizbaja, salgo de la sala sin rumbo fijo. En un principio, la idea era escapar de todo el bullicio por un momento. Pero, poco a poco, sin saber cómo, he acabado en la calle.

No dejo de caminar. «A lo mejor, si doy un paseo, me relajaré del estrés para poder volver más fresca», me animo.

Al cabo de un rato, soy consciente de que me duelen los pies por los tacones. Entonces me observo como si estuviese fuera de mí, descubriendo que no llevo abrigo, ni bolso, ¡ni nada!

«¡Oh, por Dios...! Pero ¿dónde estoy?»

Levanto la vista del suelo para mirar a mi alrededor y descubrir que ¡estoy en la intersección de la Cincuenta y siete con la Octava Avenida!

«Madre mía, ¿cuánto tiempo llevo andando?»

Inmediatamente pienso en mis hermanos. Se estarán volviendo locos buscándome, y Elizabeth... ¡Oh, Dios, se le va a adelantar el parto!

¡Tengo que encontrar algún medio para poder comunicarme con ellos como sea!

Consigo detener a una señora que, sin ser demasiado amable, entiende mi desesperación y me presta su móvil a regañadientes. Voy vestida de Dior, digo yo que no debo de parecer una cualquiera que pretenda robarle.

Justo cuando me dispongo a marcar un número, pienso que no me sé de memoria ninguno, solo el de H.E., y a estas horas no hay nadie allí.

Le devuelvo el móvil a la señora, que me observa extrañada porque no entiende nada, pero sigo avanzando sin darle mayores explicaciones. Aplico así un principio básico que todos los que vivimos en grandes ciudades conocemos: si no vas a volver a ver a esa persona, ¿para qué perder el tiempo contándole tu vida?

Estoy lo bastante lejos de mi casa como para no llegar andando antes de tres días, y lo suficientemente lejos de Times Square como para dar marcha atrás.

Agotada, me siento en un banco de la Octava Avenida para ver si, descansando un poco, me invade alguna buena idea. Pero nada. Dentro de unos instantes comenzaré a llorar y a tiritar de frío, estoy segura.

Un repentino rugido en la calzada me saca de un violento zarpazo de mis lamentables cavilaciones. Levanto la vista con rapidez hacia el asfalto, pero mis ojos no alcanzan a ver el vehículo que emite tan desagradable estruendo: ha pasado demasiado rápido.

Antes siquiera de volver a ser consciente de mi estado emocional o, más bien, de mi estado *antiemocional*, noto un aliento cálido en el cuello. Me vuelvo bruscamente para descubrir a un hombre joven que me mira sonriente.

Me levanto dando un respingo del banco, intentando encontrar en mi cerebro una explicación medio lógica para que un completo desconocido me sople en el cuello en plena noche, en una calle bastante concurrida, arriesgándose con ello a que lo denuncie al agente de policía que tengo justo frente a mí. Y la única explicación que se me ocurre es que esté loco..., o que vaya borracho. Esto último no me parece muy probable cuando lo observo con más detenimiento, ya que lleva un casco de moto en la mano y... «¡Qué guapo es, el condenado!»

¿Un loco o un borracho? No estoy muy segura de cuál de las dos opciones prefiero.

Intento cerrar la boca, ya que ésta permanece abierta al observar el descarado con el que me contempla.

—¿Qué haces tú solita por aquí a estas horas de la noche, rubia? —Su voz resuena en mis oídos como las de los galanes de telenovela.

«¿Acaso pretende seducirme?»

—No creo que eso le incumba lo más mínimo, caballero.

Vuelvo a sentarme en el banco, mirando al frente y dándole la espalda, mientras rezo para que ese extraño descarado se vaya por donde ha venido, pues no me interesa en absoluto su compañía.

—Te equivocas, Beatriz, me importa más de lo que piensas —responde.

Salto del banco de repente y lo miro con los ojos entornados, esta vez examinándolo mejor. Me conoce de algo, está claro, ya que acaba de llamarme por mi nombre; es más, por el nombre por el que no me llama nadie, ni siquiera los más allegados. No tengo la menor idea de qué podrá conocerme.

Acto seguido, rodea el banco despacio, sin apartar sus ojos cristalinos de los míos, y se planta justo delante de mí, en una posición bastante chulesca, para que lo observe con detenimiento. Cosa que hago.

Lleva una chupa de cuero negra, que se abre para que descubra sus abdominales, muy marcados a través de su camiseta azul. «Primera deducción: este hombre va al gimnasio.» Me obligo a desviar los ojos enseguida hacia sus Levi's gastados y sus botas de montaña, porque mi imaginación ya comenzaba a sobrevolar ese gimnasio mientras él, sudoroso, hacía pesas. Vuelvo a mirarlo a la cara, algo sofocada, y entorno los ojos para observarlo con más atención. Ese rostro me resulta tan familiar...

Es moreno, lleva el pelo corto, peinado de punta pero algo desaliñado por haber llevado puesto el casco de la moto, aunque se nota que lo tiene muy cuidado. Sus ojos sorprenden de lo

azules que son, se ha dejado la típica barba de tres días, tiene los labios muy bien definidos, rosados y muy carnosos. He de decir, para ser sincera, que es tan atractivo que parece sacado de una revista de modelos de ropa interior. Menos mal que mi sexualidad está atrofiada, si no, ahora mismo estaría empapándome.

«Tengo que articular una palabra como mínimo, porque estoy a punto de sobrepasar el límite de lo estrictamente educado para mirar a alguien sin que parezca acoso, o una invitación a algo indecoroso.»

—¡Déjese de jueguecitos! Los dos sabemos que no lo conozco de nada, le ruego que me deje tranquila —lo reprendo enojada.

—Ya lo creo que me conoces, no te hagas la estrecha ahora.

«¡¡¡¿La estrecha?!!!»

—¡No sé quién se imaginará que soy, pero estoy segura de que se está equivocando de persona. Si no se marcha ahora mismo, me veré obligada a llamar a la policía! —exclamo indignadísima.

—De acuerdo, si no quieres que te ayude, me marcharé por donde he venido, tú misma. —Se vuelve y comienza a alejarse sin más dilación.

—¡No! ¡Espera! —No entiendo por qué mi boca pronuncia esas palabras, y menos aún que lo haga con ese tono de desesperación.

Él se vuelve para contemplarme, demasiado pagado de sí mismo, lo que provoca automáticamente que me eche hacia atrás. No comprendo el motivo, pero solo quiero fastidiarlo para borrar esa expresión de autosuficiencia de sus perfectas facciones.

—¿Ya sabes quién soy? —me pregunta intrigado, mientras se le dibujan unos sensuales hoyuelos a ambos lados de los labios. Al tener una mandíbula tan cuadrada, eso le dulcifica un poco la expresión.

—Ni lo sé, ni me importa —le contesto cortante.

—Mira, niñata de mierda... —Su expresión ha pasado de pronto del modo amigable al de matón de barrio; desvía la mirada un momento hacia abajo para resoplar con violencia y vuelve a clavar los ojos en mí—. No dispongo de toda la noche, he quedado con unas gemelas que están de muerte para jugar a médicos y enfermeras. Si quieres, te llevo a tu casa y, si no, te quedas aquí a dormir... Con un poco de suerte, algún mendigo compartirá su cartón contigo..., me la trae floja. —Y se vuelve de nuevo para continuar su camino mientras se pone el casco de la moto.

Por supuesto, no puedo evitar mirarle el culo y pensar en lo que habrá debajo de esos pantalones, porque promete bastante... Pero, volviendo a la cruda realidad... «¿Me ha hablado así... a mí?» Me resulta más chocante aún, si cabe, porque casi nunca he oído semejantes palabras en inglés.

Su respuesta hace que me quede boquiabierta por su desfachatez, pero que a la vez me levante inconscientemente para seguirlo como un perrito faldero, no sé muy bien adónde. Él ni siquiera mira hacia atrás para comprobar si voy tras él o no, sino que se limita a caminar unos cinco metros hasta que llega a la acera y se detiene delante de algo que se parece a una nave espacial, tipo *Batmóvil* pero en versión moto. Abre una puertecita escondida bajo el manillar y saca otro casco.

—Ponte esto, princesa. —Me lo lanza de mala gana.

«¿Cómo sabía que estaba a su lado si ni siquiera se ha dado la vuelta?»

—¡Ah, no! No pienso montar en esa máquina del infierno —protesto mientras retrocedo.

—¿Esperabas una carroza con caballos alados? —me reprocha.

—¡No..., pero al menos algo... con techo!

—Como quieras. —Se encoge de hombros y se monta en la moto mientras abrocha su casco con gran maestría.

La nave espacial no parece tan inmensa cuando la tiene entre sus piernas. ¡Vaya imagen de calendario tengo delante!

Me contempla demasiado serio. Creo que espera que me monte.

—He dicho que no pienso subir en eso —le repito indignada, mientras señalo el vehículo con un gesto despectivo de la mano.

—Me da igual lo que hagas, estoy esperando que me devuelvas mi casco.

«¡Será idiota!»

Miro el objeto que tengo entre las manos como si fuese a decirme algo. Jamás he montado en una moto y, desde luego, no será ésta la primera vez.

—C-a-s-c-o —deletrea exageradamente con la boca muy abierta, como si yo fuera un poco cortita y nunca hubiese visto uno.

—Muy gracioso —mascullo entre dientes.

Suelta una carcajada.

—¿Te estás riendo de mí?

¡Esto ya sí que es el colmo de lo absurdo!

—Claro que me estoy riendo de ti. Me resulta muy gracioso observar cómo *doña Preppy* se debate entre subirse en una moto con un completo desconocido, o quedarse a pasar la noche congelada en la calle. Me parece grotesco que te hagas la digna cuando sabes que soy tu única esperanza.

—¡No tengo intención de ir a ningún sitio con un desconocido! —Yo sigo en mis trece.

—¿Ah, no? ¿Eliges entonces la opción de la congelación? La verdad, te creía más inteligente, Beatriz. —Otra vez me rompe los esquemas.

Estamos en otoño y ahora no hace demasiado frío, pero de madrugada...

Arranca y entonces compruebo a quién pertenecía el sonido atronador de antes. Estira la mano para que le entregue el casco, pero yo lo aprieto contra mi pecho, me niego a devolvérselo.

—¿Por qué no me cuentas de una vez quién eres y así podré decidir con libertad si monto en esa máquina mortal o no? —propongo.

—Por nada del mundo te diré quién soy. Me muero de ganas por comprobar si eres capaz de hacerlo o no. —Esto me lo susurra para conseguir que mi entrepierna se estremezca, y he de confesar que, sorprendentemente, algo he sentido ahí abajo, y mira que antes pensaba que estaba muerto...—. ¿Te arriesgas, rubia?

—¡No! —Le devuelvo el casco, que mete en la puertecita al instante, sin dudarlo.

De nuevo he hablado por el mero hecho de llevarle la contraria y sin pensar en las consecuencias.

—¡Suerte! —se despide sin mirarme mientras, con un gesto rudo de su pie derecho, quita la patilla de la moto.

Se baja la visera del casco y entonces dejo de ver el azul de sus ojos. Mira la calzada para comprobar que no vienen coches por el carril por el que ha de incorporarse. Justo en ese momento, un fuerte escalofrío recorre mi cuerpo, advirtiéndome que estoy congelada.

De un salto, me sitúo delante de la moto, interrumpiendo su camino, lo que provoca que él frene en seco y me fulmine como si estuviese viendo un fantasma.

—¡Pero ¿qué cojones haces, tía?! ¡¿Estás loca o qué?! —grita enfurecido, levantándose la visera con violencia.

Y ahí están de nuevo esos brillantes ojos azules..., aunque ahora estén rojos de ira.

—Decido irme con el desconocido. —Lo que cuesta dar el brazo a torcer, ¿eh?

Saca el casco de nuevo de mala gana y me lo lanza, esta vez con más suavidad. Una sonrisa triunfal aparece en su rostro, aunque se apresura a cubrirla con la visera oscura del casco.

—Al número 382 de... —Trato de darle mi dirección, pero me interrumpe.

—Sé de sobra dónde vives, rubia.

«Si veo que se desvía del camino a casa para secuestrarme, me tiraré de la moto.»

Capítulo 7

No sé cuántos gritos he dado, me duele hasta la garganta.

En cada curva pensaba que iba a salir volando, y en cada adelantamiento me he imaginado estampada contra el coche de atrás. Creo que esta bestia maleducada lo ha hecho a propósito.

Nunca había pasado tanto miedo en toda mi vida. Esquivando coches, saltando semáforos, atravesando charcos... Durante el viaje satánico, me he jurado a mí misma que, si salía de ésta con vida, no volvería a montar en semejante máquina infernal... ¡Jamás!

Al bajar del artilugio maldito, me tiemblan las piernas, siento ganas de llorar de emoción al tocar por fin tierra firme, pero debo contenerme para no arrodillarme y besar el suelo, al menos mientras él esté presente, pues sería un despropósito.

—Eres la peor acompañante que he llevado nunca. ¡Me has dejado sordo! —Suenan enfadado, y se quita el casco para tocarse los oídos.

—¿Sordo? ¡Casi me tiras por el camino!

—¿Con lo bien agarradito que me llevabas? No te caerías ni aunque quisieras... ¡Joder, con la mojigata, me ha metido mano bien! —Y va y me guiña un ojo, ¡el muy capullo!

—¡Grosero!

Le lanzo el casco con fuerza, a ver si le parte la cabeza, pero lo atrapa al vuelo con una sola mano, como si se tratase de un simple trozo de papel.

Nos encontramos justo en la puerta de mi casa sin que yo le haya indicado nada. Me muero por averiguar cómo es que sabe dónde vivo, pero no quiero que se dé cuenta de ello. Aunque tampoco quiero que piense que me voy montando en todas las motos.

«Pero ¿qué me importará a mí lo que piense este ser insoportable?»

—Supongo que debo darte las gracias por traerme a casa.

Aunque me cueste reconocerlo, me ha salvado la vida, y dar las gracias es lo más correcto o, al menos, lo más educado.

—Puedes agradecerémelo arriba —me suelta.

—¿No habías quedado con las gemelas?

—¡Todavía tengo tiempo: en diez minutos estarás lista! —asegura.

—¡Vete al infierno, degenerado! —Le hago un corte de mangas que ni yo misma me creo y me doy la vuelta para dirigirme a toda velocidad hacia el portal.

Esta vez suelta una sonora carcajada.

—No te preocupes, no subiría a tu casa ni en tus mejores sueños, rubia.

—¿Sabes? —Me vuelvo para mirarlo—. Por haberme traído a casa, te concederé el beneplácito de no contestarte como mereces.

Reanudo el camino hacia el portal, dándole la espalda y esperando que haya alguien arriba, porque acabo de recordar que no tengo llaves.

Oigo un silbido a mi espalda.

—¡Vaya culazo, rubia! —vocifera por encima del ruido del motor.

—¡Eres un idiota! —Lo miro atónita, pero sin detenerme.

—Puedes estar tranquila, no me van las puritanas, seguro que eres de lo más aburrida en la cama, se te ve a la legua: postura del misionero con la luz apagada y punto. ¿Me equivoco? —me increpa desde su posición, sosteniendo la gran moto entre sus piernas cómodamente.

—¡Eso nunca lo sabrás, cretino!

Cierro el gran portón de hierro tras de mí a toda prisa, dedicándole una última mirada asesina antes de correr hacia el ascensor.

Oigo un estruendo en la calle y, cuando curioso el exterior, el desconocido ya no está.

Respiro hondo, con la espalda apoyada en la puerta del ascensor.

He hecho una locura, ¡y de las gordas! Me podría haber ocurrido cualquier cosa, pero no me ha sucedido nada, y lo peor de todo es que me siento demasiado bien. Creo que gritar como una desquiciada sin control durante media hora ha ayudado a ello.

No soporto a los hombres tan pagados de sí mismos. Piensan que, con tan solo chasquear los dedos, todas las mujeres besarán sus pies, pero alguna habrá que no quiera hacerlo. Como yo. Lo único que me ha hecho sentir ese dinosaurio salido son unas ganas enormes de abofetearlo.

«Y..., ¿nada más?

»¡No!»

Ése es justo el motivo por el que sigo soltera a los treinta y uno: todos los hombres me parecen iguales. Pueden dividirse en dos grandes grupos bien diferenciados:

Grupo A: *los guapos*. Lo consiguen todo por su físico, no les interesa nada de una mujer, salvo su cuerpo. O sea, sexo.

Grupo B: *los feos*. Se dedican a cultivar características no físicas para resultar atractivos a ojos de las mujeres, normalmente, su bolsillo. O sea, sexo.

A cualquiera de esos dos grupos se le puede añadir algún que otro complemento y/o adjetivo, incluso varios a la vez, con lo que resultan múltiples combinaciones, y todas ellas bastante variopintas. Algunos ejemplos: «millonario», «calvo», «gordo», «simpático»... ¿Que quién querría a un «feo calvo»? Muy fácil, si le añadimos el complemento «millonario», se lo rifarán, al menos las mujeres del círculo en el que yo me muevo.

A mí no me ha resultado atractivo ningún hombre hasta la fecha. Por unos motivos u otros, nunca he tenido novio ni nada que se le parezca, y me parece bastante improbable que vaya a tenerlo en el futuro. No soporto a ninguno. Mi cita más larga ha durado dos horas y ni siquiera nos besamos. Ya he asumido que seré la tía solterona que hay en todas las fiestas.

Subo a mi casa y llamo al timbre. No recuerdo haber dado llaves a mis hermanos, pero deberían tener mi bolso, eso si no están al borde del infarto en alguna comisaría.

La puerta se abre milagrosamente, para mi gran alegría, y mis tres hermanos se abalanzan sobre mí, casi llorando.

—¡Nos has dado un susto de muerte!

—¿Estás bien, Bettina?

Robert, Isaac y Peter no salen de su asombro. Me observan entusiasmados, examinándome a fondo para comprobar que no me falte ningún miembro.

—Tranquilos, chicos, estoy bien, solo necesitaba caminar un poco, pero cuando me he dado cuenta ya estaba demasiado lejos y se me había olvidado coger el móvil, así que me he venido a casa —alego intentando excusarme. Ellos no saben en realidad la distancia que hay entre un sitio y el otro, por eso no dudan de que mi patraña sea verosímil.

Cuando han terminado de echarme el sermón del siglo por salir sola tan tarde, les cuento otra versión de la historia más acorde con sus ideas, por consiguiente al final me he encontrado con «un amigo del alma» que me ha traído a casa en coche. Parecen más satisfechos con este cuento, por lo que, como es tarde, nos vamos todos a dormir.

Cuando compruebo mi móvil, veo que tengo mil llamadas de la esquizofrénica pelirroja, así que, para que al pobre niño que lleva en su vientre no le dé un miniinfarto, le escribo un wasap:

Todo OK, ya en casa. Mañana hablamos, besitos.

Sin embargo, tengo ganas de destrozar cosas y pegar puñetazos. ¿Quién se ha creído que era ese degenerado para tratarme como a una cualquiera?

No consigo dormir con tanta ira acumulada.

Capítulo 8

Estoy sentada a la mesa de mi consulta, estudiando un caso de un importante abogado que quiere que lo trate a él y a unos trabajadores de su empresa, aunque no sabe exactamente de qué. Sospecho que mi exjefa tiene algo que ver en ello, ya que no dejan de llegar pacientes que ni siquiera saben lo que quieren. Me huelo que algún tipo de chantaje les está haciendo para que acudan a contarme «lo que sea». Hasta la imagino haciendo el gesto con la mano con suma indiferencia.

Ya hace más de un mes que abandoné mi propia fiesta de inauguración porque Elizabeth me eclipsaba. Supongo que está preocupada, entre otras cosas, porque me ha obligado a confesárselo todo, me refiero al motivo por el que me marché de la clínica, no a lo demás, y, para ser sincera conmigo misma, ella no tiene la culpa de que todo el mundo la venere, ni de ser quien es. La culpa es mía por ponerme celosa sin motivos, pero no pude evitarlo. Ni siquiera en mi propia presentación fui la protagonista. ¡Qué necio fue soñar lo contrario!

—¿Disculpe?

Una voz grave me saca de repente de mis cavilaciones. Levanto la vista con rapidez y me topo de frente con esa mirada azul intensa.

—¿La señorita Swanson? —me pregunta con mucha educación, mientras se desabrocha el botón de la americana de su impecable traje de chaqueta azul marino.

«Pero si yo soy una buena persona. ¿Por qué a mí?»

—Me tomas el pelo, ¿no? —bufa frunciendo el ceño, mientras busco con la mirada a la recepcionista que debería haber recibido a este individuo y que, para no variar, no está en su puesto. Nota mental: «quitarle el móvil en cuanto vuelva».

—En absoluto, ¿debería hacerlo? —Verdaderamente parece extrañado.

—¡Oh, venga ya...!

No estoy dispuesta a soportar sus tonterías en estos momentos, tengo mucho trabajo gracias a la energúmena roja y sus sobornos.

—Disculpe mi despiste, pero no comprendo la razón por la que cree que debería tomarle el pelo, señorita —se defiende impasible y bastante serio. Le ha cambiado hasta la voz.

Dejo de buscar a mi ayudante con la mirada para centrarme en su persona; no me va a torear. Está plantado delante de mi escritorio con un traje azul oscuro de tres piezas, impoluto, de Dolce & Gabbana, una corbata azul celeste y una camisa azul en un tono más claro que la corbata, y lleva el pelo engominado hacia atrás a la perfección.

Obviamente, esta versión 2.0 del desconocido de la moto me gusta mucho más que la bestia parda del otro día. Lo que más me sorprende es que me mire como si de verdad no me hubiese visto en la vida.

—¿Qué tal lo pasaste con tus enfermeras lujuriosas?, ¿o tampoco te acuerdas de ellas? —le menciono burlándome de su farsa, a ver si se da por vencido.

—Discúlpeme, señorita Swanson. —A continuación, carraspea y prosigue en un tono más rudo—: No creo que tenga derecho a hablarme de temas sexuales, ni que sea de buen gusto hacerlo. He venido por una cuestión de negocios y, si no es usted lo bastante seria para ello, buscaré a otro profesional. Hay miles de psiquiatras en Nueva York. Buenos días. —Se vuelve y se dispone a salir por la puerta con gran indignación.

—¡No! —grito.

—Disculpe, ¿se dirige a mí? —Se gira con aires de grandeza y clava sus ojos color aguamarina en los míos, provocándome un impacto brutal.

Me encuentro en la tesitura de mandarlo al infierno o seguirle el juego. Es evidente que se acuerda de mí: en un mes no puede haberse olvidado, y más aún cuando ya me conocía de antes. Pero no sé por qué extraña razón mi instinto me ordena que lo detenga. ¿Para qué? No lo sé.

Se ha parado y me está mirando.

«¿Ahora qué?»

—Perdone mis modales, por favor, lo he confundido con otra persona que, *obviamente* —enfático—, no es usted. Ruego me disculpe, señor... —añado, invitándolo a que me indique, así, su nombre.

—Williams —afirma tajante.

«Mierda, no ha caído en la trampa.»

No conozco a nadie que se apellide así, a ver si a lo largo de la conversación consigo que me revele su nombre de pila, si no, seguiré estando igual de perdida con respecto a su identidad.

—Tome asiento, por favor, señor Williams, si es tan amable. —Le ofrezco con educación y con la palma de mi mano hacia arriba que lo haga en la silla que hay frente a mi mesa—. ¿En qué puedo ayudarlo? —pregunto, mientras él se sienta poco a poco donde le he indicado.

A amabilidad en entornos hostiles no me gana nadie.

—Quiero remodelar mi temperamento y me gustaría que fuese usted la encargada de hacerlo, ya que me han dado muy buenas referencias.

Ya me imagino quién se las ha dado.

—De acuerdo. Para ello necesitaría saber algunos datos, como, por ejemplo, ¿a qué llama usted *remodelar* exactamente?

—¿Y usted?

—¿Perdón?

No sé qué pretende siendo tan borde y estirado. Está ahí, sentado tranquilo frente a mí, sin inmutarse, y no aparta su mirada de la mía; da la impresión que me esté estudiando. Todo esto me está resultando bastante violento.

—No creo que sea muy difícil entender mi pregunta, pero como veo que le está costando un poco, la ayudaré: ¿A qué llama usted *remodelar*, doctora Swanson?

—Modificar la estructura y/o la apariencia de algo, en este caso, de su temperamento — respondo arrogante, y tomo aire para no escupirle.

—Muy bien, entonces lo que quiero es modificar la estructura y/o la apariencia de mi temperamento. ¿Qué más datos necesita para ponerse cuanto antes con ello?

—En primer lugar, tiempo, ya que tengo varios...

—Siento desilusionarla —me interrumpe grosero—, pero precisamente *tiempo* —subraya la palabra— es algo que no voy a concederle. —Luego apoya la espalda en el respaldo de la silla sin dejar de mirarme. Está observando con mucha atención cada uno de mis gestos.

—Con el debido respeto, no creo que esté usted en posición de concederme nada, señor Williams.

—Con el debido respeto, estoy en una posición más que sugerente para concederle un sinfín de cosas..., doctora. —Se humedece los labios demasiado despacio para mi gusto, justo después de susurrar la palabra *doctora*.

No consigo apartar la vista de su lengua durante el trayecto por sus carnosos labios rosados.

—Hace tiempo que no habla de negocios, ¿verdad? —me arriesgo a aventurar mientras aprieto los muslos.

—En ningún momento he dejado de hacerlo, señorita. Para ser sincero, me preocupa su obsesión con el sexo; me temo que voy a tener que aplazar esta visita para otro momento. No la veo muy... centrada.

El muy capullo cree que puede salirse con la suya, pero no se lo voy a permitir.

Se levanta de la silla y se abrocha magistralmente la americana con una sola mano a la vez que extiende la otra para estrechar la mía.

—¡Ni lo sueñes! ¡Puedes largarte por donde has venido y no regresar jamás! —le grito muy cabreada.

Él retira la mano y la mete en el bolsillo del pantalón. Me contempla de arriba abajo, sé de sobra que esa mirada no es nada profesional.

—Doctora Swanson, ha sido una total desilusión conocerla. No se preocupe, por supuesto que no volverá a verme por aquí, pero desde luego me encargaré en persona de que la señora Roc se entere de cómo trata usted a sus pacientes.

—¿Ah, sí? ¿Tú también eres un enviado especial de esa arpía? ¡Pues dile de mi parte que se meta a sus pacientes ficticios por donde le quepan! —chillo como una posesa.

El falso señor Williams, o comoquiera que se llame, se marcha por la puerta con paso firme, sin un ápice de duda; parece incluso escandalizado.

Me encierro en la consulta y cancelo la otra visita que tenía para hoy, solo quiero llorar y pegarme de cabezazos contra la pared.

¿Por qué tengo siempre consejos y pautas de conducta para todos menos para mí?

Capítulo 9

—Sandra, necesito que seas sincera conmigo.

—Siempre lo soy, Betty, y por eso mismo creo que deberías parar de beber. No estás acostumbrada.

—¿Crees que alguna vez saldré de detrás de la gigantesca sombra de Elizabeth Hudson? — Ya está, he hecho la pregunta del millón.

Me mira con cara de pena.

Sandra es una joven abogada que comparte el cuarto piso del edificio conmigo. Nuestras dos empresas ocupan toda la planta del inmueble, de lo que se deduce que éste no es demasiado amplio. Es más joven que yo, debe de tener veintipocos, pero es muy educada y, como tampoco tiene un número desorbitado de clientes, nos pasamos las horas muertas charlando junto a la máquina de café.

Hoy, en cuanto aquel ser despreciable ha abandonado mi oficina, la he invitado por primera vez a salir de copas, cosa que no ha dudado, por lo que aquí estamos, como dos marujas lloronas y borrachas. Bueno..., yo más borracha que ella.

—¡Oh, cariño, ya has salido de allí! Lo más difícil está hecho. Has sido muy valiente dejándolo todo para montar tu propia clínica. Allí lo tenías todo fácil, podrías haber seguido cómodamente escondida tras sus faldas, en cambio, has querido alcanzar tu sueño y estás luchando por él. Eso te honra.

—Por un lado, lo tengo todo y, por el otro, no tengo nada. —Hago los gestos con ambas manos, como si se tratase de una balanza bastante inclinada hacia el lado del *todo*—. Y yo voy y elijo la opción más absurda, la de abandonar el todo por la nada, para hacer algo que nadie sabe cómo acabará. No ha sido muy inteligente por mi parte, ¿no crees? —Me revuelvo el pelo con ambas manos.

Me oigo a mí misma hablar y me parece que sueno normal, pero tengo la impresión de que Sandra me oye un tanto gangosa, por las expresiones que pone cuando hablo. Es verdad que me cuesta un poco vocalizar, por eso acompaño las palabras con gestos exagerados de las manos, cosa que no suelo hacer.

Alguien pasa entonces por nuestro lado y me roza el brazo. No creo que haya sido casualidad, ya que he sentido un ligero pellizco, aunque a lo mejor ha sido producto de mi imaginación, azuzada por el alcohol. Miro para comprobar de quién se trata..., y siento un cosquilleo en el estómago al descubrirlo.

Mis ojos vislumbran de inmediato al extraño de la moto acompañado por dos chicas, una sujeta de cada brazo. Los tres se dirigen entre risas y arrumacos hacia la pista, no creo que me haya visto. Va acompañado de las dos mujeres más guapas del mundo, ¿cómo iba a mirarme siquiera? Pero ¿es que acaso quiero que lo haga? Y entonces ¿quién me ha pellizcado?

Los observo con disimulo mientras Sandra me habla de su aburrido plan de negocio, hace rato que he dejado de escuchar. Mis cinco sentidos están centrados única y exclusivamente en tres personas que bailan en la pista de una manera más que provocativa. Las dos chicas hacen lo posible porque el hombre les dedique sus atenciones. Éste, aparte de toquetearlas y besarlas cuando quiere y donde le viene en gana, también dedica su *afecto* a otras mujeres que están bailando a su alrededor. Me parece el culmen de la humillación femenina. Siento náuseas.

—¿Bailamos o prefieres que nos vayamos a casa? —Sandra suena preocupada.

—¡Bailemos, bailemos! —grito mientras la arrastro literalmente hasta la pista.

Antes de darme cuenta, estoy a medio metro escaso del trío caliente. Intento no mirarlo demasiado para disimular, aunque es inevitable, mis ojos siempre acaban en él.

Para mi asombro, compruebo que las chicas también se besan entre ellas, y que el extraño motero tiene metidas ambas manos por debajo de sus vestidos. Me puedo imaginar lo que está sucediendo, teniendo en cuenta la cara de éxtasis de las susodichas; casi puedo oír sus jadeos. Lo que me sobresalta es que, cuando mis ojos buscan los suyos para comprobar qué expresión tiene mientras comete semejante desfachatez en medio de un local repleto de gente, me encuentro de golpe con que está devorándome con la mirada. Casi no se percibe un atisbo del azul de sus ojos; es todo negro, puro deseo.

«¿Es posible que esté dando placer a esas mujeres mientras me mira a mí así?»

No puedo negarlo, y mucho menos evitarlo: algo en mi interior se despierta con ese inesperado impacto visual. Nunca antes lo había sentido, y me veo obligada a apretar un muslo contra el otro. ¿Qué me está sucediendo? ¿Se estará dando cuenta? ¿Lo habrá provocado él?

De repente, una de las mujeres grita y la otra la sigue al instante, pero él enseguida sofoca sus gemidos con besos violentos, para que la gente no se percate de lo que acaba de ocurrir.

Entonces no lo dudo ni un segundo: me doy la vuelta y me dispongo a salir del local casi corriendo, y me olvido por completo de Sandra, pero es que no soporto seguir viendo semejante espectáculo pornográfico.

Cuando estoy en la calle, a la espera de un taxi, medio tambaleándome, intentando por todos los medios no perder el equilibrio y caerme de culo al suelo, me agarran del brazo violentamente. En un principio no opongo resistencia porque pienso que es Sandra, que viene a pedirme explicaciones por haberla dejado tirada en medio de la discoteca sin decirle nada. Pero, cuando me vuelvo, esas dos esferas azules impactan contra mí, y es entonces cuando empiezo a forcejear y a intentar zafarme de él con todas mis fuerzas.

—¡Chiss, tranquilita, rubia!

—¡Suéltame! —le grito muy enfadada—. Ni se te ocurra tocarme con esas manos, ¡cerdo!

Entonces me suelta...

... Y era obvio que me iba a caer.

Es imposible describir todos los sentimientos que se me pasan por la cabeza cuando estoy

sentada en el suelo. Rabia, ira, humillación, consternación, desesperación, impotencia, vergüenza, rabia, ira, rabia, ira, rabia, ira, sed de venganza... ¿Me he olvidado de *ira* y de *rabia*? Ojalá fuese un poco más grande para poder levantarme y asestarle un buen puñetazo en toda la cara.

—Tú lo has querido. —Me mira desde arriba, medio sonriente, con las manos metidas en los bolsillos de su chupa de cuero.

—¡Lárgate, desgraciado! ¡No quiero volver a verte en mi vida!

Necesito que se vaya para poder llorar a gusto. Me siento tan impotente...

—No entiendo por qué estás tan cabreada, rubia, me has pedido que te soltara y lo he hecho —se excusa.

—Sabías que me iba a caer, ¡lo has hecho a propósito! Un caballero jamás haría eso.

—¿Ah, no? Y ¿a cuántos caballeros conoces tú para hacer semejante afirmación? —Sueno algo enfadado.

—¡Y ¿a ti qué te importa?! Hasta un perro pulgoso sería un caballero comparado contigo.

—Yo no soy ningún caballero, ni pretendo serlo, pero tú tampoco tienes pinta de que te vayan los caballeros, rubita.

—¡Te he dicho que te largues! ¿O es que eres obediente solo para lo que te conviene? ¡Ya estás tardando! —grito colérica.

Entonces da media vuelta y se dirige con paso relajado hacia el interior del local, sin ni siquiera ayudarme a levantarme del suelo.

«¡Vaya sinvergüenza!

»¡Qué maleducado!»

Me incorporo como puedo y llamo a un taxi. Pronto, un coche amarillo se detiene delante de mí y le indico la dirección para que me lleve a casa.

* * *

Durante el trayecto voy llorando como una desesperada. El taxista debe de pensar que se me ha muerto alguien. Me pregunta un par de veces si me encuentro bien, pero como no le doy pie a alargar la conversación, acaba desistiendo.

Cuando se detiene delante de mi portal, le pago y me dirijo corriendo a mi refugio.

En cuanto entro por la puerta del apartamento, corro a mi habitación y allí paso la noche mitad llorando, mitad durmiendo, compadeciéndome de mí misma por tener tan mala suerte en todo.

Capítulo 10

Hoy me he levantado como nueva. Es sorprendente la capacidad de recuperación que tengo. Extrañamente, nunca he sido una persona negativa ni depresiva, ni siquiera con mi tendencia a atraer los problemas. He aprendido a vivir con ello y lo llevo bastante bien. Si voy de pícnic porque hace un día soleado, me llevo un paraguas porque sé que va a caer el diluvio universal en cuanto ponga el mantel sobre la hierba. Así es mi vida.

Con lo que no consigo lidiar es con la gente malintencionada que busca hacer daño de forma gratuita a los demás, porque yo nunca me meto con nadie. El curioso personaje de la moto se divierte viéndome sufrir, y eso es lo que no concibo. Preferiría que todo esto no hubiese sucedido nunca y que no nos hubiéramos encontrado aquella noche. Espero no volver a verlo más, porque me altera muchísimo y a mí me gusta tener mi mundo organizado y en orden.

Se abren las puertas del ascensor que lleva a mi consulta. Camino abstraída pensando en cómo hacer las técnicas de relajación que tengo que diseñar para el señor Roc, porque, sospechosamente, él y Elizabeth ahora quieren hacer terapia de pareja. Creo que a ella ya no se le ocurren más cosas para poder regalarme dinero. Una terapia de relajación con esos dos en la misma habitación es tan imposible como ver al demonio de Tasmania haciendo yoga.

Al entrar en la clínica saludo a Mary, que ni siquiera me contesta porque está wasapeando mientras suena el teléfono de la consulta y, para no variar, no le hace el menor caso. No niego que me dé cierta envidia que tenga una vida social tan intensa como para estar a todas horas con el móvil, pero odio que descuide sus responsabilidades laborales al hacerlo.

Cuando la contraté me prometí a mí misma no ser una jefa tirana como la innombrable, pero cada día me saca más de mis casillas. Intuyo que acabaré dándole la razón a mi querida señorita Hudson cuando me decía que a los trabajadores hay que darles un latigazo de vez en cuando para que recuerden quién es el líder de la manada.

Entro en la consulta concentrada en mis pensamientos, cuando descubro que hay un hombre sentado en la silla.

—¡Lárgate de aquí de inmediato! —le increpo. No hace falta ni que se dé la vuelta, lo conozco a la perfección.

—Vaya modales, doctora Swanson —responde molesto con su voz seria.

—¡Ja! ¡Aun así, son mucho mejores que los tuyos! Si no te marchas ahora mismo, llamaré a seguridad.

Se vuelve despacio y clava sus ojos glaciales en los míos. Hasta su mirada parece distinta,

deberían darle el galardón a la mejor interpretación masculina.

—¿Podemos hablar como dos personas adultas y civilizadas, por favor? —Se incorpora al verme tan desquiciada.

—¿Adulto?! ¿Civilizado?! ¿Quién, tú?

No me he dado cuenta de que he ido retrocediendo hasta que mi espalda se topa con la pared. Él avanza muy despacio hacia mí con una mano en alto, como si intentase defenderse con ella del inminente ataque de una leona enfurecida, o algo peor.

—Tranquilícese, por favor, vengo a firmar la paz.

—¡No quiero firmar nada contigo! Solo quiero que te vayas por donde has venido y no volver a verte nunca más, ¡cretino!

—A ninguno de los dos nos interesa que eso ocurra, doctora. —Suenan altaneros, y me cabrea por momentos—. Yo quiero remodelar mi carácter y usted quiere captar pacientes que no hayan sido sobornados previamente por Elizabeth Hud..., perdón, Elizabeth Roc.

Abro mucho los ojos por ese pequeño error por su parte, que no sé si ha sido intencionado.

Estoy atrapada entre su cuerpo y la pared, solo unos escasos centímetros impiden que nos rocemos, y eso me hace temblar como un flan.

—Prometo que será solo trabajo, nada de placer —me susurra.

Se pasa la lengua por el labio inferior poco a poco mientras me acecha con suspicacia para comprobar si soy capaz de mantener los ojos alejados de su lengua, pero no se saldrá con la suya tan fácilmente, ya que ni siquiera miro su boca de soslayo. Le sostengo la mirada con dignidad, aunque no puedo evitar ponerme nerviosa al hacerlo...; ¿se dará cuenta?

—Eso no hacía falta ni que lo especificaras —refunfuño, observando todo a mi alrededor. Estamos solos y eso me aterra.

—¿Eso es un «sí»? —tantea.

Creo adivinar un atisbo de sonrisa en su rostro que enseguida se apresura a disimular. Entonces se aparta para permitir que yo avance con cautela hasta rodear mi mesa. No lo pierdo de vista con el rabillo del ojo, pues me sigue como un corderito manso.

—Si es solo trabajo, deja de mirarme el culo, degenerado —gruño.

—Si se pone esas faldas, es inevitable —se excusa.

—Pues más te vale no volver a hacerlo. —Lo amenazo con un dedo.

—A sus órdenes, señora.

Me apoyo en la mesa intentando no reírme por su broma; ya lo último que me faltaba es que piense que, aparte de increíblemente guapo, encima es gracioso. Él retira la silla que está frente a mí. Me detengo un instante para observarlo mientras toma asiento. Lleva un traje distinto del otro día, pero de la misma calidad, con lo que deduzco que tiene bastante dinero y al menos en eso no me está engañando. Se quita la americana con sumo cuidado y la coloca con esmero sobre el respaldo de la silla. Se puede apreciar que debajo de esa camisa blanca hay mucho músculo, muy terso... «¡Oh, por Dios, Betty! ¿Qué demonios estás haciendo?»

Por último se sienta y me enfoca con el azul de sus ojos, y su mirada se va directa a mi culo. Yo permanezco en pie, alerta, sintiendo que puedo escapar de aquí en cualquier momento si la cosa se pone tensa.

—Antes de nada, quiero dejarte claro que no voy a firmar ningún informe, ni a evaluarte, a no ser que confieses de qué nos conocemos —puntualizo.

—¿Nos conocemos de algo, doctora? —Levanta una ceja, parece intrigado de verdad.

—¡Deja de hacerte el idiota! Es obvio que sí, a no ser que sepas dónde viven todas las mujeres de Nueva York. —Acompaño mis palabras con movimientos exagerados de los brazos.

Él se echa hacia adelante para apoyar los codos sobre la mesa y se acaricia la mandíbula de un modo varonil con la mano derecha. Me observa meditabundo. Realmente me está haciendo dudar si nos conocemos.

—¿Tiene miedo de que sea alguien a quien ha conocido en una de sus noches locas y no se acuerde usted de mí? Debo decir que, en tal caso, me sentiría muy ofendido, ya que todas mis amantes me recuerdan..., a la perfección.

Sus palabras hacen que dé un respingo, no sé qué diantres me sucede con este hombre.

—¡Yo no soy mujer de noches locas!

—Nadie la juzga, doctora, su vida privada no me interesa.

—No tientes a la suerte, Williams, todavía no hay nada firmado y ya me has mirado el culo y me has provocado al desnudarte en mis narices. ¡Todo eso sin mencionar nada de lo que ha sucedido fuera de la consulta! ¿No era de negocios sobre lo que estábamos tratando?

—Discúlpeme, pero es usted la que insiste en preguntar sobre mi vida privada aun sin ser todavía su paciente. Permítame añadir que me siento muy halagado sabiendo que la provooco con tan solo quitarme la chaqueta, pero nada más lejos de mi intención. —Me mira con aires de superioridad.

—Yo no te... —Me interrumpo al ser consciente que de que esto no nos lleva a ningún sitio.

Cierro los ojos, tomo aire. Lo conozco de algo, pero por alguna extraña razón es materia reservada en mi memoria, y eso me pone más nerviosa aún.

—¿Me recuerda ahora? —Sueno impaciente, pero pretende parecer calmado.

—No, si he de ser sincera, no, aunque tarde o temprano lo haré.

—Quizá no me conozca, es posible que le suene mi cara de verme en alguna revista.

—¿Sales en las revistas?

—Soy dueño de una, y precisamente es ésa la razón por la que quiero cambiar. ¿Empezamos?

No va a engañarme, sigue sabiendo mi dirección y mi nombre, pero voy a dejarlo pasar..., de momento.

—De acuerdo. ¿Qué es lo que quieres *remodelar* exactamente? Y no me vengas con jueguecitos como el del otro día —le advierto con el dedo.

Se levanta, se dirige al otro lado de la consulta y coge un maletín que no había visto hasta este momento. Vuelve hasta mi mesa y lo coloca encima. Lo abre con mucha ceremonia y extiende unos planos delante de mí.

—Esta es la editorial, quiero derribarlo todo y dejarlo diáfano. Y pretendo hacer lo mismo con mi persona. Lo demás lo irá descubriendo usted sobre la marcha.

—Hay edificios que están protegidos y no permiten obras. —Uso esa metáfora para que me entienda sin ir directa al grano.

Rodea la mesa despacio, se planta frente a mí y me mira con sus ojos penetrantes.

—Éstos son los muros. —Me coge la mano y se la pone sobre el pecho, sosteniéndola entre las suyas.

Nos miramos los dos un solo instante, pero me parece eterno. Retiro de inmediato la mano porque siento un estremecimiento repentino debido a su tacto. Él no opone resistencia a mi huida, se limita a mirarme fijamente, parece algo extrañado, perdido, me atrevería a afirmar que incluso vulnerable. Baja la mirada hacia su mano poco a poco mientras la mueve como si quisiera recuperar el riego sanguíneo en ella y luego me observa de nuevo con incredulidad. Su mirada representa una gran amenaza para el poco juicio que me queda en este momento. ¿Qué está ocurriendo aquí?

—Creo que deberíamos dejar esto —afirma rotundo.

Recoge corriendo el plano, que arruga y mete con rapidez en el maletín. Pega un tirón de la chaqueta que permanecía colgada en la silla y, mientras se la pone como alma que lleva el diablo, desaparece por donde ha venido, dejándome con mil preguntas sin responder y muchas ganas de gritar.

¿Serán hermanos gemelos?

Capítulo 11

—¿Hasta cuándo piensas mantener esta situación, pedazo de cabezota? —Su voz a través del teléfono sigue poniéndome en guardia.

—Buenos días, señora Roc, yo también me alegro de hablar con usted, me agrada comprobar que se ha levantado de muy buen humor..., para variar.

Sé que la repatea que la llame por su apellido de casada, porque ni ella misma asume que debe llevar el de su marido, pero intenta disimularlo por todos los medios y yo adoro hacerla rabiar; siempre salta más rápido que una astilla.

—¡Déjate de rollos, Betty, no cambies de tema! Todos mis clientes me han contado que te has negado a atenderlos..., ¿cuál es el problema? Están locos y quieren gastar dinero en curarse, ¿no te dedicas a eso?

—No me dedico a estafar a la gente que se siente coaccionada por ti.

—¡Oh, yo no coacciono a nadie! Solo les he recomendado con amabilidad que visiten tu consulta. —Parece tan indignada que, si no la conociese, me lo tragaría.

—Sí, sí, sí, puedo imaginar con cuánta *amabilidad* has hecho tal recomendación.

Se me escapa un bufido seguido de una risa al imaginármela sujetando por los huevos a uno de los peces gordos que han venido últimamente, mientras le *aconseja con dulzura*: «O vas a la consulta de mi amiga o te hundo en la miseria».

—Betty, en serio, así no vas a llegar a ningún sitio. Una empresa es muy difícil de levantar de la nada. Tú tienes la suerte de que yo puedo proporcionarte algunos contactos, ¿por qué no aceptarlos? ¡No lo entiendo!

—Liz, ya hemos hablado de esto mil veces, no quiero que estés siempre detrás de mí, ayudándome, quiero hacerlo sola. —Suelto un suspiro de aburrimiento. Dios me dio una madre pasota y ahora tengo a la bruja malvada pendiente de mí a todas horas.

—¡Qué tonta eres!

Está enojada de verdad, así que intento calmarla un poco, aunque nos conocemos demasiado bien la una a la otra como para que muerda el anzuelo.

—Te prometí que, si necesitaba ayuda, te la pediría, ¿no? —Mi voz es muy serena, si la provoco sé que su huracán me arrasará.

—¡Ja! ¡No me pedirías ayuda ni aunque se te cayera el edificio encima, eres orgullosa en exceso, Swanson! Eso debe de ser producto de tus raíces españolas.

—Le dijo la sartén al cazo... —Me río—. Venga, Liz, no seas pesada; desde que eres madre

te has tomado demasiado en serio eso de cuidar de todos, y yo ya soy mayorcita. ¡Oye! Cuéntame qué tal mi sobrinita, eso sí que me interesa.

Aunque no sea mi sobrina de verdad, a los efectos es como si lo fuera; no podría quererla más, ni aun siendo de mi sangre.

—¿Tu sobrinita? ¿Querrás decir el *demonio*?

Me parto de la risa, ¿a quién se parecerá?

—Tiene una buena maestra —digo entre carcajadas.

—¿Sabes lo que acaba de hacer?

—¡Sorpréndeme!

—Se ha levantado de la cama antes que nosotros, ha salido a la calle sola y en pijama, con el frío que hace. Y ¿qué te crees que ha hecho, la mocosa? Ha arrancado de cuajo todas las orquídeas que tenía plantadas en el jardín, ¡para que su padre la viese rodeada de flores al bajar a desayunar! Cuando he llegado y he visto tierra por todas partes... ¡Jesús! Encima, la señora Wilson y John se afanaban por limpiar la matanza floral para encubirla. Menos mal que ellos han llegado antes que yo, ¡porque la habría estrangulado!

—¡Pobrecita mía, solo quería decorar la casa para su papá!

—¿Sabes cuánto me costó que ese maldito japonés viniese a cuidar las condenadas orquídeas? —bufa.

—Y ¿qué tienen de especiales? Compra otras y problema resuelto.

—¡Oh, no! Nos las regaló mi cuñado como algo valioso en extremo, ¡bendita la hora! Y ahora va ella y las descuartiza.

—Eres una madrastrona, no entiendes el lado romántico de las cosas.

No hace falta que le explique lo que significan mis palabras castizas porque ya está acostumbrada.

—¡¿Romántico?! ¡Entre su padre y ella me van a volver loca! —vocifera indignada.

—¿Más de lo que estás? No creo que sea posible. —Nos reímos las dos—. Aunque deberíais tratar de que no salga sola a la calle, eso sí me preocupa, Elizabeth. Nunca se sabe quién puede andar cerca.

—Ya salió la gallina clueca —protesta—. John está siempre despierto, ese negrazo no la pierde de vista, ¡ni su ángel de la guarda la tiene tan vigilada! De no haber sido así, no quiero ni imaginar la que habría liado. ¡Ay, mi pobre jardín japonés!

Por un lado, me apasiona ver la nueva faceta jardinera de Elizabeth, cuidando de algo que no sea su propia persona, realmente está irreconocible. Ha pasado de ser Miss Déspota Egocéntrica a Sor Hudson. Aunque, la verdad, me gustaría vivir siempre junto a Cathy para apoyarla en estos casos, porque su madre está chiflada. Por otra parte, me alegro de que por fin hayamos dejado el tema de los falsos pacientes y la clínica para charlar sobre nuestras cosas, como solíamos hacer. Somos el yin y el yang, nos complementamos, por eso nos llevamos tan bien. Ella es la parte perversa de la que yo carezco y yo soy la voz de su conciencia. Puede que ella sea la única amiga que haya tenido en toda mi vida, y viceversa.

Mary se asoma por la puerta sin llamar antes, haciéndome un gesto vulgar con la mano para indicarme que tengo una llamada.

—Liz, tengo que dejarte, me llaman a la consulta.

—Vaya por Dios. En cuanto termines, llámame, necesito que me des cita para eso de la relajación que...

Le cuelgo. ¡Con esta mujer no hay manera!

—Pásame la llamada —le indico a Mary, que desaparece de mi vista mascando chicle y haciendo pompas.

Al momento, suena mi teléfono y respondo.

—¿Sí?

—Preguntan por ti.

Oír la voz de Mary al otro lado de la línea me irrita, es una maleducada; a mí jamás se me ocurrió tutear a Elizabeth cuando trabajaba para ella.

—¿De quién se trata? —pregunto, intentando no alterarme.

—Ni idea, es un tío.

Es entonces cuando me doy cuenta de que mi paciencia se encuentra al límite. Los falsos pacientes que me mandaba Liz agotaron todas sus excusas y al final me negué a tratarlos porque ni ellos mismos sabían lo que querían. Debido a mi integridad moral, no tengo ingresos y el sueldo de mi ayudante es bastante elevado; no conozco a nadie que cobre semejante cantidad por wasapear con sus amigos.

Suspiro indignada con la situación.

—Mary, ¿crees que es normal lo que haces?

—No sé a qué te refieres —me contesta con gran pasotismo.

Entonces me olvido por completo de la persona que está esperando al teléfono y me centro en descargar toda la furia acumulada en mi *ayudante*, que, por cierto, en las cinco semanas que lleva en la clínica, no me ha ayudado absolutamente en nada.

—Me refiero, en primer lugar, a que tengas la desfachatez de venir a trabajar y ni siquiera contestes al teléfono cuando suena porque estás tonteando con tus amigos por el móvil; ¡es que lo haces incluso cuando estoy yo delante!

—Y ¿qué quieres que haga?, ¿que mire al techo? No tengo trabajo, ¡aquí no viene ni Dios!
—vocifera.

«¡Oh, esto ya es el colmo!»

—¡¿Cómo te atreves a hablarme así?! ¿Es que no te han enseñado a respetar a tus jefes? —le espeto.

—Los jefes tienen que saber serlo y ganarse el respeto de sus empleados. Yo vine aquí para aprender y, si no hay pacientes, no aprendo nada.

—¡Pues entonces puedes coger la puerta y marcharte!

Oigo cómo cuelga el teléfono y espero unos minutos sentada en mi sitio a que venga a disculparse en persona. Pero no sucede.

Respiro hondo para lograr serenarme y dar el siguiente paso.

Salgo para pedirle explicaciones por lo sucedido y hablar con ella con más tranquilidad, pues las dos nos hemos alterado demasiado.

Cuando he conseguido recobrar el sentido común al descubrir con cara de tonta que no hay

nadie, me quedo un rato pasmada mirando la silla vacía. ¡Se ha ido!

Me siento tan mal que la única escapatoria posible es salir de aquí.

* * *

Nunca he ido sola a un bar, pero se trata de un caso extremo. Ahora estoy sentada en un taburete, apoyada en la mugrienta barra de madera del bar de la esquina, mientras intento terminarme la última copa, pero no hay manera. Creo que cuando las cosas comienzan a dar vueltas a tu alrededor es una clara señal de que debes dejar de beber.

No me gusta el alcohol, solo bebo cuando hay alguna fiesta o celebramos algo. Con dos vinos voy borracha por completo, así que ahora, con cuatro copas de ron, veo estrellas fugaces por todas partes.

Salgo a la calle como buenamente puedo, tambaleándome. Me agarro a todo lo que me encuentro de camino, incluidas varias personas. Si no logro detener a un taxi cuando estoy serena, en mi estado actual no lo conseguiré nunca...

—¡Taxi! —grito con todas mis fuerzas.

Pero no creo ni que me hayan oído los chicos que están a mi lado haciendo lo propio. Como tenga que pelearme con ellos por el único taxi que se detenga..., vamos listos.

—¡Eh, tíos, mirad, esa rubia tiene pinta de querer guerra!

Miro a ambos lados... «¡¿“Esa rubia” soy yo?!... ¡¡¡Y ¿¿¿tendré pinta de querer algo que no seairme a dormir???!»

Les dedico una mirada amenazante, pero no parece que se den por aludidos.

—Con el pedo que lleva, seguro que tiene para todos.

Se están riendo y se acercan mientras yo no puedo ni dar un solo paso. Con mantener el equilibrio para no caerme a la calzada ya tengo suficiente.

—Agárrala, Mike, ahí detrás hay un callejón poco iluminado, nadie nos verá.

No me da tiempo ni a procesar la información cuando uno de ellos, el más corpulento —supongo que el tal Mike—, me coge por la cintura y me tapa la boca con su manaza. Estoy a punto de perder el conocimiento, pero pienso que, si lo hago, cuando lo recobre estaré tirada en ese callejón medio moribunda, así que intento luchar con las pocas fuerzas que me quedan para que me suelte. No obstante, el desgraciado que me arrastra por la calle no parece ni inmutarse ante mis golpes.

Al final consigo morderle la mano, siento cómo su sangre asquerosa y caliente inunda mi boca. Y es entonces cuando me suelta como por acto reflejo para retorcerse de dolor y proferir diversos insultos contra mí. Al caer al suelo, me pego un gran porrazo, pero trato de huir a toda prisa como puedo, aunque enseguida me retienen entre otros dos, aferrándose brutalmente del pelo y de las piernas.

—¡Ahora te vas a enterar, puta!

Solo consigo llorar, ni siquiera soy capaz de abrir los ojos para ver lo que está a punto de ocurrir. Y lo último que me viene a la mente es la sonrisa inocente de una criatura preciosa, pelirroja y de ojos violetas.

Es el fin.

Capítulo 12

Abro los ojos.

Los rayos del sol me ciegan y los cierro de nuevo con fuerza para evitarlos. La cabeza me va a estallar, y entonces recuerdo lo que sucedió anoche.

El pánico se apodera de mí otra vez mientras me incorporo.

«Espera...

»¿Dónde estoy?

»¿Ésta es mi cama?

»¡¡¡Ésta es mi cama!!!

»¡Mi casa!»

Miro rápidamente todo mi cuerpo: no tengo magulladuras, no me duele nada, estoy intacta.

Me toco la cara... ¿Lo habré soñado?

No puede tratarse de un sueño porque llevo puesta la misma ropa de ayer, eso sí, muy sucia. Pero enseguida caigo en la cuenta de que me falta algo... ¿Y mi tanga?

«¡Oh, Dios mío!»

Corro al baño, haciendo caso omiso del *céfalo-taladro* que me asalta. Me miro al espejo. Mi pelo, por lo general rubio y sedoso, está enmarañado y lleno de suciedad. Tengo todo el maquillaje corrido, parezco un payaso acabado. Mi expresión refleja la angustia y la incertidumbre que siento por dentro.

¿Qué ha sucedido?

Decido darme una ducha para ver si se me aclaran las ideas; es sábado y bastante tarde, por la altura del sol en el cielo y porque el reloj marca las dos. Mientras me enjabono, deslizo la mano por todas las partes de mi cuerpo, comprobando así que no noto dolor en ningún sitio. Estoy aliviada, aunque por otro lado pienso que no es posible, porque, de haberme sucedido algo anoche, hoy estaría destrozada.

Cuando salgo de la ducha, me envuelvo en mi albornoz rosa y meto los pies en mis zapatillas de gatitos de peluche, tan calentitas... Me dirijo hacia la cocina, vacilante.

Camino pensando que no tengo a nadie a quien llamar para preguntar qué ha sucedido. Nadie me estaba esperando en casa para preocuparse por mí. Hay veces en las que me encuentro tan sola que me dan ganas de llorar. Soy una mujer feliz, me considero independiente y moderna, pero hay días en los que siento la necesidad de tener a alguien al lado. Alguien a quien contarle mis cosas, con quien compartir mis sueños y a quien acudir cuando algo me inquieta, como

ahora. En este momento me encuentro más sola que nunca. Y ni siquiera puedo tener un perro porque soy alérgica.

Me preparo un café bien cargado para comprobar si este dolor que invade mi cerebro se marcha y me deja intentar recordar algo. Me acomodo en uno de los taburetes de la cocina mientras me lo tomo. Al entrar en contacto con mi cuerpo, el líquido caliente parece activar mis sentidos. Entonces, algo raro llama mi atención y me hace mirar hacia la puerta de entrada. Hay un papel pegado en ella.

Casi vierto el café por el suelo al levantarme corriendo para ir a cogerlo.

Compruebo que se trata de un trozo de revista en el que hay algo escrito con bolígrafo. Lo despego de la puerta rápidamente y las manos me tiemblan mientras leo:

*Siento haber sido yo el que haya tenido que salvarte la vida, rubia, pero no he podido evitarlo.
P. D. Me he llevado tu tanga como recompensa. Mmm...*

Se me cae el papel al suelo y las piernas comienzan a temblarme también.

¿Cómo es posible?

No entiendo nada.

Entonces cojo mi móvil y decido llamar a la única persona en el mundo que podría ayudarme en un momento así.

—Tenemos que hablar.

Capítulo 13

Suena el portero automático de la clínica. Como sigo estando sola, sin ayudante, salgo de la consulta y atiendo yo misma el telefonillo.

—Consulta de la doctora Swanson, ¿quién es? —pregunto.

—Soy yo.

Le abro y espero impaciente a que suba.

Mi hermano entra por la puerta, que he dejado entreabierta, y me lanzo a sus brazos llorando como una posesa. No era mi intención, pero ha sido verlo y romper a llorar.

—¡Eh, eh, eh! ¿Qué ocurre? No me has dicho que fuera tan grave. —Enjuga mis lágrimas con la punta de uno de sus dedos mientras me observa apenado.

—Ay, Peter, me siento tan sola, te necesito tanto...

Volvemos a abrazarnos durante unos instantes.

—Vamos —me separa de su cuerpo—, tú eres una mujer fuerte, no necesitas a nadie, ¿de acuerdo?

Saca de su bolsillo un pañuelo de tela muy bien doblado y me lo da. Me sueno los mocos demasiado ruidosamente para ser una señorita delicada y lo miro con cara de cachorro abandonado, haciéndole pucheros al devolverle el pañuelo, que guarda de nuevo sin escrúpulos.

—¿Qué sucede?

—Lo he intentado, pero todo esto no está saliendo nada bien, ni siquiera tengo pacientes y ya no me queda dinero ahorrado para pasar más tiempo sin ingresos. Lo invertí todo en la compra de la consulta y ahora tendré que venderla. Esto es un auténtico desastre..., ¡hasta mi ayudante se ha largado!

—¿Cómo que se ha largado? —Mira estupefacto hacia la mesa vacía.

—Me gritó y se fue. —Me encojo de hombros—. Todos se ríen de mí, nadie me toma en serio, Peter, solo tú. Hasta papá y mamá se extrañan de que aún siga aquí y no haya vuelto ya al pueblo.

—¿Tienes ahora cita con algún paciente?

—¿Ahora? ¡No tengo a nadie! ¡Nunca! —Intento sonreír.

—Está bien, pues vámonos a casa y así hablamos con tranquilidad, ¿quieres? Trazaremos un plan entre los dos. —Me rodea los hombros con el brazo.

—¡Claro!

—¿Ves? Ser tu propia jefa también tiene sus ventajas, y una de ellas es que puedes cerrar

cuando te plazca.

—Preferiría tener tantos pacientes que no pudiese irme —me lamento mientras cierro con llave la puerta de la clínica.

* * *

Peter y yo nos sentamos en el sofá de mi salón uno frente al otro. Él se ha preparado un bloody mary y yo bebo agua, pues tres días después todavía me duele la cabeza de la resaca del viernes.

—Betty, no me gusta nada que hayas salido sola de noche, podría haberte ocurrido cualquier cosa.

Obviamente he omitido la parte en la que cinco tíos intentan violarme y un motorista desconocido me trae a casa inconsciente.

«¿Me traería en la moto?

»No creo...»

—Peter, ya lo sé, no te preocupes por eso. La cuestión es si puedes quedarte hasta que encuentre a alguien que me ayude en la clínica, es decir, hasta que pueda pagarle a alguien.

—No te preocupes, hermanita, me quedaré contigo mientras me necesites. Siempre juntos, ¿recuerdas?

—Pero ¿y tu trabajo?

Ni siquiera he pensado en ello hasta ahora, qué egoísta soy.

—Pediré una excedencia, ya sabes que soy el ojito derecho de mi jefa, no puede negarme nada. —Sonríe y me guiña un ojo.

—¡Oye, oye, oye, señor Peter Swanson, cuéntamelo todo ahora mismo!

Entre risas, dedicamos el resto del día a contarnos cotilleos y a recordar batallitas de cuando éramos pequeños. Es sorprendente cómo cambian las personas cuando estás un tiempo sin verlas. Los años pasan por ti, pero no eres consciente de que por los demás también. El concepto que tenía de mi hermano era el de un ser frágil y delicado, y ahora, al estar juntos de nuevo, descubro que, al igual que yo, él también ha cambiado mucho. Lo veo seguro de sí mismo, luchador, más... hombre.

Sin darme cuenta, se ha hecho de noche y he olvidado todos mis miedos y mis preocupaciones. Preparamos entre los dos la habitación de invitados. Después nos despedimos para que Peter se instale tranquilamente en ella. Mañana comienza una nueva jornada con un montón de novedades.

* * *

Mi hermano se arrepintió de haber dejado los estudios y hace poco se trasladó a Madrid para hacer un curso de asesor financiero. Tuvo muchísima suerte porque lo contrataron enseguida en una gran empresa de Seattle. A pesar de su timidez, es muy persuasivo, y como a eso lo acompañan esa cara angelical, el pelo rubio y los ojos azules..., todos lo adoran.

Él siempre ha tenido toda la suerte que a mí me falta. Por eso ha prometido llenarme la agenda de pacientes. Adoro su positividad ante las adversidades, siempre ha sido el que ha tirado de mí, y ahora vuelve a hacerlo una vez más.

—¡Pon un Peter en tu vida y se acabarán tus problemas! —bromea sonriente.

Ha conseguido un montón de números de teléfono, no me preguntéis cómo ni de quién, pero ahora mismo está llamando a todos y cada uno de ellos ofreciéndoles una consulta gratis para tantear un posible tratamiento. Va a diseñarme una página web y también ha llamado a varios medios de comunicación para concertar entrevistas y ver si pueden hacerme publicidad.

¿Por qué no se me ocurrió a mí nada de todo eso?

Porque estaba demasiado ocupada imaginándome una larga lista de espera de meses, ¡incluso de años! He vivido en un mundo de rotundo éxito junto a Elizabeth y pensé que todo sería igual. Y ahora reconozco avergonzada que jamás contemplé la opción del fracaso. Me he dado de bruces contra la cruda realidad.

—Peter, salgo un momento al baño —susurro mientras camino.

Levanta el pulgar en señal de aprobación al tiempo que continúa hablando por teléfono.

El baño se encuentra en el rellano, ya que lo comparten mi consulta y el despacho de abogados de Sandra.

La voz de Peter a través de la puerta mientras estoy en el servicio me sobresalta:

—¡Betty!

—¿Qué pasa Peter? ¡Qué susto!

No me ha dado tiempo ni a sentarme.

—Es que te está esperando un caballero.

—¿Quién?

—No ha querido decirme su nombre, pero ¡es muy guapo! —Se ríe.

Me asalta una ligera ansiedad, pero respiro hondo y me obligo a serenarme. En lo más profundo de mi ser lo presiento, sé de sobra de quién se trata.

—Voy enseguida.

Nerviosa, pero intentando parecer segura de mí misma, entro con paso firme por la puerta de la clínica. Llevo las manos metidas en mi bata blanca, porque no sé muy bien qué hacer con ellas. Entonces, mis ojos reconocen al instante la figura del hombre que se encuentra sentado frente a mí, en la sala de espera.

Él levanta la mirada, que mantenía clavada en el suelo, y de repente me encuentro con esas dos aguamarinas relucientes. Algo inexplicable se apodera de todo mi cuerpo, es como si no fuese capaz de hablar, estoy paralizada mirándolo a los ojos fijamente como una colegiala enamorada de su profesor. Patética.

—Doctora Swanson.

Se incorpora y me ofrece la mano. Suerte que al menos reacciono para estrechársela.

—Ho-la... —balbuceo.

Me doy cuenta de que Peter observa la ridícula escena con una gran sonrisa en los labios. Consigo a duras penas volverme para entrar en la consulta. El señor Williams me sigue sin que yo le indique que lo haga. Cuando hemos entrado los dos, cierra la puerta tras de sí y permanece

apoyado en ella mientras me observa.

Me acomodo en mi sillón de cuero negro, apoyo los codos sobre la mesa y lo examino. Es entonces cuando descubro que tiene una gran herida que le recorre la parte izquierda de la cabeza.

—¿Qué tienes ahí?

Me levanto para verlo de cerca, pero él alza la mano para que me detenga cuando me hallo a menos de un metro de distancia.

—No se acerque, se lo ruego.

—¿Quién te ha hecho eso? ¿Fueron esos tíos? Yo...

—¿Qué tíos? —Frunce el ceño ante mi afirmación, parece muy interesado.

—Los tíos de los que me salvaste la otra noche. Vamos, no te hagas el tonto, sé que fuiste tú, eres el único que me llama *rubia*.

Parece confuso, cierra los ojos con fuerza y niega con la cabeza.

—De eso quería hablarle, doctora... No recuerdo nada.

—¡¿Qué?! ¿Tan borracho ibas? —me burlo con incredulidad, ya que si hubiese estado borracho no podría haberse enfrentado a todos aquellos tipos para salvarme.

Aunque a lo mejor no estaba solo.

—Por favor, ¿podríamos hablarlo con más calma? Está usted un tanto... nerviosa.

Mete las manos en los bolsillos y observo que mueve una de ellas, como acariciando algo, mientras deambula por la sala pensativo.

«¡Oh!»

—¡Pensar que ahora mismo puedas llevar mi tanga guardado en el bolsillo de tu impoluta chaqueta me pone histérica! —le suelto sin filtro alguno.

—Entonces ¿esto es suyo? —Saca ceremoniosamente la prenda colgando de un dedo—. Interesante...

—¡Eres un cerdo! ¡Devuélvemelo ahora mismo!

Trato de quitársela enseguida, pero me esquivo y me empotro contra el diván de los pacientes, pegándome un buen golpe.

—¡Au! —protesto desde el suelo.

—¡Lo siento, doctora!

Se agacha para ayudarme procurando contener la risa, el muy cretino, pero no se lo permito y me levanto yo sola muy digna.

—¡No me toques! —le grito, intentando arrebatarle mi tanga una vez más.

—Antes de que se lo devuelva, tenemos una conversación pendiente, señorita Swanson.

Observo con rabia cómo vuelve a guardarse mi prenda íntima en el bolsillo.

—Tú y yo no tenemos nada pendiente.

—Siento no opinar lo mismo. Ya que soy su único paciente, creo que debería usted tratarme algo mejor, pues tiene demasiada competencia.

A continuación, se sienta muy ceremoniosamente en el diván, que no es más que una *chaise longue* individual de cuero negro, estira las piernas con placidez y apoya las manos cruzadas detrás de la cabeza.

Por mi mente pasa un único pensamiento: «Menos mal que por alguna razón paranormal decidí ponerme un tanga de encaje aquel día y no una de mis bragas cutres». Me obligo a no pensar en la vergüenza que eso me hubiera supuesto.

Sacudo la cabeza para olvidarlo.

—No recuerdo que seas mi paciente..., ¿en cuál de tus sueños ha ocurrido eso? Creo que me lo he perdido —replico.

—¿Le importaría que me quitase la chaqueta? Me siento incómodo con ella, pero no querría *provocarla* de nuevo al hacerlo —me pregunta, mirándome con cara de corderito desvalido mientras yo lo observo, atónita, de pie a su lado.

Me está ignorando por completo.

—¡Por mí puedes irte al infierno! —Se va a reír de quien yo le diga.

Avanzo hasta mi mesa dando taconazos y me apoyo en ella, derrotada, contemplando cómo se quita la chaqueta con majestuosidad, y vuelve a sentarse, esta vez haciendo un gesto de dolor.

—¿Qué pasa?, ¿te molestan las almorranas? —Me sale del alma, pero él pasa olímpicamente de mi soez comentario.

—Como le iba diciendo, doctora, hace un tiempo que no recuerdo algunos capítulos de mi vida y comienzo a preocuparme.

—Sí, a mí también comienza a preocuparme —suspiro.

—El último episodio ha sido el que más me ha inquietado de todos y lo que ha provocado que venga a verla de nuevo, después de haber decidido prescindir de sus servicios el otro día. No obstante, sopesé los pros y los contras con frialdad y al final resolví acudir en busca de ayuda. De su ayuda. —No deja de mirarme ni un instante.

—Muy interesante —me burlo, porque no sé adónde pretende llegar con semejante teatro—. ¿Podría informarme de los pros y los contras a los que se refiere? —Me dirijo también a él de usted para meterme en el papel.

—Los pros todavía no los conozco, ya que no he trabajado con usted directamente; como bien sabe, solo dispongo de la recomendación de un viejo amigo. Pero he buscado sus expedientes académicos y he descubierto que es usted la mejor de su promoción, además de especialista en regresiones, con lo cual creo que es lo que estoy buscando. No pierdo nada por intentarlo.

—Veo que es usted muy aplicado, señor Williams, ha hecho los deberes.

«¿Regresiones? ¿Para qué querrá...?»

—Y los contras son varios, pero el principal es la irrefrenable atracción sexual que siento por usted.

«¡¡¡Toma castaña, y se queda tan tranquilo!!!

»¡Cambia de tercio, cambia de tercio...! —me repito a mí misma—. Que no se dé cuenta de que te ha alterado lo más mínimo.»

—¿A qué episodio se refería antes, ese que le preocupa tanto y que le ha hecho venir en busca de mi ayuda, a pesar de sus... *contras*? —Carraspeo porque se me seca la garganta solo de pensarlo.

Entonces se levanta del diván, mirándome a los ojos de esa manera penetrante que me hace

estremecer como si fuera un chihuahua. Comienza a quitarse la corbata y se desabrocha la camisa para dejarla abierta sobre sus hombros, permitiéndome descubrir unos abdominales que hasta ahora pensaba que solo eran posibles con Photoshop.

Entonces, justo antes de que grite, poseída por mi falso decoro, descubro una gran herida que atraviesa su torso y varios cortes más pequeños alrededor.

—El sábado desperté en el hospital, solo. Tenía un leve traumatismo craneoencefálico, me dieron quince puntos en la cabeza. También tenía varias contusiones y cortes a lo largo de todo el cuerpo, como puede comprobar.

—Y ¿asegura que no recuerda nada? —Las heridas no se pueden fingir.

—Nada. Los médicos me contaron que llegué en la moto, sin casco y sangrando como un cerdo, entonces caí al suelo inconsciente y me ingresaron. Cuando desperté, tenía todo esto —acaricia la gran herida de su pecho—, pero no recuerdo ni siquiera haber salido de la oficina aquel día.

—¿Estaba en la oficina?

—Sí.

—¿Y después en el hospital?

—Eso es —afirma. A su rostro asoma la esperanza, como si quisiera que yo averiguase algo—. Creo que he hecho bien en acudir a usted, porque, por lo visto, dispone de más información que yo sobre lo que pudo ocurrir.

—¿Toma drogas? —Levanto una ceja, con desconfianza.

—¡No! —exclama indignado por desviar el asunto por esos derroteros, ya que imagino que esperaba que le contase lo que sucedió.

—¿Las ha tomado antes?

—Creo que sí, tampoco lo recuerdo, pero tengo mis sospechas... —Da la impresión de estar enojado, incluso algo avergonzado.

—Parece que cuando es un chico malo su memoria decide fallarle, ¿no?

—Para eso estoy aquí, doctora, para que me lo confirme usted.

Se abrocha de nuevo la camisa. La verdad es que está despertando mi curiosidad profesional, aunque, no sé muy bien por qué, también tengo la ligera sensación de que quiere tomarme el pelo.

—Está bien, si es cierto todo lo que me está contando, podemos ponernos manos a la obra. Ahora necesito que me rellene algunos documentos, que Peter le facilitará, para poder darlo de alta. El próximo día...

—¿Es su novio? —me interrumpe.

—¿Perdón? —pregunto confusa.

—Me refiero a que si el chico que está fuera es su novio.

—¿Le interesa lo más mínimo esa información para lo que nos compete? —Me cruzo de brazos, observándolo con incredulidad.

—Sí.

—Pues yo creo que es confidencial y que a usted no lo atañe para nada.

—Con eso ya me ha contestado; de no haber sido así, se habría limitado a decirme que no lo

era. —Parece algo más agresivo.

—Piense lo que quiera. —Me encojo de hombros.

¿Por qué motivo no le cuento que se trata de mi hermano? No lo sé, creo que disfruto enormemente provocándolo. Aunque parece que el señor Williams intenta mantener la templanza, algo parecido al reproche aparece en su mirada. ¿Acaso me recrimina que tenga novio?

—Está bien, doctora, mañana le traeré todos los documentos necesarios para comenzar con la terapia.

—¿Mañana?

¿Tan pronto? No me va a dar tiempo a reponerme de su presencia.

—¡Oh, lo siento! ¿Está usted ocupada? —pregunta con retintín.

—No... Es solo que... No lo he informado todavía de mis honorarios, soy de las caras. —Aguzo la mirada, a ver si con esto se rinde, es mi último órdago.

—Eso no es ningún problema, me encantan las cosas caras, y si son exclusivas mejor.

Agarra el pomo de la puerta para marcharse.

—Señor Williams...

Se detiene para mirarme.

—¿Sí, doctora?

—Se le olvida algo. —Señalo su bolsillo.

—No lo había olvidado, esperaba que se le olvidase a usted para poder quedármelo. Si lo cogí debió de ser por alguna razón, ¿no cree?

—¡Oh, sí, porque es un degenerado!

Se acerca lentamente, sin perder mis ojos de vista y poniéndome con ello demasiado nerviosa.

A continuación, deja el tanga encima de la mesa, observándome mientras lo acaricia. Tengo que apretar los muslos para que no se dé cuenta de mi calentamiento global. Pero ¿por qué demonios me provoca tanto este hombre?

Luego, sin más dilación, se gira para marcharse.

—Buenas tardes, doctora —se despide sin mirarme siquiera, cerrando la puerta tras de sí.

Yo me dejo caer en el sillón y por fin respiro.

«¡Jesús bendito!»

Capítulo 14

Creo que no he pegado ojo en toda la noche.

No dejo de pensar en ese hombre. Intento convencerme de que todo esto es una artimaña para tomarme el pelo; cuando afirma que no me conoce, o que no me recuerda, me resulta del todo imposible creerlo. Intento olvidar que me trajo a casa, que me acostó en la cama y que me quitó el tanga. ¡Madrecita! Intento sopesar lo más objetivamente posible si tratarlo o no, pues también creo que es imposible interpretar un papel tan bien, y me pica la curiosidad comprobar adónde nos lleva todo esto, pero sobre todo intento no pensar en sus ojos y sus labios.

Después de hacerme un tercer grado, Peter no se deja ninguna pregunta en el tintero mientras desayunamos sin prisas en el Starbucks de enfrente de la clínica.

—Pero ¿sería posible, psicopatológicamente hablando, que de verdad no recuerde nada?

—Clínicamente es posible, sí. Habría que descubrir qué patología es la que lo causa, que sería lo más complicado en caso de que todo esto fuese real, cosa que dudo.

—¿Y luego?

—Peter, te veo muy metido en el papel. —Me río.

—Se me ocurren mil preguntas para hacerle, ¡qué interesante! ¿Te imaginas llegar a casa y no acordarte de nada?

—¡Chiss! —Me pongo el dedo sobre los labios para pedirle silencio—. No debería habértelo contado, incluso sin ser mi paciente de forma oficial, no debo hablar con nadie de lo que ocurra en la consulta.

—Betty, soy tu ayudante ¿no? —Se termina su café de un trago y se levanta de la silla.

—Bueno, eso no valdría para un juicio: no estás en nómina, ni tienes la especiali...

—¡No seas aburrida! —me interrumpe—. ¡Vamos, me muero por veros juntos de nuevo! —Se vuelve a reír mientras me tira del brazo para que me levante de la silla yo también—. Hacéis tan buena pareja...

—¡No digas tonterías!

—No son tonterías, la tensión sexual que hay entre vosotros no se corta ni con un cuchillo, hermanita.

Forma un corazón con las manos y no puedo evitar reírme, parece como si tuviésemos diez años otra vez.

—¡Anda ya!

Pasamos toda la mañana en la clínica y el hombre misterioso no aparece. Ni rastro.

¿Se habrá arrepentido?

—A lo mejor se le ha olvidado también la dirección —menciona Peter.

—Me da igual, que haga lo que quiera.

En realidad, no me resulta indiferente para nada, pues ya me había hecho a la idea de que iba a cobrar un dinero este mes. Saber que no va a venir perturba mis planes económicos y me sume de nuevo en la ansiedad que me produce no tener pacientes.

A la hora de marcharnos a casa, seguimos sin noticias suyas.

Mis ansias por averiguar más sobre ese personaje aumentan por momentos. Me muero de curiosidad. No puedo soportarlo. Pienso que, si es famoso y sale en las revistas, obviamente aparecerá en una búsqueda de Google. Lo tengo muy fácil, pero me obligo a mí misma a no hacerlo. No quiero tener más prejuicios contra él de los que ya tengo, de lo contrario, me resultaría muy complicado tratarlo. He decidido darle una oportunidad, ya que además sería un gran paso para darme a conocer, y si quiero que esto funcione debo hacerlo empezando de cero, sin contaminación ni influencias externas.

Y así transcurre el resto de la semana. Nada de nada.

Es viernes. Peter y yo nos hemos quedado hasta más tarde en la clínica para preparar una entrevista que me han concedido en un programa de radio, por lo que se nos ha hecho de noche.

—Oye, no me apetece irme a casa; ¿vamos a tomar algo, Bet? —sugiere sonriente.

—Si quieres...

Desde lo sucedido aquel horrible día no quiero ni oír hablar de pisar un bar, aunque alguna vez he de superarlo. No creo que sea probable que me encuentre a aquellos tipos otra vez, pero me da pánico. Vaya psiquiatra estoy hecha, ¿no?

—¡Claro que quiero! Me muero por salir a bailar, ¡venga, muéstrame la marcha de Nueva York!

Como hoy llevo un vestido negro, si me pongo los tacones que tengo en el armario de la consulta para cualquier imprevisto, iré bien. Me aplico un poquito de maquillaje y..., ¡lista!

El taxi nos deja delante de una de las discotecas de Sammuel. Sé que el tipo de gente que frecuenta este sitio no es de la calaña de los demás garitos. Nada más entrar, mi hermano se queda con la boca abierta.

—¡Me encanta! —grita por encima de *Ain't Your Mama*, la canción de JLo que está sonando en este momento—. ¡Cuánto glamur! —exclama.

Nos pedimos una copa cada uno y nos colocamos en medio de la pista de baile.

—Bea, tienes que menear el culo para desestresarte.

—No estoy estresada, Peter. No tengo trabajo, ¿cómo voy a estarlo?

—Pues por eso precisamente.

Me coge por la cintura y bailamos juntos. Al instante me olvido de todo y bailo como hacía tiempo que no lo hacía. Hasta había olvidado cuánto me gusta.

Llevamos unas cuantas copas de más y muchísimas risas. Aquí hay un montón de tíos guapos, pero, gracias al cielo, ellos creen que Peter es mi novio y no se me acerca ni uno.

—¿Qué problema tienes con el género masculino, hermanita? —Estamos en la barra esperando a que la camarera nos atienda.

—¡Buf! La lista es demasiado larga.

—Pues ya es hora de que lo soluciones, de lo contrario, morirás sola.

—Mejor sola que mal acompañada.

Se cruza de brazos y me observa enojado.

—Escúchame bien, Swanson: voy a ir al baño y, en cuanto vuelva, me vas a detallar esa lista. Tenemos que hacer algo al respecto.

Luego desaparece entre la gente sin darme opción a réplica.

—¡Vaya, vaya! Pero ¿a quién tenemos aquí? Si es mi rubia favorita...

Me doy la vuelta rápidamente al oír su voz. El indecoroso señor Williams, o quienquiera que sea, aparece ante mí. Esta vez no viste con su habitual traje de chaqueta, sino que va con vaqueros, una camiseta de Metallica negra y unas deportivas Converse del mismo color. Tampoco tiene el pelo engominado hacia atrás, como acostumbro a verlo: ahora lo lleva despeinado a lo loco, por lo que se le disimula la herida de la cabeza, y presume de una atractiva barba de tres días. Su olor a un exquisito perfume masculino me transporta a algún lugar con cascadas y palmeras, muy lejos de aquí. Tiene la sonrisa tan blanca que, acompañada por sus hoyuelos, bien podría servir para anunciar algún dentífrico.

«¡Qué guapo es, el condenado!»

Lo observo con precaución, a ver de qué va hoy.

—Creo que lo menos que podrías hacer después de arriesgar mi vida por salvarte de aquellos salvajes es darme un besito, ¿no?

Me pasa la mano derecha por detrás de la nuca y me acerca hacia él enérgicamente. Como me pilla desprevenida por completo, no reacciono, pero justo cuando nuestros labios están a un milímetro de distancia, se detiene para susurrarme al oído:

—Me deseas tanto como yo a ti, es inútil negarlo.

Ni siquiera me doy cuenta de cómo, cuándo ni por qué, pero sus sedosos labios se aprietan contra los míos, sedientos de mí. Me besa con impaciencia, reclamando algo que no sé muy bien qué es, pero que provoca en mí un cruento debate interior acerca de si dárselo o apartarme de él. Algo dentro de mí se enciende, un calor nunca antes experimentado, nunca antes anhelado, algo que me resulta del todo desconocido pero muy placentero.

«Me está besando... ¡Es mi primer beso!... ¡¡¡Y ¿¿¿con este gilipollas???!!!»

Entonces siento cómo su lengua se abre camino entre mis labios y, con ella, un potente latigazo en la entrepierna... Me estremezco y me separo de él con todas mis fuerzas, muy aturdida.

—¡Apártate, capullo! —Le pego un empujón, pero él ni se inmuta.

—Vaya, así que te gusta hacerte la estrecha. Creí que después de haberme jugado la vida por ti tendrías derecho a echarle un polvo al menos. —Se muerde el labio inferior y me mira con lujuria—. Con ese vestidito que llevas, mi imaginación había volado. Estás para comerte a bocaditos, rubia.

En serio, este tío todo lo que tiene de guapo lo tiene de imbécil.

—¡Eres un auténtico imbécil! Ni se te ocurra volver por la consulta, no pienso abrirte la puerta. ¡Llamaré a la policía si lo haces! —Lo amenazo con el dedo.

Entonces se queda muy serio, observándome.

—¿Qué consulta?

—¡Vete a la mierda!

Intento escapar mezclándome entre la gente, pero de nada me sirve, porque en un nanosegundo me agarra por el brazo y tira de mí hasta que me empotra contra una pared. El repentino ajeteo hace que la cabeza me dé vueltas, y cierro los ojos para intentar enfocar el escenario. Trato de asestarle un puñetazo, pero entonces me agarra por las muñecas y me sube los brazos por encima de la cabeza.

—Dime ahora mismo de qué me estás hablando —me increpa, con su frente rozando la mía.

—¡Estás loco si crees que pienso seguirte el juego!

—¿Qué consulta, Beatriz? Dime a qué consulta se supone que he acudido y para qué.

Los dos respiramos con dificultad, creo que me voy a desmayar de la impresión que me produce tenerlo tan cerca, apretándome contra la pared con su cuerpo duro como el acero.

—Cuéntame tú antes de qué nos conocemos —le propongo.

—Eso es algo que tendrás que averiguar tú solita.

—¡Pues lo mismo te digo!

Le pego un rodillazo en sus partes nobles y aprovecho sus contorsiones para huir de allí a toda prisa.

Cuando llego a la barra choco de frente con Peter, que me estaba buscando, y le pido, por favor, que nos vayamos cuanto antes porque estoy muy mareada. Por la cara que pone no le hace mucha gracia, pero finalmente mi pobre hermano claudica ante mis súplicas.

Cuando me meto en la cama, todavía algo mareada, me acaricio los labios y todavía siento en ellos el calor de los suyos. Recuerdo abochornada cómo se ha encendido mi cuerpo ante su mirada voraz, su ímpetu varonil y su roce autoritario. Ahora, sola conmigo misma y sin necesidad de guardar las apariencias ni de mentir, he de admitir que me ha gustado. Me he sentido tan viva, tan llena de esas cosas que ni siquiera imaginaba que existían.

«Tan solo con un beso...»

De pronto, una canción de Vonda Shepard me viene a la mente, pero no entiendo por qué es precisamente *And I Love You So*.

Capítulo 15

Hoy es lunes. Peter y yo hemos pasado el fin de semana viendo películas y jugando a las cartas en casa, pues ha llovido y ha hecho demasiado frío para salir. No le conté nada a mi hermano de lo sucedido la otra noche, lo vi innecesario; además, soy de las que piensan que, si no lo cuentas, simplemente no ha ocurrido.

Tampoco estoy muy segura de haber querido que aquello sucediese. No puedo dejar de pensar en el beso. Por un lado, no me gustaba la idea de morir sin ser besada por un hombre, pero, por el otro, me muero de rabia porque ¡eso no es un hombre, es un cacho de carne desalmada con ojos!

Me gustó el beso, pero para ser sincera, habría preferido que fuese con otra persona y en otra situación. En fin, ya no hay remedio, toda mi vida recordaré quién me besó por primera vez. Y, de este modo, ese ser se ha involucrado en mi mundo para siempre, sin ni siquiera sospecharlo.

Llegamos sobre las diez de la mañana a la consulta. Hoy tengo cuatro pacientes que ha conseguido Peter gracias a sus llamadas y estoy muy contenta.

Suena el timbre de abajo y mi hermano abre. Miro mi reloj; dentro de media hora tengo cita con la primera señora, supongo que habrá llegado pronto.

Acto seguido, oigo movimiento en la sala de espera y luego llaman a mi puerta.

—Adelante —respondo intrigada.

—Bet, es el caballero del otro día —me informa Peter, mientras hace gestos raros con la cara. «¡Entendido!»

—¡Ni de coña! —Me incorporo bruscamente de mi silla, desquiciada.

—Pero insiste en verte.

—¡No tiene cita, que se largue!

—Ya se lo he indicado, doctora —contesta en un tono demasiado alto, entiendo que para que lo oiga él también—, pero insiste en verla.

—No pienso...

—Disculpe, doctora Swanson, será solo un minuto, por favor.

Entonces descubro que mi hermano traidor ha desaparecido y que el señor Williams es quien sujeta ahora la puerta. Me siento acalorada, avergonzada, ultrajada... y todos los «-adas» que puedan existir.

—¡Te dije que ni se te ocurriese aparecer por aquí! ¡Llamaré a la policía inmediatamente!

Descuelgo el teléfono, estoy histérica.

—De acuerdo, pero mire esto antes de llamar, por favor.
Me deja una nota encima de la mesa y la leo sin querer:

Maldito bastardo, aléjate de ella o, de lo contrario, te mataré.

Lo miro sin saber muy bien qué significa.

—Estaba en mi mesilla de noche, la he encontrado esta mañana al despertar. Esto, junto con su reacción al verme, me hace suponer que solo usted puede ayudarme.

«¡Oh, Dios mío...!

»No puede ser...»

Arranco un trozo de una de las tantas hojas en blanco de mi agenda y la pongo encima de la mesa.

—Escríbeme aquí lo mismo que pone ahí —le pido.

Él me observa sin comprender nada.

—¡Rápido! —Le doy un bolígrafo—. Escribe lo mismo que pone en la nota.

Se apresura a hacerlo.

Cuando deja el bolígrafo sobre la mesa, cojo la nota que acaba de escribir y la que ha traído él. Las comparo.

—Es distinta letra... —sentencio atónita.

—Claro que es distinta letra, ¿sugiere que me escribo notas a mí mismo?

—Exacto.

Me dejo caer en el sillón, boquiabierto. Mi cerebro está maquinando muy deprisa, pero no acabo de creerlo.

—¿Qué pretende decirme, doctora? —Aunque intenta mantener la compostura, veo que está realmente preocupado.

—Que sufres un trastorno de identidad disociativo. —Ni yo misma asumo lo que mi boca pronuncia.

—No entiendo.

—Personalidad múltiple.

Entonces él también se deja caer en la silla frente a mí, abatido.

Durante un largo rato, ninguno de los dos comenta nada, cada uno está pensando en algo distinto, pero sobre el mismo tema. Por fin es él quien rompe el silencio.

—Ya me lo temía, aunque nunca creí que fuese posible, la verdad es que eso explicaría muchas cosas.

—Yo tampoco lo creí posible, siempre había pensado que eran cuentos chinos que te obligan a estudiar en la universidad, pero mira por dónde...

Permanecemos observándonos el uno al otro durante unos minutos. Es ahora cuando me doy cuenta de que tiene una mirada distinta, la expresión de su rostro, su postura...

—Y ¿quién soy yo: Jekyll o Hyde? —bromea.

—¡Obviamente Jekyll! —Me sale del alma, y él sonríe aliviado.

—Menos mal.

—Ya...

Ahora empiezo a entenderlo todo.

—¿Tiene solución? —Me mira desesperado.

—Eso espero.

Como tengo cuatro pacientes a lo largo del día y el primero de ellos ya estará a punto de llegar, decido darle cita para mañana y dedicarle todo el día a él en exclusiva. No puedo negar que siento correr la adrenalina por mis venas al pensar en ello.

Él será mi primer paciente oficial, y encima un caso de TID, algo tan extraño que solo se da en un uno por ciento de la población mundial. «Si es que esto solo podía ocurrirme a mí...»

Capítulo 16

Después de no haber dormido bien en los últimos días, por fin anoche logré conciliar el sueño, por eso esta mañana me he despertado radiante y despejada. Me asomo a la ventana para comprobar que el sol brilla en lo alto del cielo igual de resplandeciente que yo.

Me meto en la ducha canturreando una canción de Maluma, me encanta el ritmillo de la música latina, no hay nada mejor para levantar el ánimo. Cuando salgo del baño con el albornoz puesto y la toalla enrollada en la cabeza camino de mi cuarto, mi hermano me dirige una mirada de sospecha desde el salón.

—¿Alguien se ha levantado de buen humor porque va a estar todo el día con un adonis de ojos azules o me lo parece a mí?

Me detengo en seco y lo asesino con la mirada.

—¡Si vuelves a insinuar semejante tontería, te despido!

—¡Oh, sí, por favor, libérame de tu yugo! —Junta las manos a modo de oración y se monda de la risa mientras yo continúo mi camino hacia la habitación, ignorándolo.

Busco en el armario algo que ponerme, pero nada de lo que tengo me parece apropiado. Todo me resulta demasiado corto, o demasiado largo, o demasiado serio, o demasiado atrevido, o demasiado colorido, o demasiado aburrido, o demasiado... ¡Por favor! ¿No voy a ser capaz de ponerme algo de ropa encima hoy? Pero ¿qué me pasa? Aunque sé de sobra la respuesta a esa pregunta, decido no contestarla para conservar mi salud mental.

Finalmente me pongo unos pantalones de pitillo color marfil y una blusa de gasa gris perla con unos tacones infinitos del mismo color que esta última. Me maquillo con un poco de rímel, colorete y *gloss* rosa. Un toque de perfume detrás de las orejas y en el cuello, ¡y lista!

—¿Nos vamos? —le pregunto a mi hermano mientras me dirijo hacia el perchero del pasillo y cojo mi abrigo de paño gris.

—¡Madre mía! ¿Adónde vas tan guapa? —insiste.

—Paso de ti. —Le saco la lengua.

—¿No desayunas?

—Ahora me tomaré un café en el Starbucks. Quiero llegar temprano para preparar unos documentos antes de que llegue mi paciente.

—Como quieras.

Una vez en la clínica, le pido a Peter que me imprima toda la documentación necesaria para dar de alta a un paciente y le explico en qué carpeta está y cómo se hace. Después entro en mi

habitáculo sagrado para tener a mano el dossier que me preparé ayer con informes de varios casos parecidos al que nos ocupa.

Estoy repasando los casos clínicos cuando Peter me informa por teléfono de que ya está aquí el señor Williams. «¿Le habrá dicho a él su nombre para la ficha?»

La puerta se abre y ahí está, inalterable.

No puedo evitar ponerme nerviosa cuando me contempla de esa manera, desde la cabeza hasta los pies, paseando la mirada lentamente por cada parte de mi cuerpo y recreándose sin pudor en algunas de ellas. Siento cómo se me activan células dormidas hace años y cómo mis hormonas se despiertan a toda prisa. Otras partes de mi ser comienzan a cantar y a bailar, pero las aprieto entre mis muslos para que se comporten como es debido.

—Buenos días, doctora, está usted preciosa hoy.

—Gracias. —«No digas “tú también”, no digas “tú también”»—. Siéntese, por favor, señor Williams, debe rellenar algunos documentos antes de comenzar.

—¿Le importa? —Me señala su chaqueta.

—Adelante.

Va vestido de gris, parece que hayamos venido a juego. Esta vez no me quedo embobada mirando cómo se quita la chaqueta de su traje, sino que me obligo a mirar hacia abajo entretanto escribo algunas notas en los márgenes de los documentos que tengo sobre la mesa.

Llaman a la puerta.

—Adelante —respondo.

Mi hermano se asoma y le indico que pase con un gesto de la mano.

—Aquí tienes los documentos que me has pedido.

Peter los deja sobre la mesa y nos mira a ambos, sonriendo como una abuela gentil, antes de marcharse.

«Acuérdate de matarlo cuando salgas», me indico a mí misma a modo de nota mental.

—Siéntese, por favor —le pido, mientras escribo sobre mi mesa. Obedece y se sienta en una silla frente a mí—. Está bien, comencemos, señor Williams. —Levanto la vista de los papeles hasta él.

—¿Le importaría llamarme Ian, doctora?

«¡Bien! ¡Por fin me ha dicho su nombre!»

—¿Ian?

«¿De qué diablos me suena?», pienso nerviosa.

—Sí, ése es mi nombre, Ian Williams.

—De acuerdo, Ian. ¿Desde cuándo siente que pierde la memoria? ¿Cuándo fue la primera vez que le ocurrió?

—Hacía unos cinco años que no me sucedía, la última vez fue en la boda de mi hermano. Allí estuve varios días sin conciencia.

—¿Qué ocurrió entonces?

—No lo recuerdo muy bien, lo único que sé es lo que me contaron.

—Y ¿no quiere revelarlo? —lo animo.

—Por lo visto, intenté boicotear una boda.

—Muy romántico —suelto sarcástica—. Y ¿podría saber el motivo, o tampoco lo recuerda?

—Me enamoré de la novia.

—¡Ups!

Este personaje parece un caballero, pero, desde luego, su otro yo debe de ser toda una joyita.

—De acuerdo. Entonces hace cinco años que no había padecido de amnesia y ahora de pronto le ocurre de nuevo. ¿Cree que ha habido algún desencadenante común entre el pasado y el presente?

—Que yo sepa, no, ninguno.

—¿Algún objeto, alguna situación que lo estrese o lo preocupe, una mujer...?

—¿Una mujer? —Aguza la mirada.

—Si la última vez que le ocurrió fue porque, según usted, se enamoró, puede que en esta ocasión sea por lo mismo. No lo sé.

—No me había detenido a pensarlo, doctora, pero podría ser posible.

Permanece pensativo. No sé muy bien si me molesta el hecho de que pueda estar enamorado o me alivia.

—Voy a explicarle cómo funciona esto para ver si entre los dos podemos averiguar de dónde parte esta disociación, ¿de acuerdo? Es lo más importante de todo, conocer el desencadenante que provoca que se transforme en su *alter ego*.

—¿Mi *alter ego*? —pregunta con curiosidad.

—Cuando su otra personalidad, o *alter ego*, toma las riendas de su vida, usted es incapaz de recordar información personal, experiencias vividas, personas conocidas, ni nada de lo que ocurra en todo ese tiempo.

—Comprendo.

—¿Ha sufrido algún tipo de trauma en su infancia?

Mira hacia otro lado y aprieta la mandíbula. Su lenguaje corporal ha contestado por él.

—Está bien, no se preocupe, a lo mejor estamos yendo demasiado rápido.

Se me olvida que yo lo he estudiado, pero que él no lleva ni doce horas sabiendo lo que le ocurre, no he tenido mucho tacto.

—Doctora, yo solo quiero saber si me curaré de esta mierda.

—Haré todo lo que esté en mi mano para conseguirlo, ¿de acuerdo?

—No me vale, necesito garantías. No puedo vivir así. —Está angustiado.

—Lo entiendo, pero usted entiéndame a mí: es uno de los casos más complicados en el campo de las psicopatologías y no puedo permitirme el lujo de garantizarle nada. Si lo hiciera, le estaría mintiendo —le explico.

—Lo sé. —Parece triste.

—Hoy vamos a centrarnos en que usted conozca su enfermedad. Le mostraré cómo podemos tratarlo, ¿de acuerdo? Creo que lo mejor es ir paso a paso, y ya le advierto que será un proceso muy largo, necesito que colabore conmigo, no puedo hacerlo sola.

—Soy todo suyo, doctora —sentencia con una voz más que sensual, o al menos a mí me lo parece.

«Qué difícil va a ser esto...»

Después de rellenar y firmar todos los documentos necesarios para formalizar nuestra relación paciente-psiquiatra, abrir su ficha en el programa informático y localizar su historial clínico, hemos procedido a leer un acuerdo de confidencialidad que ha preparado mi hermano sin que yo lo supiera y me ha pedido que lo firme.

—Me ofende con esto, señor Williams. El hecho de que usted sea mi paciente lleva implícito todo lo que se indica en este acuerdo de confidencialidad. Si no se fía de mí, creo no deberíamos seguir adelante. —Estoy indignada.

—Doctora, piense que es pura diplomacia. Si lo firma, me siento más tranquilo. Me fío de usted por completo, de no ser así, no habría venido. Ni se imagina lo duro que me está resultando asimilar todo esto.

Como veo que parece sincero, lo firmo a regañadientes. No me cuesta nada hacerlo, pero me fastidia.

Después del papeleo, pasamos a la zona de la terapia propiamente dicha. Nos ponemos cómodos, él se recuesta en el diván y yo me siento a su lado en un sillón bajo para verlo de perfil mientras hablamos.

Empiezo.

—*Disociar* significa romper la asociación entre dos cosas. En este caso se rompe la asociación entre las emociones y/o los pensamientos con la conciencia. Es decir, que no es usted consciente de dichas emociones o dichos pensamientos. Se trata de un mecanismo de protección que su subconsciente crea contra un sentimiento de dolor que, por algún motivo, no es capaz de manejar de forma adecuada.

—Doctora, perdone que la interrumpa. —Se incorpora del diván para sentarse frente a mí.

—Sí, dígame, ¿tiene alguna duda? ¿Voy demasiado rápido?

—No, va usted a un ritmo muy adecuado.

«¿Por qué todo cuanto sale de su boca tiene connotaciones sexuales? ¿O seré yo, que me lo imagino?»

—Entonces ¿cuál es el problema?

—En el acuerdo que acaba de firmar ponía expresamente que debía tratarme de «tú» y no de «usted», debería leer lo que firma. —Contempla divertido la cara de pepino que se me acaba de quedar.

«¡Vaya estupidez!»

Sacudo la cabeza intentando centrarme de nuevo.

—No todas las personas tienen la capacidad de disociarse, pero las que nacen con ella responden de este modo ante el trauma en cuestión como un modo de escapar de él. O sea, que tienes una capacidad psicobiológica innata para disociarte como mecanismo de defensa.

—¡Vaya lujo! —comenta sarcástico.

—Según cómo se mire. Todos tenemos dos polos opuestos en nuestro interior: el bien y el mal, el yin y el yang... La diferencia es que los demás somos conscientes de que están ahí y, de alguna manera, aprendemos a convivir con ellos, incluso a modificar su naturaleza.

—Entonces es como si fuese dos personas completamente diferentes.

—En efecto. Cada identidad posee una forma de ser y de comportarse del todo distinta de la

otra. Hay casos en los que uno sufre una enfermedad, como, por ejemplo, la miopía, y su *alter ego* no. Otros de pronto hablan a la perfección un idioma del que nunca han sabido nada. Son dos personas diferentes encerradas en un mismo físico. Incluso tienen una historia, unos recuerdos, un recorrido personal, unas actitudes y unas relaciones personales desiguales.

—Pero yo recuerdo a mis padres, a mis familiares y a mis amigos. De hecho, usted dice que mi otro yo la conoce también, ¿cómo es eso posible? ¿O es que él no conoce a mi familia? Se habrían dado cuenta todos, ¿no cree?

—Bueno, de hecho, usted no me conocía a mí, perdón, *tú* no me conocías, pero tu otro yo sí, aunque todavía no sé de qué.

Siento que con este Ian puedo ser sincera.

—¿Cómo es posible?

—Algo te sucedió en la infancia o en la adolescencia que te causó un gran dolor, es lo que en psiquiatría llamamos *trauma*, y por este motivo te disocias. No obstante, todas las personas que conocías hasta ese momento permanecen en la memoria de ambos, ¿lo entiendes? Tienes dos identidades a partir de un punto, hasta este punto los dos tenéis recuerdos conjuntos, una vida en común; por ese motivo reconocéis los dos a vuestras familias y a vuestros amigos de toda la vida, pero no a los que han surgido después de la disociación.

—Ahora lo entiendo. —Creo que está alucinando.

—La personalidad principal es la que tiene el dominio la mayor parte del tiempo. Cuando sufre un período de amnesia es porque la otra personalidad ha tomado el control; esta segunda por lo general suele ser la más agresiva.

—Eso lo sabrá usted mejor que yo, doctora. ¿Le importaría contarme cómo es mi otro yo? ¡Al menos, se llamará igual! —Parece tan emocionado como asustado.

—Pues no me atrevería a asegurarlo: se niega a contarme de qué me conoce y por eso no me ha dicho su nombre. Acabo de saber que tú te llamas Ian, pero él a lo mejor no.

—¿En serio? Y ¿no recuerda usted de qué nos conocemos? Perdón, de qué se conocen.

—Ni idea... —confieso—. Me suena un montón tu cara, pero no recuerdo de qué.

—Y ¿cómo es?

—¡Un verdadero imbécil! —Automáticamente, me llevo las manos a la boca porque me he dejado llevar por la emoción del momento—. ¡Oh, lo siento!

Él suelta una sonora carcajada y se tumba de nuevo en el diván de tanto reírse.

—¡Debe de serlo si lo dice usted con tantas ganas! —bromea, todavía entre risas.

—No te haces una idea, sois tan distintos... Pero no nos desviemos del tema.

—Está bien, la escucho.

—Aunque la mayoría de las veces una identidad no es consciente de la existencia de la otra, ha habido casos en los que una de ellas se dirige a la otra en forma de voz interior. ¿Te ha sucedido algo parecido?

—No lo recuerdo, creo que voces no he oído nunca, pero sí me ha escrito notas, como la que le mostré ayer, o se ha agredido físicamente para que después me duela a mí. Por eso sospecho que él sí sabe que yo existo —musita.

—Está claro que él sí lo sabe, de lo contrario, no habría escrito esa nota.

—Esa nota no ha sido la primera, ni será la última. También me rompe cosas y me agrede. ¿Es posible que pueda saber el momento exacto en el que voy a aparecer yo para causarse daño físico justo entonces?

—No lo creo, pero no es imposible, tendría que hablarlo con él. Y eso es lo que veo del todo improbable, conociéndolo un poco.

«Ni loca», me digo.

—Pues yo opino justo lo contrario. Perdona la expresión, pero creo que lo tenemos pillado por los huevos. —Se incorpora de nuevo para contemplar mi reacción.

—¿Cómo dices?

No entiendo nada.

—Usted será el mejor señuelo.

Capítulo 17

No me doy cuenta de la hora que es hasta que me suena la tripa. Entonces miro mi reloj y compruebo asustada que son las seis de la tarde. ¡No es posible! Se me ha pasado el día a la velocidad de la luz, juraría que acabábamos de sentarnos hace un rato.

—¡Llevamos ocho horas aquí! —calculo en voz alta.

—Increíble, se me ha pasado el tiempo volando. —Se incorpora del diván.

—Su factura tendrá muchos cerros, Williams, me tiene monopolizada.

Él pone cara de enfado.

—No ha querido saber mis honorarios, dijo que no hacía falta... —me excuso algo incómoda.

—Eso sigue sin importarme, lo que me molesta es que me llame de usted de nuevo.

—¡Oh! Lo lamento —«qué alivio»—, es que no siento la confianza necesaria para tutearte.

—Eso tiene solución. Vamos, la invito a cenar.

Se pone en pie y se dirige hacia la silla para colocarse su chaqueta tranquilamente.

«¿Cenar juntos? ¿Él y yo? ¡Ni hablar! No está permitido tener ningún tipo de relación personal con los pacientes.» Pero recapacito antes de soltar alguna burrada típica del pueblo y me disculpo con cortesía.

—Es que... no tengo hambre, pero gracias por tu amable invitación.

—En ese caso, buenas noches.

Hace una reverencia inclinando la cabeza y me tienta con una mirada más que sugerente a la que me obligo a no sucumbir.

Pasa delante de mí, caminando con su andar felino y esparciendo por la sala su aroma a perfume, y se marcha sin más.

Ha pasado un rato cuando salgo corriendo para averiguar dónde está Peter; el pobre no ha dado señales de vida en todo el día.

—¡Vaya, por fin apareces! No sabía si llamar al CSI para denunciar tu desaparición —bromea.

Me acerco a él y descubro que tiene sobre la mesa una bolsa llena de pequeñas cajitas de comida para llevar.

—¿Queda algo? —pregunto, señalando la bolsa.

No le doy tiempo ni a contestar, porque me abalanzo sobre la comida como una osa recién salida de hibernar para devorar las patatas fritas y demás fritanga que le queda.

—Qué fina eres comiendo, chica. —Peter se ríe mientras observa con incredulidad cómo

engullo la comida con ambas manos—. Cualquiera diría que llevas ahí encerrada una semana.

—¡Disculpe, doctora!

Su voz a mi espalda hace que mi hermano y yo nos volvamos hacia la puerta de entrada. Mi boca y mis manos están llenas de comida, ahora mismo debo de parecer un hámster con los carrillos hinchados.

—No me ha asignado la siguiente cita —alega.

«¡Tierra, trágame!»

Se acerca hasta situarse frente a mí y me toca con delicadeza la comisura de los labios para limpiarme una gotita de ketchup.

«¿Una gotita? Si debo de tener la cara embadurnada...»

—Que aproveche —susurra en mi oído mientras Peter apunta la cita en el ordenador para el martes siguiente.

—¡Oh, gracias, no tenía hambre, era por no tirarlo! —Intento pronunciar cada palabra lo mejor posible para conseguir no atragantarme y que a la vez se me entienda con la boca llena.

—Sí, se nota que está desganada. Hasta el martes entonces.

—A-díós. —Mantengo las manos a la espalda, todavía llenas de comida.

En cuanto mi paciente desaparece por el rellano miro a Peter, que suelta un bufido y se tira literalmente sobre la mesa llorando de la risa.

—¡No puedo ni respirar, Bet! —se burla, intentando hablar entre carcajadas.

Escupo en la papelera lo que tengo en la boca y me limpio las manos con las toallitas antisépticas que están encima de la mesa de recepción.

—No pienso comentar nada al respecto. Vámonos, el día ha sido muy largo.

Peter recrea con exageración la escena desde su punto de vista mientras bajamos en el ascensor, imitando mi cara cuando he visto aparecer a Ian.

—¡Por Dios, ese hombre ha huido despavorido al descubrir que lo que él creía una gatita fina, en realidad era una zampabollos encubierta! —Y vuelve a revolcarse de la risa.

—Hay que ver lo idiota que eres... —Pongo los ojos en blanco, contagiada por su risa.

Llegamos a casa y nos despedimos; cada uno se mete en su habitación, ya que hay tele en cada una de ellas y así tenemos un poco de independencia.

Estoy tendida en pijama sobre la cama cuando suena mi móvil indicándome que tengo un wasap. Es un número que no tengo guardado en el teléfono, a lo mejor es alguien con quien ha contactado Peter. Abro el mensaje y lo leo:

¿A qué juegas?

Hola. Creo que se ha equivocado de número, soy la doctora Swanson.

Sé de sobra quién eres y también a qué saben tus labios. Desde que los probé no pienso en otra cosa más que en repetirlo..., rubia.

Cuando leo esto último doy un brinco de la cama. Me pongo nerviosita. Las manos me tiemblan y siento un cosquilleo en la tripa. ¿Cómo ha conseguido mi número? Me asalta la gran

tentación de mandarlo a freír espárragos, pero recapacito enseguida y me doy cuenta de que es una buena oportunidad para sacarle información valiosa.

No creo que te diera demasiado tiempo a saborear mis labios, y puedes estar seguro de que no se volverá a repetir, al menos en esta vida.

Tienes razón, no tuve suficiente tiempo; la próxima vez intentaré disponer de más. Porque si de algo estoy seguro es de que habrá una próxima vez.

¡En tus sueños!

¡Uf, rubia...! En mis sueños pasan otras muchas cosas más...

Qué lástima que siendo tan joven estés tan perjudicado. Por cierto, sigo sin saber quién eres.

¡Buen truco! Aunque me moleste que intentes convencerme de que vas besándote por ahí con todos los hombres y no lo recuerdas, me agrada saber que, aparte de estar buena, también tienes cerebro. Es una grata sorpresa para mí, pero no pienso desvelarte mi identidad porque ya la conoces. ¿Cómo, si no, sabrías que soy joven?... ¡Pillada! Jajaja. Buenas noches, cariño, te dejo tranquila para que sueñes con mis besos.

«¡Mierda, me ha pillado!», pienso.

Dudo si escribir algo más, pero me bloqueo, no sé qué decirle. Si le contesto lo que realmente quiero no volverá a dirigirme la palabra y no podré conseguir que me cuente nada sobre su problema. Tengo que ganarme su confianza como sea.

Él ya sabe, o al menos sospecha, que su cuerpo encierra a dos personas distintas, tengo que hablarle de ello antes de que quiera hacerse daño para fastidiar a su otro yo. Pero es tan insoportable que me resulta imposible pensar como profesional cuando me provoca de este modo, lo que, por cierto, sucede bastante a menudo.

Así pues, decido dejar el móvil en silencio sobre la mesilla y dormir.

* * *

Hoy comienza un nuevo día. Peter y yo ya estamos en la consulta. Tengo cuatro pacientes nuevos y estoy entusiasmada.

Estoy tonteando con el móvil, esperando a que llegue el primero, cuando descubro que tengo un wasap de Ian sin leer de anoche. Lo abro.

Lo único que me mata es que él pueda estar contigo cuando quiera y yo no.

Pensando en sus palabras, transcurre el resto de la jornada.

Lo sabe.

Pasan los días sin nada que destacar sobre ellos: del trabajo a casa y viceversa. La única novedad es que Peter y Sandra, la abogada, se pasan el tiempo juntos entre risitas y coqueteos. Lo demás, todo en orden.

Capítulo 18

Es martes. Estamos en la consulta. Hoy he decidido ponerme un vestido verde de seda que hacía tiempo que no usaba porque era demasiado ajustado y glamuroso. Ahora parece ser que, de pronto, me resulta muy apropiado resaltar mis escasas curvas.

Peter me informa de que ya ha llegado el señor Williams, y le indico que puede pasar.

Hace acto de presencia en la consulta, igual de elegante que siempre, llevando su riguroso traje de chaqueta impoluto, su corbata, sus zapatos relucientes...

He de admitir que, después de que me besara, siento un fuerte hormigueo en el estómago al volver a tenerlo delante, aunque en realidad no me besara él.

—Buenos días, doctora.

—Buenos días, se... —Clava sus ojos en los míos, expectante—. ¡Ian! Buenos días, Ian —me repito a mí misma para recordar que debo tutearlo.

—Permítame señalar que está usted preciosa con ese vestido —apunta, mientras examina mi cuerpo a conciencia.

Por un momento tengo la tentación de taparme con la bata, pero me obligo a no hacerlo porque debo parecer segura. Me mentalizo de que él no es la misma persona que estaba en la discoteca.

—Muy amable —contesto—. ¿Empezamos?

Me dirijo al sillón desde el que escucho a los pacientes. Permanezco en pie esperando a que él se quite la chaqueta y la coloque ceremoniosamente sobre el respaldo de la silla que está frente a mi mesa, como hace siempre. Después viene hasta mi altura sin dejar de mirarme y toma asiento en el gran diván de piel negro. Yo hago entonces lo propio.

Nos observamos el uno al otro.

«Concéntrate, Betty, tú puedes», me repito sin cesar.

—Vamos a centrarnos en encontrar el trauma que ha desencadenado todo esto. Es el principal objetivo y lo más importante para poder tratarte. Una vez que lo hayamos localizado, todo será mucho más sencillo —argumento.

—Me parece bien.

—Tienes que hacer memoria, debe ser un trauma intenso, o uno menos intenso pero repetido a lo largo del tiempo, algo que encadene las distintas disociaciones para que se haya creado la nueva identidad. También es necesaria una falta de apoyo después del trauma. Tus personalidades hacen frente a las situaciones que escapan a tu control, es una forma de liberar la

tensión reprimida. Cuando el estado de estrés al que te ves sometido resulta demasiado abrumador, es cuando se alzan las defensas psíquicas en forma de disociación.

—He estado meditándolo, y creo tener bastante claro el motivo por el que me disocio, doctora, pero preferiría que fuese usted la que llegase a él después de contarle mi historia. De lo que en realidad dudo es del trauma que lo motivó, ya que hay varios.

«¿Varios traumas fuertes? ¡Dios mío!»

Continúo intentando mantener mi posición objetiva.

—Un niño, cuando sufre un trauma, separa determinadas emociones de su conciencia, por ejemplo, la ira: la va separando de la conciencia porque es una emoción negativa para él. Luego dichas emociones se van asociando entre sí para crear algo paralelo, y el resultado final de todo esto es una personalidad altamente agresiva. Si pasa el tiempo y el trauma continúa sin ser tratado, esta nueva personalidad se va haciendo cada vez más fuerte; entonces un día sale a la luz y a partir de ahí va teniendo su propia historia, respondiendo a unos patrones relacionados con la ira y la agresividad.

—¿Pueden ser otras emociones, o solo la ira?

—Puede ser cualquier emoción que el subconsciente relacione con el trauma y que por eso quiera reprimirla.

—Ajá. —Permanece pensativo.

Decido informarlo del tratamiento para que se vaya haciendo a la idea de que a lo mejor no podrá curarse.

—El tratamiento va dirigido a la integración de ambas identidades o, al menos, de resultar esto insostenible, a coordinarlas entre sí para lograr el mejor funcionamiento posible de la persona.

—¿Está intentando decirme que puede desaparecer una de las dos? —pregunta emocionado.

—Sí, ése es el máximo objetivo, el éxito total. El problema es que nunca se sabe cuál de las dos desaparecerá, ni siquiera si alguna lo hará.

—Se supone que yo soy la identidad primaria, ¿no?

—Se supone, porque la identidad disociada siempre tiende a ser más agresiva y dominante. Sin embargo, en realidad solo te conozco del rato de la consulta, puede que no seas tú la primaria.

—Eso es una clara advertencia de que puedo desaparecer.

—Bueno..., sí.

Es como comunicarle a alguien que va a morir.

—Tranquila, doctora, podré vivir con ello.

Como a mí asimilar todo eso me supondría una gran angustia, me apresuro a añadir:

—No obstante, en la mayoría de los pocos casos que existen, no desaparece ninguna de las dos; es asombroso, pero pueden llegar a convivir ambas. Por eso es muy importante que el paciente acepte cuanto antes que la otra identidad también forma parte de sí mismo y aprendan a respetarse mutuamente. Es la razón por la que me interesa que el otro Ian también sea conocedor del asunto.

«Muy a mi pesar.»

—No quiero convivir con ese ser despreciable, prefiero ser yo el que desaparezca antes que coexistir con él —gruñe.

«Al menos tenemos algo en común...»

—No te preocupes ahora por eso, vamos a centrarnos primero en descubrir el trauma, ¿te parece?

—Sí.

—Bien, me comentabas antes que dudas entre varios traumas que hayan podido desencadenar todo esto, ¿me lo podrías explicar mejor?

—Mi vida no ha sido siempre un camino de rosas, doctora, al menos, no de pétalos. Mi camino ha estado siempre lleno de espinas, de esas que te atraviesan el alma. La gente me ve ahora y piensa que he sido un cabrón con suerte al que su *papaíto* —pronuncia esta palabra en español, dejándome descolocada— se lo ha regalado todo. Pero nada más lejos de la realidad. Nadie me ha regalado nunca nada, todo ha tenido su precio, y la mayoría de las veces demasiado elevado.

»Todo empezó a torcerse el día que murió mi madre. Hasta ese momento mi vida había sido apacible y maravillosa. Mis padres se amaban como nadie se ha amado jamás, en aquel tiempo todo eran risas, viajes, juegos... Mi madre era una mujer que brillaba con luz propia, nunca necesitó a nadie que la hiciese resplandecer, porque allá adonde iba era el centro de atención, todos la adoraban. Ella era la que nos iluminaba a nosotros con su amor. Era preciosa, tanto por dentro como por fuera. La mejor madre que nadie pudiese soñar, aunque imagino que todos los hijos sentirán lo mismo por sus madres. En mi caso también era así, ella era mi razón de ser, el espejo en el que quería verme reflejado cada día, lo que aspiraba a ser de adulto... —Se detiene un momento para tomar aliento, y observo entonces que sus ojos están repletos de lágrimas contenidas. Pero continúa—: Ahora sé que ella era el epicentro de todo nuestro mundo, y que, al marcharse, una gran parte de todos nosotros se fue con ella, sumiéndonos en la más aterradora oscuridad.

—La muerte de una madre siempre resulta traumático para un niño.

—No fue una muerte natural —me interrumpe—: se suicidó.

—¡Oh, lo siento! —No debería hacer ese tipo de comentarios, pero tengo una gran debilidad por él.

—Ella sufría de alzhéimer, demasiado precoz para su joven edad. Los médicos no daban crédito a la velocidad que avanzaba la enfermedad. Empezaba a perderse por la ciudad y cada vez eran más habituales los días en los que no sonreía, simplemente se metía en la cama asustada, sin querer ver a nadie. Mi padre estaba muy preocupado, pero se esforzaba en ocultárnoslo a nosotros. Cuando estaba bien era la misma de siempre y yo me despertaba ansioso cada día por estar con ella. Recuerdo que siempre me llamaba «mi bebé», a pesar de ser casi de su altura. Parece que algo en lo más recóndito de mi ser presagiaba la tragedia.

»Aquel 7 de noviembre era el quince cumpleaños de mi hermano mayor. Yo solo tenía doce años, pero lo recuerdo como si fuese ayer. Todos estábamos alrededor de la mesa, ella fue a la cocina y nosotros esperamos impacientes a que trajese la tarta con las velas. Sin embargo, no regresó. Mi hermano comenzó a impacientarse y fue a buscarla. Creo que ése fue el gran error. Si

hubiese ido mi padre, la habría calmado, pero tuvo que ir él, para ser el gran protagonista, como siempre.

—¿Tu hermano estaba muy unido a tu madre?

Como noto cierto rechazo hacia su hermano, quiero ver de qué nivel hablamos y si son simples celos por el primogénito o algo más.

—Más que eso: mi hermano y ella eran uña y carne. Por eso precisamente fue por lo que sucedió todo. Él fue el culpable de su muerte —sentencia, todavía con rencor.

—Nadie es culpable de que una persona se suicide, Ian, solo el que lo hace —aclaro.

—Eso ya no importa, puesto que ya recibió su castigo: él me arrebató lo que más amaba y yo le hice a él lo mismo con la que iba a ser su esposa.

—Pero...

—Ella no lo reconoció cuando fue a buscarla —me interrumpe con brusquedad, volviendo al tema de su madre—, y en vez de ser comprensivo y acudir en busca de mi padre, se puso a montar un escándalo, lloriqueando y gritando para que ella se sintiese culpable. No pudo soportar hacer tan desgraciado a su hijo el día de su cumpleaños ¡y por eso se ahorcó!

Al final resbalan esas lágrimas cautivas por su fuerte mandíbula.

Tengo ganas de abrazarlo para darle consuelo, pero me contengo a duras penas y me obligo a ser profesional, es decir, a mantenerme fría y distante.

—¿Qué sucedió después?

No quiero que se recree más en ese momento: si lo invade la ira hacia su hermano, no avanzaremos con lo que respecta a su madre.

—El día del entierro fue un infierno para mí. Nunca había visto a una persona muerta, ni siquiera en las películas. Cuando mi abuela la hubo lavado, peinado y le hubo puesto su vestido favorito, aquel azul de flores, me dejaron entrar en su habitación para despedirme de ella. Estaba tan guapa tendida apaciblemente sobre su cama, parecía una princesa dormida... Yo confiaba en que abriría sus bellos ojos para abrazarme y besarme como siempre. Creía que solo debía permanecer junto a ella para que todo se convirtiese en una simple broma macabra, una pesadilla de la que por fin despertaría. Pero no fue así.

»Siempre recordaré la impresión que me causó besarla y sentir su rostro tan frío. “¡Despierta, mami! ¡Estoy aquí, soy tu bebé, ¿es que no me oyes?”, le suplicaba llorando, tirando de la manga de su vestido para que me hiciese caso, pero no me contestaba. Me separaron de ella entre todos, me sacaron de allí y me quedé solo, vagando entre una multitud de gente que no conocía. Yo únicamente necesitaba estar junto a ella y abrazarla, pero no me lo permitieron. Me habían separado de ella para siempre. No comprendía por qué, era mi madre, ¡era mía! No tenían derecho a arrebatármela.

»La casa albergó al gentío durante todo el día, aunque yo permanecí solo, sentado en un rincón oscuro debajo de la escalera. No hubo nadie que me consolase, todos estuvieron junto a mi abuela y mi hermano. Ni siquiera mi padre me brindó un simple beso. Él era como un alma errante, y era el que peor estaba de todos nosotros; todavía hoy no se ha recuperado. Yo no podía quitarme de la cabeza que mi madre estaba arriba, sola...

»¿Por qué no me dejaban ir a darle todos esos besos que ya no podría darle nunca más?

»Pero todo aquello no fue nada comparado con lo que me esperaba después. El momento en que metieron el ataúd bajo tierra fue lo peor que me ha sucedido jamás. Ver cómo echaban tierra encima de la caja donde estaba dormida mi madre... Cuando cerraron su lápida, todos se marcharon, pero yo permanecí contemplándola, congelado. Recordé entonces su pelo ondeando al viento; su boca sonriente, llena de besos amorosos y palabras de aliento; sus manos repletas de caricias para mí; su vestido favorito, que nos gustaba tanto a todos. Todo aquello estaba ahora bajo tierra... Y nunca más volvería a sentirlo. Debía olvidarlo para siempre, debía renunciar a ello.

»“Mamá se ha ido de mi lado”, me decía.

»“Ya no seré el *bebé* de nadie...”.

»Aquello me impactó tanto que no lo superé nunca. Por ese motivo me afectó tanto el entierro de mi mejor amigo algunos años después, pero ése es otro asunto. En aquel momento se apagó mi alma para siempre y nunca más se ha vuelto a encender.

—... No sé qué decir... —Sin que me haya dado cuenta, miles de lágrimas recorren mis mejillas desde hace un buen rato.

Ian saca un pañuelo azul de su bolsillo y me lo da para que me limpie. Al cogerlo, compruebo que tiene su nombre bordado.

—No se preocupe, doctora, hay gente que está destinada a vivir en un continuo infierno. Asumí mi destino hace tiempo. Soy repudiado en todas partes, es lo que hay.

Continúa hablando, pero mi mente está trabajando a mil por hora. Ése sería un buen trauma para disociarse. El niño bueno de mamá es el señor Williams, es simplemente perfecto: sereno, templado, amable, perspicaz, educado, caballeroso, sutil, medido, maduro, sensato... Mientras que su otra identidad sería ese otro niño, el celoso, que de repente se encontró abandonado por todos, ese al que nadie quiso y que, para llamar la atención de sus seres queridos, se comportaba de una forma equivocada, consiguiendo justo lo contrario, alejarlos más. Es egoísta, frío, manipulador, soberbio, irresponsable..., y seguro que otras mil cosas más.

—Cuando todo terminó, ¿qué sucedió? ¿Tu padre se quedó en casa para cuidarlos? —pregunto, sorbiéndome los mocos de tanto llorar a la vez que me seco las lágrimas con su pañuelo.

—No, en absoluto. Mi padre no quería ni vernos, supongo que le recordábamos demasiado a ella. Se pasaba los días enteros en el trabajo, había noches que ni siquiera venía a casa para dormir. Nos cuidaba el ama de llaves, la señora Wilson. Ella trabajaba en casa mucho antes de nacer nosotros, vivía allí, pero era muy buena, nunca nos regañaba porque pensaba que ya habíamos sufrido bastante y le dábamos tanta pena que no era capaz de hacerlo. Al fin y al cabo, éramos unos niños que solo querían jugar.

»Mi hermano fue, durante un breve período de tiempo, una balsa en la que conseguí refugio, supuse que se sentía como yo. Pero pronto volví a quedarme solo porque él se aferró a sus estudios para mantener la mente ocupada. Yo no logré aferrarme a nada; me pasaba todo el día ausente, no podía dejar de pensar en mi madre, la echaba de menos a cada minuto, por lo que empecé a ir mal en el colegio. Esto provocó la ira de mi padre, hecho que hizo que yo nunca apareciese por casa y me quedara en la calle cada vez más tiempo.

»Así viví demasiadas cosas que un niño de doce años no debería haber conocido, entre ellas, las drogas, que me ayudaban a no pensar. Mi padre me pilló enseguida y me internó en un centro de menores sin dudarlo, sin darme ninguna oportunidad de cambiar, nunca creyó en mi inocencia. Y eso fue lo peor que pudo sucederme. Sin embargo, ése es el tema del día siguiente, creo que por hoy hemos tenido suficiente trauma.

Se incorpora del diván mientras yo sigo absorta por completo en su historia. Permanece unos instantes en silencio. Tiene los codos apoyados sobre las rodillas, sus grandes manos entrelazadas, y mantiene los ojos cerrados mientras se muerde los nudillos. Ahora mismo no está aquí.

Lo observo en silencio. Me parece tan vulnerable... Es increíble que un ser tan tierno se esconda detrás de ese gran hombre de negocios, y detrás de ese otro ser despreciable que se esfuerza en apartar a todos de su lado.

Abre de pronto sus cristalinos ojos azules, pillándome por sorpresa, y siento cómo me ruborizo al ser descubierta in fraganti contemplándolo con cara de lerda total. Con su mirada me está suplicando afecto, y a mí me encantaría dárselo, de hecho, es lo que más deseo en estos momentos, pero me lo prohíbo con rotundidad; creo que ya he traspasado de sobra las barreras de lo legalmente permitido entre un médico y su paciente. Desde luego, no consentiré que vuelva a darse semejante situación, ni otra parecida.

Me levanto de mi sillón para deambular por la sala, necesito cortar este fuerte vínculo que de forma inevitable se está creando entre nosotros y que me dé el aire. Miro el reloj de la pared: son de nuevo las seis de la tarde, y han pasado otras ocho horas.

—Me voy a hacer de oro contigo, a doscientos dólares la hora... —bromeo, señalando el reloj.

—Si consigues curarme, doctora, como si me las cobra a dos mil.

Parece pensativo y, desde luego, muy triste.

—Si todavía sigue en pie, acepto tu invitación del otro día.

Me observa entusiasmado.

«Sí, y así es como pienso mantener nuestra estricta relación médico-paciente.» «¡Cállate de una vez, maldita conciencia!»

—Pues la verdad es que tengo hambre. —Sonríe.

—Pero con una condición —le advierto.

—Vaya, ¿encima de lo que le pago, me pone condiciones?

—Ésta te va a gustar —aseguro.

Se pone en pie, todavía sonriente.

—Soy todo oídos, doctora.

—Que me trates de tú.

—Creí que nunca me lo pedirías.

Capítulo 19

Hemos tomado un taxi hacia el Upper East Side. Cuando llegamos son las seis y media de la tarde. No le he mordido el brazo al taxista porque me he contenido mucho.

—El próximo día que vengas me llevaré unos bocadillos a la consulta. Te pones a hablar y se me pasa el tiempo volando —ironizo, mientras me sujeta la puerta del vehículo abierta para que salga.

—Eres tú la que va a matarme de inanición. —Sonríe divertido—. Me tiras de la lengua sin que me dé cuenta, nunca había hablado tanto con nadie.

Pasamos bajo un techado negro de hierro forjado en el que se lee DANIEL y que nos lleva hasta la entrada principal. Pisamos una alfombra en la que está bordado el mismo nombre, y hay varios arbolitos plantados en macetas a cada lado. El local parece demasiado majestuoso para mi gusto, pero yendo acompañada por un magnate trajeado no me resultaría apropiado ir al Burger Joint. Para ser sincera, mi vestido de seda tampoco se queda atrás en cuanto a lujo se refiere; ahora mismo me alegro sobremanera de habérmelo puesto.

—Beatriz, estamos en el emblemático restaurante Daniel. El nombre se debe a su dueño, Daniel Boulud, íntimo amigo de mi padre —me informa amablemente Ian con un excelente acento francés, mientras cruzamos las elegantes puertas giratorias de bronce que nos conducen al interior.

—Te hace sentir parte de algo especial, incluso antes de entrar.

Resoplo admirando todo a mi alrededor con gran asombro, embriagada por el olor a jazmines.

Ian me contempla embelesado.

—Me alegra haber acertado con el sitio —me susurra—. Espera aquí un momento.

Se aleja para ir a hablar con uno de los camareros, que le estrecha la mano con efusividad. Luego regresa a mi lado.

—Está todo completo, para no variar, pero dice el maître que enseguida podremos pasar.

—¿Y toda esa gente que está ahí esperando? —Señalo la larga cola que se agolpa en la puerta.

—Si no tienes reserva, es imposible comer aquí, hay una lista de espera de varias semanas. Pero para eso se crearon las excepciones, doctora. —Con la palma de la mano, me muestra la dirección en la que debo ir—. Después de ti.

Llego hasta lo que debe de ser el bar. Su estilo neoclásico hace que lo examine todo a mi

alrededor con verdadera fascinación mientras tomamos asiento en los taburetes de piel altos situados junto a la barra.

Ian hace una señal a una de las camareras con la mano y ésta enseguida nos sirve dos copas con champán.

—A éste invita la casa —lo informa ella, más sonriente de lo que me gustaría, pero él no parece hacerle el menor caso.

—Esto es precioso, Ian.

Asiente orgulloso.

—Es mi preferido de Manhattan. Poseen tres merecidas estrellas Michelin, uno de los pocos restaurantes del mundo con semejante reconocimiento. Su comida tiene un claro estilo afrancesado que me fascina, ya que Daniel es natural de Lyon. El restaurante comenzó siendo un proyecto sencillo, pero, con el paso de los años, su cocina ha pasado a ser técnica y moderna, es decir, conservan una técnica impecable, pero reducen al máximo el academicismo en sus elaboraciones, consiguiendo así unos platos supremos.

—Veo que entiendes de gastronomía.

—Es uno de mis mayores vicios... confesables. —Me guiña un ojo y yo sonrío como una tonta. ¿Qué me pasa?—. Y ¿qué hay de ti, doctora? ¿Qué vicios tienes o, si quieres, llámalos *hobbies*? ¿Qué haces cuando sales de la consulta?

—Pues..., en realidad, irme a casa a dormir.

No suena para nada arriesgado ni divertido, pero es la verdad. No entiendo demasiado bien el motivo, pero con esta identidad de mi paciente me siento muy cómoda.

—¿No haces otra cosa que no sea trabajar? ¿No tienes amigos, ni pareja...? —Se acaricia el mentón nervioso mientras aguarda mi respuesta.

«Mmmm, una manera muy sutil de sacarme información valiosa. Añadimos *inteligente* a la larga lista de cualidades del señor Williams.»

—Salgo algún día, pero en contadas ocasiones.

—Ya veo, eres de las que siempre respetan las reglas —concluye.

—Pues sí, supongo que soy bastante aburrida, aunque estar aquí contigo no es precisamente respetarlas —mascullo.

—Si todos respetasen las reglas, éste sería un mundo muy aburrido.

Deja escapar su sonrisa embaucadora y, al notarlo tan despreocupado, termina contagiándome a mí también.

—Brindo por las reglas, doctora Swanson, para que te las saltes todas.

—¡¿Todas?!

—¡Eso espero! —Su mirada azul brilla como nunca al decir eso.

«¡Oh, venga ya, no permitas que te vuelva loca!», me obligo a pensar a mí misma.

Chocamos nuestras copas, el sonido del cristal de Bohemia resuena en mis oídos como música celestial. No quiero preocuparme por nada, estoy muy a gusto y procuro no torturarme porque esto pueda estar mal, siempre hago lo correcto.

Pasado un rato, uno de los camareros viene a buscarnos para indicarnos que ya tenemos nuestra mesa disponible.

—Si son tan amables de acompañarme —indica.

Nos escolta hasta una mesa vestida para dos comensales, situada en uno de los rincones del fondo de la sala.

Ian retira mi silla, esperando a que tome asiento, y después me acerca hasta la mesa.

—Gracias.

Nadie había hecho esto por mí antes, me siento como una princesa.

Él se acomoda frente a mí.

Observo que el comedor principal es enorme y está abarrotado de gente, parece el mismísimo refugio del clasicismo. Da la impresión de que nos hayamos transportado a la Grecia antigua. La decoración contemporánea de última generación contrasta con la exquisita arquitectura neoclásica de arcos y columnas blancos. Como colofón, unos candelabros redondos de cristal decoran los altos techos. *I Will Always Love You*, de Whitney Houston en su versión instrumental suena de fondo. Muy propio.

Todos los camareros van ataviados con elegantes trajes de chaqueta y corbata. Sobre la mesa, los platos son de una fina porcelana blanca y los cubiertos, de plata.

Me pego un gran susto al ver los precios de la carta, un menú degustación de ocho platos a elegir por el chef; seguro que de esos minimalistas en los que tienes que rebuscar la comida entre los adornos. ¡Doscientos cincuenta dólares por persona, más las tasas! Intento que no se note demasiado mi sorpresa, pues, aunque ya debería estar acostumbrada a este tipo de cosas por codearme con gente de la alta sociedad neoyorquina, lo cierto es que no dejo de ser una pueblerina que ha pasado hambre.

—¿Qué van a beber los señores? —pregunta la sumiller con amabilidad.

No me he dado cuenta de cuánto tiempo lleva aquí, ya que estaba completamente absorta en los nombres y los precios de la comida.

—Una botella de Château d'Yquem de 1918, por favor —le responde Ian con su perfecto acento francés.

—Excelente decisión, caballero —responde la sumiller, y se marcha orgullosa.

—¿Eso es vino? Yo nunca bebo —lo informo, mintiendo un poquito.

—No es un vino cualquiera, querida, es el legendario elixir de los dioses, y sin duda merece que le des una oportunidad. —Su mirada seductora me invita a dudar si seguimos hablando del vino...—. Aunque, si te soy sincero, siempre me han gustado más los vinos de tu tierra que los franceses.

—Está bien, probaré un sorbo —claudico, mientras me pregunto por qué sabrá de dónde soy, aunque supongo enseguida que habrá investigado en mi biografía.

Nos sirven raviolis de langostinos de Escocia e hinojo, *jade tiger abalone* australiano, fletán con caviar americano estilo Luisiana..., y no recuerdo los demás nombres que me ha ido diciendo Ian, pero todos los platos están deliciosos.

—Beatriz, vas a probar la alta repostería francesa. Esto es un *coulant* de chocolate guanaja con caramelo líquido y helado de leche, ¡está exquisito! —Ian pone cara de niño emocionado; sostiene la cuchara en alto esperando a asaltar el delicioso postre que acaban de servirnos.

Me divierte verlo tan relajado conmigo.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —solicito.

—Dispara, ya veré si la contesto. —Se mete una cucharada del chocolate en la boca y cierra los ojos para degustarlo. Ese gesto me resulta tan sexi.

«¡Betty, despierta!», me increpo a mí misma.

—¿Cuándo te diste cuenta de que te estaba pasando algo raro?

Abre los ojos para clavar su mirada azul en la mía.

—¿Quieres hablar de eso? ¡¿Gratis?!

—Me muero de intriga —admito.

Sonríe por mi repentina sinceridad, y supongo que por mi explícita curiosidad femenina también.

—Una mañana, al despertarme, descubrí que había ropa que no era mía colgada en el armario. La llevé a otra habitación, pero a los pocos días volvía a estar colocada en las perchas de nuevo, y lo que estaba tirado en el suelo de la otra habitación eran mis trajes. También encontré comida rápida y bebidas alcohólicas en la cocina, cosa que yo jamás consumo; números telefónicos de personas que no conozco guardados en la agenda del móvil; llamadas que no había realizado yo y mensajes que no había escrito; mujeres desnudas en mi cama... Demasiados episodios extraños.

—¡Ostras! ¿En serio? —exclamo sin filtro. Imagino que si me sucediese a mí me moriría de miedo—. Y ¿cómo reaccionabas?

—Al principio pensaba que me pasaban esas cosas por el estrés, ya sabes, algún tipo de alucinación.

—¿Y tu familia no notaba nada raro?

—Mi padre y mi hermano nunca se han molestado en conocerme realmente. Piensan que me comporto así debido a las drogas.

—¿Consumes?

—Yo nunca consumí nada, pero, al parecer, *mi amigo* se ponía hasta las cejas. Ya no lo hace, yo también sé escribir notas. —Su expresión ahora es de rabia.

—Y ¿qué pensabas de todo eso? —Me fascina.

—Nunca creí que fuese algo así, la verdad, pensaba que, por alguna extraña razón, al perder la memoria me comportaba de forma distinta de la habitual en mí. ¡Incluso llegué a pensar que algún amigo me estaba gastando una broma pesada!

—Me imagino que todo esto debe de ser increíble para ti.

—Si he de serte sincero, sí, es muy complicado, y más aún cuando el otro personaje es tan odioso; me gustaría darle un buen golpe. Pero ¿puedo contarte un secreto? —Se acerca a mí para susurrar—. Gracias a ti, no tengo miedo. Confío en que me salvarás, doctora.

¡Guau! Que una persona con tantísimos problemas y tan desconfiada como él se fíe de mí es toda una proeza.

—Gracias..., de todo corazón. Sabes que voy a intentar hacer todo lo que esté en mi mano para que esto salga bien, ¿verdad?

—Lo sé. Y ahora dejemos de hablar de ese tema, que no estamos en la consulta. Me apetece quitarme el asunto de la cabeza aunque solo sea por un momento.

—Está bien. —Me bebo el último sorbo de vino de mi copa—. Al final casi me tomo la botella yo sola. —Sonríó al dejar la copa vacía sobre la mesa.

—Eso es porque no te ha gustado.

—¡En absoluto, estaba malísimo! —Pongo cara de asco arrugando la nariz.

Él me da un toque suave en ella con el dedo y me sonrío divertido.

—¡Qué mal gusto tienes, Beatriz!

«Eso sí que va con segundas.»

Charlamos tranquilamente, comparando la economía estadounidense con la española y enumerando sitios que nos gustan de ambos países, pues Ian ha viajado mucho y es obvio que conoce España, aunque no mi pueblecito, que promete que visitará enseguida. Descubro que compartimos algunas aficiones, como la lectura, los museos, el deporte... Es un hombre sano e intelectual, o sea, mi análogo masculino.

Nos traen la cuenta, metida en una exquisita funda de piel negra con el nombre de «Daniel» bordado en hilo de oro, y la depositan con toda ceremonia delante de mi acompañante. Ian coloca su tarjeta de crédito dentro de la funda sin ni siquiera comprobar el importe de la factura.

—Voy un momento al baño, no huyas —me advierte divertido.

—Creo que con el mareo que tengo no podría ir demasiado lejos.

Echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada. Después desaparece con su paso elegante entre las mesas.

La curiosidad me está matando y, antes de que el camarero venga a llevarse la factura, la abro para cotillearla.

—¡Joder! —se me escapa al verla.

Menos mal que estoy sentada, de lo contrario, me habría caído al suelo del susto. Hay muchos ceros, nada más y nada menos que ¡10.600 dólares! Y casi todo corresponde al vino, ¡madre mía, qué derroche! ¿Otros doscientos dólares de propina? Lo dejo todo apresuradamente sobre la mesa de nuevo, atormentada por haberme bebido un vino semejante.

—¿Nos vamos?

Persigo la procedencia de su voz para descubrirlo plantado a mi lado con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Está sonriente e irradia algo bastante parecido a la felicidad.

—Sí.

Toma mi mano para ayudarme a incorporarme de la silla. Es rozar su piel y sentir un sudor frío que me recorre todo el cuerpo; no puedo evitarlo, por eso me retiro enseguida de su lado en cuanto estoy junto a él. A lo largo de la velada se habrá dado cuenta a la perfección de que estoy esquivando el contacto por todos los medios.

Siempre he pensado que más vale prevenir que curar.

Capítulo 20

Ya ha anochecido, el frío cielo de Nueva York ha decidido engalanarse para nosotros con un gran manto negro, tan solo salpicado por algunas estrellas relucientes.

—Beatriz, me gustaría que fueses sincera conmigo, puesto que yo lo he sido desde el primer momento contigo.

Caminamos con tranquilidad por Park Avenue uno junto al otro. A su lado, me siento como un enanito del bosque, y no es que yo, con mi metro setenta, sea precisamente bajita, pero es que él es tan alto...

—Siempre soy sincera.

—Está bien, a lo mejor te resulta incómodo, pero me gustaría saber cómo es el otro Ian y qué es lo que hace cuando yo no estoy presente.

—¿De verdad quieres saberlo?

No le va a gustar nada mi respuesta. Él me observa divertido, adivinando enseguida el motivo de mi pregunta.

—Creo que mi amigo me conoce bastante mejor que yo a él. Tanto es así que incluso debe de saber cuándo va a aparecer y a desaparecer; de lo contrario, no se metería en peleas ni haría ciertas cosas para que yo las sufra después. Estoy del todo seguro de que si lo conociera mejor podría luchar contra él, pero ahora mismo me encuentro perdido y en clara desventaja. No sé en qué círculo se mueve, ni con quién.

—Entiendo cómo te sientes.

—Entonces ¿cómo es él? —Me mira como si esperase que le revelase el número que saldrá premiado en la lotería.

—No te molestes con lo que voy a de... —Frunzo el ceño, esperando el chaparrón, pero él me interrumpe soltando una sonora carcajada.

—Tranquila, señorita, no lo odia usted más que yo.

Sus palabras me dan alas para descargar.

—Tu otra personalidad es todo lo opuesto a ti, al menos, hasta donde he podido comprobar. Es un hombre igual de atractivo físicamente —ni siquiera me doy cuenta de que he dicho esto hasta que su mirada se enciende ante mi declaración—, pero mucho más maleducado —me apresuro a añadir, para que no se deleite demasiado con mi inapropiado piropo.

—¿Maleducado, a qué nivel?

—¡Oh! ¡Créeme, está en lo más alto del *top ten*! —bufo, mientras levanto mucho la mano.

Ian suelta otra carcajada por mi repentina sinceridad y por mi cara de indignación absoluta.

—¡Ya veo que te cae fenomenal! Al menos, por ese lado puedo estar tranquilo.

Me hago la sueca —un inciso: siempre he estado en contra de esa expresión, ya que es indudable que todas las suecas no son tontas y, por ende, ¡todas las rubias tampoco lo somos!— y finjo que no he prestado atención a su comentario.

—¡Es un idiota! Cada vez que aparece con su moto y su *postureo* de *chulo playa*...

—¿*Postureo* y *chulo playa*? —me interrumpe, repitiendo mis palabras con un acento muy sexi y una expresión de curiosidad.

Yo no puedo evitar soltar una risotada, pues cuando me enfado o me relajo se me suelen escapar algunas palabras en castellano sin darme cuenta.

—Significa que me saca de mis casillas porque está demasiado pagado de sí mismo y disfruta provocándome enormemente, portándose siempre como un absoluto capullo. Piensa que todas las mujeres del mundo caen desmayadas a su paso y...

—Puede que sea así —señala interrumpiéndome de nuevo.

Siento cómo el acaloramiento sube hasta mi cabeza, es muy posible que me haya puesto incluso roja.

—¡No me importa que todas las mujeres del mundo se mueran por él! —protesto—. Lo que no se puede consentir es que nos trate a todas por igual. Su rasero para medir al género femenino al completo es el mismo y no hay derecho: ¡no somos todas iguales, por tanto, hay algunas que nos merecemos un respeto! Me da igual que las otras se lo consientan todo, ¡yo no soy un trozo de carne!

—Lamento haber estado tan equivocado hasta este momento —manifiesta de pronto, en un tono bastante sosegado, pero muy serio.

—¿A qué te refieres? —quiero saber.

—Es obvio que te mueres por él.

Me detengo en seco ante tan absurda afirmación.

«¡¡¡¿¿¿Quéeeee???! Ahorra sí que estoy al borde del ataque de nervios.»

—¡¡¿¿Perdona???! ¿Me has estado escuchando los últimos diez minutos? Porque creo que lo que siento por ese ser rastrero es, cuando menos, ¡odio! —lo increpo ofendidísima.

Me encuentro frente a él y no me he dado cuenta de que le estoy dando toques con el dedo en su duro pecho hasta que levanta la mirada de mi falange a mis ojos. Entonces me detengo. Puede resultar muy intimidante cuando quiere.

—Doctora..., es obvio que no vas a admitirlo, entre otras cosas porque es muy probable que ni tú misma te hayas dado cuenta aún, pero cuando una persona nos provoca algún tipo de reacción, ya sea positiva o negativa, y él las provoca en ti sin lugar a dudas, es porque precisamente indiferencia no sentimos.

—¡Claro que no me es indiferente, te estoy diciendo que lo odio! —protesto.

—Solo se puede profesar algo tan fuerte como el odio por alguien a quien antes se ha amado. De hecho, cuanto más se haya amado, más odio se tiene. Es un sentimiento directamente proporcional al otro.

—¡Ja! ¿Qué eres ahora?, ¿catedrático en emociones?

—Hablo con conocimiento de causa.

—¡Ah! ¿Estás enamorado?

De pronto, y sin saber por qué, siento que me invaden los celos. Enseguida me arrepiento de haber hecho esa pregunta. ¡Es mi paciente!, esto no debería estar pasando.

—Conozco el odio mejor de lo que desearía... —confiesa, con tristeza en los ojos.

«¡Uf, menos mal!»

Me gustaría seguir preguntándole mil cosas más, pero me obligo a parar: si continuamos así, no vamos a llegar a buen puerto.

—... Y por eso ahora sé que sientes algo por él —añade.

Prosigo mi camino, esta vez a un paso mucho más ligero que antes. Hemos pasado de transitar de forma apacible por la calle a protagonizar una improvisada escena de «Persiguiendo a miss Swanson».

—¡No pienso consentir que insinúes que me gusta esa rata de cloaca, porque lo cierto es que me repele!

—Está bien, lo siento, no debería haberlo dicho. —Prosigue andando un paso por detrás de mí.

—Pero sigues pensándolo.

—Y ¿te importa lo que piense yo de ti?

Me detengo.

Ian me alcanza para ponerse justo delante. Nos miramos a los ojos, sin pronunciar ni una sola palabra. Creo que él ya ha descubierto lo que yo todavía dudo.

Sin vacilar ni un solo instante, me vuelvo dándole la espalda y levanto el brazo.

—¡Taxi!

Capítulo 21

Casi no pego ojo en toda la noche porque no dejo de darle vueltas al asunto.

¿Es posible que me sienta atraída por el educado señor Williams y, al mismo tiempo, odie a su *alter ego*? Es evidente que siento algo por él, aunque todavía no sé si es debido a que nunca he tenido a un hombre de su clase tan cerca o porque me gusta de verdad. Es muy guapo y tiene todos los ingredientes que admiro en un caballero; cabría destacar la educación, la responsabilidad, el carácter, la cultura, el saber estar, la bondad, la amabilidad, incluso tiene sentido del humor. No podría ponerle ni una sola objeción. Bueno, pensándolo mejor, sí. Tiene una gran pega: como es obvio, el hecho de que se desdoble en dos personalidades y una de ellas resulte ser un auténtico gilipollas.

Hablando del rey de Roma, ¿pensará realmente que me atrae ese ser ruin y rastrero? ¿No se dará cuenta de que el que me interesa en realidad es él? ¡Ah! Pero entonces ¿me gusta?

¡Oh! Estoy hecha un lío.

Al final acabo sucumbiendo a los brazos de Morfeo y me quedo dormida a altas horas de la madrugada.

* * *

Al día siguiente, amanece en la Gran Manzana.

Cuando tengo la ocasión, me encanta ver salir el sol entre los rascacielos de Manhattan. No será comparable con admirarlo desde algún entorno natural, pero para mí no deja de ser algo sorprendente. Es como renovarse por dentro, un nuevo día, una nueva oportunidad, un nuevo comienzo.

No hay nada mejor que prestar atención a las cosas nimias de cada momento para que resulten milagrosas. Cada día está lleno de magia, solo hay que saber apreciarla, porque al fin y al cabo ésa es la vida.

Me siento en el sofá con una mantita rosa de Lola Bunny tapando mis piernas y una gran taza de café hirviendo, para poder admirar cómo la gran bola de fuego asciende a los cielos y va iluminando la ciudad a su paso.

—¡Buenos días, cariño!

Peter aparece en el salón, cerrando los ojos con exageración, como un topo, al contacto con la luz solar.

—¡Buenos días, dormilón!

Se sienta junto a mí y se tapa también con mi manta.

—¿Qué haces despierta tan temprano? ¿No sabes que si duermes menos de diez horas seguidas envejeces antes?

—Y ¿tú no sabes que no creo en todas esas tonterías?

Se ríe medio adormilado.

—Yo tampoco, pero es lo que decís las mujeres.

—¡Buenos días! —saluda una tercera voz, lo que hace que dé un brinco del sofá y casi derrame todo el café del susto.

—¿Sandra? —Miro de pronto a mi hermano con mil preguntas agolpándose en mi cabeza.

—¡Sorpresa! —Peter ríe al ver mi cara.

Ella me saluda con la mano y una gran sonrisa en su rostro, para pasar de largo en dirección al baño. Va envuelta en una sábana.

—Peter, espero que le hayas dejado las cosas bien claras antes de hacer nada —lo regaño una vez que ya no nos oye la abogada. De todos modos, no creo que nos entendiese, pues entre nosotros solemos hablar en español.

—Bet, no seas aguafiestas, los dos sabemos lo que hay, es solo sexo consentido entre adultos, punto.

—Y ¿Kattie también lo consiente? —Enarco una ceja.

Se levanta del sofá, enojado.

—No es asunto tuyo —protesta mientras desaparece. Con lo que deduzco que la respuesta es «no».

El fin de semana transcurre sin más incidencias. Yo, sobre todo, me dedico a buscar con mi tableta en internet detalles escabrosos sobre casos de personalidad múltiple, cosa que termino dejando porque hay hasta asesinatos.

* * *

El lunes, en la consulta, tengo a tres pacientes nuevos que han decidido tratarse gracias a la insistencia telefónica de mi hermano.

Y hoy es martes, día reservado para el señor Williams.

Estoy sentada frente a mi mesa, expectante y muy nerviosa por volver a verlo.

Puede ser casualidad, pero, cuando llega el martes, misteriosamente me apetece arreglarme y maquillarme. Hoy llevo un pantalón de pinzas gris perla con unos tacones del mismo tono y una blusa entallada y demasiado escotada de color añil.

Suena el teléfono, es mi hermano desde la recepción. Lo cojo.

—Dime.

—Doctora, su paciente está aquí.

Me cuelga. Está claro que sigue enfadado conmigo, pero no es mi problema; que hubiese pensado las cosas antes de mojar el churro donde no debía.

La puerta de la consulta se abre de golpe y mis ojos también.

—¿Qué haces tú aquí? —Salto de la silla como un tigre de Bengala.

—Buenos días, doctora, yo también me alegro de verla. No me ha costado demasiado encontrar la consulta, pues mi querido compañero de vida tiene tarjetas y fotos tuyas por toda mi casa.

Lleva unos vaqueros con un jersey violeta, unas deportivas oscuras y el pelo despeinado a lo loco; por eso sé a primera vista que se trata de él y no de mi siempre escrupulosamente peinado señor Williams.

—¿Fotos más? ¿Qué estás diciendo?

Se supone que debería estar saltando de alegría porque ésta es mi oportunidad de oro para hablar con él. Tengo que intentar camelarlo para que se siente y me cuente todo lo que sabe sobre el tema, pero es que me resulta tan odioso.

—¡Oh, ya lo creo! La pena es que en todas ellas estés vestida. Para ser sincero, esperaba encontrar alguna más interesante, pero nada —comenta decepcionado.

—¿Crees que todos los hombres son como tú?

Me está devorando con los ojos. Yo lucho por taparme con la bata, como si lograra con ella hacerme invisible, en plan Harry Potter.

—Sí, claro que lo creo, aunque he de confesar que algunos mienten mejor que otros...

—Sé muy bien cuándo me mienten —declaro arrogante.

Él niega con la cabeza risueño; evidentemente, no me cree.

—¿Todavía no os habéis besado, Beatriz?

—¡A ti qué te importa?! —grito encolerizada.

Suelta una carcajada.

—Ya suponía que no iba a ser capaz, es un cobarde. No te besaría ni pidiéndoselo de rodillas. Tendrás que dar tú el paso.

—Pero ¿por quién me has tomado? ¿Acaso crees que me voy besando con cualquiera?

—Eso tendrás que contestarlo tú: ¿yo qué soy?, ¿un cualquiera o alguien especial? Porque a mí me besaste..., ¡y con qué ganas!

Está intentando rodear mi mesa para situarse junto a mí, pero yo voy en la dirección opuesta para evitarlo.

—¡Yo no te besé! Me cogiste a traición, eso fue todo.

—Ya veo que no soy el único que sufre pérdidas de memoria, doctora, porque recuerdo a la perfección cómo me respondieron tus labios.

Su mirada provocadora está clavada en mí, mientras con un dedo acaricia su labio inferior con suavidad, y consigue que un torrente de calor me invada la entrepierna.

Tengo que lograr centrarme.

—¿Por qué supones que no me va a besar? —pregunto.

«A lo mejor tiene novia», me reprendo a mí misma.

—¿Te crees que voy a caer en tu trampa con tanta facilidad, rubia?

—No sé de qué me hablas.

Creo que mi curiosidad por su *alter ego* ha despertado su cólera, por eso deduzco que no ha captado el verdadero motivo por el que quiero saber por qué no me besa, y eso me alivia.

—Me subestimas, Beatriz, ésa es precisamente la pregunta del millón. —Aguza la mirada, me está examinando con detenimiento.

—¿Por qué?

—Porque la respuesta es la clave de todo.

—Y ¿por qué no quieres contármelo? ¿Es que acaso no deseas curarte? —insisto.

—¿Curarme? ¿Crees que no sé lo que tramáis entre los dos?

—¡Sorpréndeme!

Me muero por saber qué pasa por esa mente privilegiada.

—Estáis compinchados para hacerme desaparecer —acusa, apuntándome con el dedo—, pero no os lo pondré tan fácil. Tengo a ese desgraciado acorralado, como a ti, así que siento informarte de que no podréis conmigo.

Apoya la mano en la mesa y, de un gran salto, se planta frente a mí. Pego un grito desgarrador, pero él me tapa la boca enseguida con la suya.

Me aprisiona entre sus brazos y esta vez no me tantea para invadir mi boca con su lengua, sino que directamente la introduce entre mis labios para saborearme con gran deleite.

Lucho con todas mis ganas por separarme de él, pero me resulta imposible, ya que tiene una fuerza descomunal.

—No vas a besarlo, ¿entendido? ¡No lo permitiré! —ruge contra mis labios, desesperado.

—¡Suéltame, desgraciado! —Me revuelvo para que me deje.

—No te soltaré hasta que lo prometas.

—¡Llamaré a la policía en cuanto me liberes, maldito imbécil! ¡Se te va a caer el pel...!

Ni siquiera me permite terminar la frase porque me tiende sobre la mesa con un solo movimiento certero, sin el menor esfuerzo. Ahora me encuentro tumbada boca arriba, con él a horcajadas sobre mi cadera para inmovilizarme las piernas y agarrándome por las muñecas con una sola mano, mientras con la otra me tapa la boca.

—Escúchame bien, señorita Swanson, los dos buscamos lo mismo: tú quieres que hable y yo quiero hablar, por tanto, deja de amenazarme con llamar a la policía porque, entre otras cosas, no me da ningún miedo —ordena contra mi cara.

Yo intento mover la cabeza hacia un lado u otro, pero me resulta imposible con su manaza sujetándome.

—Se supone que para haber estudiado esta carrera no debes de ser nada tonta, así que demuéstramelo. Voy a soltarte, pero si gritas se acabará todo, ¿de acuerdo?

Quiero morderle, quiero pegarle, quiero tirarle del pelo, quiero gritar con todas mis fuerzas...

—¿Me has entendido, rubia? Asiente si es así —insiste.

Cierro los ojos con fuerza para tragarme mi orgullo sin atragantarme. Muy a mi pesar, asiento. Él retira la mano de mi boca lentamente, observándome con los ojos llenos de expectación. ¿Se estará divirtiendo, el muy...?

—Buena chica, así me gusta, que me obedezcas. —Sonríe pagado de sí mismo.

Me ha soltado la boca, pero sigue aprisionando mis manos.

—Te arrepentirás de esto, maldito...

De nuevo me interrumpe poniendo sus labios contra los míos. Por mucho que intento

evitarlo, mi cuerpo responde a ese beso. Siento cómo se calienta todo mi ser, cómo se encienden mis pechos y mi sexo suplica por unas atenciones que no tardan en llegar, pues su abultada entrepierna se aprieta contra la mía y me siento morir de gusto.

Su lengua experta hace maravillas en mi boca y, por mucho que opongo resistencia, acabo acariciándola con la mía. No puedo negar que me vuelve loca besarlo. Consigue estremecerme y, lamentablemente, mi cerebro solo ve al señor Williams, que tanto me atrae, y no a este ser repelente, o no.

—No voy a permitir que te bese, Beatriz, eso debes tenerlo muy claro —susurra contra mis labios, mirándome con los ojos encendidos de lujuria.

«¿Por qué?», resuena en mi mente, pero no lo verbalizo.

Cuando vuelvo a ser consciente de dónde estamos, me percató además de que me ha soltado las manos y las tengo enredadas en su pelo.

«¿Tendré yo también doble personalidad cuando estoy con él?» Ni siquiera me he dado cuenta de nada, me he dejado llevar del todo por el deseo irrefrenable que siento cuando está cerca. Por ese olor, por su sabor, su voz, sus ojos...

—Esto no puede estar ocurriendo.

Le pego un empujón que él ni siquiera siente, aunque esta vez se retira para permitir que me incorpore. Mientras deambulo por la sala, me arreglo la ropa y el pelo, sin mirarlo, puesto que siento su escrutinio clavado en mi espalda.

—Aunque quieras evitarlo no puedes hacerlo, Beatriz. Sientes algo muy fuerte por mí, solo tienes que admitirlo.

—¿De ninguna manera!

—Pero ¿por qué te empeñas en negar lo evidente? No pasa nada, sé que soy irresistible, estoy acostumbrado.

—¿Lo que eres es un auténtico idiota! —bufo, irritada por su petulancia.

—Bueno, no vamos a estar así toda la mañana. He venido a dejar claros ciertos asuntos y éste no está entre ellos.

—¡Claro que vamos a discutir sobre este asunto! No pienso permitir que vengas y me beses cada vez que te dé la gana, ¡exijo un respeto!

—El respeto se gana, no se exige.

«Bonita frase, que también citó mi empleada antes de marcharse... ¿Acaso no merezco ser respetada?»

—No he hecho nada para no merecerlo —protesto irritada.

—Tampoco nada para ganártelo. —Se cruza de brazos con tranquilidad en actitud chulesca, creyendo que me dará por vencida.

—Te voy a recetar ansiolíticos, ¡de los duros!, para que no vuelvas a asomar tus narices por aquí, así, el pobre señor Williams estará un poco más tranquilo. ¡Qué lástima me da que tenga que compartir cuerpo con un descerebrado como tú! —grito exasperada.

—Pues yo te voy a recetar a ti *Pollacetamol*, además, una buena dosis, porque viendo cómo me besas, creo que te hace mucha falta. —Y va el energúmeno y se pone a besar su mano con cara de pez.

Una ira irrefrenable invade todo mi ser y siento cómo un fuego abrasador me nubla la razón. Entonces cojo el bote de cerámica que contiene los lápices, que está encima de la mesa, y lo lanzo con todas mis fuerzas contra su cabeza.

En cuanto soy consciente de que le ha dado de lleno en todo el ojo, me apresuro a taparme la boca con ambas manos para ahogar un grito, mientras él se cubre la herida intentando así aliviar el dolor del golpe.

—¡Oh, Dios mío! —balbuceo con incredulidad—. ¿Ves lo que me obligas a hacer?

Juro que en mi vida jamás le he arrojado nada a nadie, ni siquiera una bolita de papel.

—¿¿Resulta que esto también es culpa mía?! ¡Estás loca, mujer!

Entonces se destapa el ojo para gesticular con las manos y descubro horrorizada que lo tiene cubierto de sangre.

—¡Tie-nes san-gre! —señalo medio mareada.

Se mira las manos. Hay sangre por todos sitios.

—¡Haz algo, joder! —me ordena, al tiempo que se quita el jersey por la cabeza a toda prisa y se lo pone sobre el ojo.

Salgo corriendo hacia el baño para coger papel.

—¡Peter, el botiquín, rápido! —grito, mientras paso por delante de mi hermano a la carrera.

Cuando vuelvo a la consulta con una pelota de papel gigantesca enrollada en las manos, parezco una momia desaliñada, Peter ya tiene el botiquín abierto encima de la mesa: Ian está tendido sobre ella y mi hermano le está aplicando cuidadosamente unos puntos de sutura.

Me quedo paralizada en medio de la consulta, sin hacer nada. Como en las películas de miedo, cuando la chica es la única que o bien corre en dirección al asesino, o bien se queda petrificada gritando; pues ésa soy yo.

Termino sentándome sobre el diván para no caerme al suelo desplomada. Odio la sangre. En realidad, quitando a los vampiros y demás criaturas de la noche, no creo que a nadie le guste la sangre, pero es que a mí me marea, es superior a mis fuerzas.

—Ya está, tío. Dentro de un par de días estarás como nuevo, es una herida superficial, no quedará ni rastro —le indica Peter con calma, al mismo tiempo que recoge todo lo que ha usado del botiquín.

—Muchas gracias —afirma asintiendo con la cabeza el engendro del mal.

Mi hermano se dispone a marcharse, pero se detiene antes para examinarme.

—¿Estás bien, Bet? —Parece preocupado.

—Tranquilo —respondo como una autómatas, absorta en mis pensamientos.

—Espero que tengas seguro de responsabilidad civil —apunta Ian.

Lo observo atónita, y entonces descubro que la herida no está en el ojo, sino en la ceja derecha. Es un alivio, podría haberlo dejado ciego, me siento tan mal.

—Yo..., lo siento mucho —tartamudeo.

Miles de lágrimas comienzan a resbalar a borbotones por mis mejillas; no sé por qué, pero así es.

—He perdido el control sobre mí misma por completo, nunca antes me había sucedido... —Creo que suena a excusa, pero lo que en realidad estoy haciendo es pensar en voz alta.

—Me alegra saber que al menos te despierto algún sentimiento, aunque solo sea el de querer matarme. —Sonríe levemente, sin que esa sonrisa alcance a sus ojos.

—Tenemos que detener esto, de lo contrario, la siguiente paciente seré yo. —Ahora sí estoy seria y domino mis emociones, o al menos lo intento, teniendo en cuenta que todavía permanece con el torso desnudo.

Me resulta increíble que me haga perder el control de esta manera con su sola presencia. Él avanza hasta mi sitio y se sienta en el sillón donde por lo general me siento yo cuando hacemos terapia, ya que ahora yo ocupo el diván. Apoya los codos sobre las rodillas y entrelaza los dedos para analizarme.

«No mires sus abdominales, no mires sus abdominales, no mires sus abdominales, no mires sus abdominales...», me repito sin cesar.

—Beatriz, no te tortures más, estoy acostumbrado a que todos me odien, soy consciente de que me lo gano a pulso.

—Y ¿por qué te comportas así? ¿Acaso te gusta que te rechacen?

—Simplemente me he acostumbrado a ello. —Se encoge de hombros.

—Nadie se acostumbra al rechazo.

—Te equivocas: cuando alguien ha crecido sintiéndose despreciado, es lo único que conoce. Cada uno es dueño de sus circunstancias, y yo soy muy consciente de las mías, sobre todo de las pasadas. Es algo que llevo grabado a fuego en mi alma y lo que me hace ser quien soy, rubia. No todos hemos nacido siendo niños perfectos.

—Vienes de una familia acomodada —le recuerdo.

—Era una familia acomodada, sí, hasta que sucedió la tragedia. Luego se convirtió en una familia de mierda.

—¿Por qué no pediste ayuda entonces?

—¿A quién?, ¿a los loqueros como tú, que solo miran el reloj para sacarte cuanta más pasta, mejor?

—Si fuiste a un centro de menores, imagino que allí tendrías amigos, o alguien en quien pudieses confiar...

—¿Así que ya te ha contado lo del centro? —Me interrumpe con brusquedad, observándome indeciso mientras enarca la ceja herida.

—Algo me ha comentado, sí, algo sobre un amigo tuyo.

—¿Te ha hablado de Charlie?! —Se levanta vociferando—. ¡Se va a enterar ese cabronazo, ni siquiera es digno de pronunciar su nombre! —Deambula nervioso por la sala—. ¡Todo fue por su culpa, maldito bastardo!

—Tranquilízate, Ian.

Aunque cualquier persona en su sano juicio estaría cagada de miedo, yo no lo temo. Es curioso, pero incluso me fío de él y, por alguna extraña razón que no logro entender, sé que no me va a hacer daño.

—Charlie murió por su culpa, por defenderlo, ¡él lo mató! —Ahora es él el que contiene las lágrimas.

Me mira un solo instante antes de apretar los puños y asestar un gran golpe a la pared.

Observo con la boca abierta cómo los trocitos de yeso resbalan hacia abajo para terminar cayendo al suelo.

—Pásale esta factura a tu queridísimo señor Williams —reniega alterado, mientras sale de la consulta dando un portazo.

Yo me quedo completamente atontada, sentada todavía en el diván con la mente en blanco.

«¿Qué acaba de ocurrir aquí?»

Capítulo 22

Peter me ha pedido que vayamos a cenar a algún sitio porque necesita hablar conmigo, así que, cuando salgo a las siete de la tarde, nos vamos los dos juntos a un *fish and chips* que tenemos enfrente de la clínica.

—Ahora cuéntame, por favor, qué ha sucedido con tu hombre misterioso, porque llevo todo el día en un sinvivir —solicita, mientras devora su cucurucho lleno hasta arriba de patatas rebosantes de salsa.

—No sé por dónde empezar —confieso.

—¿Qué tal por el principio? —sugiere.

—Antes de nada debo pedirte disculpas, Peter. Sé que has dejado toda tu vida para venir a ayudarme, y por eso me siento terriblemente culpable de haberte presentado a Sandra y, por ende, ser la causante de estropear tu estabilidad amorosa.

«¡Qué bien se siente una cuando suelta la carga!»

—Bet, tú no eres culpable de nada. Yo ya soy mayorcito, sé lo que debo y no debo hacer. Solo me molestó que pronunciaras en voz alta lo que hacía días que me reprochaba mi conciencia. Parece que, hasta que los demás no lo ven, es como si no sucediese —admite.

—Entonces ¿tú también crees que lo estás haciendo mal? —Siento un gran alivio.

—¡Por supuesto, la estoy cagando a base de bien! Lo que pasa es que Kattie me absorbe por completo, siempre me está mandando lo que tengo que hacer y lo que no, tanto dentro como fuera del trabajo, por eso estoy con Sandra: es como una forma de rebelarme contra su autoridad.

—Y ¿no sería más fácil hablar con ella e intentar solucionar vuestros problemas, en vez de involucrar a una tercera persona? —pregunto.

—Sí, eso sería lo ideal, pero hay un problemilla. —Aprieta los dientes como cuando éramos pequeños y lo pillaban metiendo la pata.

—¿Cuál?

—Que Sandra empieza a gustarme...

—¿Qué?

«¡Madre mía! Ahora sí que se va a liar buena.»

—Sí —confiesa preocupado—. Al principio no la tomaba en serio, era un polvo por despecho y punto, pero estoy descubriendo que vale más de lo que aparenta: aparte de ser guapa, su interior es una mina de oro.

—Peter, jamás pensé que con lo sensible que eres, fueses capaz de hacerles algo así a las

mujeres.

—No me siento orgulloso —me interrumpe.

—Pues entonces debes hacer algo al respecto. No puedes seguir engañándolas a ambas.

—A Sandra no la he engañado: desde el principio supo la verdad y, aun así, aceptó las normas, por eso precisamente fue por lo que no me la tomé en serio —me explica.

—Imagino que a ella debe de haberle sucedido algo parecido contigo: empezó como una tontería y cada vez ha ido a más —sospecho.

—El estar juntos todos los días no ayuda demasiado. —Se encoge de hombros.

—Pero ¿tú a quién amas? ¿Estás enamorado de Kattie?

—Sí, la quiero mucho, la necesito, para mí ella lo es todo.

Parece sincero. No dejo de pensar en lo complicado que es lograr fiarte de un hombre: si los corderitos esconden un lobo bajo la piel, los que son depredadores sin tapujos, ¿qué serán capaces de hacer?

—Creo que deberías aclarar las cosas con ella, contarle todo lo que sientes para poder ser sincero contigo mismo. Todavía podéis arreglarlo —le aconsejo, basándome en mi extensa experiencia y sabiduría sobre relaciones, o sea, ninguna.

—Así lo haré, hermanita, será por nuestro bien, porque, si continúo callándome como hasta ahora, al final terminaremos fatal, y no es eso lo que quiero.

—Exacto. Y ¿qué hay de Sandra, entonces? —quiero saber.

—Pues ése no es un asunto que deba aclararse en un pasillo de oficina, así que después me acercaré a su casa para hablar con ella. No volverá a suceder nada entre nosotros. Deseo luchar por Kattie. ¡Muchas gracias, Bet!

—Anda, no seas tonto, solo quiero lo mejor para ti.

—Y yo para ti, por eso necesito saber qué hay entre tú y *Míster Nueva York*. —Sonríe malicioso.

—No hay nada, es un caso muy complejo...

—No me vengas con rollos psicoterapéuticos, Betty. Te conozco muy bien y sé que cada vez que aparece ese hombre te dan los siete males juntos. —Me apunta con una de sus patatas llena de salsa.

—¡Eso no es cierto! —me defiendo, con una de mis patatas.

—Puedes confiar en mí, ya lo sabes, soy una tumba, no abriré el pico. Creo que necesitas desahogarte con alguien, puesto que hace un rato estabas demasiado estresada. ¿Tú ves normal ir tirando vasos a la cabeza de la gente?

—No, pero...

Me interrumpe con una carcajada que estaba conteniendo desde hace rato.

—¡No me lo podía creer cuando he entrado en la consulta y lo he visto! ¡Mira que eres bestia!

—Me tenía contra las cuerdas. Ya sabes que no suelo hacer ese tipo de cosas, pero él despierta algo en mí que desconozco, es como si de pronto, al verlo, me poseyese el demonio.

—Entonces ¿la que tiene personalidad múltiple eres tú? —salta.

—¡Chiss! —le indico, con el dedo índice sobre mis labios al ser consciente de que estamos

hablando en inglés—. ¡Baja la voz, Peter! ¿Qué sabes tú de eso? —le pregunto, ahora en español. Temo que haya curioseado su historial, aunque se lo prohibí expresamente.

—Vamos, Bet, cualquiera sabría que algo raro le sucede a ese tío. Hoy aparece trajeado, formal, educado, y otro día aparece en plan matón juerguista. No hay que ser muy inteligente para darse cuenta —aclara con tranquilidad.

Intenta sonsacarme, pero no lo va a conseguir; bastante me estoy saltando ya a la torera mi adorada ética profesional.

—Peter, no puedes hablar con nadie sobre este asunto, por favor; me quitarían la licencia y me inhabilitarían de por vida, es más serio de lo que crees —le pido muy preocupada.

—Está bien, hermanita, pero tarde o temprano tendrás que contarme algo. Nunca has podido afrontar sola este tipo de situaciones, y solo pretendo recordarte que he venido para ayudarte; sigo estando a tu lado, ¿de acuerdo?

—Gracias, Pet, eres mi héroe —bromeo.

Se ríe.

—Ojalá pudiese serlo.

Estamos un rato más en el bar hasta que terminamos la cena. Después nos despedimos porque él se marcha a buscar a Sandra y yo a casa a descansar.

Es muy tarde.

Entro por la puerta del ático, abatida, hoy ha sido un día muy duro. Tiro los tacones por el pasillo mientras avanzo hacia el baño, necesito una ducha. Paso por delante de la cocina, miro de reojo para comprobar que todo está en orden: luces apagadas, un hombre desnudo, y continúo mi camino hacia el baño...

«¡Un momento!»

Me detengo.

«¿¿He visto un hombre desnudo?!», me pregunto, arrugando la nariz.

Vuelvo sobre mis propios pasos marcha atrás, sin hacer el menor ruido. Me asomo por la puerta lentamente para descubrir que, en efecto, a través de la ventana se ve una espalda gigantesca y desnuda poniendo posturitas culturistas en el piso de enfrente. Doy un brinco para esconderme.

«No es posible porque en esa casa solo vive un señor anciano... ¿Será su hijo?», pienso.

Permanezco con la espalda apoyada en la pared del pasillo unos instantes para recobrar el aliento. Luego vuelvo a asomar un ojo para comprobar si se ha ido ya.

—¡Oh, Dios mío! —grito.

El hombre desnudo de la ventana se ha girado...

«¡Mamma mia, qué espagueti, qué alegría!»

Está desprovisto de ropa por completo..., ¡¡¡y frente a mí!!!

Aunque lo peor es que ¡¡¡SE TRATA DE IAN!!!

Me devora con su intensa mirada azul mientras su gran miembro se eleva hasta las alturas para saludarme.

—¡Qué grata sorpresa, rubia! —Sonríe guiñándome un ojo.

Está empapado, por lo que deduzco que acaba de salir de la ducha. No logro cerrar la boca, ni

apartar los ojos de su gran miembro. Todo él es una auténtica escultura marmórea. Tampoco consigo moverme del sitio.

—¿Te gusta lo que ves, doctora? Pues cuando quieras te dejo jugar con mi amiga. —Se aprisiona su gran miembro con una mano para masajearlo con un gesto obsceno—. Os lo vais a pasar en grande juntas.

—¡Eres un cerdo!

Corro a cerrar la persiana para apartar de mi campo de visión esa anaconda que me produce palpitaciones, mientras él se parte de la risa por mi reacción de mojigata.

¡Lo que me faltaba para rematar el día, ver su gigantesco miembro erecto!

¿Se podría pedir algo más?

Capítulo 23

Llevo dando vueltas en la cama toda la noche. Algo me inquieta y no consigo conciliar el sueño.

Está bien, he de ser sincera: lo que me inquieta son dos ojos azules que me contemplan hambrientos, unos labios carnosos que me besan como si no hubiese un mañana y una gigantesca..., en fin.

Un portazo seguido de un gran golpe me despierta del ligero sueño en el que estaba inmersa. Me levanto a toda prisa de la cama para ir a comprobar de qué se trata.

Corro por el pasillo descalza, despeinada y con mi camiseta negra de Minnie Mouse, que apenas me tapa el culo. Es una batalla perdida, al menos en mi caso: cuando me hallo ante un peligro inminente, decido siempre enfrentarme estoicamente a mi enemigo sin ningún arma. En otras palabras: que si lo que hay en el salón es un asesino en serie, voy corriendo directa hacia él para que me mate sin problemas. Hay veces en las que recuerdo por qué soy rubia...

Cuando llego a la cocina, me quedo paralizada.

Mi hermano está tirado en el suelo y un hombre trajeado de sobra conocido intenta incorporarlo sin resultado.

—¿Qué le pasa? —exclamo asustada, mientras me agacho a su lado para ayudarlo.

Su perfume masculino me embriaga al instante.

—Doctora Swanson, disculpe que haya irrumpido a estas horas de la madrugada en su casa, pero su hermano se encontraba mal y he creído oportuno acompañarlo.

«¿De nuevo me llama de usted?»

—¿Qué le ha sucedido? ¿Está bien? —Le doy palmadas en la cara, pero Peter no reacciona.

—Está bastante borracho, pero creo que con un poco de sueño se le pasará.

Por fin nuestras miradas se encuentran, y siento que mi cuerpo se estremece.

Aparto la vista hacia otro sitio para disimular lo que provoca en mí. Conseguimos levantarlo entre los dos.

—¿Podrías ayudarme a llevarlo hasta su cama? —le pido.

—Por supuesto.

Le indico el camino y lo transportamos como buenamente podemos, ya que mi hermano es un peso muerto y yo no ayudo demasiado, es él el que está haciendo todo el esfuerzo.

Lo tendemos sobre la cama y el señor Williams sale fuera mientras yo le quito los zapatos para dejarlo durmiendo la mona mientras llama *zorra* a Sandra en sueños con todas sus ganas. ¿Qué habrá liado?

—Siento las molestias —me disculpo, al tiempo que cierro tras de mí la puerta de su habitación—, muchas gracias por traerlo.

—Me alegro de haber estado allí; su hermano quería meterse en líos con unos chicos no demasiado amigables.

—¿Dónde estaba?

—En un bar. Ha logrado darme la dirección antes de perder el conocimiento —me explica.

Reparo en la herida que tiene en la sien, esa que yo misma le hice.

No me cuadra que mi hermano estuviese en un bar cuando había ido a ver a Sandra, y menos aún que fuese al tipo de bar que frecuenta el *Señor W*.

—Aunque le parezca extraño, yo también voy a los bares, todavía soy joven.

Me ha adivinado el pensamiento, lo que me hace sonreír.

Su mirada se pasea por mis piernas desnudas y, aunque parezca increíble, siento una caricia a lo largo del recorrido. Carraspeo.

—¡Oh, lo siento! —Desvía los ojos de mi cuerpo enseguida—. Debo marcharme, si me disculpa.

Sale a toda prisa de mi casa, dejándome tan sola...

* * *

¿Qué haces cuando son las cinco de la madrugada y estás completamente despejada, en plan ojos de búho? Las respuestas a esa pregunta pueden ser varias, pero una de ellas, o al menos para mí la más acertada, es ir a correr.

Necesito quemar todas las preguntas que invaden mi cerebro, todos los miedos y todos los prejuicios. Y así lo hago.

Después de correr unos siete kilómetros, me encuentro frente a mi edificio de nuevo. Cuando me sitúo al lado de un banco para hacer los estiramientos oportunos antes de subir a casa y comenzar el nuevo día, oigo un silbido.

—¡Vaya culito, rubia!

Me vuelvo a toda prisa con el corazón en un puño porque he reconocido su voz.

—Si quieres gastar energía, puedo sugerirte algunos ejercicios más saludables, aunque tendrías que practicarlos conmigo.

Tiene el hombro derecho apoyado en la puerta de mi edificio, está sudoroso y lleva ropa de deporte.

«¡No me digas que ahora va a ser mi vecino! Porque es lo que me faltaba ya para terminar de volverme loca.»

—¿No te cansas, Ian? —le pregunto, fingiendo que paso de él para continuar con mis estiramientos matinales.

—¿De ti?

—De fastidiarme en cuanto tienes la menor oportunidad.

—Tú lo haces también —responde más pancho que ancho.

—¿Yo?!

—Claro, con tu amiguito el estirado. Sé de sobra que intentas constantemente ponerte celoso, pero siento confesarte que los celos no tienen cabida en mí: soy el rey de la infidelidad, doctora. —Tiene las manos metidas en el pantalón corto de algodón, y las lleva hacia atrás para que su paquete se marque con creces.

«No mires, no mires, no mires, no mires, no mires, no mires, no mires, no mires.»

—No te equivoques, Ian, lo que pasa es que tienes el ego tan grande que piensas que todos a tu alrededor hacen o dicen las cosas para causar el más mínimo efecto en ti. Sin embargo, lamento informarte de que todo cuanto hago al cabo de mi jornada no tiene nada en absoluto que ver contigo. Es más, hasta podría añadir que no te dedico ni un solo pensamiento del día.

Suelta una sonora carcajada, que a estas horas de la mañana resuena por la calle solitaria.

—¡No te lo crees ni tú, rubia!

¿Por qué me entran ganas de matar cuando está cerca?

—El egocentrismo es una grave enfermedad —le indico airosa.

—Y la castidad también —replica.

Pongo los ojos en blanco mientras niego con la cabeza. No tiene remedio, y decido no contestarle porque siempre termina sacando lo peor de mí. Para subir a mi casa debo pasar por su lado, así que me armo de valor para hacerlo sin sufrir el más mínimo daño colateral. No puedo evitar ponerme nerviosa mientras avanzo hacia él porque me observa con una mirada voraz.

—Mmmm —gime cuando me encuentro a su lado, abriendo la gran puerta de hierro negra con mis llaves—. ¿Así es como hueles cuando sudas, Beatriz? Pues me pone muy cachondo... —susurra en mi oído, inspirando el olor de mi pelo con los ojos cerrados.

Siento un calor repentino que me sube desde los pies hasta el ombligo, pasando por mi sexo, y provoca en él algo muy placentero. Notar su aliento entre mi cabello me provoca una parálisis vaginal... «¡Oh, Dios mío!» Aprieto los muslos.

Entonces, una chica muy guapa y vestida también con ropa de deporte aparece de la nada para darle un beso en los labios delante de mis narices.

—¿Nos vamos, *baby*? —le propone ella.

—Vamos a darte lo que te mereces —responde él, acariciando sus pechos delante de mí sin ningún pudor.

Salgo corriendo hacia el ascensor para encerrarme en él. No debo permitir que esto me suceda, pero ocurre. Cuando estoy subiendo hacia casa, noto que tengo las pulsaciones a mil y que respiro con violencia. Es increíble lo que es capaz de hacerme con tan solo rozarme.

Pero, cambiando de tema, ¿ésa quién es?, y ¿de dónde ha salido?

Capítulo 24

Creo que no he escuchado lo que me han contado los dos últimos pacientes. No consigo concentrarme en nada desde que lo conozco, lo que comienza a ser altamente preocupante.

El sonido del teléfono interrumpe mis pensamientos, que desde hace tiempo nada tienen que ver con la psiquiatría.

—Bet, ya estoy aquí. —Es la voz de mi hermano.

—Vaya..., ¿cómo se encuentra la Bella Durmiente?

—Con una resaca del quince y odiando a todas las mujeres del mundo, menos a ti, claro.

—Me dejas mucho más tranquila —bromeo.

—Luego hablamos de eso, está aquí la señora Smith, y no es Angelina. —Se ríe.

—Mantenla entretenida unos minutos, Peter, estoy terminando el informe del señor O'Connor, que acaba de marcharse —le suplico, porque, si no lo hago enseguida, después se me irá el santo al cielo.

—OK.

Cuelgo.

Estoy concentrada en escribirlo todo rápido, con palabras técnicas y ordenándolo lo máximo posible, cuando el ruido de la puerta al cerrarse me hace levantar la vista del teclado de inmediato.

—¿Qué haces tú aquí y cómo demonios has entrado?! —lo increpo, a la vez que intento bajarme la minifalda plisada negra que me he puesto esta mañana en un acto de coraje femenino.

Está apoyado contra la puerta, con las manos metidas en los bolsillos de unos pantalones azules. Lleva un suéter gris de hilo, acompañado de una bufanda azul marino a juego con sus deportivas. Está despeinado por completo y su mirada felina no pinta nada bien.

—Ian, no tienes cita, hay gente esperando, vete ahora mismo —le ordeno, tratando de parecer tranquila y que mi voz suene lo más intimidante posible.

Él continúa sin articular palabra, solo observándome de arriba abajo y sin separarse de la puerta. No sé si levantarme o permanecer sentada, pues si me acerco, lo más probable es que se ponga en guardia.

—Puedes dejar de sujetar la puerta, no se va a caer. —Voy a intentarlo por las buenas.

Él suelta un bufido, pero al final consigue contener la risa.

Justo en ese momento suena el teléfono de la consulta.

—Ni se te ocurra cogerlo —decreta cuando tengo la mano sobre el aparato.

—¡Vaya, me alegra comprobar que no te has quedado mudo!

Levanto una ceja y lo observo, sopesando las consecuencias de contestar la llamada. Él me reta firmemente con el ceño fruncido.

Se separa por fin de la puerta para acercarse a mí con sigilo mientras el teléfono continúa sonando. Se apoya con ambas manos sobre la mesa para penetrar con su mirada mi alma, ¡y lo consigue! Me siento como una serpiente hipnotizada por la música del encantador.

—Tenemos que hablar de un asunto pendiente —indica con una voz ronca.

—No sabía queuviésemos nada pendiente —respondo con disimulo, intentando que sus vibraciones de semental en celo no me afecten.

—Podríamos empezar hablando del motivo por el que me miras así. —Acerca su rostro al mío por encima de la mesa.

—¿Así, cómo? —musito nerviosa, pero sin retirarme.

—Con lujuria, con deseo, con esas ganas de mi cuerpo... —Sus ojos parecen acariciarme mientras habla, y ahogo un gemido a duras penas.

—¿Ves todo eso en mis ojos, en serio? ¿Podrías ver cuál será el número premiado de la lotería?

Suelta una carcajada, ésta no ha podido aguantársela.

—Si te contase todo lo que veo en tus ojos, te ruborizarías hasta la eternidad, rubia.

—Te sorprendería saber que no es tan fácil hacer que me ruborice.

De inmediato, me arrepiento de haber dicho algo semejante, pues lo último que le hace falta es que encima lo provoquen. Ahora mismo es como un gato con un ovillo de lana: se lo enseñas un poco y se lanza de cabeza sin dudarlo.

—Entonces podría decirte que tus ojos reflejan un deseo irrefrenable por besarme.

Acaricia poco a poco sus labios carnosos y sensuales con la lengua, y mis ojos efectivamente recorren sin apartarse de ella su camino pecaminoso.

Acto seguido, con una sonrisa triunfal, comienza a rodear la mesa.

—También podría revelarte que ellos me desvelan que morirías por descubrir lo que hay bajo este jersey.

Se levanta despacio la prenda para mostrar su torso firme y torneado, con esos abdominales perfectos que parecen atraer de forma irremediable la atención de mis ojos y provocar que trague saliva.

Se coloca detrás de mí para susurrarme al oído:

—Doctora, no se avergüence de apretar los muslos: es la reacción más natural del mundo cuando eres joven y tienes delante a un dios del sexo que está jodidamente bueno. Déjate llevar más y no te reprimas tanto.

Posa el antebrazo en el respaldo de mi sillón para agacharse y mirarme de frente.

—Pero, por encima de todo, lo que más veo en esos ojos es anhelo. Deseas degustar cada parte de mi cuerpo, pero no te lo permites. Darías todo lo que tienes porque me introdujese ahora mismo entre tus piernas y te hiciese gritar desesperada sobre la mesa, o contra la pared, o sobre el diván... Pero crees que no te merecerá la pena, ¿verdad? Prefieres seguir siendo la perfecta doctora inaccesible y fría porque tienes demasiado miedo de las consecuencias.

Está de cuclillas, apoyado con sus codos sobre mis rodillas, y yo no soy capaz de articular palabra. Siempre podré alegar que estaba entregada a mi papel profesional.

—¿Y si te asegurase que no habrá ninguna consecuencia, Beatriz, que todo esto es mucho más sencillo que esos rollos que te montas en tu mente, que solo tienes que disfrutar del momento y saborearlo?

«No lo beses, no lo beses, no lo beses, no lo beses, no lo beses, no lo beses, no lo beses, no lo beses...»

Hace rato que mi sentido común se ha tirado por la ventana para dar paso a mi autocontrol, pues estoy excitada en exceso, hiperventilando y, sobre todo, intentando que no se me note. ¡Jesús, María y José, qué razón tiene!

De pronto llaman a la puerta, pero antes de que pueda siquiera contestar, ésta se abre de par en par. Se trata de la señora Smith y está muy sofocada, aunque más bien se la ve enojadísima.

—No me parece nada bien, doctora Swanson, que permita entrar a unos pacientes antes que a otros, pues yo tengo mi cita desde... —Se detiene extrañada, observando a su alrededor.

Yo persigo el camino de sus ojos, recorro toda la estancia y no encuentro señales de Ian por ningún sitio. Se ha esfumado.

¿Lo habré soñado todo?

—¿No hay nadie? —pregunta la señora desconfiada.

—Parece que no. —Me encojo de hombros, mintiendo vilmente—. Iba a salir a llamarla ahora mismo.

—¡Oh, por Dios, doctora, lo siento muchísimo! —Se disculpa abochornada—. Juraría haber visto entrar a alguien...

Ninguna de las dos se cree que esté sola.

—No se preocupe, a veces el estrés nos juega malas pasadas. —Esto me lo digo a mí misma, pero en voz alta.

De inmediato, se dirige cual cordera mansa a tenderse sobre el diván.

Yo me dispongo a escuchar con *atención* a mi paciente, que me está contando cómo vive en un continuo infierno debido a que intenta por todos los medios no vomitar cada vez que come..., cuando de pronto noto cómo unas manos separan mis muslos enérgicamente. Una exclamación de sorpresa, mezclada con pánico, escapa de mis labios, a lo que la señora Smith contesta:

—Sí, hija, yo tampoco daba crédito. —Y continúa hablando.

Me apresuro a cerrar las piernas, pero él me lo impide. No quiero hacer demasiados aspavientos porque mi paciente me descubrirá.

«Señor, con lo que nos está costando conseguir pacientes, los voy a perder a todos en un minuto», pienso sofocada.

Siento su aliento cálido entre las piernas y cómo uno de sus dedos retira con habilidad mis braguitas a un lado. Tampoco puedo apartar el sillón de la mesa, pues lo descubriría escondido ahí abajo.

—No, por favor —gimo apretando los dientes, del todo abochornada.

Me arrepiento tanto de haberme sentido hoy tan sexi y haberme puesto las malditas medias con ligero en vez de los pantalones.

—No se preocupe, ya no sufro tanto como al principio —me contesta la señora, concentrada por completo en su historia.

El dedo de Ian acaricia con delicadeza mi húmeda hendidura, subiendo y bajando por ella con experiencia, mientras yo quiero morirme. Después me pellizca con suavidad el clítoris y yo doy ligeros saltitos en la silla. Poco a poco va introduciendo más el dedo en mi interior, hasta tenerlo dentro del todo; entonces lo mueve despacio, formando sugerentes círculos, y yo inconscientemente separo más las piernas para degustarlo.

—Joder —jadea desde debajo de la mesa, por lo que me apresuro a carraspear para que la paciente no lo oiga y se dé cuenta de lo que está ocurriendo.

Se coloca mis piernas sobre los hombros en un movimiento enérgico y entonces descubro, al mirar de reojo, su pelo bajo mi falda. Mientras me concentro en no gritar de placer ni cambiar la expresión de mi rostro, su lengua se centra en recorrer cada parte de mi sexo, hambrienta, me castiga y me atormenta, deleitándose con mi clítoris, al tiempo que su dedo me penetra con suavidad al principio y con avidez al final. Nunca imaginé que una lengua fuese capaz de hacer todas esas cosas. ¡Virgen santa!

Me rindo.

Él gana.

No puedo evitar cerrar los ojos y mover las caderas a su ritmo, no sé lo que estoy haciendo, pero ya no puedo parar. Al darse cuenta de que por fin he sucumbido, Ian aumenta la intensidad de la tortura, devorándose ahora sin contemplaciones, atrayendo con fuerza mis caderas con las manos hacia su ávida boca, levantándose incluso del asiento para poder penetrarme con la lengua sin problemas. Y entonces ocurre...

—¡Oh, sí, Dios mío, sí! —exclamo jadeante mientras el mejor orgasmo de toda mi vida, y el primero que no me provoco yo misma, recorre cada parte de mi ser.

Dejo caer la cabeza entre los brazos sobre la mesa, intentando recuperar el aliento.

Entonces la señora Smith aparece delante de mis ojos. Está de pie frente a mi mesa y, por la expresión de su rostro, es obvio que se ha enterado de lo sucedido. «¡Qué escándalo! ¡Qué vergüenza! ¡Qué...!»

—Doctora, por primera vez en mi vida, y puedo garantizarle que he visitado a muchos psiquiatras, me he sentido escuchada y comprendida de verdad. ¡Mírese! Ha vivido usted mi historia como si fuera la suya propia, con un sentimiento que realmente me incita a confiar en usted y a querer curarme. ¡Gracias!

No soy capaz de articular palabra. ¿Esto va en serio? ¿Me acaban de hacer un extraordinario *cunnilingus* y encima me felicitan por ello?

La señora Smith se marcha de la consulta agradecida y feliz, y yo no logro salir de mi ensimismamiento. ¡Ha pensado que todos mis suspiros eran por su historia!

Pero de pronto un hombre despeinado y medio loco sale de debajo de mi mesa como un tornado y se abalanza sobre mí para cogerme como a un saco de patatas, cargándose sobre uno de sus hombros y sacándose de la consulta, al tiempo que yo lucho con todas mis fuerzas por conseguir zafarme de sus brazos.

Al ver la escena, Peter corre a auxiliarme, pero mi captor lo amenaza con el dedo.

—Anoche te salvé la vida, ni se te ocurra intentar detenerme.

Mi hermano se detiene en seco y permanece boquiabierto junto a la señora que estaba en la consulta conmigo. Creo que no saben muy bien qué hacer ni qué decir ninguno de los dos, pues se limitan a observarme con caras muy raras.

Llegamos a la calle. Por supuesto, yo no he dejado de gritar y de emitir graznidos insultantes a este ser odioso que me transporta como si fuera un ternero.

—¿Te importaría dejar de gritar? Si me detienen, no podré mostrarte lo que pretendo, y estoy seguro de que te interesará bastante —amenaza tan tranquilo.

A continuación, se agacha para dejarme resbalar a lo largo de su pecho hasta que me encuentro de pie frente a él. Lo observo con los ojos entornados, no sé muy bien si este hombre es mi adorado señor Williams o mi repudiado Ian, alias *Satán*.

—¿Eres tú? —pregunto dudosa.

Evidentemente, cualquiera de los dos responderá que sí, aunque de forma tan distinta que enseguida sabré de quién se trata. ¡Qué lista soy!

—¿Tú qué crees? —responde, cruzándose de brazos y traspasando mis ojos con los suyos.

—¿Qué me vas a enseñar?

—Nada que no hayas visto ya. —Sonríe de medio lado.

«¡Eureka, es Satán!»

—¡No pienso ir contigo a ningún sitio!

Salgo corriendo en dirección a la clínica de nuevo, pero me intercepta antes de llegar siquiera al portal y consigue aprisionarme contra la pared del edificio.

—¡Escúchame! —ruge pegado a mi rostro—. La única oportunidad que tienes de saber la puta verdad está delante de tus narices. Tú eliges si la tomas o la dejas.

No es miedo lo que siento; tampoco me atrevería a afirmar que sea repulsión ni rechazo después de lo que acaba de suceder arriba. Es solo que altera mi estado de paz interior, descuartiza mi mundo compuesto por piezas de puzzle encajadas a la perfección. No me gusta esta continua sensación de inestabilidad que me embarga cuando él está cerca, me hace sentir pequeña y débil.

—De acuerdo, muéstramelo.

—Sabía que no me decepcionarías, pequeña. —Se relame malicioso y me besa con ganas, y de pronto descubro avergonzada que todavía sabe a mí—. Me encanta cómo sabes, rubia.

Se vuelve, dejándome apoyada, sola y jadeante, contra la pared, para dirigirse hacia el borde de la acera. Y entonces mis ojos vislumbran su máquina infernal.

«No pienso volver a montar ahí», me convengo a mí misma.

Pasados unos segundos, minutos, días o años, no podría apostar exactamente el tiempo transcurrido desde mi embobamiento hasta mi despertar, Ian se vuelve para mirarme con el casco ya puesto y el que supuestamente está destinado a mí, apoyado en una de sus rodillas.

—¿Piensas quedarte ahí pasmada toda la mañana? —me increpa.

Continúo sin reaccionar. Mi mente se debate entre obedecerlo o desmayarse.

—¡Beatriz Swanson, no tengo tiempo!

Su grosería provoca que salga de mi ensimismamiento para ladrarle:

—¡Pues lárgate!

Entonces, ni corto ni perezoso, arranca la moto y se marcha, desapareciendo sin más de mi campo de visión.

«Es un farol, seguro que vuelve.»

Mi cara de tonta, con boca abierta incluida, debe de ser digna de salir en todos los programas de *zapping* cuando pasa un rato y descubro que no vuelve.

¿Por qué me enfado si no pensaba montar en la moto? ¿Por qué me indigna tanto que me trate así? ¿Acaso en lo más profundo de mi ser albergo alguna especie de esperanza de poder cambiarlo?

Millones de preguntas como éstas se amontonan en mi cerebro, pero solo una palabra sobresale entre todas ellas: CAPULLO.

Subo de nuevo a la consulta. Mi aspecto debe de ser desastroso, porque mi hermano ni siquiera me dirige la palabra, sino que se limita a observarme con cara de póquer. Cierro la puerta tras de mí y echo el pestillo. Me siento avasallada, ultrajada, rabiosa, enojada, humillada, sobrepasada, insultada, ofendida, agraviada, colérica, irascible, irritada, violenta, mancillada, furiosa... ¡Lo odio!

Cuando ha pasado un rato largo y me he desahogado un poco arrancando a lo bestia páginas ya usadas de mi agenda para después romperlas en mil trocitos, el aviso de que tengo un correo electrónico en la bandeja de entrada me saca de mi estado de euforia destructiva.

Lo abro mientras pienso que ojalá sea un nuevo paciente. Necesito una buena noticia.

Pero no, enseguida compruebo que el remitente es Ian Williams.

Tengo que controlarme muchísimo para no destrozar mi ordenador a patadas, y consigo hacerlo a duras penas.

Lo leo:

Estimadísima doctora Swanson:

Ya que no ha querido acompañarme para que le mostrase el secreto mejor guardado de su adorado *señor don Estirado*, me he visto en la obligación de cumplir con mis deseos carnales, pues comerla en la consulta me ha puesto demasiado cachondo y necesitaba desahogarme de alguna forma. Adjunto documento gráfico.

Saludos cordiales.

Firmado:

ANACONDAMAN

No sé el motivo, pero cuanto más se mete con su *alter ego*, más deseos tengo de defenderlo.

La curiosidad mató al gato, y a mí también. Abro las tres imágenes adjuntas y casi me da un ictus cerebral al descubrirlo montándose una orgía salvaje con tres mujeres, a cuál más espectacular. No ha escatimado en detalles. Las imágenes son un derroche de músculos, miembros gigantescos, rostros extasiados y escenas varias, altamente pornográficas de dudoso gusto, donde se observa con claridad que él es el líder de la manada.

¿Es que este hombre nunca tiene suficiente con una sola mujer? Cada vez que lo he visto estaba con dos o más, y eso puede significar algo.

«Claro, significa que es un desequilibrado emocional y un enfermo sexual, aparte de un hijo de...»

Borro horrorizada el correo y no me santiguo porque me obligo a no hacerlo, aunque en estos momentos ni eso sería capaz de aliviar mi angustia. La situación es tan extrema que me veo obligada a escribirle, pensando que cuando vuelva a ser dueño de sus actos lo leerá.

No quería llegar a tal extremo, pero me veo obligada a jurarte que, como vuelvas a mandarme semejantes imágenes, te denunciaré y terminaré todo.

Su respuesta no se hace esperar:

Beatriz, no sé a qué imagen te refieres, intuyo que algo tendrá que ver con mi querido amigo el incorregible. Por favor, te ruego que lo disculpes si te ha ofendido de alguna manera... Tengo una noticia que darte, ¿podemos vernos?

Ahora mismo no podría ni mirarte a la cara. Dame tiempo. El martes te veré, como siempre. Lo siento.

No llevo nada bien que intente separarnos constantemente, aunque si es lo que deseas, lo acepto.

No le contesto, me da mucha pena que se sienta triste por mi culpa, mejor dicho, por culpa del otro ser odioso, pero debo mantenerme en mi sitio y marcarle los límites; no puedo protegerlo de sí mismo, eso debe aprenderlo él solo, ya que, si cediese y nos viésemos, el *alter ego* maligno se estaría saliendo con la suya, y eso es lo que intento evitar a toda costa, aunque las consecuencias siempre las pague el pobre señor Williams.

El resto del día transcurre sin mayores incidencias, aunque, ¿qué mayor incidencia podría suceder después de haber tenido un orgasmo en presencia de una paciente y haber sido secuestrada por un psicópata a plena luz del día?

Peter y yo tomamos un taxi hacia casa.

—Y ¿ahora me vas a contar qué leches hiciste ayer? ¿Cómo una conversación tranquila con una mujer en su casa se transforma en una pelea de borrachos en un bar? —exijo.

Me dedica una mirada despectiva.

—Cuando tú me cuentes cómo un paciente íntegro y ejemplar se convierte en el Increíble Hulk para sacarte a hombros del edificio.

—¡Yo no puedo, estoy bajo secreto profesional, Peter!

—Pues yo estoy bajo secreto del ego masculino. —Se cruza de brazos para darme la espalda y mirar por la ventanilla del vehículo.

—¿Estaba con otro tío? —Se me enciende la bombilla al hacer alusión al ego masculino, y él me mira enojado—. ¡La pillaste con otro!

—Todas las mujeres son unas zorras —masculla entre dientes.

—¡Y ¿los hombres qué son?!

—Los hombres vamos a cara descubierta, Betty. Vosotras sois las que ocultáis las cosas, no habláis claro, dejáis entrever algo que al final resulta que no es, nos lanzáis mensajes contradictorios: «Sí, pero no», «Puede que sí, pero luego nada»... —imita con voz chillona, que se supone que es de mujer—, y al final siempre acabamos sufriendo nosotros.

—¡Qué fuerte me parece! ¡Tú eres el que ha jugado con dos mujeres! Has ocultado tu historia

de amor a una y tu infidelidad a la otra. ¿Qué pretendías?, ¿que Sandra vistiese santos hasta que te decidieses por ella? Tú mismo le advertiste que se trataba únicamente de sexo, ¿por qué te enfadas si está con otro? Solo hace lo mismo que tú. ¡No tienes ningún derecho!

—Eso mismo me dijo ella. ¿Ves como sois todas iguales?

—Es lógico —me defiende.

—Da igual, no me importa. —Vuelve a darme la espalda.

Sé que está mal, pero me resulta muy egoísta por su parte que actúe así.

Ninguno de los dos pronuncia una sola palabra más hasta que llegamos a casa, donde cada uno se encierra en su habitación, no sin antes intercambiar un seco «buenas noches».

Creo que nunca antes había reñido tanto con mi hermano. Estoy descubriendo que no tiene nada que ver con el chiquillo sensible que era antaño, y no me gusta nada este ser machista en el que se ha convertido.

¡Está el asunto como para tener pareja!

Capítulo 25

Nunca sabes qué te deparará la vida, por eso hay que aprovechar cada instante al máximo. Vivir cada día como si fuese el último junto a las personas que amas.

Una llamada truncó la serenidad de aquella tarde de domingo del mes de noviembre. Peter y yo cogimos el primer vuelo a Madrid en cuanto papá llamó, pero cuando llegamos a casa era demasiado tarde, mamá ya había muerto.

Capítulo 26

Cojo el metro como una autómatas, igual que en los viejos tiempos, con la mirada perdida en algún rincón de mi alma, sin ningún destino. Bajo en la parada de High Street y paseo un rato sin rumbo fijo solo por el mero hecho de perderme entre la multitud, de sentirme arropada, aunque sea por extraños; por eso no he tomado un taxi, aunque termino sentándome en un banco solitario.

Sola de nuevo.

Me hallo en uno de los muelles que han habilitado a modo de mirador junto al puente de Brooklyn, a orillas del río Este. La verdad es que siempre había visto esta imagen en las películas y postales de Nueva York, pero nunca había estado aquí en persona y, desde luego, es realmente digna de admirar.

Son las seis y media de la tarde y el crepúsculo está a punto de comenzar, creo que me vendrá bien descansar un poco antes de volver a casa.

Contemplo el puente de Brooklyn a mi izquierda y el de Manhattan a mi derecha, pienso en lo grandes y majestuosos que son, viendo pasar los siglos a través de ellos, inalterables.

—Por fin te encuentro.

Su voz a mi espalda hace que dé un brinco y me ponga en pie de forma automática.

—¿Qué demonios haces tú aquí?! —Es la última persona del mundo que quiero ver ahora.

—Es martes, creo recordar que teníamos una cita esta mañana, a la que no has acudido.

Rodea el banco con tranquilidad hasta situarse a mi lado. Se desabrocha el botón de la chaqueta y se sienta, sin inmutarse por mis modales. Yo permanezco en pie, observándolo con incredulidad, pero él se dedica a contemplar el horizonte, impasible.

—Siento mucho lo de tu madre.

Por fin me mira a los ojos. Creo que debo de tenerlos hinchados y rojos, porque no he parado de llorar estos días. Entonces, al ver la expresión de su rostro, descubro que es la única persona en el mundo capaz de saber cómo me siento en estos momentos.

—Gracias.

Tomo asiento a su lado algo más relajada al saber que viene en son de paz.

Los dos contemplamos cómo el sol se esconde perezoso tras los rascacielos de Manhattan, cómo se van encendiendo las distintas luces del puente y de la ciudad a su paso, el perfil de los edificios iluminados reflejados en el agua, e incluso Staten Island a lo lejos, con la Estatua de la Libertad coronándola, y todo esto sin mediar palabra.

Ha oscurecido a nuestro alrededor.

—Todo un espectáculo. —Mi improvisado acompañante rompe al fin el silencio.

—Nunca imaginé que fuese tan bello —indico, maravillada por la escena que acabo de presenciar.

—A veces, las cosas más bellas están delante de nuestros ojos y no nos detenemos a valorarlas como realmente merecen.

—Hasta que se marchan... Entonces las valoramos más.

No puedo evitar volver a llorar por mi madre. Me tapo la cara con ambas manos porque no me siento cómoda; no tenemos esa confianza, me siento demasiado frágil con él a mi lado. Entonces, lejos de alejarse o de incomodarse, Ian me rodea los hombros con un brazo y me atrae con fuerza hacia sí para que lllore sobre su pecho.

—Chiss, tranquila, no estás sola —me susurra.

Este simple gesto me reconforta tanto que de pronto me siento alentada a seguir adelante.

Permanecemos así una eternidad, ninguno de los dos parece que quiera separarse del otro.

Un repentino escalofrío me hace temblar, solo llevo una ligera chaqueta de punto, y a estas horas ya refresca bastante. Él no lo piensa siquiera y se quita su chaqueta para ponerla sobre mis hombros, con lo que me siento mucho más calentita al instante.

—Gracias —musito, mirándolo a esos ojos azules que me devuelven la ternura que nunca supuse en él.

—Creo que deberíamos volver, Beatriz —propone cariñoso.

—Solo un ratito más.

—Vas a resfriarte.

—Por favor —le ruego.

—Está bien —claudica con un suspiro—. No puedo negarte nada.

Me acurruco de nuevo contra su pecho con una sonrisa que no ve y él me abraza fuerte para evitar que el frío me roce.

—Será tan duro vivir ahora sin ella... —me atrevo a balbucear.

—Lo será. Pero debes pensar en todos los años que la has tenido junto a ti e intentar recordarla cada día, así la mantendrás viva por siempre en tu corazón.

—Ahora puedo hacerme una ligera idea de lo que debiste de pasar tú siendo niño, aunque elevado a la enésima potencia porque estabas solo y eras demasiado pequeño para perder a tu madre. Esas cosas no deberían ocurrir.

—Hay muchas cosas que no deberían suceder nunca, pero suceden, y solo podemos afrontarlas e intentar aprender de ellas. Lamentarse no sirve de nada, así es la vida.

—La vida es tan dura...

—Y tan dulce...

Me da un suave beso en la cabeza y siento cómo cada vello de mi cuerpo se eriza y cómo hasta la última gota de mi sangre entra en efervescencia. Sin embargo, no me muevo ni reacciono, solo intento permanecer inalterable y a salvo entre sus brazos.

* * *

Siento mucho frío y una caricia tierna en el rostro.

—Te quiero, mamá —susurro.

Abro los ojos al oír mi propia voz. Descubro que me encuentro tendida sobre mi cama, en mi habitación. Me incorporo asustada.

«¿Habrá sido todo un sueño?»

Entonces me doy cuenta de que todavía tengo una chaqueta de hombre sobre los hombros. Me tranquilizo al oler su perfume en ella. Sonrío y vuelvo a quedarme dormida, hace muchos días que no pego ojo, y mi cuerpo ya no aguanta más.

Capítulo 27

Es sábado.

No he ido a la consulta en toda la semana. Avisé a los pacientes y les cambié la cita para la próxima, pues necesito recuperarme antes de poder ayudar a los demás.

He estado llorando por todos los rincones de mi casa y atiborrándome de dulce para aplacar mi pena. Considero que estas dos semanas de duelo son suficientes, no puedo permitirme más. Tengo a la pobre Elizabeth amargada, pues me llama a todas horas del día para comprobar que sigo respirando, y siempre termina compadeciéndome; ya no sabrá qué más hacer.

A veces, inmersa en mi propia desgracia y autocompasión, pienso que mi madre era una gran desconocida para mí. Cuando era niña siempre estaba fuera de casa, trabajando. Mis hermanos tienen más recuerdos de ella de los que pueda tener yo, pues, siendo la pequeña, prácticamente nos criaron a Peter y a mí nuestros tres hermanos mayores. Me esfuerzo por evocar alguna imagen de las dos juntas, pero no la recuerdo nunca llevándome al cole, ni jugando conmigo, ni con una tarta el día de mi cumpleaños, ni siquiera la añoro al acariciarme o al peinarme, porque creo que nunca lo hizo. Mis recuerdos de ella son actuales, sobre todo de hace poco. Estaba empeñada en convencerme de que una mujer sola no servía para nada, su máxima obsesión era que me buscase un hombre porque ya era demasiado mayor y cada vez tendría que conformarme con cosas peores... Aun así, la quería, porque era mi madre. Ay, una se siente tan desamparada cuando pierde a su madre.

Como cada día, hoy me siento sola y sin tener nada en especial que hacer.

Peter vuelve hoy, le he pedido varias veces que regrese a Seattle en vez de aquí; yo ya buscaré otro ayudante, pues creo que él necesita recuperar su vida más urgentemente que yo. No obstante, insiste en que lo mejor ahora es estar a mi lado para evadirse de todo o, al menos, eso me cuenta para no preocuparme. En fin, la conclusión es que llegará a casa esta noche.

Hace mucho tiempo que no voy a la peluquería. La hermana de Elizabeth es la propietaria del mejor centro de belleza integral de Manhattan; la llamo y me dice que a mí siempre puede hacerme un hueco Vip, por lo que no dudo en darme un caprichito y pasarme todo el día allí.

Me meto en las saunas, me dan masajes, me depilan de arriba abajo, me aplican cremas, mascarillas, me hacen la manicura, la pedicura, me cortan y me peinan el pelo, me maquillan... Salgo de Sharones a las nueve de la noche, pero renovada por completo. Parezco una actriz de Hollywood, por la calle todos se vuelven para mirarme y eso levanta mi ánimo. ¡Qué lujo!

Al entrar en mi apartamento, miro el móvil y veo que tengo varios mensajes de Sandra

invitándome a una fiesta que celebran en el local de moda al lado de su casa. No me apetece mucho ir, pero he de obligarme a retomar las riendas de mi vida cuanto antes, y ya que llevo un maravilloso peinado a lo Olivia Newton-John en *Grease*, tendré que lucirlo.

Asimismo, decido ponerme unos pantalones de pitillo de cuero negro atado con cuerdas por detrás, un corsé con los hombros al aire del mismo color, abotonado de arriba abajo, y unos tacones de aguja rojos. Me miro al espejo y tengo que contenerme mucho para no silbarme a mí misma. ¡Estoy de infarto, ni Olivia en sus mejores tiempos!

Una vez que estamos Sandra y yo en la disco, llamo a mi hermano por si le apetece apuntarse, y en menos de media hora está junto a nosotras. Solo oír la palabra *fiesta* aparece de repente, aunque supongo que saber que Sandra también está aquí ayuda bastante.

Ella y Peter están fenomenal, no dejan de charlar, reír, tocarse el brazo al hablar, echarse miraditas... Así se pasan todos los días en el trabajo, y aunque pensaba que después de haberla pillado in fraganti con otro hombre, mi hermano no volvería a dirigirle la palabra, ha sido todo lo contrario, y me alegro de que hayan limado asperezas.

Ella es de mi edad, y las mujeres normales a los treinta años no se andan con ligoteos infantiles ni citas insulsas, sino que van directas al grano, sin remilgos. Por lo visto, yo soy la única chica sobre la faz de la Tierra que todavía cree en los preliminares y en la conquista de una dama a la antigua usanza, aunque cada día me convenzo más de que eso ya pasó de moda hace siglos.

Cuando estamos los tres bailando en la pista, alguien me agarra por la cintura, con lo que me vuelvo de inmediato para comprobar atónita de quién se trata.

—¡Guau! —grita por encima de la música, examinando, con unos ojos desafiantes, mi anatomía—. Eres, con diferencia, la mujer más espectacular de cuantas he visto en la vida, rubia. ¡Vaya culo! —Se muerde el labio inferior contemplando lujurioso mi retaguardia.

Su mirada penetrante recorre todo mi cuerpo, sin cortarse un pelo a la hora de pasar por el escote. Me siento desnuda y quiero taparme con algo. Su sola presencia ya me pone tremendamente nerviosa, y más aún que me devore como lo está haciendo, ¡y en público!

Él lleva unos vaqueros de color azul oscuro, un polo azul claro y unas deportivas azules, todo en plan desenfadado, como es él. Tiene el pelo engominado y despeinado a lo loco, como siempre. Y, por supuesto, no puede faltar su cazadora de cuero negra, que lo acompaña a todas partes como buen motero que es.

—¡Hombre, señor Williams, qué sorpresa! —Peter se apresura a saludarlo, con demasiada amabilidad para mi gusto.

—Hola, tío —responde él igual de alegre, y se estrechan la mano—. Gracias por coserme la ceja el otro día. Con los nervios, no te lo agradecí.

—Bah, no fue nada. Gracias a ti por salvarme de aquellos tíos del bar.

Le presento también a Sandra, que no duda en pedirle sexo con una mirada de loba hambrienta; creo que incluso está fantaseando con arrastrarlo a los baños, porque no deja de babear, se ha enamorado... ¡Qué vergüenza ajena!

—¿Nos conocemos de algo? —le pregunta él con una sonrisa muy sugerente—. Me suena mucho tu cara.

—¡Ya me gustaría, bombón! —le responde ella más que complaciente, mientras Peter la aniquila con la mirada, apartándola con disimulo de nosotros.

—¿Qué tal la noche, *doctora*? —enfatisa—. Qué raro ver en una fiesta a *Miss Empollona 2018*.

—Ya ves, las empollonas también tenemos vida, aunque no sea tan divertida como la de los macarras.

Intento marcharme, pero me atrae hacia sí agarrándome por el codo.

—¿Ah, no? —Se pone la mano libre teatralmente sobre el pecho—. Perdóname, pero hace un momento parecías el alma de la fiesta.

Suelto una risa nerviosa al ser consciente de que me estaba observando desde algún lugar cómo yo bailaba.

—No soy como tú crees —le reprocho.

—Y ¿cómo creo que eres? —Aguza la mirada para estudiar mejor mis movimientos.

—Pues una estrecha, una aburrida, una sosa...

—Siento llevarte la contraria —me corta—, pero eres justo así.

—¡Oh! Y ¿podrías informarme del motivo por el que soy una estrecha?, ¿porque no me acuesto con el primero que me llama *guapa*?

—No te hagas la ingenua conmigo. Si hasta usas la palabra *acostar*, ni siquiera eres capaz de decir *follar*. —Suelta una carcajada—. Ya veo que eres superliberal.

Me ha pillado. Soy un poco modosita, de acuerdo, aunque eso a él no le importa.

—Además, se te olvida añadir *embustera* a esa lista. —Su voz ronca y sensual hacen que esa palabra resuene en mi conciencia.

—¿Embustera, por qué?

Se ríe por mi expresión de incertidumbre.

—Eres una actriz profesional, Beatriz, aunque no te culpo; yo también finjo muy a menudo para conseguir mis fines, es un medio tan lícito como cualquier otro. Pero cuando uno se miente a sí mismo es cuando corre el gran riesgo de creérselo.

—¡Yo no me miento a mí misma! —protesto.

—¡Ya lo creo que sí! —Se muerde el labio inferior de nuevo mientras me contempla con lascivia—. Te obligas a no desearme, convenciéndote de que no merezco la pena, intentando crear tus propias excusas.

—¿No puedes soportar la idea de que no te desee, Ian? —declaro, levantando altiva la barbilla, fingiendo que no me influyen sus encantos.

—Creo recordar que el otro día gemías bajo mi boca como una loca. Para no desearme, lo hiciste muy bien.

Siento cómo me suben los colores a las mejillas.

—¡Eres un narcisista!

—Lo que no puedo soportar es la idea de que nos niegues a los dos una noche increíble. —Vuelve a mirarme el culo con anhelo.

—A lo mejor sería increíble solo para ti.

Me interrumpe con una nueva carcajada. Se lo está pasando en grande a mi costa.

—Ambos sabemos de sobra quién disfrutaría más —susurra en mi oído, consiguiendo ponerme el vello de punta—, aunque para mí sería una auténtica delicia ver cómo cambias esa expresión de doctora estirada y remilgada por gemidos de placer, cómo me tiras del pelo embriagada por el éxtasis y cómo gritas jadeante mi nombre para que no me detenga.

Me separo de él como si de pronto hubiese descubierto que es un asesino en serie. Me cuesta respirar, estoy excitadísima, y no pienso permitir que me atrape en sus juegos sucios de seductor fatal.

—Desde luego, no sabes tratar a las mujeres. ¿En serio esto te da resultado? ¿Ahora es cuando tengo que caer rendida a tus pies?

Aparecen sus hoyuelos al sonreírme.

—Las mujeres que conozco solo quieren una cosa de mí, y yo se la doy sin dudar, una vez tras otra, sin tregua durante toda la noche, durante días, incluso semanas..., hasta que están más que satisfechas, y entonces..., *au revoir, ma chérie*.

Ese acento francés y su mirada de depredador consiguen que apriete los muslos.

—Ya veo, todo muy romántico —me burlo, intentando escapar de su embrujo.

—El romanticismo está sobrevalorado, Beatriz, no sirve para nada. No solo soy yo el que no cree en esos falsos sentimentalismos. Por muy buen amante que sea, si fuese pobre, todas esas mujeres ni siquiera me dirigirían la palabra. Lástima que no sospechen lo bien protegido que tengo mi dinero —afirma orgulloso.

—¿Más protegido que tu corazón? —ataco.

—Mi corazón no está protegido, rubia.

Lo he pillado por sorpresa, pues me observa sorprendido.

—¿Ah, no?

—Simplemente, mi corazón está mejor solo que mal acompañado; todas las mujeres sois iguales, unas caprichosas que perdéis el interés en cuanto conseguís vuestro objetivo y, por desgracia, no me ponen cachondo los hombres.

Una melodía comienza a sonar, *I Only Want to Be with You*, pero la versión de Lodovica Comello. Cada frase de esa canción parece pensada para nosotros.

—¿Nunca te has enamorado?

No sé por qué he preguntado eso, supongo que por el ambiente romántico que ha creado la música, no sé.

—No. No creo en esas tonterías, todo tiene su edad, y a este príncipe nunca le han ido los cuentos de hadas. Es muy sencillo: somos adultos, tú quieres sexo y yo te ofrezco el mejor con el que hayas soñado jamás; ¿dónde está el problema?

«¡Madre de Dios! ¿Alguien ha subido la calefacción?»

—Vuelvo a repetirte que no soy de ese tipo de mujeres, aunque pienses que todas somos iguales. No-quie-ro-se-xo —vocalizo—. ¡Y menos contigo!

—Ya, ya, ya, olvidaba que tú eres de las estrechas y aburridas. ¿Alguna vez en tu vida has hecho alguna locura, *doc*? —pregunta en ese tono lujurioso que me hace suspirar.

¿Me lo estoy imaginando o nos estamos haciendo preguntas que sobrepasan el límite de lo estrictamente profesional? Porque, aunque él no lo pretenda, que lo dudo, es mi paciente.

La canción sigue sonando e intento no dejarme llevar por su ritmo.

Lo medito durante un momento. La única locura que he hecho en mi vida ha sido montarme en su moto del averno, pero no pienso darle la satisfacción de confesárselo. «Es muy triste ser tan joven y no haber vivido, siempre he sido demasiado responsable para eso y siempre he hecho lo correcto, o más bien lo que los demás esperaban que hiciese...»

—¿Por qué no permites que te bese? Un solo beso. Si no sientes nada, te juro que desistiré para siempre.

Se ha acercado más de lo que yo considero «respetar el espacio vital del otro».

No le respondo, me quedo paralizada por completo porque no esperaba esto en absoluto. Siento cómo su perfume, «*Eau de Pecado*», invade mis fosas nasales. Sus ojos me observan con un deseo que nunca antes había visto, suplicándome muchas más cosas de las que se atreven a pronunciar sus labios. No soy capaz de negárselo, pero no solo a él, sino tampoco a mí misma, porque es lo que más deseo en este momento; todo lo demás deja de tener importancia.

La lujuria, el placer, el peligro, la adrenalina..., todo eso es Ian, todo lo opuesto a mí. Su expresión me incita a lanzarme al vacío sin paracaídas, sin sopesar las consecuencias. Pienso en la vida insulsa de mi madre, en que es probable que fuera una infeliz siempre por no hacer lo que ella deseaba de verdad, y no lo que querían los demás.

Su mano me acaricia el hombro con delicadeza, y ese simple contacto me hace volver al presente y estremecerme. Rozándome tiernamente con los dedos, sigue su camino hasta rodear mi cuello casi por completo, y entonces atrae hacia sí mi rostro para hacer desaparecer la distancia que hay entre nuestras bocas.

Cierro los ojos para sentir cómo la fina piel de sus labios acaricia los míos. Enseguida respondo a un beso que al principio es lento y delicado, pero que se va tornando más feroz por momentos. Subo los brazos para deslizar su pelo sedoso entre mis dedos, lo que hace que se le escape un gemido y que su lengua se decida a penetrar con precisión en mi boca para buscar la mía. Ambas luchan encarnizadamente por sentir al otro, por darle placer, saboreando cada envite. No me he dado cuenta de que retrocedemos hasta que choco contra algo duro, que supongo que será la pared, y apoyo la espalda allí. Ian aprovecha esto para masajearme el trasero sin miramientos.

—Joder, qué buena estás, me encanta tu culo —suspira contra mi boca.

Se da la vuelta para ser él quien se apoye esta vez contra la pared, y me levanta por la cintura para que le rodee la suya con las piernas, cosa que hago para no caerme. No puedo parar de besarlo, me embrija, no entiendo cómo he podido vivir todos estos años sin sus besos. Sabe a menta fresca con un toque de whisky, a pasión desenfrenada, pero sobre todo a...

«¡Dios mío, pero ¿qué coño estoy haciendo?!», me recrimino.

Me separo de él asustada, intentando no marearme, ya que tengo toda la sangre concentrada en el mismo sitio, al igual que él, pues lo delata el exagerado abultamiento de su pantalón. Todavía me sostiene en su regazo. Nos miramos a los ojos y me da un último beso fugaz antes de soltarme en el suelo, pero manteniéndome abrazada.

—No te voy a hacer promesas de amor, Beatriz, sabes lo único que quiero de ti. Soy un alma libre y tú serás una noche más entre miles. No pretendo darte explicaciones ni nada a cambio

después —musitan sus labios contra los míos.

—Tranquilo, no tendrás que darme explicaciones, no las necesito.

Doy media vuelta y me marcho con toda la firmeza que puedo, aunque muy desconcertada. Creo que él se ha quedado peor que yo, porque echo un vistazo hacia atrás mientras avanzo y lo veo asestar un fuerte puñetazo a la pared. Seguro que pensaba que ya me tenía en el bote. ¡Será gañán!

Me reúno de nuevo con Sandra y Peter, que dudo que me hayan echado de menos lo más mínimo.

—Bet, el baño está en la otra dirección —señala mi hermano sonriente.

—Ah, ya me parecía extraño que no hubiese baños aquí. —Le sigo la corriente, pues ambos sabemos de sobra que no he ido al servicio.

—Anda, ven, que te acompaño. —Sandra se engancha a mi brazo y vamos juntas a los aseos de chicas.

Está alucinada por lo increíblemente guapo que es mi *amiguito*, y me repite sin cesar lo afortunada que soy al estar saliendo con él. No creo que entienda nada, y menos en este contexto, por eso no me molesto en explicarle que ni es mi amigo, ni una relación, ni nada que se le parezca. Me limito a no decirle nada.

—Tranquila, tu hermano no ha visto cómo os dabais el lote, me he encargado en persona de ello. —Me guiña un ojo sonriente.

«¡Buf, menos mal, ha cambiado de tema! —pienso—. Espera... ¿Cómo lo ha conseguido? Imagino que entretiéndolo como solo una mujer sabe hacer.»

—¿En serio? Entonces ¿al final vamos a ser cuñadas? —Nos reímos las dos.

Mientras hacemos cola para entrar en el baño, me confiesa que Peter le encanta, y me pregunta por su novia.

—Por lo que yo sé, están muy bien, Sandra, no quiero engañarte.

A lo mejor he sido demasiado sincera, porque su expresión cambia por completo.

—Ya veo...

—¿Por qué no se lo preguntas tú?

—¿Qué? ¿Estás loca? «Hola, me llamo Sandra, sé que tienes novia, pero estoy tan colada por ti que quiero saber si tengo alguna posibilidad, aunque sea de ser la otra...» —Hace un gesto con la mano como si fuese obvio que no puede hacer eso.

—Está más que claro que os gustáis, pero creo que está liado, no sabe lo que quiere.

—No quiero romper una relación, Betty. He intentado olvidarlo estando con otros hombres, pero me gusta demasiado, ¿qué puedo hacer? —Se encoge de hombros.

—No lo sé. Si te soy sincera, no tengo mucha experiencia en este tipo de cosas, pero el tiempo siempre pone a cada uno en su lugar. Yo solo puedo aconsejarte que no te hagas demasiadas ilusiones, porque él, tarde o temprano, volverá a Seattle y no quiero que sufras.

—Pues *carpe diem* entonces, ¿no? —balbucea resignada—. Al menos, una de las dos es feliz, me alegro tanto de que al fin tengas novio.

Parece que quiere volver a sonsacarme cosas de mi tema, pero yo sigo sin abrir la boca, no pienso poner nombre a mi peculiar relación con el señor de las tinieblas.

En el fondo, me da pena mi amiga, está tan sola como yo.

Cuando salimos del baño, nos dirigimos bailoteando las dos hacia la pista en busca de mi hermano, pero entonces me detengo al descubrir a Ian dándose literalmente el lote con tres chicas. Aunque no estoy segura de que sean tres, ni de que sean chicas, pues solo se distinguen brazos, melenas y cabezas en movimientos eróticos. Lo único que reconozco a la perfección entre la marabunta femenina son dos ojos azules.

Algo semejante a una fuerte punzada asciende desde mi estómago hasta mi cerebro, abriéndome el corazón en canal. La ira me invade. No entiendo la razón, pero solo quiero meterme allí en medio y matar a esas tres zorras.

—Betty, ¿te encuentras bien? —me pregunta Sandra.

No le contesto, estoy helada, observando boquiabierta la escenita. Y es justo entonces cuando esos ojos azules se clavan en mí, con el cartel del reproche colgado en ellos.

Salgo corriendo de allí, empujando a la gente a mi paso. «Quiero desaparecer, quiero desaparecer», se repite mi mente sin cesar mientras busco con desesperación la salida y avanzo como puedo, chocando contra cientos de personas.

Empujo la gran puerta plateada con todas mis fuerzas, como si fuese la salida del inframundo a la libertad, como si, al atravesarla, terminasen todas mis penas. Por fin siento que el aire fresco acaricia mi rostro y me detengo a respirar. Me doy cuenta entonces de que algo húmedo resbala por mis mejillas, me lo seco con un dedo. «¿Esto son lágrimas? No entiendo nada...»

—¿Qué cojones ha sido eso?! —Alguien me agarra de la muñeca enérgicamente y consigue que me dé la vuelta.

Choco contra su pecho, duro y firme. Lo reconocería entre un millón.

—¿Suéltame! —Intento zafarme de sus brazos.

—¡Mírame, maldita sea!

Trata de levantarme la cara cogiéndome con fuerza por la barbilla y, aunque intento oponerme, lo consigue.

—¿Estás llorando? —Su mirada aguamarina me observa inquieta.

—¡No!

Giro la cabeza para que deje de mirarme.

Permanece inmóvil. Luego niega con la cabeza.

—¿Qué hago contigo, rubia?

—¡Dejarme en paz! —exclamo, procurando sin conseguirlo que me suelte.

Las lágrimas resbalan ahora libremente por mis mejillas, no puedo controlarlas.

—Ven aquí.

Me atrapa entre sus brazos, pillándome desprevenida por completo, y me lleva cogida hasta su moto, a grandes zancadas, mientras grito desesperada. Me suelta en el suelo, abre la compuerta donde guarda los cascos y me da uno.

—¡No pienso ir a ningún sitio conti...!

—¡Póntelo, maldita sea! —me ordena enojado.

Como casi me hago pipí encima del susto, lo obedezco. Mi peinado, a la porra.

—¡Agárrate! —gruñe por encima de su hombro, una vez que ya hemos montado.

—¿Adónde vamos?

—A dejar las cosas claras.

Acelera, y la Dodge Tomahawk se pierde rugiendo entre los coches por la calzada.

Capítulo 28

No sé dónde estamos ni hacia dónde nos dirigimos. Llevamos un buen rato en la moto; he de confesar que empiezo a cogerle el gustillo a esto de ir aquí montada. El hecho de verlo dominar esta máquina infernal me resulta sumamente sensual. Esta vez solo he gritado durante unos quince minutos, voy mejorando.

Me he sentido tan libre mientras recorriamos el asfalto hacia ninguna parte que me han entrado hasta ganas de abrir los brazos para saborearlo y gritar, pero de alegría. Creo que soltar toda esta adrenalina me viene de *luxe*.

Finalmente, Ian frena y todo vuelve a quedarse inerte. Permanece quieto y en silencio unos instantes, parece pensativo, con la moto entre sus piernas.

Miro a mi alrededor y descubro atónita que me ha traído a una especie de jardín encantado. Estamos rodeados de árboles inmensos llenos de flores de colores, aunque predominan las de color negro y azul. Son preciosas. Sé de qué colores son en plena noche porque unos focos iluminan las plantas desde abajo. Nos encontramos en el Edén, sin duda.

—¿Dónde estamos? —pregunto, un poco avergonzada por estar a solas con él.

—Baja de la moto.

Me doy cuenta entonces de que se ha quitado el casco, pero ni siquiera me mira.

Bajo del vehículo y me quito el casco yo también; se lo tiro sin avisarlo, por lo que le doy un buen golpe en toda la cabeza. De inmediato clava sus ojos en los míos con cara de asesino. Al verlo, no aguanto más y suelto una carcajada.

—¡Lo siento! —Me tapo la boca con ambas manos para aguantarme la risa.

Intento disculparme en serio, pero se me escapa un bufido y sigo riéndome sin poder parar.

Entonces, sin dudarlo ni una sola vez, se abalanza sobre mí como un ciclón y me aprisiona entre sus brazos. Nos besamos con furia, con necesidad, sin miedos ni prejuicios. Nos fundimos en el calor de dos almas que se desean mutuamente, tanto, que no son capaces de permanecer separadas ni un minuto más.

Hace un gran esfuerzo para detenerse y atrapa mi rostro entre las manos. Me acaricia los labios con uno de sus dedos mientras me devora con sus ojos hambrientos.

—¿Estás preparada para que empiece tu noche sin fin? —susurra, con la respiración entrecortada.

«¡¿Estoy preparada?! Joder, ¿por qué preguntas?...»

No hace falta ni que le conteste, creo que con mi mirada es capaz de adivinar cuáles son mis

intenciones.

Me coge de nuevo entre sus brazos y me transporta hasta una pequeña cabaña de madera que hay frente a nosotros. Pega una patada a la puerta y ésta se abre. Me suelta una vez dentro, pero no me da tiempo a descubrir nada de la casa porque Ian ataca de nuevo.

Esta vez ha aparecido a mi espalda y sujeta mi pelo en alto al tiempo que esparce un reguero de salvajes besos por mi nuca y mis hombros. Siento cómo millones de escalofríos recorren mi cuerpo hacia arriba y hacia abajo, mezclándose unos con otros.

Suelta mi pelo para aprisionar mi cabeza entre sus dedos, regalándome un ligero masaje que me hace proferir un gemido. Este hombre sabe de sobra lo que se hace. Baja las manos continuando con el masaje por mis hombros y, acto seguido, sigue su camino hasta llegar a los botones del corpiño, que desabrocha de forma magistral en dos segundos sin ni siquiera mirarlos.

Observo cómo la prenda cae al suelo mientras él permanece a mi espalda, acechándome. Sin dudar, sus expertas manos cubren mis pechos, más que sensibles por tanta expectación.

—Eres preciosa, Beatriz —susurra en mi oído, y aprovecha para besarme el cuello a la vez que acaricia mis pechos con ternura, despacio, sin prisas.

Yo echo la cabeza hacia atrás y la apoyo en su hombro para saborear las placenteras sensaciones .

Entonces baja una mano acariciando mi vientre y me desabrocha el pantalón. Esta vez, al sentir cómo sigue descendiendo sigilosamente hacia mi zona tabú, me pongo bastante tensa.

—Chisss, tranquila, relájate, no hay prisa —susurra.

Acto seguido, aparta la mano de ahí, haciendo que me sienta desamparada pero relajada, y se separa de mi cuerpo para rodearme y poder contemplarme de frente. Me muero de la vergüenza, nunca había estado expuesta así ante ningún hombre. Sus ojos se han tornado de un color negro azabache, tiene las pupilas tan dilatadas por el deseo que no se distingue el azul en ellos.

Se arrodilla frente a mí, me quita los tacones y baja mis pantalones junto a mis braguitas para después sacarlos por mis pies. Ahora me hallo desnuda del todo y a su merced. No me concede el tiempo suficiente para pensarlo demasiado, porque sin darme cuenta lo tengo metido entre mis piernas, practicándome el sexo oral más increíble que nadie haya disfrutado jamás. La verdad es que no puedo compararlo con nadie, pero no creo que otro hombre en todo el planeta sea capaz de mejorarlo.

¡Es el dios del *cunnilingus*!

Tanto es así que, sin quererlo y sin saber cómo, me oigo a mí misma gimiendo y jadeando.

«¡¡¡¡Guau, pedazo de orgasmo!!!!»

—¡Vaya, rubia, me he ganado el primer premio muy pronto, esto promete!

Se incorpora sonriente, frotándose las manos, y me besa todavía con mi sabor en su lengua. Es una sensación muy extraña; me siento sucia, como si estuviese haciendo algo malo de verdad, pero estoy tan caliente que no sería capaz de parar.

Me encuentro flotando en la nebulosa de Ian.

De un movimiento certero, se desnuda, dejándome alucinada por varios motivos. El primero de ellos, porque esto debe de tenerlo ensayadísimo, de lo contrario, sería imposible haberlo hecho así, con esa precisión. El segundo, por esos abdominales suyos marcados a la perfección,

tanto es así, que parece que los hayan esculpido en mármol los mismísimos dioses con un cincel, además de esos oblicuos tan gloriosamente definidos que entran ganas de palparlos con la lengua. Y el tercero, pero no por ello menos importante, sino todo lo contrario, por la gran *mazorca de maíz* que sale disparada hacia arriba en cuanto se ve liberada.

«¡Dios bendito! ¡Santa María! ¿Cómo se mantendrá en pie teniendo que sostener eso en alto?»

—Toda para ti, cariño. —Acaricia con picardía su miembro al ver la aturdida expresión de mi rostro. Debe de haberse dado cuenta...

Vuelve a abrazarme y me masajea la espalda mientras besa cada parte de mi cuerpo con ganas. Sin ningún esfuerzo, me levanta para sentarme sobre una mesa de madera que tengo detrás de mí; luego se coloca entre mis piernas y yo enrosco las mías alrededor de su cintura, sintiendo un calor horroroso cada vez que su miembro me roza. Con un dedo, tantea mi humedad y permanece ahí abajo un rato, haciendo las delicias de la psiquiatra. Cuando estoy a punto de explotar de nuevo, se detiene y me mira como pidiéndome permiso.

—¿Estás segura? —jadea, excitado por mi entrega.

Afirmo con la cabeza. Entonces saca un preservativo de su pantalón y se lo pone de forma magistral con una sola mano. Siento cómo intenta entrar en mí, clavo las uñas en su espalda, pero tras cuatro intentos fallidos se detiene.

Nos miramos el uno al otro.

—¿Hay algo que no me hayas contado? —Su expresión no es demasiado amigable.

—No... —digo con una ridícula vocecilla de duende.

—¡No me jodas!

Se aparta de mí rápidamente, como si tuviese la peste, con una mano en la cadera y la otra revolviéndose el pelo. Me siento tan ridícula...

—¡Vístete, nos vamos!

Recoge su ropa del suelo de mala gana, sale de la cabaña a grandes zancadas y en pelotas, con toda la torre de marfil erecta. Desaparece pegando un portazo.

Tras unos instantes de meditación, me visto, salgo tras él, rogando a todos los santos que se haya evaporado, pero no, está ahí, dando un extraño paseo al lado de la moto, mientras se muerde los nudillos y exclama improperios.

Llego a su altura.

—¿Puedes explicarme qué sucede? —Estoy tan indignada que no sé ni qué decir.

—Eso deberías explicármelo tú a mí, ¿no te parece? —El deseo de sus ojos se ha transformado en ira.

—En serio, no comprendo lo que acaba de suceder. —Es que estoy alucinando.

—Pues ya que insistes en hacerte la tonta, te lo voy a explicar de una manera muy facilita, para que lo entiendas: resulta que... ¡eres virgen! —exclama, levantando las manos.

«¡Toma ya!»

—¡¡Y ¿¿qué pasa??!! —grito enfurecida—. ¿Es que está prohibido serlo? —Levanto las manos imitándolo de manera exagerada.

—¡Sabes lo que hay, te lo advertí: solo un polvo, incluso diez, pero nada de relaciones ni

gilipolleces! ¡Me has engañado! —Me acusa con el dedo.

—Yo no te he engañado; ¿es que acaso debo llevar un cartel en la frente donde ponga que soy virgen? ¿O cuando alguien me pregunte mi nombre le contesto que soy Beatriz la Virgen? ¡Venga ya! ¡Pensaba que estábamos en el siglo XXI! —protesto encolerizada.

—¿Has aguardado todos estos años sin estar con ningún hombre para que ahora, de repente, sea yo el elegido, así, sin más? ¡No te lo crees ni tú! ¡Estás colada por mí, maldita sea! ¿Cómo no he podido verlo?

—¡iii¿¿¿El elegido????!!! Eres tú el que le está dando más importancia de la que tiene. Me apetecía y punto, no eres nadie especial para mí, ¡ni mucho menos estoy colada por ti! Acepté las condiciones porque yo tampoco quiero nada serio contigo. Si me hubiese sentido atraída físicamente por otro hombre, lo habría hecho antes, pero no ha sido así. Me pones caliente y quiero acostarme contigo, ¿dónde está el problema?

Aunque no sea mi lenguaje habitual, creo que es el que pega en este contexto. Ni siquiera me creo que haya sido capaz de decirlo.

No entiendo nada de lo que está pasando.

—Si no me consideras especial, cuéntame por qué llorabas antes. —Ahora parece algo más sereno.

«¿Por qué lloraba antes? Buena pregunta, a mí también me gustaría poder contestarla...»

—No lo sé, me he agobiado, supongo —admito, encogiéndome de hombros.

—Yo sí que lo sé. Por eso aquí se acaba todo —afirma rotundo pero más calmado—. Y como me entere yo de que ese bastardo vuelve a ir a la consulta, lo tiraré por un barranco, ¿entendido? —amenaza señalándome con el dedo, enojado de nuevo.

Se sube a la moto con un movimiento felino y me pasa el casco mientras se abrocha el suyo. No quiero montarme con él ahora, quiero alejarme, no abrazarlo. Me siento ultrajada, humillada... ¡Lo odio! Sin embargo, no tengo otro medio de volver a casa porque ni siquiera sé dónde estamos. Así que, tragándome mi orgullo, monto en la maldita moto a regañadientes. Esta vez no grito, y el viaje se me hace mucho menos placentero que el de antes.

Llegamos a mi casa, se detiene, pero no apaga el motor. Me quito el casco y se lo doy. En cuanto me vuelvo para dirigirme hacia el portal, oigo el rugido del vehículo que acelera y se aleja. Es entonces, y solo entonces, cuando me permito derramar todas esas lágrimas de rabia que he estado conteniendo.

Capítulo 29

No sé la de tiempo que debo de llevar llorando sobre mi cama. Mira que me han pasado cosas bochornosas a lo largo de mi vida, pero creo que ésta las supera a todas con creces. No me repondré nunca.

Pienso en todos los años de carrera tirados por la borda por un simple calentón, mi excelencia profesional, mi reputación, mi dignidad... No he sopesado nada de todo eso, solo me he dejado llevar por su palabrería barata y por sus besos. Puedo perderlo todo por nada. Me he arriesgado demasiado y estoy decepcionada conmigo misma. ¡Me odio! Nunca antes había sentido nada parecido y no sé cómo actuar, cómo luchar contra estos sentimientos.

Para que se me pase un poco el sofocón, decido buscar en el móvil algún vídeo gracioso de YouTube, o algún comentario jocoso de algún grupo de Facebook para evadirme de mi desdicha, pero me doy cuenta de que tengo un wasap sin leer. Lo abro, se trata de Peter avisándome de que se queda a dormir con Sandra. ¡Vaya dos!

Los vídeos y los comentarios que veo en internet, lejos de parecerme graciosos, me resultan patéticos, así que me dirijo al baño y me pego una buena ducha para relajarme. Permanezco debajo del chorro de agua caliente un buen rato. Cuando salgo, me encuentro algo mejor. Me seco el pelo con una toalla y enrolló otra alrededor de mi cuerpo.

Entonces suena el timbre.

«¿Quién será a estas horas?

»¡Da igual, no abras, que estás sola!

»Al menos, voy a mirar de quién se trata.»

Me acerco sigilosamente hasta la puerta, abro la mirilla y sufro un impacto brutal al descubrir sus ojos azules buscándome.

—¡Lárgate ahora mismo! —grito contra la puerta que nos separa.

—Beatriz, he venido a pedirte disculpas. Será solo un momento.

—¡Ahórrate tus disculpas! ¡No quiero volver a verte en mi vida!

«¿Cuántas veces le diré esto al cabo del día?»

—Y no lo harás, pero ábreme.

—¡No!

—Por favor.

Veó que reclina la frente contra la puerta abatido.

Yo apoyo la espalda en la misma unos minutos para recobrar el sentido común. Todo

permanece en silencio. Sé que si le abro estaré perdida, pero también necesito que me explique por qué me ha tratado así de mal para sentirme mejor conmigo misma, para intentar perdonarme. Soy de esa clase de mujeres que necesitan hablar las cosas y aclararlas antes de pasar página.

Tomo aire.

Abro.

Está apoyado en el marco de la puerta con el brazo estirado y la cara apoyada en él, por lo que solo asoma un ojo, que me ruega no sé muy bien qué. No se mueve, aunque haya abierto.

—He sido un gilipollas —argumenta arrepentido.

—Sí, mucho.

Se yergue para situarse frente a mí, pero manteniendo una posición sumisa, muy lejos de su arrogante postura habitual.

—¿Puedo pasar? —pregunta cabizbajo.

—No.

—Sé que la he cagado, Beatriz, nunca debería haber reaccionado así, pero yo... he sentido miedo.

—¿Miedo de una virgen? ¿Pensabas que, al terminar, iba a devorarte o algo así? Las vírgenes no hacemos eso, para tu información.

Aunque intenta evitarlo, sonrío.

—Sabes a lo que me refiero. —Enarca una ceja, esa en la que ahora luce una cicatriz muy sexi gracias a mí.

—Pues no, la verdad es que no tengo ni idea de a qué te refieres. Lo único que sé es que, para una vez en la vida que decido hacer una locura, encima alentada por ti, vas y te pones a gritar que te estoy engañando, mintiendo y no sé cuántas cosas más.

—No quiero que te enamores de mí —admite.

«¡¡¡¿Hola?!!!»

—¡Ja! ¡Ésa sí que es buena! ¿En serio la mente de los hombres es tan obtusa?

No me he dado cuenta de que estoy deambulando histérica por el salón, ni de que él me observa ya dentro de mi casa, ni de que incluso ha cerrado la puerta, porque sigo gritando cual energúmena en plena cúspide de locura.

—... O sea, que, según tú, el hecho de que no me haya acostado..., perdón —lo reto con la mirada—, de que no haya *follado* con un hombre antes y decida hacerlo ahora, ¿significa que estoy locamente enamorada de ti y que quiero que nos casemos y tengamos hijos?... ¡Oh, por Dios!... Perdona, pero creo que me he perdido algún pequeño detalle. ¿Podrías indicarme el punto exacto en el que te haya dado alguna señal de enamoramiento o algo similar?

—Entonces ¿no estás colada por mí? —pregunta en un tono muy serio, con las manos metidas en los bolsillos de su pantalón, mientras me estudia impertérrito en medio del salón. Me recuerda a un león agazapado entre el pasto que aguarda el momento exacto para atacar.

—¡Ni loca! Jamás podría enamorarme de un ser tan...

No he podido terminar la frase porque un hombre convertido en fuego me ha arrasado en su impetuosidad hacia la debacle más absoluta.

Cuando vuelvo a recobrar el aliento, me doy cuenta de que estoy sobre mi cama del todo

desnuda, con Ian, que se acaba de colocar un preservativo, encima de mí.

—Esto te va a doler un poco, ¿de acuerdo? Será solo un momento, después vendrá lo bueno.

—Sí —respondo jadeante.

Seguimos besándonos, intenta relajarme, pero aguarda preparado en mi entrada. De un golpe certero, está dentro, y es verdad que duele, pero no demasiado. Se detiene y me escruta.

—¿Todo bien? —susurra con dulzura.

—Sí, perfecto.

Levanto las caderas para acogerlo más profundamente e indicarle así que puede continuar. Me sonrío.

—¡Oh, nena, ahora empieza tu nueva vida!

Capítulo 30

El ruido de una puerta al cerrarse me despierta.

—¿Betty?

«¡Es Peter!

»¡Mierda!»

Abro los ojos desmesuradamente para buscar a Ian, pero parece que no está por ninguna parte. ¿Estará en el baño? Corro desnuda por completo a comprobarlo, antes de que mi hermano llegue hasta aquí, pero nada, no hay nadie... «Se habrá ido.» Respiro tranquila, menos mal. Vuelvo a mi cuarto a toda prisa, cerrando la puerta a mi paso.

—Betty, ¿estás ahí? ¿Puedo entrar? —indaga, llamando a mi habitación.

—¡Dame un segundo! —exclamo, mientras me pongo un pijama a toda velocidad y vuelvo a meterme en la cama—. ¡Pasa!

Esto me recuerda a la escena de la abuela de Caperucita y el lobo feroz.

Se abre la puerta y mi hermano aparece en escena con cara de haber tenido el sexo más salvaje de toda su vida.

—¿No sabes llamar o limitarte a mandar un mensaje para informar de que sigues viva? Estaba preocupado.

Suelto una carcajada. Me incorporo.

—Oh, sí, llevas toda la noche en vela, pero ¿no precisamente por la preocupación, sinvergüenza! —Lo apunto con el dedo.

Él me sonríe y se toquetea la nuca.

—Sandra estaba sola, la acompañé a casa y...

—No quiero saberlo —lo interrumpo—. Ya eres mayor de edad, no tienes que darme explicaciones.

—Lo hemos pasado fenomenal, pero le aclaré que, bueno..., que Kattie y yo tenemos una relación seria, por eso no quiero que se cree falsas esperanzas.

¡¡¡Pero ¿¿¿qué demonios les pasa a los hombres del mundo???!!!

Me pongo en pie frente a él.

—¿Acaso crees que Sandra se ha enamorado perdidamente de ti en cinco minutos, Peter? ¡Madura, por favor! Tú también has sido para ella sexo sin compromiso y punto. Aprende a vivir con ello.

A continuación, me dirijo al baño enfurruñada y pego un portazo al entrar. Mi hermano se

queda boquiabierto ante mi reacción.

Me miro en el espejo y..., ¡madre mía! Si Peter tenía cara de haber mantenido sexo salvaje durante horas, ¡la mía es la de haber mantenido sexo salvaje, pero que muy salvaje, durante semanas!

Tengo el pelo enmarañado, me duelen todos y cada uno de los músculos de mi cuerpo, sobre todo la cara interna de los muslos, mi rostro tiene un color rosado y un resplandor inusual. ¡Ahí va, mis ojos! Me niego a admitir la felicidad ni el fulgor que desprenden.

Me vienen a la mente *flashbacks* de anoche y sonrío sonrojada. Jamás habría imaginado que existiesen tantas posturas para hacer lo mismo. Ese hombre no tenía fin, era incombustible. Recuerdo su mirada lasciva y todavía me sube el calor por las piernas. No creí que fuese tan buen amante, la verdad es que he vivido una experiencia maravillosa y ahora mismo me alegro de que haya sido con él. Fue tierno cuando tuvo que serlo e impetuoso también, generoso, y experto en anatomía femenina... Pero, sobre todo, ese hombre fue puro fuego.

¡Tengo ganas de reír y saltar!

Salgo del baño siendo una mujer decente de nuevo.

—¿Alguien tiene que contarme algo, *rubia*? —Peter me intercepta en el pasillo.

Me quedo petrificada.

Sostiene una nota de papel en la mano y tiene una sonrisa malévola dibujada en el rostro.

«Ay, madre, a saber qué ha escrito ese mentecato ahí.

»Pero ¿por qué le gustará tanto a ese hombre escribir notitas?»

—Dámela, anda.

Se la arranco de la mano y me voy a la habitación para leerla tranquila.

Gracias por hacerme sentir especial, aunque en realidad no lo sea. Nunca me habían regalado algo tan valioso...

Me quedo pensativa, sentada sobre la cama, sujetando la nota entre las manos. Es muy típica de él. Se abre un poco y automáticamente se cierra en banda como una ostra. Al final siempre da su toque sarcástico al asunto para así alejarte de él y no permitir que nadie se le acerque demasiado.

Es domingo y he quedado con Liz para tomar unos vinos, así que no quiero preocuparme de esto ahora. Me siento genial y voy a disfrutar del día.

Me pongo unos vaqueros ajustados, con unas botas indias, negras, con flecos y tacón de aguja. Completo mi atuendo con una camisa de ante con flecos, negra también, y dejo mis hombros al descubierto.

Me despido de mi hermano con un beso en la mejilla. Me suplica que le cuente qué ocurrió anoche con Ian, pero le dejo bien claro que es secreto de sumario. No es tonto, sabe de sobra lo que hay.

Llego a las doce en punto al Rock Café, entro y diviso a lo lejos una mata de pelo rojo y rizado. Está sentada a nuestra mesa de siempre. Me acerco hasta ella. No la veo desde el día de la inauguración, y la verdad es que la he echado mucho de menos.

—No me puedo creer que hayas llegado antes que yo —bromeo cuando estoy a su altura.

Gira su rostro perfecto hacia mí para dedicarme una gran sonrisa falsa.

—Me estoy reformando. Ser madre te convierte en un ser aburrido que llega muy pronto a todas partes, menos cuando he de hacerlo.

Se levanta y nos damos un abrazo.

—Siento mucho lo de tu madre, cariño —indica apenada por milésima vez desde que ocurrió.

—Mírate, incluso embarazada estás preciosa —le digo, cambiando de tema de forma drástica y fingiendo que estoy estupendamente. No quiero arruinar nuestro día con penas y desgracias.

Nos sentamos una frente a la otra, nos miramos un solo instante y enseguida entiende que lo que necesito no es hablar de mi madre.

—No me mientas, Betty, soy como una elefanta a punto de estallar. Dentro de un mes salgo de cuentas y este cabezón no parece que tenga muchas ganas de nacer.

—Eso es porque está muy a gusto ahí dentro.

—Bla, bla, bla, todo el mundo me dice lo mismo, pero como no salga a su hora, juro que convertiré mi vientre en un medio hostil y no le quedará más remedio que largarse de ahí echando leches.

Suelto una carcajada, es que esta mujer es lo peor: ¡deberían prohibirle tener hijos!

—¿Un medio hostil? Y ¿qué piensas hacer? —Bendita la hora en la que pregunto.

—¡Ja! Se cree muy listo, pero pienso comer picante hasta que reviente y ponerle música hardcore a todo volumen en la tripa —susurra para que el bebé no la oiga.

—Vale, vale, no me cuentes más. Rezaré para que des a luz cuanto antes. —Me tapo los oídos haciendo un gesto teatral.

Ambas nos reímos por su broma, aunque sé muy bien que sería capaz de hacerlo.

Sus ojazos verdes se clavan en mi cuello de repente.

—Betty, ¿qué hiciste anoche?

Me tenso.

—¡Nada!

—¿Por eso te has puesto tan rígida que parece que te hayan metido un palo por el culo? Vamos, cuéntamelo, sabes que me enteraré antes o después.

—Pero ¿por qué tendría que haber hecho algo anoche? —Alucino.

—Tienes un pedazo de mordisco en todo el cuello, querida.

«¡iiiiiiii¡LO MATO!!!!!!!!!!»

—¡Mierda! —bufo, tapándome el cuello mientras me levanto corriendo para ir al baño.

Una vez allí, descubro el pedazo de círculo morado que tengo justo debajo de la oreja derecha... «¡Juro que lo mataré!»

Antes de volver a mi sitio para aguantar el chaparrón, paso por la barra y me pido un vino, que me bebo de camino. Suelto la copa vacía sobre la mesa donde me espera una Elizabeth más que impaciente.

—¿Y bien, señorita Swanson? Soy toda oídos.

Tomo aire.

—He conocido a alguien —confieso.

—Ya me imagino que eso no te lo habrás hecho tú sola. ¡Quiero saberlo todo!

—Pues nos conocimos la noche de la inauguración de la clínica, aunque él ya sabía mi nombre, pero todavía no me ha revelado el motivo. Después hemos coincidido en varias ocasiones y al final anoche, pues..., ya sabes.

—¿¿¿En serio??!! ¿Por fin te has decidido a salir de tu mundo rosa virginal y entregarte al oscuro pecado carnal? —Sus ojos brillan de emoción.

—Parece ser que sí.

Yo no lo llamaría así que digamos, pero últimamente el mundo se empeña en verme como una loba lujuriosa.

—¡Oh! ¡Ese hombre debe de ser superespecial! ¡Qué alegría, Betty! ¡Tengo que conocerlo ya mismo, quiero ver cómo te mira! Así podré saber si va en serio o no. ¡Ayyy, qué bonito!

No sé si está de guasa o no, me parece que está demasiado *happy*.

—¡Oh, sí, precioso! —Lo he dicho de broma, pero creo que Liz se lo toma en serio, porque me mira con cara de protagonista de novela enamorada. Serán las hormonas.

—Bueno, y lo más importante, ¿hemos tenido orgasmo? La primera vez siempre...

Me acerco a ella sobre la mesa y mi amiga se acerca también a mí.

—Uno tras otro —cuchicheo, envalentonada por su entusiasmo.

Suelta una carcajada, luego da un puñetazo sobre la mesa y se levanta.

—¡Camarero! —llama a voz en grito—. ¡Esto hay que celebrarlo!

Cuando nos estamos bebiendo el coctel molotov de refrescos que hemos pedido, ya que he insistido en que no beba alcohol en su estado, suena su móvil y Liz frunce el ceño mirando la pantalla.

—Es Sammuel, ¿qué querrá ahora? —Lo coge—. ¿Sí? —responde de mala gana.

Mueve la mano poniendo los ojos en blanco, indicándome con ello que le está soltando un rollo.

—Roc, te advertí que si no había sangre de muerte no me llamas, hoy es mi día de chicas. ¡No quiero saber nada de vosotros! —Amenaza exageradamente con el dedo al móvil, como si lo tuviese a él delante. Creo que le va a colgar.

Sigue escuchando.

—Me da igual que tu hija quiera poner el árbol de Navidad tan pronto, ¿es que no eres capaz de negarle nada? —Se muerde el labio inferior y sacude la cabeza—. Sí, ya lo suponía.

Pasa un rato y veo que Elizabeth me observa con la boca y los ojos muy abiertos.

—*Oh, my God!* —grita, tapándose la boca con la mano que tiene libre.

Miro a mi alrededor asustada, a ver si es que sucede algo y no me he enterado. Pero no parece que haya ocurrido nada fuera de lo normal en el bar.

A continuación, cuelga el teléfono sin despedirse siquiera.

Está pálida.

—¡Elizabeth, o me cuentas ahora mismo qué te pasa o me da un infarto! —la increpo.

—¿Cómo se llama el hombre tan maravilloso con el que estuviste anoche, Betty?

No tengo muy claro si está ahogando una sonrisa o si va a echarse a llorar.

—Ian —respondo.

Se tira literalmente encima de la mesa, metiendo la cabeza entre los brazos y revolviéndose el

pelo. Cuando vuelve a incorporarse, me observa muy seria.

—El hermano de Sammuel acaba de llamarlo para pavonearse de que anoche..., ¿cuáles han sido sus palabras exactas?..., ah, sí..., ¡¡¡se tiró a una virgen!!! —me informa.

—¡¡¿Qué??!! —No quiero creer lo que oigo.

—Que tu querido hombre perfecto..., ¡¡¡es mi cuñado!!!! ¡¡El capullo que quiso boicotear mi boda!!!

—Lo de *hombre perfecto* lo has dicho tú, no yo —aclaro histérica—. Y ¿por qué tiene que ser él?, ¿no hay más vírgenes en Nueva York? —Intento en vano que no sea verdad, porque de ser así...

—Lo que no me resulta muy probable es que haya muchos tíos en Nueva York que se llamen Ian, que te conozcan de algo y que se acostasen anoche con una virgen de treinta años. —Su tono es más calmado al ver que el mío es cada vez más agitado.

Me tapo la cara con ambas manos. No me lo puedo creer, mejor dicho, no me lo quiero creer.

¡Por eso me conocía, claro!

¡¡¡Es el hermano de Sammuel!!!!

Definitivamente, voy a matarlo.

—¡Míralo por el lado bueno, vamos a ser cuñadas! —Elizabeth abre los brazos con una enorme sonrisa dibujada en el rostro.

—¡Vete al cuerno, Hudson!

Capítulo 31

El lunes a primera hora, un taxi me deja justo enfrente de la puerta de la editorial Williams. Escupo espuma por la boca y mis ojos proyectan llamas de cólera.

Subo a la cuarta planta, que es donde me ha indicado una señorita muy amable en recepción que se encuentra mi querido señor Williams.

Al llegar, vislumbro en la pared de la derecha un cartel gigantesco plateado que reza WILLIAMS PUBLISHING HOUSE. ¿Cómo no habré caído antes? Anda que no he visto veces este cartel cuando estaba en Hudson Enterprises. Ahora encaja todo.

Pregunto por él a una chica que hay en la recepción de esta planta, pero quiere saber si tengo cita previa. La informo de que no dispongo de cita y me aclara con amabilidad que la necesito para poder reunirme con él.

—Si le anuncia quién soy, querrá verme, se lo garantizo —la increpo.

Ella sonríe demasiado, apiadándose de mí.

—Discúlpeme, señorita... —Hace una pausa para invitarme a que le indique mi nombre.

—Swanson —contesto.

—Discúlpeme, señorita Swanson, pero con anterioridad han venido demasiadas mujeres afirmando lo mismo y mi jefe me ha ordenado expresamente que no permita el acceso a nadie, sea quien sea, sin su consentimiento. Lo lamento.

—De acuerdo —acepto indignada.

Doy media vuelta para regresar al ascensor, pero en cuanto deja de mirarme, me apresuro hacia el interior de la editorial mientras ella me persigue gritando que me detenga.

Corro entre las mesas de la empresa buscándolo, perseguida por *Miss Recepción 2018*, que está al borde de la locura. Todos los empleados observan divertidos la bochornosa escena, titulada «Dos energúmenas jugando al pillapilla».

Al final de las diversas oficinas descubro un despacho que tiene la puerta cerrada. «Debe de ser ése», me digo. Es mi última oportunidad, de lo contrario, Miss Recepción me va a pegar una buena tunda.

Milagrosamente, la puerta se abre cuando estoy justo enfrente y de allí salen cuatro mujeres, a cuál más espectacular, colocándose bien las minifaldas e intentando peinarse entre risas. Aunque titubeo un poco, acechada por mi perseguidora, al final decido entrar en el despacho para toparme de frente con Ian, que se está subiendo la bragueta del pantalón.

Parece confundido cuando me ve.

Estoy tratando de recobrar el aliento, cuando la recepcionista aparece como un rayo detrás de mí.

—Señor Williams, aunque le he advertido que se marchase, me ha esquivado y ha venido hasta aquí..., ¡corriendo! —intenta excusarse mientras jadea.

—Está bien, Mary, puedes retirarte —le ordena con una gran sonrisa al tiempo que me mira a los ojos con incredulidad.

Miss Recepción me dirige una mirada asesina y yo a ella una de «¡Te fastidias, gano yo!».

Luego se marcha, cerrando la puerta tras de sí de mala gana para dejarnos a solas.

—¡Qué agradable sorpresa, Beatriz! ¿No aguantabas más sin verme? —Se atusa el pelo hacia atrás con los dedos.

Es obvio que se acaba de montar una bonita orgía, ya que su gran despacho está un tanto revuelto, y además hay un sujetador tirado en el suelo.

—¿Por qué has ido corriendo a contárselo a Sammuel?! —disparo.

—¿Qué pasa?, ¿acaso no tengo derecho a hablar con mi hermano? —contesta tan tranquilo, sabiendo que por fin he descubierto su identidad.

—¡No! Es algo íntimo y personal, los caballeros no hacen eso.

—Yo de caballero tengo muy poco, rubia, por no decir nada, ya te lo advertí.

Se dirige tan tranquilo hasta el sujetador, lo recoge y se lo guarda en el bolsillo.

—¡Desde luego!

—¿Es que tú no se lo has contado a la pelirroja?

Merodea por su despacho con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, sin quitarme los ojos de encima.

—Eso es distinto; sabías de sobra que no te reconocía, por lo que no importaba lo que yo le contase a Elizabeth sobre un hombre anónimo. Sin embargo, tú me dejaste la marca de la casa en el cuello y estabas al corriente de que iba a quedar ayer con ella, por lo que deduzco que te encargaste fehacientemente de que Sammuel se lo contase a su mujer para que ella... —Me detengo en seco, porque yo misma me estoy respondiendo solita.

Sabía que en cuanto me enterase vendría corriendo a buscarlo. ¿Quería volver a verme por algún motivo? ¿Se estaría asegurando el volver a estar junto a mí?

«No, espera...

»“Se ha tirado a una virgen”, ésas fueron sus palabras exactas.

»Ha sido una manera más de que me quede bien claro que solo fue un polvo. ¡Sí, eso ha sido! ¿Creerá que no lo tengo muy claro?»

—¿Ella, qué? —pregunta con una sonrisa triunfal.

—¡Eres un cerdo y un gilipollas! ¡Te odio! ¡No quiero volver a verte jamás!

Salgo por la puerta pegando un golpe. Mientras recorro el camino de vuelta hacia la calle, voy preguntándome por qué no tengo un arma de fuego, ya que sería el momento idóneo para usarla; ¡de buena gana le pegaba un tiro en la entrepierna!

Quiero romper algo.

Necesito gritar.

«¡Un momento! ¿Por qué no está ahora el señor Williams en su puesto de trabajo en vez de

ese sinvergüenza? Me contó que en la editorial siempre estaba él, que el otro solo aparecía en las *fiestas de carácter sexual*. ¡Qué raro!»

Capítulo 32

Martes.

—Betty, el señor Williams ha llegado —me informa Peter.

—Que pase.

Llaman a la puerta de la consulta y yo aguardo expectante para comprobar su estado de ánimo después de todo lo acontecido entre nosotros últimamente.

¿Quién vendrá hoy?

Cada vez me resulta más difícil distinguirlos, porque cada vez tengo un lazo más fuerte con los dos, con uno más positivo y con el otro tan negativo que no lo soporto. La última vez que estuve con mi querido señor Williams fue bajo el puente de Brooklyn viendo anochecer, pero después de eso ocurrió todo lo demás con el demonio trasnochado. Y entonces, aunque él no sea consciente, yo, que sí que lo soy, me vuelvo un poco más loca a cada minuto que paso a su lado.

El señor Ian Williams es mi hombre perfecto, y yo, al estar con él, soy el reflejo de su perfección. Mientras que Ian *el Bárbaro* es tan solo eso, un salvaje sin escrúpulos capaz de hacerme perder el control de todo. Me vuelve completamente loca, me desquicia, y no estoy segura de que esa versión sanguinaria de Betty me guste mucho.

Cierro los ojos.

Inspiro.

Espiro.

—Adelante —digo por fin.

La puerta se abre.

Lo primero que veo son cómo me atraviesan sus fulminantes ojos. Su expresión denota reproche e incredulidad.

Cierra la puerta de un fuerte golpe y avanza hasta mi mesa para dejar de mala gana un folio escrito a mano sobre ella.

—¿Qué es esto? —pregunto un poco intimidada, pues él nunca se ha comportado así conmigo.

—¡Cuando lo leas, lo sabrás! —ruge.

Cojo el papel entre las manos para leerlo.

Querido gilipollas:

Espero que después de lo que voy a contarte olvides para siempre a esa puta de la que te has encaprichado.

Anoche no me costó nada tirármela de mil maneras distintas, gimió como una perra y suplicó más, como hacen todas. Eso

demuestra que NO es especial, como tú creías, ya que aceptó cada una de las condiciones que suelo ponerles a mis fulanitas; ya sabes a lo que me refiero, amigo.

No puedo negar que me lo pasé de puta madre, porque tiene un cuerpo espectacular, pero solo eso, nada que no tenga cualquier otra.

Siento ser yo el que tenga que romperte el corazón una vez más, aunque en el fondo sabes que me lo estoy pasando en grande. Disfruto cuando sufres, así es como soy, por eso me creaste.

Creo que lo mejor será olvidarla para siempre y seguir con nuestras vidas, pues desde que esa psiquiatra caliente irrumpió en ellas nos ha ido todo mal. Céntrate de una puta vez en los negocios, que es lo tuyo, y deja el sexo y la depravación para mí.

Cada uno a lo suyo, ninguno se mete en los asuntos del otro, ése fue el trato, ¿recuerdas? Si intentas joderme te aniquilaré. Esto es un ultimátum.

Por cierto, un secretito entre nosotros: tu amada doctora era virgen... Lo siento, pero ya nunca serás el primero.

Me dejo caer en mi silla, completamente abatida.

* * *

Cuando recobro el sentido común, sin saber en realidad el tiempo que ha transcurrido desde que lo perdí, miro a mi alrededor para comprobar que estoy sola. No me he dado ni cuenta de que se ha marchado porque estaba del todo absorta en leer la carta que ha destrozado mi corazón, y, por lo visto, el suyo también.

Salgo de la consulta y le pregunto a mi hermano dónde está Ian.

—Hace un rato me ha obligado a facilitarle el contrato de desistimiento, Bet, lo ha firmado y se ha marchado a toda prisa. Lo siento.

Me pasa el contrato firmado.

—¿El contrato de desistimiento? Y ¿por qué se lo has dado sin mi permiso, Peter?

—Iba a preguntarte, pero me ha dicho que, si te avisaba, te denunciaría al Colegio Oficial de Psiquiatría por acostarte con un paciente y te retirarían la licencia. No he tenido elección.

Tengo la mala costumbre de dejar esos contratos ya firmados por mí, con lo cual, tiene validez absoluta.

—¡Será cabrón!

Lo doblo y entro en mi consulta de nuevo.

Deambulo arriba y abajo intentando procesar todo esto, se me ha ido de las manos por completo. Me siento tan mal...

La Betty cobarde de siempre se echaría a llorar de inmediato, compadeciéndose porque todo le sale mal, pero la nueva mujer que soy ahora quiere reivindicar las cosas que ha hecho y la manera de hacerlas. Sin embargo, antes de eso, debo ordenar mis sentimientos.

Releo la carta una y otra vez, ya que no consigo dar crédito a lo sucedido.

Por fin me armo de valor para aplicarme la terapia a mí misma y autoconvencerme, a duras penas, de que no es para tanto. Hay que enfocarlo con objetividad, sin implicación emocional, porque, de lo contrario, dentro de unas horas estaré en el calabozo acusada de asesinato con ensañamiento.

«Bien, recapitulemos.»

Me llama *puta*, cosa que no me ha llamado nadie jamás, más bien siempre me han insultado alegando precisamente lo contrario, por lo que suelo estar más familiarizada con cosas como

estrecha, borde, mojigata, puritana, monja... Por tanto, que empleen la palabra *puta* para referirse a mí hasta me hace gracia.

Dice que el señor Williams se ha «encaprichado de mí». Esto sí que me halaga, me encantaría pensar que soy su capricho.

«¿Por qué sonrío?»

Sigamos.

¿Que «gemí como una perra»?... No sé cómo gimen las perras ni qué harán las demás mujeres cuando practican el mejor sexo de su vida, pero, desde luego, yo no paré de jear, eso es cierto.

Lo que no recuerdo es haber aceptado ninguna condición que me hiciese sentir como una fulana, en ese punto me he perdido un poco, a no ser que se refiera a lo de hacerlo sin protección, a lo que por cierto me negué.

La frase «NO es especial, como tú creías» consigue que vuelva a sentirme feliz al saber que él cree que soy especial. Por alguna extraña razón que no logro entender, lo cree.

Y la frase conclusiva de «ya nunca serás el primero» también es cierta, a no ser que me opere para que me reconstruyan el himen, cosa que veo bastante improbable.

Y ¿eso es todo? Pues, francamente, no es tan malo. Me repito esta frase mil veces para mentalizarme de que no es para tanto, a ver si al final consigo creerlo.

Ahora viene lo importante de verdad, en lo que realmente tengo que centrarme. Hay dos frases esclarecedoras que van a arrojar bastante luz sobre el problema que nos concierne.

«Disfruto cuando sufres, así es como soy, por eso me creaste.» A Ian le gusta torturar a su *alter ego* para que alguien se regocije viendo el padecimiento de otro; una de dos: o es perverso, o lo odia. Está claro entonces que uno creó al otro cuando estaba soportando un gran dolor, como una especie de escudo.

Mil piezas de puzle con millones de combinaciones distintas, todas ellas posibles, se agolpan en mi mente.

«Deja el sexo y la depravación para mí.» El serio y responsable señor Williams se dedica en exclusiva a su negocio, mientras que el otro, el Ian a secas, se pasa la vida de fiesta en fiesta y fornicando en orgías diversas. Por lo visto, los dos saben muy bien qué ámbito de su vida debe ocupar cada uno, con lo cual, deduzco que el señor Williams me ha ocultado ese pequeño detalle deliberadamente.

Yo sola no puedo con todo esto, necesito respuestas. Me levanto, cojo mi bolso, en el que meto con mucho cuidadito el contrato de desistimiento firmado, y salgo a la calle para tomar un taxi.

—A la Quinta Avenida con la Treinta y cinco, por favor —le ordeno al taxista, una vez dentro del vehículo.

Capítulo 33

Elizabeth me ha proporcionado la dirección de su cuñado no muy gentilmente, pues se niega a que siga viendo a esa *rata de cloaca*, palabras textuales.

Me hallo en la puerta de su casa, con las piernas como gelatina, a punto de desplomarme. Llevo unos pantalones blancos con un jersey beige de rayas rosa y el cuello de pico que deja adivinar mi escaso pecho sin sujetador. Siento cómo mis pezones, erectos por los nervios, rozan el suave hilo del suéter. Ahora me alegro de no haberme puesto tacones y de llevar mis botas planas de pelo beige, de lo contrario, me habría caído al suelo; soy un auténtico flan.

«¿Llamo al timbre o no?», me pregunto.

No me hace falta contestar porque la puerta se abre de pronto, haciendo que dé un brinco.

—¡Qué susto! —suspiro, poniéndome la mano sobre el pecho mientras respiro con dificultad.

Él se queda estupefacto al verme plantada delante de su casa. Lógico.

Lleva un pantalón azul marino de hilo, muy elegante, y una camisa blanca abierta, sin abotonar, con lo que puedo babear contemplando su torso moreno, firme y escultural. Una corbata azul oscura sin anudar cuelga de su cuello. Está descalzo.

—Hola. —Le regalo una falsa sonrisa, obligándome a apartar los ojos de su cuerpo pecaminoso. Lo saludo alegremente con la mano que no tengo sobre mi pecho.

—¿Qué coño haces tú aquí? —gruñe. Parece incómodo con mi presencia.

—He venido a hablar contigo, no creerías que esto se iba a terminar así, sin más.

—Sí, en efecto, ha terminado *así, sin más* —me imita con voz de pito—. Buscaré otro psiquiatra que no se tire a mi *alter ego* en cuanto tiene la menor oportunidad.

¡ZAS!

Toma guantazo en toda la cara que le he arreado.

Está alucinando porque ni lo ha visto venir.

—¡No seas imbécil, Ian! ¡Sabes que todo lo que pone en esa carta es mentira! Desde el primer momento ha intentado separarnos.

Me observa con odio en los ojos, asombrado, mientras se frota el rostro, ahora rojo por el bofetón. Está claro que no me cree.

—¿Acaso es falso que te has acostado con él?

—¡Sí! —Miento como una bellaca, no sé por qué.

—Y ese mordisco que tienes debajo de la oreja, ¿quién te lo ha hecho entonces?

—¿Es que solo puede haber sido él? —alego en mi defensa.

Resopla como si le resultase completamente imposible imaginarme con alguien del género masculino que no sea él.

—Le gusta marcar a las mujeres como si fuesen ganado. Si a eso le sumas que solo pretende cazarte para fastidiarme, entonces sé de sobra que toda esa mierda es cierta. —Su voz es demasiado grave, está muy enojado.

—Insisto en que puede haber sido otro.

—¡Tú no te acostarías ni con el último hombre del planeta para evitar que se extinguiese la raza humana, Beatriz!

—Y ¿tú qué sabrás? ¡No me conoces de nada! —protesto.

Me llevo una mano a la frente y cierro los ojos con fuerza para lograr respirar, pues debo concentrarme para no dejarme llevar por la rabia, es la única forma de salvar nuestra relación..., médico-paciente, por supuesto.

—¿Podemos hablar con tranquilidad en algún sitio, por favor? Necesito contarte algunas cosas que he descubierto —le ruego, quemando mi último cartucho.

«Y necesito también que te abroches esa maldita camisa, que no me permite concentrarme.»

—Yo también quise contarte algo, varias veces, y me lo negaste —me reprocha.

—Lo siento. —Tiene razón.

—Pasa. —Se aparta de la puerta para dejarme espacio suficiente.

—¿Aquí? —Señalo la puerta como si fuese un ente extraño.

—¿Cuál es el problema?

—Pues que es tu casa. No me parece para nada profesional.

—Tranquila, no pienso rozarte. Aquí estaremos a salvo de miradas indiscretas. Además, creo que lo *profesional* solo me lo aplicas a mí.

«No contestes, no contestes, no contestes, no contestes, no contestes, no contestes, no contestes, no contestes, no contestes, no contestes, no contestes, no contestes, no contestes, no contestes», me repito.

Sopeso durante unos segundos si pasar dentro o no, pero, al final, la causa que nos ocupa me parece mucho más importante que mi pudor.

—Me estoy saltando todas y cada una de las reglas, como tú querías —bromeo, mientras me sigue por el amplio pasillo. No sé hacia dónde me dirijo.

—Pero no con el hombre adecuado.

Me detengo en seco ante su respuesta. Ian pasa de largo hasta que llega al centro de un enorme salón, se para y me señala uno de los tres majestuosos sofás de cuero negro que hay rodeando una mesa baja de cristal.

—Siéntate, por favor. ¿Te apetece tomar algo? —pregunta amablemente.

—No, gracias.

Avanzo hasta su altura para sentarme en el borde del sofá.

Él se sienta en el que está enfrente de mí.

—¿Adónde ibas descalzo y semidesnudo? —No aguanto la intriga.

—No te importa —me increpa.

«Pues vaya chasco, porque sí que me importa, pero disimularé.»

—Bonita casa. —Lo admiro todo a mi alrededor, la estancia tiene un exquisito aire minimalista.

—Gracias, la elegí porque está situada junto a la sede de Victoria's Secret.

Le dedico una mirada reprobatoria, pues ese tipo de comentarios no le pega para nada; sería más propio de mi queridísimo monstruo maquiavélico.

—¿Y bien? —pregunta algo irritado, mirando su carísimo reloj.

Está sentado con las piernas abiertas y los codos apoyados sobre ellas, entrelazando los dedos de sus fuertes manos; una postura muy varonil y demasiado perniciosa para mi razón, si tenemos en cuenta que sus pezones erectos no dejan de tentarme.

—¿Por qué estás enfadado? —Voy directa al grano.

—Creo que lo sabes de sobra, Beatriz, no eres ninguna ingenua.

—Pues no, en realidad no comprendo nada, o al menos nada que me permita averiguar el motivo de tu ira. Solo sé que has aparecido en la consulta con una carta altamente insultante y te has marchado como alma que lleva el diablo mientras la leía.

—Porque estaba convencido de que todo era mentira, hasta que... —Aprieta los puños.

—¿Hasta que? —lo animo.

—¡Hasta que he comprobado con mis propios ojos que todo lo que decía ese maldito hijo de puta sobre ti era cierto!

—¡Ya basta! —Lo amenazo con el dedo—. Te advierto que desde que te he visto aparecer esta mañana en la consulta me estoy conteniendo, ni te imaginas cuánto, para no pisotearte la cabeza y pegarte una patada en los huevos. Y, desde luego, no pienso permitir ni una sola falta de respeto más; creo que ya te estás pasando —decreto furiosa.

—Está bien, doctora. —Se masajea las sienes mientras cierra los ojos con fuerza; parece que intenta calmarse.

—Sabías de sobra el momento exacto en el que te transformas; ¿por qué me lo ocultaste? —contraataco.

Me taladra con la mirada.

—¿Estás convencida de que lo sé? —Ladea la cabeza inseguro. Me está estudiando.

—La carta explica muy claramente que tú te dedicas a los negocios y él a la depravación y a los vicios, que ya lo tenéis más que hablado —le explico.

—Hace un momento me has asegurado que lo que ponía en la carta era falso porque lo único que él pretende es separarnos.

—Sí, eso he dicho, porque miente —añado.

—Entonces ¿puede mentir sobre ti, pero no sobre mí? —argumenta.

Permanezco pensativa. Miro hacia el gran ventanal que tengo a mi izquierda, desde el que se observa el Empire State en todo su esplendor, pues estamos justo al lado. Esto es un rompecabezas, no sé qué hacer, ni siquiera entiendo por qué me importa tanto lo que opine sobre mí. Solo tengo una cosa clara, y es que ambos nos estamos mintiendo.

—¿Quieres saber la verdad? —le propongo abatida.

—Por supuesto.

—Si te la cuento, ¿me la contarás tú a mí?

—Es un trato —asiente.

Me observa con atención. Creo que no espera que le cuente la verdad. Parece que no quiere oírla, pero he de ser franca con él, porque antes o después se enterará.

—Está bien, sí, me acosté con él —confieso.

Abre los ojos desmesuradamente ante mi inesperada revelación.

—¡Joder! ¡No puede ser! —Se levanta y deambula furioso por el salón—. ¡Me aseguraste que lo odiabas! —me reprocha, con los ojos envueltos en llamas.

—No lo odiaba —lo interrumpo.

—¡Ah, ¿ahora resulta que no?! ¡Esto ya es el colmo!

—Lo odio —intento aclarar, mientras él escupe improperios a diestro y siniestro.

—Y ¿me puede explicar, señorita Swanson, cómo se folla con alguien a quien se odia? Porque deduzco que os dedicasteis a follar, y no a hacer el amor.

—No pienso tolerar esto. ¡Se acabó! —sentencio, enloquecida por la furia.

Me levanto de mi sitio a toda prisa para dirigirme con mucha dignidad hacia la salida, o al menos eso pienso yo, porque cuando abro la puerta para marcharme, me encuentro en medio de una habitación con una gran cama en el centro. «¡Ups!»

Desando lo andado y cruzo de nuevo el salón bajo la atónita mirada de mi expaciente; eso sí, levanto la barbilla para parecer más digna y menos ridícula. Esta vez sí que encuentro el camino de salida, así que abro la puerta, deseando pegar el gran golpe de despedida que revele mi enfado extremo, pero..., ¡entro en la cocina!

—¡Mierda! —mascullo entre dientes, mirando el frigorífico que tengo delante.

—¿Crees que es el momento ideal para hacer turismo por mi casa?

Me vuelvo con rapidez al oír su voz tan cerca y choco contra su pecho desnudo. El contacto con su tersa y caliente piel me hace estremecer.

—Si no vivieses en una mansión, no me perdería —protesto, sin dedicarle ni una sola mirada.

—La salida está por el lado opuesto. —Señala a mi espalda muy serio.

Lo esquivo. Pego unos cuantos zapatazos que indican claramente mi irritación, hasta que me alejo lo suficiente de él. Recorro el pasillo de vuelta y ahora sí que acierto. «¡Al fin podré pegar el apoteósico portazo de despedida!»

Abro y veo que..., ¡¡¡es el baño!!!

—¡No me lo puedo creer! —Me llevo las manos a la cabeza.

Me siento como Alicia en el País de las Maravillas, sin ninguna escapatoria.

—El destino no permite que te vayas de mi lado —oigo que dice a mi espalda de nuevo, esta vez ahogando la risa.

Me vuelvo despacio y nuestras miradas se encuentran.

No puedo evitar sentirme terriblemente atraída por él, me pone muy nerviosa y hace que me acalore demasiado. Después de probarlo, nunca volveré a ser la misma, por mucho que me pese.

—Muéstreme la salida, por favor.

—No quiero que te vayas, Beatriz.

—Pues ya es tarde, ¡indícame la salida! —Me está entrando claustrofobia, y mira que tiene metros la casa.

Busco desesperada una escapatoria con la mirada.

—Él aparece cuando estoy con una mujer.

—¿Perdona?

—Cada vez que he intentado estar con alguien, emerge tu querido amigo, por eso he evitado besarte antes.

—¡Oh! —exclamo sorprendida.

«Entonces, de no ser por ese pequeñísimo detallito de nada, ¿me habría besado?»

—Aunque ésta es la primera vez que nos pasa algo semejante. —Aguza su mirada azul.

—¿A qué te refieres?

—Él te ha besado antes que yo, y siempre ocurre al revés.

—¿Eso qué significa? —pregunto alucinada.

—Mucho me temo que los dos nos hemos enamorado de la misma mujer por primera vez en nuestra vida.

Parpadeo con incredulidad.

Espero no parecer demasiado engreída, pero esa mujer ¿soy yo?

No sé qué hacer, si ponerme a bailar la samba de alegría o romper a llorar como una niña pequeña. Si hasta ahora todo esto resultaba ser del todo inverosímil, en este momento ya es *extrasupermegaheavyinverosímil*.

—¿Quieres decir que, si me besas, aparecerá él?

«¿Solo se me ocurre preguntar eso?»... Esto promete.

Estudiar tantísimos años de carrera para por fin descubrir el gran secreto del caso más importante de toda mi vida profesional y solo ser capaz de pensar en besos y corazones, rosas y baladas a mi alrededor..., ¿tiene alguna lógica?

—Efectivamente. —Creo que está intentando no sonreír.

—¿Te hace gracia? Porque yo estoy acojonada —declaro nerviosa.

—Sí, me hace bastante gracia, nunca imaginé que esto —nos señala a ambos— fuese posible, pero es real, y en el fondo hasta me hace feliz.

—¿Cómo puede hacerte feliz una situación semejante?

«Debo de haberme perdido algo.»

—Porque todavía no has salido corriendo, y eso me da esperanzas.

—¿Esperanzas?

—Sí, albergo la ilusión de que tal vez sea correspondido.

Coge mis manos entre las tuyas para mirarme con ternura.

—Estoy muy asustado, Beatriz, nunca me ha sucedido algo parecido antes, pero siento que tú podrías ayudarme, y que juntos seríamos capaces de salir de esto.

No soy capaz de articular palabra.

—Dime algo, por favor —añade.

—Necesito un trago de lo más fuerte que tengas —suspiro.

Capítulo 34

Llevo un rato absorta en mis pensamientos, estoy sentada en el sofá del salón mientras bebo algo que Ian me ha servido en una copa muy bonita. El primer trago ha quemado mi garganta, pero poco a poco me he ido habituando a su sabor amargo.

—No deberías beber tan deprisa si no estás acostumbrada —me advierte, sentado frente a mí.

—Todavía debo asumir que un psicópata perverso sin escrúpulos y su antagonista sean la misma persona. —Decido omitir el pequeño detalle de que ambos estén enamorados de mí.

—Creo que lo que deberías asimilar es que te hayas acostado con un hombre al que no amas y el motivo de haberlo hecho.

—No te andas con rodeos, ¿eh, vaquero?

Deja su copa sobre la mesa baja. Luego se levanta sin prisa pero sin apartar sus ojos de los míos, rodea la mesita con paso felino y seguro de sí mismo, para finalmente arrodillarse frente a mí. Apoya los codos en mis rodillas temblorosas.

—Beatriz, el amor con furia y fuego no es el más poderoso, la gente está muy equivocada con eso, porque la furia se calma y el fuego se apaga. Sin embargo, un amor apacible y honesto es implacable, y eso es lo que yo te ofrezco.

«¡Ostras!»

—Por desgracia, no puedo cogerte ahora mismo entre mis brazos y besarte con las ganas que tengo de hacerlo, porque no quiero que él termine lo que yo empiezo. Me he jurado a mí mismo que contigo no será así, porque eres demasiado especial.

Mi cara de lerda total debe de ser todo un poema. Para un hombre que encuentro que me vuelve loca, en todos los sentidos, tiene que estar enfermo y con toda probabilidad sin cura. Ésta es la clase de cosas que solo podrían sucederme a mí.

—Beatriz, voy a luchar por ti, voy a intentar ganarme tu amor, ser digno de él; aunque va a ser muy difícil, pues la batalla ha de ser conmigo mismo.

—Yo... —balbuceo, atontada por su embrujo.

—Entiendo que somos jóvenes y tienes tus... necesidades físicas. —Me observa con atención al pronunciar dichas palabras.

—¿A qué necesidades te refieres?! —protesto. Creo que me estoy envalentonando gracias al efecto que comienza a provocar el alcohol en mí.

—Al sexo, por supuesto.

Se humedece los labios poco a poco con la lengua y mis ojos la persiguen sin reparo. Ese

gesto me resulta bastante familiar.

—Yo no necesito sexo —señalo alegremente, pensando que solo con estar a su lado sería feliz.

—Todos lo necesitamos. Pero... —se apresura a añadir, al ver que abro la boca para rebatirle —, ¿y si te dijese que puedes tener los orgasmos más increíbles de tu vida sin que ni siquiera te toque?

¡Madre mía! Me lo creería sin dudarlo, porque mi entrepierna acaba de sufrir un síncope brutal con tan solo oír sus palabras. Aprieto los muslos uno contra otro para sofocar el calor que me acaba de entrar, y él sonrío malicioso.

Se incorpora para acercar su rostro al mío, nos examinamos durante un instante, sus pupilas se han dilatado y están negras. A continuación, baja los labios, sin rozarme, susurrándome contra el cuello:

—Haces que me sienta indefenso y eso no me gusta en absoluto, Beatriz.

No me está tocando.

Suspira en mi oído.

—Eres preciosa, no he podido evitar caer en tus redes. Me paso los días deseando que llegue el maldito martes para observarte, para olerte, para oír tu voz. Mi mente es un completo caos, no me concentro en nada porque solo pienso en ti. En cómo sonríes, cómo hablas, cómo me miras, cómo te mueves.

Se incorpora del sofá para posicionarse delante de mí, se quita la camisa del todo y la lanza suavemente encima de mi cabeza, lo que hace que su perfume masculino altere todos mis sentidos. La cojo y la abrazo con delicadeza sobre mi regazo, como si se tratase de un valioso tesoro.

—Ya que me han arrebatado tu primera vez, tendré que intentar que la segunda sea insuperable. —Me observa hambriento mientras rodea el sofá para situarse a mi espalda—. ¿Sabes que también fue la primera vez de nuestro amiguito?

—¡Ja! Eso sí que no me lo creo —respondo riendo.

—La primera vez que estuvo con una sola mujer.

«¡Por Dios!»

—No lo sabía —murmuro con voz de pito.

—Le gusta montárselo a lo grande, con muchas mujeres; una nunca había sido suficiente.

—¿Entonces...?

—Dejemos de hablar de él, vamos a descubrir qué tiene esta mujer para que nos vuelva completamente locos a los dos. Ven. —Da golpecitos sobre el respaldo.

Está en cuclillas, apoyado en la parte trasera del sofá, mientras yo me recuesto para que mi cabeza quede a la altura de la suya, pero dándole la espalda. No sé qué pretende, aunque he de confesar que me muero de ganas por descubrirlo. Estoy muy excitada.

—Éste es el punto de no retorno, Beatriz, todavía puedes marcharte; después será demasiado tarde.

—No quiero huir —afirmo.

—Eso quería oír, porque estoy decidido a hacerte tocar el cielo, cariño.

Inspira con fuerza el olor de mi cabello y un suspiro quejumbroso sale de su boca. Yo cierro los ojos porque tanta expectación me está matando. Entonces siento cómo su mano se desliza por el interior de mi suéter hasta llegar poco a poco a uno de mis pechos; primero lo acaricia con suavidad y después con más vigor. Arqueo la espalda al sentir por fin el tacto de su mano experta.

No tarda en bajarla por mi vientre e introducirla por la cinturilla del pantalón, deteniéndose en el punto estratégico de toda mujer más tiempo de lo que nadie puede soportar. Me acaricia sin pudor, sus gemidos varoniles en mi oído aceleran el inminente final. No tiene piedad, siento cómo todos los músculos alrededor de sus largos dedos se contraen y, de pronto..., ¡bum!, un orgasmo fuerte como ninguno me hace gritar como una loca.

Introduce un dedo entre mis labios para que pueda degustar mi dulce sabor mientras me besa el cuello. Lo succiono con ansia, él gruñe de placer... Voy a morir.

—Eso es, rubia, saboréalo —jadea en mi oído con voz ronca.

Esa palabra hace que me sobresalte y dé un respingo para mirarlo de frente, intentando recobrar el aliento.

—¿Quién eres? —Aguzo la vista tratando de descubrirlo por mí misma.

—¿Y tú? ¿Eres la doctora estirada o mi rubia salvaje?

Se levanta para rodear de nuevo el sofá. Se sitúa frente a mí y, con una rodilla, abre mis piernas para meterse entre ellas.

—Lo has vuelto a convencer, ¿eh? A pesar de mi carta, llegas con tu cara bonita y tu culo de infarto y te lo metes en el bolsillo. Eso no está bien, doctora, juegas con ventaja.

Ahí está otra vez ese ser odioso.

Se acaricia el torso sensualmente para provocarme.

—¿Qué pretendíais hacer? Sabe de sobra que, en cuanto se le pone tiesa, aparezco yo. No pensaría que contigo iba a ser distinto. Ese tío no aprende nunca. —Niega con la cabeza.

—¡Eres un idiota!

Intento levantarme, pero me lo impide.

—¿Dónde nos habíamos quedado? Creo que te toca a ti quitarte una prenda, ¿me equivoco? —Señala su camisa, todavía entre mis brazos.

—Estás loco si piensas que voy a quitarme nada, lo que voy a hacer es largarme.

Me incorporo de nuevo, pero vuelve a sentarme.

—Beatriz, Beatriz, Beatriz..., no tan rápido, nena. Ya que estás en mi casa y que me desees tanto como yo a ti, ¿por qué no te relajas un poquito y jugamos a los médicos un rato? Yo ejerzo muy bien de paciente, puedes hacerme lo que quieras. —Abre los brazos para marcar más todavía sus músculos.

—Quiero irme —exijo, tirándole la camisa a la cara.

Se acaricia el mentón mientras reflexiona sobre algo.

—Lo que quieres es estar con él —concluye.

—Sí, es con él con quien me quedo. —No hay motivos para engañarlo.

—¿Por qué razón? No puede darte nada, y yo puedo dártelo todo. Conmigo te vuelves loca, te sientes viva, acabas de correrte con un solo dedo de mi mano, imagina lo que te haré con todo

el cuerpo. ¿Qué más necesitas de un hombre?

Su mirada peligrosa, junto con sus palabras, por poco consigue que vuelva a tener otro orgasmo. ¡No puede ser!

—Hay otras muchas cosas que tú nunca podrás darme —replico.

Tenemos la mirada fija el uno en el otro.

—Lo suponía, todos lo eligen a él. Está bien, vete.

Se dirige sin mirarme hasta la vitrina de cristal donde están expuestas numerosas botellas de alcohol; coge una y bebe directamente a morro de ella. No puedo levantarme del sitio, algo me lo impide; daría lo que fuera por poder observarlo sin que me viese, por saber lo que piensa. Es un prodigio de la naturaleza.

—¿No te ibas? ¿A qué esperas? —me reprocha.

—No es que todos lo elijamos a él, es que tú nos apartas a todos de ti.

Me taladra con la mirada.

—Una mujer como tú jamás estaría con un tío como yo.

—Te repito que no me conoces —lo reto.

—Ni tú a mí. —Su voz es oscura, denota demasiado poder.

—Porque no permites que lo haga, te cierras en banda y me tratas mal a propósito para que te abandone, pero ¿y si no lo hago?

—Te aconsejo que te alejes, Beatriz, pero no solo de mí, sino de los dos; ambos estamos muy jodidos. Mis demonios son tan fuertes que ni siquiera me permiten ver la realidad.

Me levanto del sofá instintivamente, no me gusta que opine eso sobre sí mismo.

—Si quisieras, podrías curarte, o al menos hacer desaparecer esos demonios de los que hablas.

Estamos uno frente al otro. Acaricia mi rostro con delicadeza, cosa que me pilla por sorpresa.

—Un día apareciste como una pequeña luz que de pronto alumbró mi vida. Fuiste, aunque por un breve espacio de tiempo, lo único que mantuvo viva mi esperanza de salvarme.

—Y ¿qué ha cambiado? Todavía puedo ayudarte, Ian —insisto.

—No tardé en descubrir que era a él a quien amabas, y ahora me lo acabas de confirmar. Ya no me queda nada. Una vez más, yo pierdo, estoy solo.

Se vuelve para volver a dar un gran trago de su botella.

—¡No! ¡No estás solo! —Le quito la botella—. Sigo estando aquí.

—Pero quieres irte, o que yo desaparezca. No comprendo por qué cojones todavía no me ha entrado en la maldita cabeza que soy un puto repudiado, un paria social —gruñe.

Pienso en cómo es posible que esta parte de él albergue tantos sentimientos, pues por lo general la parte destructiva siempre está al margen de los deseos y los anhelos de la parte primaria. No obstante, este Ian parece conocerlos a la perfección a ambos. Puede que sea porque tuvieron una infancia conjunta, entonces, ese sentimiento de rechazo apareció con la muerte de su madre y ambos lo asimilaron como propio.

—Ian, mírame.

Obedece.

Sus ojos están vidriosos, llenos de tantas cosas buenas...

De pronto, un arrebato de locura me posee y me lanzo sin dudarle a sus brazos. Él me abraza, dudoso al principio, sorprendido por mi repentina pasión, pero no tarda en responder a mis labios con los suyos, con esos besos que son los únicos que he probado hasta ahora y los únicos que me hacen olvidar quién soy para recordar por qué lo soy.

—Beatriz —jadea contra mi boca—, no soy bueno para ti. Si te enamoras del demonio, arderás en su infierno.

—Déjame que lo decida yo, ¿de acuerdo?

—No puedo prometerte nada, mi corazón está muerto.

—Cállate de una vez, Ian Williams.

Lo agarro por la parte delantera del pantalón, cogiéndole el paquete fuertemente con toda la mano, y suelta un gemido de placer.

—Lo único que vas a prometerme es que esto será solo mío, ¿entendido? —lo amenazo, apretándolo con más fuerza.

Él sonríe malicioso contra mis labios.

—Me encantas, rubia, nunca dejas de sorprenderme.

A continuación, me coge en brazos para llevarme cruzando la casa hasta la gran habitación en la que había entrado antes. Arranca con una mano la colcha, la lanza con fuerza al suelo y me deja caer sobre las sábanas grises de satén.

Por un lado, estoy tan excitada que lo necesito dentro ya. Pero, por el otro, pienso que es un seductor nato, que ésta es su razón de ser, el *vicio* y la *depravación*, como él muy bien indicaba en su preciosa carta. Entonces, a lo mejor me está utilizando tan solo para fastidiar a su *alter ego*. Siento como si de alguna manera lo estuviese traicionando, porque él me gusta, y mucho. No creo que pudiese soportar que volviera a acostarme con su otro yo.

«¿A quién deseo en realidad: al salvaje Ian, o al protector señor Williams?»

—¿Ocurre algo? —pregunta, al verme pensativa.

—No estoy segura de querer hacerlo —confieso.

Se tiende sobre la cama, a mi lado. Me acaricia la espalda por debajo del suéter y su tacto provoca que se me erice la piel. Está apoyado en un codo y me contempla sin abrir la boca.

—Estoy hecha un lío —le explico—. Él me gusta, pero tú también, cada uno tenéis algo.

—Lo entiendo. Eres muy valiente. Yo ya me habría vuelto loco.

—Poco me falta.

Sonríe.

—Sientes que lo estás engañando —afirma.

—Él confía en mí.

—Y ¿qué hay de mí?

—Lo sabes de sobra.

Me cuesta reconocerlo, pero no podría decidirme por uno solo.

—Uno es amor y el otro sexo —espetea.

—No es así exactamente. Él no puede ser amor sin sexo y tú no puedes ser solo sexo porque también me atrae tu forma de ser, me despiertas cierta ternura. Si pudiese...

—Juntos seríamos el hombre perfecto —me interrumpe.

Lo observo pensativa. Sí, una mezcla de ambos sería ideal.

Se incorpora de la cama, me coge de la mano y tira de mí para que me levante también.

—Vamos a un sitio, quiero enseñarte algo —me insta, mientras saca un jersey gris de un cajón y se lo pone.

Capítulo 35

Son aproximadamente las cinco de la tarde. Antes de salir de su casa, nos hemos comido unos sándwiches que Ian ha preparado en la cocina. Me ha llamado la atención verlo en una faceta casera tan normal, sin su habitual pose de rompebragas.

Estamos en pleno Brooklyn, nunca había venido, pero lo sé porque hemos cruzado el puente.

Detiene la moto infernal frente a un edificio de ladrillo muy grande, que por su lúgubre aspecto parece abandonado hace años. En letras rojas sobre un tablón blanco colocado encima de la puerta principal puede leerse: EL INTERNADO DE MATHEW.

Permanecemos montados sobre la moto, y hasta que me suelto de su cintura no me doy cuenta de lo fuerte que lo tenía agarrado.

Se vuelve para observarme.

—Cada vez gritas menos, rubia, al final me vas a pedir que te deje conducirla.

Deduzco que sonrío a través de la visera de su casco.

—Si no condujeses como si huyeses de Satán, quizá no gritaría tanto.

Suelta una carcajada.

—¿Dónde estamos? —pregunto intrigada mientras me quito el casco, dejando mi melena rubia al aire por fin.

—En el número 22 de la calle Havemeyer —contesta absorto en la fachada, quitándose el casco él también.

—Y ¿quién es Mathew?

—El mayor hijo de puta del que hayas oído hablar jamás.

—Vaya...

Me ayuda a bajar de la moto y luego él hace lo propio. Se despeina un poco con la mano el pelo aplastado y guarda los dos cascos en su sitio. Mientras hace todo esto, lo contemplo fascinada, pensando en lo guapo que es.

Me coge por la cintura, pillándome totalmente desprevenida, y echamos a caminar juntos. Cualquiera que nos viera podría imaginar que somos una pareja normal.

—¿Quieres saber cómo empezó todo?

—Me muero por saberlo —admito.

—Aquí fue donde tu querido señor Williams me llamó por primera vez. Cuando mi madre murió, todos me dejaron de lado: el primero fue mi padre, y después mi querido hermano, *don Perfecto*. Como me aburría y la pena me embargaba, para ocupar la ingente cantidad de horas

muertas de las que disponía a diario, empecé a portarme mal. Yo sigo defendiendo la teoría de que solo quería llamar la atención para que me hiciesen caso, pero mi padre no tenía ni tiempo ni ganas. Por eso, años después me cedería la editorial, porque necesitaba redimirse de alguna manera conmigo.

—¿Crees que él fue el culpable de lo que te sucedió?

—El único culpable fui yo, él solo me condujo hacia las puertas del infierno, fui yo el que se lanzó de cabeza —afirma.

—¿Qué ocurrió?

—Al principio no hablaba con nadie. Recuerdo que los primeros días fueron horribles, lloraba a todas horas, de día y de noche. Yo era un señorito rico que nunca había tenido la necesidad de enfrentarse a nada, y ahora estaba rodeado de niños pobres que se morían por pegarme para robarme mis zapatos de marca.

—Y ¿por qué tu padre, siendo adinerado, te trajo a este centro? ¿No había otros?

—Claro que los había, pero Mathew McHugh y él se criaron juntos. Ese sinvergüenza le contó a mi padre que me vendría de perlas conocer a esos pobres niños para valorar lo que tenía.

—Visto así...

—A él le importábamos una mierda, tanto aquellos niños, como yo, lo único que le interesaba era el dinero que me mandaba mi padre cada mes para que no me faltase de nada y que él se encargaba de gastar a su antojo en fiestas varias. También le servía para publicitar el centro, pues si el hijo de Robert Williams estaba allí, no debía de ser tan malo.

—Entonces ¿los demás niños eran todos pobres?

—Alguno sí que lo era, y otros, como yo, procedían de familias adineradas, engañadas por ese cabronazo. Charlie era uno de los más desfavorecidos. Llegó al centro unos cuantos días después que yo. Siempre recordaré su mirada de pajarillo aterrorizado cuando lo soltaron allí. Llevaba la ropa sucia y roída por las ratas de las calles, iba descalzo. El señor McHugh lo tiró literalmente al suelo del salón mientras comíamos, diciendo: «Os traigo nueva escoria para que os divirtáis, muchachos», cosa que hicieron nada más verlo, echándole comida al suelo como si fuese un perro. El pobrecito tenía tanta hambre que lo devoraba todo al tiempo que el señor McHugh y los otros chavales le silbaban y se burlaban de sus modales en la mesa.

—Será desgraciado.

Me enerva que existan esa clase de... ¿personas?

—El Estado le pagaba grandes subvenciones por recoger huérfanos de la calle y mantenerlos en el centro hasta la mayoría de edad. Debía darles una educación para que pudiesen ser hombres de bien. Ésa era la teoría, la práctica fue muy distinta.

—Pobrecitos.

—Desde el primer momento, el señor McHugh, que nos obligaba a llamarlo así, ya que de señor tenía poco, prohibió terminantemente a todos los chicos mayores acercarse a mí de ninguna de las maneras, porque de lo contrario los molería a palos. Fue así de explícito, no se anduvo con metáforas. La pena fue que Charlie no tuvo mi suerte. Una de las noches que estaba en mi cuarto a punto de dormir, oí mucho jaleo en la habitación contigua. Sigo pensando que fue el destino el que hizo que aquella noche no me tapase los oídos con los cascos de la radio. Me

levanté para comprobar de qué se trataba y vi cómo obligaban a Charlie a hacerle una felación a uno de los muchachos mayores. Unos lo agarraban de brazos y piernas, mientras otro le bajaba la cabeza con todas sus fuerzas. Se estaban riendo de él porque había vomitado. —Noto cómo se tensa todo su cuerpo al recordarlo—. Sentí tanta rabia que corrí a pegar al que tenía su miembro al aire, incluso siendo mucho mayor que yo. Tanto Charlie como yo nos llevamos una buena paliza, pero al menos evité que sucediese algo peor. Ésa fue la primera noche que dormimos juntos, abrazados y llorando hasta que no nos quedaron más lágrimas.

—No me lo puedo creer, siento náuseas. —Las lágrimas hace tiempo que resbalan por mis mejillas.

—Tranquila. Esos desgraciados recibieron lo suyo en cuanto salí del centro. Es un asunto que no me ha quedado pendiente, pero no quiero hablarte de eso ahora.

Hace una pausa para intentar proseguir y que no lo invada la ira. Me imagino que será algún tipo de técnica que ha aprendido.

—Ahí fue donde comenzó nuestra amistad. Éramos mucho más que amigos, Charlie se convirtió en mi hermano pequeño, en mi protegido. Mi única razón de ser era sacarlo de allí sano y salvo..., pero fallé. A partir de entonces fue cuando comencé a sufrir las pérdidas de memoria; supongo que mi *alter ego* modosito estaba la mayor parte del tiempo dormido, porque fui yo quien sufrió todos los tragos amargos de esos dos años. No voy a recrearme en las escenas denigrantes porque imagino que te harás una ligera idea, lo que quiero es contarte cómo murió Charlie y por qué odio al cabrón con el que comparto mi cuerpo.

Hemos llegado a un parque mientras me contaba esa etapa horrible de su vida. Él cree que fue entonces cuando apareció por primera vez, pero su *alter ego*, el señor Williams, duda del momento exacto, pues piensa que fue la muerte de su madre lo que causó su disociación. Yo no lo tengo muy claro, por eso aguardo a que concluya esta historia que tiene sobrecogida mi alma.

Nos desviamos del camino. Me coge de la mano para ayudarme a subir por una ladera rocosa y, una vez arriba, no me suelta. Seguimos caminando con nuestros dedos entrelazados, como si fuese lo más natural del mundo.

—Éste es mi rincón secreto, aquí vengo cuando quiero estar solo.

Miro a mi alrededor y descubro un paisaje idílico, aunque ya conocido.

—Creo que yo ya he estado aquí antes. —Frunzo el ceño pensativa.

—¿Seguro? —Sonríe de medio lado.

Observo entonces más atentamente la escena. Hay árboles muy grandes rodeados de orquídeas de muchos colores, un riachuelo y..., ¡una cabaña de madera! ¡Claro! Es aquí adonde me trajo la noche que nos acostamos juntos.

—Aquí es adonde me trajiste aquella noche.

—¡Y el premio es para... la señorita Swanson! —bromea.

—Parece distinto a la luz del día.

—No es Central Park, pero tiene su encanto. —Se encoge de hombros—. Eres la única persona a la que he traído aquí después de lo que sucedió. Para mí este sitio es sagrado.

Paseamos sin hablar, cogidos de la mano, tan solo contemplando las preciosas flores que nos acompañan a lo largo del camino.

—Quiero mostrarte algo —dice.

Se mete por un sendero más escarpado, lleno de matorrales y arbustos, para guiarme hasta una pequeña llanura verde. Observo que en el centro descansa un enorme olmo americano, bajo el que se distingue una lápida blanca.

Llegamos a su altura. Ian acaricia la piedra con cariño.

—Hola, amigo —susurra con la voz rota.

Casi se me caen las lágrimas al ver a la gran bestia mostrarse tan tierno, pero ahogo el llanto como puedo.

Entonces leo lo que hay escrito en el mármol: CHARLES WILLIAMS, DESCANSE EN PAZ.

—¿Williams?, ¿se apellidaba como tú? —pregunto.

—Obligué a mi padre a cederle el apellido. Después de lo que tuve que sufrir por culpa de su querido amiguito, me lo debía.

—¿Solo por eso? —Creo que empiezo a conocerlo.

Ian me mira intrigado, le gusta que sea tan empática con él, que sienta como él y que adivine que esconde alguna otra razón para hacer las cosas que no siempre es negativa.

—Quería que Charlie, aunque fuese después de muerto, perteneciese a una familia —confiesa.

Lo miro orgullosa, pero enseguida desvía sus ojos de los míos incómodo. Inexplicablemente, me da la impresión de que no se siente digno de dicha mirada. Se sienta sobre la fresca hierba verde que yace bajo nuestros pies y extiende una mano para que me siente junto a él. Lo hago.

—Estoy seguro de que le habrías gustado, rubia.

—Y él a mí.

Me sonrío con ternura, agradecido.

—Charlie y yo solíamos venir aquí cuando nos dejaban tiempo libre, era una especie de paraíso perdido para nosotros. Nos pasábamos las horas aquí, tendidos sobre la hierba, imaginando lo que haríamos cuando fuésemos mayores. Él soñaba con ser abogado para cerrar el centro y que ningún otro niño sufriese lo mismo.

—¿Nunca hablabais de lo que os hacían allí?

—No, los dos pensábamos que, si no lo decíamos en voz alta, simplemente no sucedía. Así que todo era perfecto.

—Erais unos niños, por el amor de Dios, no deberían ocurrir esas cosas. —Siento tanta rabia e impotencia, me siento sucia solo de oírlo.

—Pero ocurren. Y yo me libré porque tenía total amnistía por la amistad de mi padre con el dueño del centro, pero los niños como Charlie, que no contaban con nadie a quien acudir en busca de ayuda, eran los que sufrían las mayores vejaciones que jamás podrías imaginar.

—Qué injusticia; una vez más, los que tienen el dinero son los que se libran de las desgracias.

—Así es la mierda de mundo en el que vivimos, Beatriz. Aunque habría dado lo que fuera por ser yo el que ahora estuviese aquí, bajo tierra, en vez de él.

—No digas eso, Ian.

Aprieta los puños y tensa la mandíbula.

No aguanto más, y me abalanzo sobre él para besarlo. El impulso con el que chocamos hace que él caiga hacia atrás, tendiéndose sobre la hierba conmigo encima. Me observa sorprendido, pero enseguida cierra los ojos, con fuerza, para saborear mis labios. Yo degusto los suyos. Me besa como nunca antes lo ha hecho, con devoción, con necesidad, con amor... Nuestras bocas se sumen en un arrebato de pasión, en un torbellino de sentimientos encontrados. Él es pura fuerza, puro fuego, todo emoción y desenfreno. Me aprisiona el rostro con las manos para separarme de él y contemplarme.

—Eres como un rayo de sol en el oscuro epicentro de mi huracán, Beatriz —susurra con incredulidad.

Lo beso de nuevo, pero esta vez más tiernamente.

—¿Estás preparado? Estoy aquí, contigo, y Charlie también está a tu lado, no estás solo.

Me sonrío apenado y asiente con la cabeza. Luego se recuesta contra el tronco del árbol para que yo me apoye sobre su pecho y poder así acariciarme el cabello.

—Aquella mañana íbamos a ir a jugar al béisbol, era fiesta en la ciudad y nosotros habíamos terminado todos los deberes pronto para poder acudir al campo. Habíamos encontrado un par de bates y una pelota en el jardín de una casa cercana al centro, así que los tomábamos prestados de vez en cuando y después de jugar los devolvíamos. Lo recuerdo como un día maravilloso, él ganó el partido con nuestras propias reglas, pues era complicado jugar al béisbol siendo solo dos. Nos reímos como nunca, éramos tan felices estando juntos... Aquel día incluso me dijo: «Gracias a ti sé lo que significa ser feliz, hermano». Me sentía vivo cuando contemplaba su sonrisa, cuando era consciente de que, aun siendo un desdichado, yo era capaz de aliviar su desgracia para hacerlo reír.

—¡Oh, Ian! —Me incorporo para sentarme a su lado, cogiéndole las manos.

Mientras recuerda a su amigo, descubro en sus ojos una luminosidad desconocida para mí, y entonces me doy cuenta de que esa luz se apagó con Charlie.

—A la hora del almuerzo nos dispusimos a volver al centro. Íbamos charlando tranquilamente. Como siempre, él saltó la verja del jardín para devolver los bates a su dueño, porque yo tenía vértigo y me daba miedo. En realidad, todo me daba miedo, a tu querido señor Williams lo acojonaba hasta su sombra, solo yo era valiente, aunque aquel día llegué tarde. Unos ladridos, seguidos de unos gritos desgarradores, comenzaron a sonar en el interior del jardín; los cipreses me impedían ver qué ocurría, pero mi querido *alter ego* solo fue capaz de taparse los oídos y hacerse un ovillo mientras lloraba asustado en el suelo, hasta que todo quedó en silencio. Perdí la memoria de nuevo. Todavía hoy no entiendo por qué no pude salir, por qué no me llamó ni me permitió hacer nada. No sé las horas que pasaron, pero cuando fui consciente de nuevo, salté la valla de aquel maldito jardín en un nanosegundo, y la escena que descubrí allí todavía me asalta cada noche. El césped estaba teñido de rojo y mi pequeño amigo hecho pedazos. Estuve una semana sin poder hablar debido a la afonía que me produjeron mis gritos, pero nadie acudió a ayudarnos.

Se detiene un momento para tragar saliva, tiene los ojos anegados en lágrimas. Entonces lo atraigo hacia mí para reconfortarlo. Él me abraza desesperado y hunde el rostro en mi pecho mientras lo acuno, llorando desconsolado, con la misma fuerza y pasión con la que hace todo lo

demás. Yo no sé siquiera si incluso estoy peor que él, porque me cuesta incluso respirar.

—No tuviste la culpa de su muerte, Ian, eras un niño —le susurro cariñosamente en su oído.

—Podría haberlo evitado, habría saltado de no haber sido tan cobarde. ¿Por qué no lo hice?

—Hay veces en la vida en las que no podemos controlar las cosas que suceden. Te bloqueaste ante una situación demasiado complicada para ti, tu joven cerebro no supo reaccionar, llevaba soportando demasiada carga, demasiado tiempo, y no pudo más. Es un mecanismo de defensa propio de nuestra mente y bastante habitual, aunque no lo creas; nos avisa de que ya es suficiente desconectándose.

—¡Lo odio! ¡Charlie no debería haber muerto! ¡Él era tan bueno!...

—Ian, tranquilízate. Cuéntame, ¿qué sucedió después?

Le pregunto esto para que, en vez de recrearse en la horrible muerte de su amigo, se centre en la justicia que imagino que se haría después.

—Corrí a llamar al señor McHugh. Al enterarse de lo sucedido me pareció excesivamente afligido, aunque después entendería el porqué de su aflicción. Fuimos en su coche a toda prisa para aclarar lo sucedido con la familia de la casa, o al menos eso me contó, porque al llegar allí lo que hicimos fue saltar la valla para coger el cuerpo de mi amigo entre los dos y meterlo contra mi voluntad en el maletero.

—¿En el maletero? Ay —tartamudeo.

—Ya te he dicho que era un hijo de puta.

—Y ¿qué fue del perro? ¿No os hizo nada?

—Ni rastro. Supuse durante años que el dueño de la casa estaba en el interior mientras sucedía todo. Pensé que solo se le había ido de las manos dar un susto a unos ladronzuelos para que no entrasen más en su vivienda... Qué equivocado estaba.

—No me lo puedo creer.

Asiente furioso.

—Había anochecido, los dos permanecíamos en silencio, pero de camino al centro, el señor McHugh detuvo el coche frente a unos contenedores de basura, sacó a mi amigo y, cuando se disponía a tirarlo allí, me abalancé sobre él para pegarle y morderle con todas mis fuerzas. Él me dio una buena paliza, aunque ni siquiera recuerdo que me doliese: me lo merecía por permitir que Charlie muriera sin hacer nada.

—¡Oh, Dios mío...! —Tapo mi boca abierta desde hace un rato con ambas manos.

—Ésa fue la penúltima vez que lo vi. La última fue en el juicio en el que le cayó la perpetua. Entre otras cosas, aquel cabronazo no deseaba que le quitasen la subvención por Charlie, por eso pretendía evitar que alguien se enterase de su muerte. A saber la de veces que habría hecho algo así antes.

—¡Será desgraciado!

Estoy al borde de la locura, siento odio, desesperación, rabia, indignación por el ser humano..., así que no quiero ni imaginarme lo que debió de sentir Ian, y encima siendo tan pequeño.

—Aquel día desapareció de la escena del crimen a toda prisa, abandonando a un pobre niño moribundo junto al cadáver de otro en plena noche. Debió de pensar que acabaría muriendo yo

también. Cuando me recuperé un poco de los golpes que me había dado, cogí a mi amigo como pude y lo traje hasta aquí, tardé toda la noche en conseguirlo, pero lo hice. No voy a contarte cómo un niño entierra a otro. Solo quería que mi hermanito pequeño descansara para siempre en su lugar preferido del mundo, como él siempre lo llamaba.

—¿Volviste a casa después? —No puedo parar de llorar.

—Tras pasar unos cuantos días junto a la tumba de mi amigo, llorándolo, me armé de valor para enfocar toda la rabia y el odio que sentía en preparar mi venganza. Comencé así mi andadura hacia la casa de mi padre. Seguramente nunca habría llegado porque mis condiciones físicas eran lamentables, pero una amable señora apareció como un ángel de la nada; recuerdo que se parecía a mi madre, o tal vez lo soñé, no estoy seguro. Al ver mi terrible estado, ella me dio dinero para comprar comida, pero lo gasté en coger el tren de vuelta a casa, y el resto ya es historia.

—No quiero ni imaginar la cara de tu padre al verte entrar por la puerta. —«Pobre hombre.»

—No estaba en casa, para no variar. Fue la señora Wilson la que me atendió, él llegó unos días después —reconoce con voz de reproche.

—Y ¿cumpliste tu venganza?

—Una por una. —Sonríe orgulloso.

—Eso fue lo único que te alivió.

No quiero saber qué les hizo porque, si por mí fuera, podría haberlos matado.

—Exacto. Una vez vengado mi amigo, pude ponerme a trabajar. En cuanto gané mi primer sueldo, compré su lápida. Y más tarde compré esta finca, para que nunca nadie pudiese alterar su paz.

Le acaricio el rostro, mirándolo con dulzura.

—Has sido mucho más que un hermano, Ian, has sido más que un padre, y debes sentirte orgulloso de ello. No pudiste hacer más por él. No podemos cambiar el transcurso de las cosas, solo podemos asumirlas y actuar en consecuencia.

—Las consecuencias para mí fueron devastadoras.

—¿Te refieres a tu enfermedad?

—Me refiero a que todo ha sido demasiado duro, mi vida ha sido un auténtico infierno, todo me recordaba a aquella maldita hierba teñida de sangre... Para evadirme de su recuerdo, comencé a tomar drogas y cada vez consumía más. Aquella época fue muy jodida también. No me siento orgulloso de algunas de las cosas que hice, pero con el tiempo logré controlarlo y finalmente lo dejé.

—No sé qué decir.

Su vida ha sido una tragedia.

—No tienes que decir nada, es solo la historia de mi vida, doctora. —Se encoge de hombros; sus ojos ansían tanto cariño...

—Entonces ¿ahora eres un hombre de bien? —Intento romper un poco el hielo mientras me enjugo las lágrimas con las manos.

—Nunca lo he sido —afirma, con esa mirada de asesino peligroso.

Y esa frase cae sobre mí como un meteorito directo a la entrepierna, porque de pronto soy

consciente de que la bestia que se esconde en él es capaz de apaciguar su furia para tratarme con delicadeza y ternura, solo a mí.

Rise, de Katy Perry, comienza a sonar a todo volumen en mi mente.

Capítulo 36

El ruido de la puerta de la pequeña cabaña de madera al cerrarse me saca del estado de embriaguez sensual en el que me sumergen sus besos. Pestañeo un par de veces para salir del *shock* profundo en el que estoy inmersa. Lo veo borroso, pero poco a poco voy enfocándolo. Ahí está esa mirada azul intensa, tan intensa que es capaz de hacerme gemir con el simple hecho de ponerme en su punto de mira. He olvidado por completo todo lo que hay a mi alrededor, todo lo que me prohíbe estar junto a él. De pronto me encuentro en un universo vacío en el que solo estamos él y yo. Y, para mi sorpresa, me parece perfecto.

—Espera un momento, ahora vuelvo —solicita mientras sale de nuevo, dándome un último beso.

Intento por todos los medios que se me borre esta estúpida sonrisa de la cara, pero no puedo evitar estar flotando en una nebulosa de amor..., ¡y no me gusta nada!

Ha comenzado a anochecer y hace bastante frío. Cuando estábamos en la colina bajo el gran olmo ha empezado a llover como si de pronto las nubes descargasen el agua almacenada durante años, y en el trayecto hasta resguardarnos aquí, por mucho que hayamos corrido, nos hemos calado.

Estoy tiritando de frío, pues estamos a primeros del mes de noviembre, y a estas horas no hace mucho calor.

Me siento en un sofá de piel negro que hay frente a una hermosa chimenea de piedra gris y abrazo mi cuerpo para intentar sofocar mi estado de congelación.

Enseguida se abre la puerta y la figura de Ian asoma tras ella, cargado de leña. No tarda demasiado en encender fuego en la hermosa chimenea, por lo que deduzco que no es la primera vez que lo hace.

—¿Eres experto en hacer lumbres? —bromeo, mientras me arrimo al fuego tiritando.

Él deja escapar una sonrisilla traviesa.

—Suelo venir a menudo por aquí, ya te he dicho que es mi rincón espiritual. Cuando quiero meditar sobre algo, o simplemente desaparecer, me vengo unos días. Nadie sabe dónde encontrarme, y eso me gusta.

«¿¡Unos días?!» Entonces miro a mi alrededor y la cabaña de repente no me parece tan minúscula como la noche en la que vinimos, pues hay una puerta abierta frente a mí desde la que se puede divisar una habitación grande, una cocina y un baño.

—¿Desapareces unos días y a nadie le importa? —pregunto asombrada.

Creo que si yo desapareciese un tiempo, o bien mi hermano, o Sandra, o Elizabeth se darían cuenta, ¿no?

—Pues sí, ésa es mi cruda realidad, señorita Swanson. —Se encoge de hombros.

Lo observo con detenimiento. Está iluminado tan solo por la luz del fuego; permanece pensativo contemplando las llamas. De pronto se vuelve hacia mí.

—No quiero que sientas pena por mí, Beatriz, no me gusta cómo me estás mirando. Una persona como tú nunca comprendería mi modo de vida. No le importo a nadie, es más, todos me repudian, pero no soy infeliz por ello, en absoluto, porque cuando he sentido esa clase de amor tan fuerte, lo he perdido, así que no lo echo de menos. Creo que ni siquiera lo querría; seré un cobarde, pero he aprendido que amar significa sufrir, y yo ya he sufrido todo lo soportable en esta vida. Soy muy feliz con lo que tengo, no necesito más, no deseo más.

No sé si se refiere a mí con sus palabras, pero supongo que esto me deja en muy mal lugar.

—Pues yo creo que, si tienes miedo de amar, nunca podrás ser feliz.

—Y ¿qué hay de ti, doctora? ¿Cuál es el motivo de que una mujer como tú, ya sabes, guapa, inteligente, con un cuerpo de infarto, adinerada..., no haya cazado todavía a un hombre de bien?

—Enarca una ceja.

—¿Cazado? —Arrugo la nariz.

—Bueno, ya sabes, las mujeres soléis amarrar a los hombres con embarazos, bodas y otras cosas por el estilo, de lo contrario, todos seguiríamos solteros.

«¡Toma candela! ¡Y se queda tan pancho!»

—Me parece muy fuerte lo que insinúas, Ian, voy a hacer como que no te he oído, porque de lo contrario...

—Bueno, al menos las mujeres con las que yo me codeo son así, imagino que, por supuesto, habrá excepciones que confirmen la regla. —Sonríe al ver mi indignación.

—Sé perfectamente lo que pretendes.

—¿Ah, sí?

—Te remuerde la conciencia por haber abierto tu corazón en canal conmigo, y ahora intentas volver a ponerte tu coraza de tío insufrible.

Clava sus ojos azules en los míos.

—Empieza a joderme que me conozcas, ¿sabes?

Suelto una carcajada.

—Podría ser peor, si quieres puedo fingir que me intimidas —propongo aliviada, al descubrir que en realidad no piensa todas esas barbaridades respecto a mí.

—No quiero que finjas nada conmigo. Yo prometo que intentaré lo mismo.

Se pone en pie para quitarse el jersey empapado por encima de la cabeza. Su torso desnudo capta toda mi atención, es realmente espectacular. Descubro que tiene un piercing en el pezón derecho, y a la vez me sorprende a mí misma por las ganas irremediables que me entran de morderlo.

—¿Desde cuándo llevas eso? —Señalo su aro plateado algo cortada, temiendo que adivine mis impúdicos pensamientos.

—Si hubieses prestado más atención a darme placer en vez de limitarte a recibirlo, lo sabrías.

—¡Oh! —Bajo la mirada avergonzada.

Él se ríe sin disimulo.

—Eres una amante egoísta, Beatriz, aunque no voy negarte que incluso me gusta. Pero, tranquila, la mayor ventaja de que solo hayas estado conmigo es que puedo modelarte a mi antojo, y ni te imaginas lo cachondo que me pone eso.

«Ay, Dios mío, estoy tan nerviosa que me va a dar algo.»

—¿Piensas quedarte así? —pregunta con la voz ronca.

Lo miro de nuevo y descubro que él ya está desnudo... ¡Muy desnudo! Su gran miembro erecto se iza como un mástil hasta tocar su ombligo. Por más que lo intento, no consigo apartar los ojos de ahí, es físicamente perfecto, y él lo sabe.

—Creo que, si no te quitas la ropa, te resfriarás —insiste, intentando sonar indiferente. Es un maestro de la picardía.

—¡Ya veo que te ha salido muy bien el plan, Williams! La colina con la historia triste, la lluvia, la chimenea...

Entonces se acerca hasta mí para susurrarme al oído:

—He de reconocer que mucho mejor de lo que esperaba.

Se arrodilla frente a mí para agarrar el bajo de mi jersey con las manos y quitarlo por encima de mi cabeza muy despacio, deleitándose con las vistas. Yo estoy temblando, aunque no sabría decir si los temblores se deben a lo que este hombre me hace sentir o son a causa del frío.

Arrodillado, se apoya sobre los talones para contemplarme.

—Eres la mujer más hermosa con la que he estado nunca —musita.

Sus ojos se pasean por cada parte de mí, sin censura. Me entran ganas de taparme, pero quiero hacerme la valiente y permanezco impávida ante su escrutinio.

Se acerca de nuevo sin prisa. Con una mano, me desabrocha el sujetador sin el menor esfuerzo, cosa que me hace bastante gracia, ya que yo no sería capaz de conseguirlo ni en un millón de años.

—La costumbre —me explica, guiñándome un ojo.

—Me imagino. —Pongo los ojos en blanco al pensar en los millones de veces que habré hecho este gesto, ¡y con qué cantidad de mujeres distintas!

Sin darme tiempo a que vuelva a hablar sin control por los nervios, aprisiona mis labios entre los suyos. Para sentirlos mejor, cierro los ojos. Me ha enseñado a besar, no sé si lo hago bien o mal, solo sé que me encanta su boca, su sabor, sus ansias por devorarme...

Una vez que estoy más relajada con sus besos, siento un ligero roce en el pecho; me está acariciando y me gusta mucho. Él entonces abandona mis labios para bajar a lo largo de mi cuello hasta mis pezones, que están más que erectos anhelando su tacto.

Doy un salto y se me escapa un gemido al sentir un ligero pellizco de sus dientes.

—¡Chiss, quieta! —Me agarra firmemente por las caderas para mantenerme sentada.

—Me has hecho daño —me quejo.

—Lo sé. —Me succiona el pecho con los labios y suelto un bufido. Ahora me siento morir—. Pero ya no te duele, y solo deseas que lo repita, ¿me equivoco?

—No, repítelo... —susurro excitada.

No tarda nada en obedecerme y morder de nuevo la punta de mis pezones, que están más sensibles de lo normal, pero esta vez lo hace un poco más fuerte, consiguiendo que una punzada de placer recorra la totalidad de mi cuerpo hasta alcanzar mi entrepierna de una manera vertiginosa.

Noto los pechos muy sensibilizados y duros, y que me los bese me provoca una sensación demasiado placentera. No consigo sosegar me bajo sus labios, arquea la espalda, me retuerzo... Es increíble.

Como si leyese mi lenguaje corporal, baja su reguero de besos hasta mi vientre. Al principio me hace cosquillas, pero cuando se detiene para prestarle las atenciones correspondientes a mi ombligo, vuelve a ocasionar miles de espasmos.

—Jamás pensé que el ombligo fuese una de mis zonas erógenas —balbuceo, con la respiración entrecortada.

—Te enseñaré miles de puntos más..., si me lo permites —promete, con los ojos embargados por la lujuria.

Entonces, sin previo aviso, pega un tirón seco de la cinturilla de mis pantalones y me los baja hasta los tobillos, tanga incluido.

—Joder, me vuelves loco, rubia. —Niega con la cabeza mientras se relame como el lobo feroz erótico que es.

Esta vez no se anda con rodeos y se lanza directamente a devorar mi sexo. Yo me recuesto en el sofá, abatida, con las manos tapando mi rostro. En cuanto su lengua entra en contacto con mi clítoris, un orgasmo demasiado potente para contenerlo invade mi cuerpo.

Su mirada aparece entre mis piernas, quiere contemplar cómo me inflamo de placer. Todo esto es nuevo para mí y me resulta bastante violento, pero me encuentro en un universo muy lejano.

—Quita las manos de ahí, quiero verte —ordena con un gruñido.

Obedezco para que mire lo que quiera.

Él se pasa la lengua poco a poco por sus labios carnosos y enrojecidos, me está saboreando. Su perversión me provoca un deseo irrefrenable de besarlo. Entonces lo agarro por el pelo y lo atraigo hacia mí para conseguirlo. Nos besamos con pasión, los dos nos morimos por el otro. Estamos recostados en el sofá, él sobre mí. Me quito con una mano como buenamente puedo los pantalones todavía enrollados en mis tobillos y los lanzo por los aires.

Siento enseguida su miembro en mi entrada, lo que provoca que vuelva a encenderme. Recuerdo lo que me ha dicho antes sobre mi egoísmo, así que decido intentar hacer algo para remediarlo. Me armo de esa seguridad en mí misma que no tengo y consigo moverme para colocarme encima de él, que me observa divertido.

—¿Qué haces? —termina preguntando.

—Intentar no ser tan egoísta.

Sonríe complacido.

—Y ¿qué vas a hacer al respecto? —Pone los brazos tras la cabeza.

Me siento a horcajadas sobre sus caderas para ponerle el preservativo que tiene entre los dedos; no es tan fácil como parece, pero consigo ponérselo; acto seguido, me levanto un poquito

y así logro introducirme todo su miembro en mi interior. Suelta un gruñido, tiene los dientes apretados y no me pierde de vista.

No tengo ni idea de cómo hacer esto, lo he visto en algunas películas y leído en varios libros, pero yo carezco de todas las cualidades sexis y libidinosas de esas mujeres; no sé moverme demasiado bien para parecer lujuriosa y mucho menos desenfadada. Y él lo percibe. Sin embargo, lejos de reírse de mí, lo que hace es observarme con ternura.

—Solo tienes que disfrutar, Beatriz, saboréalo y así lo sentiré yo también, olvídate de todo —me anima, cogiéndome por las caderas con sus poderosas manos mientras me indica el ritmo del balanceo, adelante y atrás.

Luego reclina la cabeza y cierra los ojos, gesto que me permite venirme un poco arriba e intentar centrarme en disfrutar y no en todos los prejuicios que he ido adquiriendo a lo largo de los años con respecto al sexo.

Me balanceo, primero despacio. Cierro los ojos yo también. «Puedo hacerlo, puedo hacerlo», me convengo a mí misma. Poco a poco voy cogiendo ritmo, me lo pide mi cuerpo y me lo exige él.

Al final descubro lo que significa *cabalgar a un hombre*, pues me he emocionado en exceso y parecía que incluso me fuese a caer del sofá. Me he vuelto literalmente loca, pero me ha encantado, no podía parar al ver su cara de perdición total por lo que le hacía. Quería matarlo de placer, me sentía poderosa.

No puedo retener mi orgasmo por más tiempo y acabo dejándome llevar. De pronto, él deja escapar un gruñido y siento cómo derrama en el interior del preservativo el resultado de mi empeño, por lo que explotamos los dos juntos de gusto.

—¡Jesús! —bufa entre dientes, mientras intentamos recobrar el aliento.

Sigo encima de él, que me contempla embargado de algo para mí desconocido.

—Eres la que mejor me lo ha hecho hasta ahora, rubia. —Sonríe perezoso.

Suelto una carcajada.

—¡No te lo crees ni tú!

Le doy un golpe en sus abdominales, lo que provoca que suelte una risotada.

—Piensa lo que quieras, pero prométeme que no se lo vas a hacer a ningún otro hombre, Beatriz... ¡Nunca!

Se incorpora, sentándose conmigo clavada todavía en él, y aprisiona mi cara entre las manos para besarme con deleite y devoción absoluta.

—Ian —murmuro contra sus labios, pero no me hace ni caso—. Ian, espera. —Siento de nuevo su erección en mi interior y necesito aclarar algo antes de embriagarme de nuevo en su furia carnal—. No sé qué pensar.

—¿Sobre qué? —Se separa un poco, no muy convencido.

—Me estás volviendo loca. Por un lado me aseguras que no quieres sentir nada por nadie porque te da miedo perderlo —todavía no sé si esto es verdad—, y un momento después me pides que solo esté contigo. No sé qué significa todo esto, y yo...

—No me tomes en serio, Beatriz —me interrumpe, levantándose del sofá con su erección en alto—. Hay veces que no sé lo que digo.

«¡Pero ¿que no te tome en serio con respecto a qué?!»

Y entonces, sin más, desaparece en el baño pegando un portazo y dejándome aquí sola.

Capítulo 37

Me resulta inaudito que, después de todo lo que hemos vivido juntos en estas últimas horas, de repente sea capaz de levantarse y largarse como si nada hubiese sucedido.

Busco a mi alrededor y descubro, sobre uno de los brazos del sofá, una especie de pijama doblado. Me lo pongo sin dudarlo, pues si ya por lo general no me encuentro nada cómoda estando desnuda, en esta absurda situación menos todavía.

El pantalón azul del pijama me queda enorme, incluso tirando del cordón de la cinturilla al máximo, pero es mejor que nada. En cuanto a la camiseta blanca..., mejor ni hablar, pues me llega hasta las rodillas. No sé lo que debo de parecer, pero seguramente esté mucho más cerca de un espantapájaros desaliñado que de una mujer sexi.

Pongo mi ropa mojada sobre una silla frente al fuego para que se seque, ya que no pienso pasearme de esta guisa por la ciudad; ¡me detendrían por escándalo público como mínimo!

Pasa un rato y no sé muy bien cómo reaccionar. ¿Se habrá ido a dormir a su habitación? ¿Se estará dando un baño de espuma? No se me ocurren muchas opciones lógicas, a no ser que se haya largado... Las nostálgicas llamas de la chimenea me incitan a compadecerme de mí misma por permitirme caer en sus redes y a sentirme tan patética que hasta me odio.

—¿Alguien tiene hambre?

Su voz hace que me vuelva de un brinco. Un alivio gigantesco me recorre el cuerpo en cuanto lo veo aparecer por la puerta con una bandeja llena de comida. «¡No ha pasado de mí!»

Deduzco que se ha duchado, porque su olor a limpio y su pelo mojado lo delatan. Lleva una toalla blanca enrollada a la cadera que deja al aire sus perfectísimos oblicuos marcados a fuego. ¡Vaya cuerpo, por Dios, qué calor me está entrando otra vez! Se sienta frente a mí, poniendo la bandeja sobre el sofá mientras me observa con aire divertido.

—Joder, ¿tan gordo estoy? —Sonríe, señalando mi pijama.

—Con toda esa grasa que has preparado —indico la bandeja con asco—, no me extraña que seas una mole sebosa.

Me burlo de lo que ha escogido para comer, pues solo hay hidratos de carbono, pero de los *heavies*, en plan bollos, crema de cacahuete, chocolate, mantequilla, mermelada y otras cosas por el estilo.

—No es que sea el mejor cocinero del mundo, pero al menos esto evitará que muramos de hambre hasta que cese la tormenta.

Le dedico una mirada demasiado sentimental para mi gusto, pues creo que Ian capta al

instante su significado, y éste tiene bastante que ver con el amor que inevitablemente comienzo a sentir por él. Sin embargo, ya es tarde, no he podido evitarlo.

Unta su dedo con crema de cacahuete y me la pone en la punta de la nariz.

—Ahora estarás más buena todavía —afirma riendo.

Lo que hacemos no se puede llamar comer, es más bien devorar alimentos sin conocimiento. No he sido consciente del hambre que tenía hasta que me he metido en la boca el primer bocado, después no he podido parar. ¡Parecía el monstruo de las galletas preparándose para hibernar!

—Creo que la mole grasienta vas a terminar siéndolo tú. ¡Qué manera de engullir, doctora!

—Te prometo que nunca había comido con tantas ganas. Puede que haya sido la mezcla entre la lluvia, el hambre y el sexo —pienso en voz alta.

—Pues, hablando de sexo..., mi querida amiga también se muere de hambre, voy a darle un poquito de crema a ver si le gusta.

Y, ni corto ni perezoso, mete la mano en el tarro de mermelada, se abre la toalla y se unta el pene entero con ella.

—No parece que le guste.

Sus ojos me contemplan llenos de deseo de nuevo. Observo la punta de su grueso miembro cubierta de fresa. Está tan dura que apunta hacia el techo, ¿a qué sabrá? ¿Qué se sentirá? Humedezco mis labios con la lengua al notar que estoy salivando y, sin pensarlo dos veces, me lanzo a degustarla.

No sé si lo hago bien, creo que sí, porque Ian no para de gruñir y soltar palabrotas relacionadas con mi boca. Sentir cómo se retuerce de placer entre mis labios hace que yo estalle en un inesperado orgasmo sin ni siquiera tocarme. Entonces él, al oír mis jadeos y ser consciente de lo que acaba de suceder, me agarra la cabeza y me retira a toda prisa de allí, vertiendo su simiente sin más dilación.

—Vamos por partes —susurra, respirando con dificultad.

Yo le sonrío con malicia, pues nunca pensé que esto pudiese agradarme tanto, y aunque la verdad es que el gesto en sí no me gusta porque me duele la mandíbula, lo que realmente me ha vuelto loca es verlo perder el control debido al placer que le provoco.

—Tu inocencia va a acabar con mi poco sentido común, Beatriz —suspira, cerrando los ojos y apoyando la cabeza en el respaldo del sofá.

—Bienvenido al club, vaquero: tú ya terminaste hace tiempo con el mío.

Me levanto y voy al baño para darme una ducha mientras él me observa pensativo.

El baño es también de madera, muy austero. Se nota que aquí no se ha esmerado en la decoración. Creo que se trata de una casa prefabricada. Cuando salgo, envuelta en una toalla blanca, me asomo a la habitación para cotillear un poco: hay una cama de matrimonio y un par de cajoneras a ambos lados, nada más.

Vuelvo al salón y me lo encuentro tendido en el suelo sobre una piel blanca, frente a la chimenea. Está tapado con una manta nórdica del mismo color. En cuanto siente mi presencia, abre la manta para que me adentre en su micromundo albino. Me quito la toalla y entro desnuda en la cama improvisada que ha preparado. Me recuesto sobre los almohadones y él me abraza rodeando mi vientre desde atrás, para que admiremos juntos la danza que nos dedican las llamas.

—Siempre he querido hacer esto, desde que compré esta casa, pero nunca he tenido con quién —murmura en mi oído, haciéndome cosquillas con la nariz en mi cuello.

—Es una escena muy romántica. Nada propia de ti.

«Tengo que preguntárselo, de lo contrario, implosionaré, me reconcome.»

—¿Por qué dices eso? —Se ha tensado, lo noto en sus brazos.

—Ian, llevas todo el día siendo... tú. ¿Y tu *alter ego*?

—¿Lo echas de menos? ¿Preferirías estar con él? —Suenas molesto.

Su lado inseguro pensará que no es digno de mí, como siempre; piensa que es lo peor y que voy a abandonarlo.

—No seas tonto, lo digo porque siento curiosidad, pues no es posible que hayas estado todo el tiempo..., bueno, ya sabes.

—¿Empalmado?

—Sí —respondo algo incómoda.

—Te equivocas.

—Pero no puedes... —Me vuelvo para situarme de frente a él y poder ver sus ojos.

—Sí que puedo, gracias a unas pastillitas azules mágicas.

—¡¡¿¿Viagra??!!

«¡No es posible!»

—Eureka, Swanson. —Sonríe perverso.

—Pero eso tiene un montón de efectos secund...

—Chisss —me interrumpe—. Ninguno de ellos merece la pena tanto como estar contigo. Y ahora duerme, mi dulce niña, debes descansar.

Me besa suavemente y me quedo dormida bajo su abrazo protector, tranquila porque sé que él velará mi sueño, escuchando el rugir de los truenos y cómo el sonido de la lluvia repiquetea contra los cristales mientras las llamas consumen la leña.

Capítulo 38

Cierra la puerta de la cabaña con una pequeña llave que luego mete debajo del felpudo. ¿No teme que alguien tenga intención de entrar?

—¿Algún día me explicarás el porqué de tantas orquídeas? —pregunto, mientras caminamos con calma entre los árboles repletos de dichas flores.

Está amaneciendo y debemos regresar a la civilización.

—No son tantas, solo son de tres tipos: *Pescatorea*, *Anguloa* y *Masdevallia*.

—Y ¿por qué esas específicamente?

—Estaban extinguidas desde hace muchos años, creo que he conseguido devolverlas a la vida. Un buen día me escapé a Colombia, hice mis cambalaches y..., *voilà!*, aquí están, de vuelta a la Tierra. —Abre los brazos orgulloso mientras observo atónita esas flores increíbles.

—No es posible.

—¿Quieres una *master class*? Te advierto que me emociono mucho, si te aburro me detienes. —Sus ojos rezuman entusiasmo.

—Me muero por saber más.

Él sonríe complacido mientras se agacha para acariciar una flor negra y azul.

—La palabra *orquídea* proviene del griego *ορχις* —lo pronuncia perfectamente, o eso me parece a mí, ya que no tengo ni idea de griego—, que significa «testículo». En los manuscritos del filósofo Teofrasto, que vivió entre los siglos III y IV antes de Cristo, se hizo referencia por primera vez a la forma de las orquídeas, cuyos tubérculos dobles parecían testículos. Pero estudios científicos han demostrado que ya existían hace más de ciento veinte millones de años, es decir, incluso antes de que los continentes se separasen.

—¿En serio?

Se incorpora para mostrarme otra de color violeta intenso que trepa por un árbol.

—Las orquídeas siempre han sido muy valoradas por el hombre, por ejemplo, en la antigua Grecia se les atribuían propiedades afrodisíacas. Aunque en esa época estaban bastante salidos y casi todo les parecía excitante. —Reímos los dos—. Los aztecas utilizaban una orquídea para enriquecer su bebida de cacao destinada a fortalecer el alma de los guerreros. Y ¿sabes cuál era la orquídea que usaban?

—Sorpréndeme. —Parezco una niña pequeña ensimismada con las historias del abuelo.

—¡La vainilla! —exclama.

—¡Qué bueno! No sabía que la vainilla fuera una orquídea. —Aplaudo.

—La bebida de orquídea y cacao pasó después a denominarse *chocolate*.

—¡Qué curioso! ¿Por qué sabes tanto, profesor Williams?

Él sonríe y me besa.

—Si quisieras, podría enseñarte el mundo entero, pequeñaja.

Suspiro parpadeando, parezco una enamorada cursi, pero es que me encantaría.

—No obstante, como suele pasar en todas las historias, el hombre no tardó en llegar en miles de barcos a nuestras infravaloradas selvas tropicales para arrancar las orquídeas y llevárselas. Ya sabes que cuando algo es bello hay que destruirlo.

Comienzo a entender por dónde van los tiros y el razonamiento de que tenga tantas orquídeas. Todo cuanto hay a nuestro alrededor es un claro homenaje a la muerte, o más bien al regreso de ella.

—Lo que más me llamó la atención es que la orquídea siempre conserva un clon de la planta madre, con sus mismas características, capaz de desarrollarse incluso en condiciones muy adversas, y solo reacciona ante la muerte de la planta original, lo que siempre le permite sobrevivir.

—¡Guau, eso es increíble! —exclamo embobada.

«Y además, ¿se asemeja bastante a la historia de Ian y su *alter ego* o solo me lo parece a mí?»

—Me fascinó esa idea tan futurista en una planta tan milenaria. Creo que así será nuestro porvenir, con nuestro clon esperando para salvarnos por si acaso nos ocurriese algo malo.

—O incluso dentro de nuestro propio cuerpo —musito.

—Es probable.

Nos miramos fijamente. Ambos sabemos lo que está pensando el otro.

—Ian, sabes que, si intentas matarlo, morirás tú también, ¿verdad? Lo que has hecho con las plantas no se puede lograr con los seres humanos, nosotros no volvemos de la muerte.

—Eres demasiado inteligente para mi gusto, rubia. —Me rodea los hombros con el brazo.

Hemos llegado a la moto. Saca los dos cascos, se pone el suyo, me da el mío y se sube. Yo dudo si ponérmelo o permanecer aquí sola.

—¿Piensas quedarte ahí toda la mañana?

—¿No podrías comprarte un coche?

—Tampoco querrías montar en él. —Veo la sonrisa maligna en sus ojos a través de la visera del casco.

Niego con la cabeza. Es verdad, me daría el mismo pánico montar en su coche, que seguramente no sería un turismo convencional, y por supuesto me daría auténtico pavor que él lo condujese.

Me monto a regañadientes. Quita la pata de cabra con un fuerte golpe de su talón, como siempre, acelera y nos adentramos, acompañados de mis gritos histéricos, en la caótica masa de vehículos que se dirigen al centro de la ciudad.

Cuando nos encontramos en la puerta de mi edificio, me bajo de la moto.

—Cada vez lo haces mejor, rubia, hasta te inclinas hacia el lado de la curva y no al contrario —bromea, mientras se quita el casco y yo le devuelvo el mío para que lo meta en su sitio.

—Ya te gustaría a ti.

Permanecemos un instante mirándonos.

—¿Qué harás en Acción de Gracias? —me pregunta, frotándose la nuca nervioso.

—Pues, como no está mi madre, no me apetece mucho ir a España. Creo que me quedaré en casa poniendo al día trabajo atrasado.

—Está bien, debo irme —anuncia.

—Ya nos veremos, supongo. —Me encojo de hombros a modo de despedida.

No sé muy bien qué hacer en una situación así, lo mejor será que me dirija hacia mi portal.

—¡Eh, rubia! Olvidas algo —grita por encima del rugido del motor.

Me vuelvo para ver de qué se trata y compruebo que me señala sus labios con un dedo, dándose un par de toquecitos en ellos.

Entonces, como si fuese una profecía, cual Mufasa apareciéndose a Simba en los cielos, recuerdo a Elizabeth aconsejándome que a los hombres siempre hay que dejarlos con la miel en los labios, que nunca hay que dárselo todo.

—Ese beso tendrás que ganártelo —exclamo.

Sonríó al ver su cara de sorpresa y continúo mi camino.

Luego oigo su risa seguida del motor de la Tomahawk.

Capítulo 39

El día de Acción de Gracias no tarda en llegar. El país se paraliza para celebrar la señalada fecha. Aunque en España no se celebre, mi padre es muy devoto de ese día, y yo solía irme cada año a casa para estar juntos en esa fecha.

Peter por fin ha aceptado marcharse a Seattle para reorganizar su vida, no sé si volverá.

Yo, sin embargo, llevo mi pijama rosa de Hello Kitty, con un moño cutre en la cabeza, y me encuentro tumbada en mi sofá viendo por enésima vez episodios de «The Big Bang Theory», pues siempre me han gustado los friki-cerebritos. Hoy no pienso hacer nada, ni mañana, ni pasado mañana; me apetece estar aquí tirada los cuatro días que quedan hasta el lunes.

Son las once y media de la mañana, me estoy comiendo una bolsa de palomitas y riéndome yo sola, cuando suena el timbre. «Se habrán equivocado», pienso para mis adentros. No espero a nadie, así que ni siquiera me molesto en ir a comprobar de quién se trata.

No transcurre ni medio minuto cuando vuelve a sonar el portero, por lo que decido levantarme, muy a mi pesar.

—¿Sí? —contesto con voz de ultratumba.

—Señor Swanson, ¿podría decir a su hija que baje?

Conozco su voz de sobra, por lo que no puedo evitar sonreír y ponerme nerviosa.

—Muy gracioso —protesto.

Oigo su risa.

—¿Qué haces, rubia?

—Estaba disfrutando de mi soledad hasta que la has interrumpido.

—Pues vístete, nos vamos.

—¡Estás loco!

—Bastante, pero eso ya lo sabes. Vamos, mujer, no tengo todo el día.

—No pienso ir a ningún sitio con la que está cayendo, y menos aún en esa máquina infernal.

—Tengo una sorpresa que te gustará, ¡venga!

—No voy a ir, déjame tranquila.

Cuelgo el telefonillo, sabiendo de sobra que no se dará por vencido.

Ni siquiera he llegado al sofá cuando suena el timbre de la puerta de arriba. Satán está aquí.

¿Abro?

—¡Beatriz, si no me abres, echaré la puerta abajo! —grita desde el otro lado.

Pues no tengo muchas opciones.

Abro.

Aparece con un traje de chaqueta azul marino y una camisa blanca, con una corbata sin anudar colgando del cuello. Me contempla de arriba abajo para dejar escapar una sonrisa sensual.

—¿Vas a una boda? Me temo que te has equivocado de dirección —lo provoco, antes de que sea él el que se meta con mi indumentaria.

—¿Y tú? ¿Has confundido el día de Acción de Gracias con el día internacional del pijama? —Señala teatralmente mi atuendo con una mano—. Creo que yo voy más acorde con el día en que estamos que tú.

—Mi pijama no tiene nada de malo. —Le saco la lengua.

—Todo lo contrario: incluso con un pijama semejante, manchado de chocolate y esos pelos de loca incluidos, estás sexi.

Permanece tan tranquilo, cruzado de brazos frente a mí, apoyado sobre una pierna y con el pie de la otra cruzado a la altura del tobillo.

Me toco automáticamente el moño. Ni me he dado cuenta de mis pintas hasta ahora mismo, pues desde que el timbre ha arruinado mi paz, no he tenido tiempo de pensar en nada que no fuesen sus ojos azules. Pero disimulo.

—Bienvenido a la cruda realidad; siento ser yo la que te informe de que las mujeres no nacemos maquilladas, peinadas y subidas a tacones infinitos, Williams, una lástima decepcionarte. —Me encojo de hombros para exagerar mi broma, mientras avanzo hacia el interior de mi casa.

—Me pondrías cachondo hasta calva y metida en un saco de patatas, Beatriz —susurra con voz ronca, pegando un portazo tras de sí, lo cual me hace volverme para averiguar qué ocurre.

Compruebo entonces que permanece apoyado en la puerta, devorándome con los ojos.

Yo retrocedo de espaldas para no perderlo de vista. Me intimida. Mucho.

Comienza a caminar poco a poco, con las manos metidas en los bolsillos de sus pantalones y los ojos clavados en mí.

—Todas y cada una de las mujeres que han aparecido a lo largo de mi vida han intentado retenerme de alguna manera, con multitud de sucias artimañas, he de admitir que unas más ingeniosas que otras.

Sigo retrocediendo mientras él avanza.

—Todas han deseado cazarme, menos tú.

—¿Qué hay de Elizabeth? —le recuerdo.

—No cuenta —gruñe enojado, desviando un pequeño instante su mirada de la mía—. Tú eres la única que me ha tratado de manera distinta. Las mujeres piensan que a un hombre como yo se lo conquista dándole a probar de su propia medicina, pero no son conscientes de que mi medicina es veneno mortal: si pretendes dármele a probar, morirás en el intento.

—Pero no has matado a nadie, ¿no?

Suelta una carcajada. Qué tonta soy a veces, por favor.

—Doctora, me conoces de sobra para hacerme esa pregunta. ¿Crees que sería capaz de matar a alguien?

Lo observo.

—No, creo que no serías capaz.

Entonces choco contra la pared del salón, no puedo retroceder más. Él sonríe al ser consciente de que estoy acorralada..., y a su merced.

—Has conseguido que vaya tras de ti como un perrito, ocupar mis pensamientos todas las horas del día, pero sobre todo de la noche. Una chica delicada, tierna, culta, educada, inocente, refinada, cariñosa, recatada, vergonzosa... La típica chica con gafas y aplicada de la clase que jamás imaginé que me atraería lo más mínimo. Pero lo hiciste. Lograste que confiase en ti, y por Dios que lo hago, porque pondría mi vida en tus manos sin dudarlo.

—¿En serio?

—Tú ves lo que soy y no lo que aparento ser.

—¿Por eso me tratas mal siempre?

—Beatriz, debes aprender que lo que piensa realmente un hombre de una mujer nunca lo sabrá nadie, salvo su corazón.

—Yo... —Me tiembla todo, ahora mismo podría caerme al suelo desmayada sin problemas —. No podemos...

—Te juro que he intentado evitarlo por todos los medios, pero al final solo me queda la rendición. Ni puedo ni quiero luchar contra esto, el amor se hace más fuerte cuanto más peligro lo rodea, y a nosotros nos rodea demasiado riesgo, ¿no crees?

—Ian, esto es una locura.

Niego con la cabeza, quiero llorar, pero no sé si de alegría o de angustia. Que me amase el señor Williams me resultaba más llevadero, más lógico, pero que el indómito Ian me esté confesando su amor..., me hace temblar.

—Jamás pensé que sería capaz de amar a alguien, pero aquí me tienes, rubia. Me declaro tu fiel esclavo a partir de hoy, pongo todo mi mundo a tus pies.

«¡Ostras!»

Ha llegado hasta mí. No parece ni siquiera nervioso. Estamos el uno frente al otro. Levanta una mano despacio para acariciar mi rostro. Cierro los ojos al sentir su tacto cálido en mi mejilla, no puedo pensar, me bloquea.

—Me he enamorado de ti, Beatriz.

Abro los ojos de golpe. Me está mirando con mucho deseo, pero también con melancolía. La dulzura con la que me deleitan sus ojos nunca antes la había visto en nadie. Tiene un brillo inusual en ellos.

—Jamás me han mirado así —confieso atontada bajo su embrujo azul.

—Y nunca lo harán.

Se acerca hasta que sus labios se juntan con los míos y me besa, muy despacio, mientras susurra:

—Sé que soy un inconsciente, que poco puedo prometerte, pero también sé que conmigo pierdes la noción del tiempo y que puedo sacar de ti a la mujer que creías dormida. Soy el único que puede encender tu deseo y el único que arrasa tus sueños. Mi amor incandescente es todo lo que puedo entregarte.

Entonces recuerdo la advertencia del señor Williams: «El amor con fuego no es el más

poderoso».

—El fuego quema —argumento.

«Y su mirada también me quema.»

—Lo sé, pero en su justa medida también da calor, ilumina, brilla, alumbra. Todo depende de ti. Será un riesgo que deberás correr. Siempre te he sido sincero, conmigo nunca tendrás paz, y eso puede ser positivo o negativo, doctora.

Se divierte tentándome, me besa el cuello mientras habla y me observa desde varios ángulos, como un depredador hambriento que vigila a su presa moribunda antes de asestarle el golpe de gracia.

—Pero es que a mí me gusta la paz... —musito temblorosa.

«Aunque, si he de ser sincera, moriría por tirarme de cabeza a su fuego voraz... Si fuese capaz, si fuese valiente...»

—Sabes que poco a poco estás amansando mi violento corazón, Beatriz, pero nunca estará en calma total, no te confíes, porque es lo que soy.

—Ian, pero...

—No hay peros que valgan, no te engañes más, sé que sientes lo mismo que yo, es inútil negarlo porque tus ojos me lo confesaron hace mucho tiempo.

—¿En serio?

Deja escapar una sonrisa por mi ingenuidad.

—Muy en serio, rubia. Me seduces cada vez que me miras con esos ojos que me vuelven loco y tú ni siquiera te das cuenta.

«¡¿Yo, seducir?! Diría que, siendo la más patosa del reino, no sería capaz de atraer ni a una piedra.»

—Tu apariencia de niña angelical encierra una viuda negra sexual en su interior, por eso sé de sobra que me tienes las mismas ganas a todas horas del día que yo a ti.

—¡¡¡¿Una viuda negra... sexual??!!! —exclamo, con los ojos saliéndose de las órbitas.

¡Eso es lo último que imaginaba que me iba a llamar nadie!

Entonces suelta otra carcajada.

—Ya veo que te lo pasas en grande conmigo —protesto, aunque termino riéndome yo también al verlo.

—Hacía tiempo que no me reía tanto, y mucho menos con una mujer —confiesa.

—Vaya, me alegro de ser tu payasa privada —consigo indicar entre las risas de ambos.

Me coge en brazos y me lleva hasta mi habitación, una vez que le señalo el camino.

—Permíteme que crea que estás enamorada de mí, aunque sea solo por esta noche —me suplica, con la voz ronca por el deseo.

Se quita la chaqueta con sumo cuidado para colocarla sobre el respaldo de la silla, después los zapatos, los calcetines y los pantalones, imitando el gesto. Me resulta sumamente familiar su movimiento, pues el señor Williams coloca su ropa de igual modo. Se queda tan solo con el bóxer negro y la corbata colgando del cuello. Entonces, de uno de los bolsillos de su chaqueta, saca un puñado de preservativos que deja sobre la mesita de noche, bajo mi atónita mirada, a la vez que se coloca uno

—Quiero que seas lo que nunca fuiste —insinúa provocador, mientras tira de mi pantalón de pijama hacia abajo.

—Hay muchas cosas que no fui nunca.

—Sabes a qué me refiero. —Me arranca con ganas la parte de arriba al tiempo que yo deshago mi moño para soltarme la melena, en todos los sentidos—. Vas a conocer el *Ian-sutra* al completo, muñeca —gruñe mientras se relame—. ¡Prepárate!

Entonces se abalanza sobre mí y, efectivamente, durante varias horas soy todo aquello que nunca fui: una mujer libre, desinhibida, lujuriosa, sexi, atrevida..., pero, sobre todo, feliz.

—Odio admitirlo, pero te necesito —susurra luego en mi oído, cuando me cree dormida sobre su pecho.

Capítulo 40

Ha anochecido. Llevamos más de cinco horas practicando sexo salvaje sin ninguna clase de remordimiento, pudor ni censura. Mi cuerpo no deja de reclamar más y más, es asombroso cómo se ha acostumbrado tan rápidamente a sentir placer, a degustarlo. Es como si quisiera exprimir todos esos años de sequía, como si quisiera recuperar el tiempo perdido, solo por él. Me da miedo que se convierta en una droga y que me vuelva ninfómana de su cuerpo o, más bien, para ser sincera, lo que me aterra es llegar a necesitarlo y que luego desaparezca igual que apareció.

—Tienes que arreglarte, o llegaremos tarde. —Me despierta mientras cubre mis labios con miles de besos diminutos.

—¿Adónde? —pregunto adormilada.

—A mí también me encantaría continuar toda la noche con nuestra maratón sexual, princesa, todavía te quedan muchas posturas del *Ian-sutra* por descubrir, pero tengo una sorpresita para ti. Hace tiempo que quiero contarte algo y nunca me das la oportunidad. De hoy no pasará.

Me incorporo. Salgo de la cama bajo su atenta mirada y siento vergüenza al instante. Ya sé que es ridículo después de lo que hemos hecho, pues dudo que exista alguna parte de mi piel que no haya besado, lamido o acariciado, pero aun así quiero taparme con algo.

—Ni se te ocurra —amenaza en un tono muy serio, tendido sobre la cama.

—¿El qué? —pregunto sorprendida, no sé a qué se refiere.

—Igual que tú empiezas a conocerme a mí, yo también a ti, y sé que estás buscando algo que ponerte encima. Te quiero desnuda.

«¡Ups! ¡Pillada!»

Se levanta de la cama, por fin con su miembro inerte; no creo que después de lo que hemos hecho le quede energía en varios días, ¡ni con Viagra! Me abraza por detrás.

—Dime adónde vamos, no sé qué ponerme —pido, intentando convencerlo mientras mordisquea mi cuello.

—¿Has visto el traje que llevo yo? Pues ponte algo acorde, aunque no niego que me encantaría llevarte con ese pijama de la *Kitty-Chocolate*. —Sonríe.

A continuación, se dirige con andar felino hacia el baño mientras yo me quedo embobada observando su trasero tan firme, tan torneado, tan morenito, tan... mordido... ¡*Oh, my God*, soy una loba! Es definitivo: este hombre me hace perder el control. Como ya he empezado a asumirlo, decido meterme con él en la ducha para proporcionarnos masajes de espuma y tocamientos impuros.

Cuando salimos de nuestra *pornoducha*, él se viste escrupulosamente junto a mí. Lo miro de reojo mientras observo indignada el interior de mi armario.

—¡Ian, esto se avisa antes! Podría haber salido a comprarme algo de ropa, no tengo nada.

—¿Nada? ¿Por qué las mujeres siempre decís que no tenéis nada cuando estáis delante de un vestidor enorme repleto de trapos?

—Está bien, elígelo tú. —Me cruzo de brazos enfurruñada.

—¡Sin problema!

Se mete en el ropero y aparece con un elegante vestido amarillo que estoy segurísima de que no estaba ahí antes.

—Eso no es mío —le reprocho, mientras inspecciono la prenda con curiosidad.

—Y ¿de quién es?

—Lo has puesto tú ahí.

Se ríe.

—Doctora, creo que tantos orgasmos seguidos la están haciendo alucinar. Póntelo y arréglate, no tenemos tiempo.

Lo deja sobre la cama y sale de la habitación tranquilamente, anudándose la corbata bajo mi aturdida mirada. Cojo el vestido, que todavía lleva colgada la etiqueta de Valentino, para comprobar que es de mi talla. Pero yo nunca he comprado algo así de elegante, ¿para qué, si no salgo? Y alguna vez que lo he hecho, siempre lo he alquilado.

«Da igual, ya lo pensaré después.»

Me maquillo un poquito, pues con los ojos enormes que tengo y los labios tan carnosos, si me excedo enseguida parezco una *drag queen*, por eso me limito a aplicar un maquillaje con efecto ojos ahumados y lo remato con un toque de rímel sobre mis largas pestañas. Por último me pinto los labios de rosa clarito.

Me peino con un sofisticado recogido sobre la nuca y a continuación me pongo el espectacular vestido. Es de color amarillo neón, con bordados florales blancos rodeándolo; el escote es palabra de honor, es largo hasta el suelo y tiene bolsillos, un detalle que me encanta, ya que así sabré qué hacer con las manos, y eso me dará una seguridad en mí misma que no tengo.

Me contemplo en el espejo y me encuentro más que radiante. Respiro hondo antes de salir al salón con unos tacones también amarillos en la mano. Realmente estoy muy, pero que muy nerviosa.

Aparezco en escena.

Me tiemblan las piernas.

Su expresión lo dice todo: me admira.

¿Es amor lo que veo reflejado en sus ojos?

Se acerca hasta mí y me coge de las manos, orgulloso.

—Eres un ángel, y lo mejor de todo es que eres toda mía —musita, con su fogosa mirada azul enajenada por mí.

—Gracias —respondo sonrojada ante su fascinación.

—Mi gran desgracia es que, por mi culpa, comienzas a ser consciente de lo guapa que eres —reniega enojado.

—¡No seas tonto! —le recrimino, aunque ambos sabemos que es verdad.

Desde que lo conozco siento que brillo con luz propia, me hace sentir especial, guapa, atrevida; en definitiva, perfecta.

—Vamos, debemos irnos, si nos quedamos aquí un solo minuto más, no aguantaré sin arrancarte ese vestido, ojazos.

Se muerde el labio inferior mientras me devora hambriento con los ojos, lo que provoca un bombazo automático en mi entrepierna.

Me pone sobre los hombros un chal blanco que tampoco sé de dónde ha salido, me coge de la mano, entrelazando sus dedos con los míos, y bajamos en el ascensor sin soltarnos. Me trata con suma admiración, parece embobado, nunca lo había visto así. Me hace sentir como una piedra preciosa que pueda romperse.

Antes de salir a la calle, me tapa los ojos con suma delicadeza para no estropearme el maquillaje.

—¿Qué haces? —me quejo.

—Quiero ver tu cara cuando descubras la primera sorpresa que te tengo preparada. —Sueno divertido, aunque a mí no me hace mucha gracia: viniendo de él puedo esperarme cualquier cosa.

Me indica el camino que debo seguir y, cuando nos detenemos, ya en la calle, retira las manos lentamente. Entonces abro los ojos.

—¡Aquí está! —exclama entusiasmado con los brazos abiertos.

Observo boquiabierto un..., ¿coche?, aparcado al lado de la acera. Hay un montón de personas alrededor fotografiándose junto a él para colgar las imágenes en Instagram, imagino. Pronto descubro que el portero de mi edificio está ejerciendo de aparcacoches y no les permite acercarse demasiado. «¡Le ha pagado, seguro —me digo—, ése no hace nada por propia voluntad, y menos gratis.»

—¿Qué es esto? —Señalo la máquina, que parece ser mitad coche del futuro, mitad Fórmula 1.

—¡Es un AM-RB 001! —contesta orgulloso, sin apartar los ojos de mí.

«¿Se supone que tengo que saber lo que eso significa? ¿Debería alegrarme o algo?»

En ese instante, la puerta del pasajero se abre sola y dejo escapar un grito de sorpresa que lo hace sonreír.

—Móntate ya, Beatriz, no soporto que todos esos desgraciados sigan devorándote con sus ojos sucios. Me falta muy poco para empezar a repartir hostias —gruño entre dientes. Me hace gracia que sienta celos.

Miro a mi alrededor. Todos los chavales que están por aquí haciendo fotos al vehículo no me prestan la más mínima atención, pero prefiero obedecerle a que acabemos el día de Acción de Gracias en la comisaría.

Una vez dentro, compruebo que solo hay dos plazas y que esto se parece más al cuadro de mandos interestelar del *Halcón Milenario* que a un vehículo terrestre.

Él enseguida aparece junto a mí, en el sitio del conductor, y se cierran las puertas.

—¿Vas a conducir esto?

—¡Oh, venga, rubia, no seas aguafiestas! ¿Tampoco te gusta? Me he gastado tres malditos

millones de dólares porque a la señorita le desagradaba mi moto y ahora tampoco le gusta el coche... ¿Hay algo de mí que te guste? —Se ha dado la vuelta y me observa desilusionado.

—¡Me gusta! —me apresuro a responder.

—Sí, claro, ya lo veo. —Vuelve a coger el pequeño volante entre las manos, aunque más bien parece el mando de una PlayStation, lleno de pequeños botoncitos.

—Es solo que me esperaba algo más... normal, ya sabes, como una camioneta Ford F-150 de toda la vida —replico.

—¿Estás loca? Eso es una aberración de la automovilística, parece un tanque más que un coche.

El cinturón de seguridad sale de mi espalda, pasa por mi pecho y se abrocha él solo ante mi estupefacción.

—Pero es seguro y cómodo —balbuceo alucinada por lo que acaba de ocurrir.

—¡Esto es un hiperdeportivo! Mis ídolos, Aston Martin y Red Bull, se han unido para crear el coche de mis sueños. No podía dejarlo escapar; ¿para qué quieres algo cómodo y seguro cuando tienes al alcance algo rápido y elegante?

No voy a alargar la discusión cuando ya está perdida de antemano.

Lo observo todo a mi alrededor, extrañada, parece que estemos metidos en una máquina del año 3000, por lo menos. Si tuviese que conducirlo yo, ni siquiera lograría introducir la llave en el contacto, si es que necesita llave.

Acelera y se mete enseguida entre los pocos vehículos que circulan hoy por la calle. Tengo la sensación de ir flotando.

—Es un coche muy... agresivo —comento intimidada.

—La agresividad puede convertirse en docilidad si se utiliza la técnica adecuada, y nadie mejor que tú para saberlo. —Sonríe malicioso. «¿Seguimos hablando de coches»—. Está concebido en torno a un ligero esqueleto de fibra de carbono sobre el que colocan la carrocería para poder añadirle una carga aerodinámica desconocida hasta la fecha, ningún coche ha pesado nunca tan poco. ¡Es más rápido que un Fórmula 1!

—Y ¿para qué quieres ir tan rápido? —pregunto asustada porque adivino sus intenciones, y precisamente eso es lo que me da miedo: que esté montada en otra máquina infernal, más peligrosa aún que la anterior.

—¡Para volar y llevarte a la luna! —exclama feliz.

No puedo evitar una sonrisa tonta.

Acabamos de salir a la autopista, que también está casi vacía debido al día que es hoy. El motor ruge furioso al acelerar y el vehículo vuela de verdad..., conmigo dentro.

—¡Oh, Dios mío! —grito, agarrándome al asiento y cerrando los ojos con fuerza mientras él se parte de la risa al tiempo que niega con la cabeza.

Al fin llegamos al control de seguridad de una urbanización residencial, de las muy exclusivas que hay al norte de la ciudad y que yo solo he visto en las películas. Ian baja la ventanilla y saca una tarjeta de residente para que un guardia la pase por una máquina digital, entonces se levantan las barreras que cortaban nuestro paso. Avanzamos un poco más para que un segundo guarda se acerque hasta el coche y nos pase un lector de rostros.

—Todo en orden, puede continuar, señor Williams —informa el guardia.

—¿Qué es todo esto, Ian? —Contemplo por la ventanilla las gigantescas mansiones que vamos dejando atrás por la avenida ajardinada.

—Pronto lo sabrás.

Nos detenemos delante de un gran castillo medieval que tiene un torreón a uno de los lados. ¿Dónde diablos debemos de estar?

Se abren las puertas del coche y el cinturón de seguridad desaparece de mi vista. Ian rodea el vehículo para ayudarme a salir de él y subimos la escalinata cogidos de la mano. Un mayordomo ya entrado en años nos recibe amigablemente en la puerta.

—Buenas noches, señor Williams, me alegro de verlo —saluda, inclinando la cabeza.

—Buenas noches, Henry, viejo amigo —le responde él—. Te presento a mi novia, la señorita Swanson.

No creo que la cara de sorpresa del mayordomo sea mayor que la mía al oír la palabra *novia* salir de su boca.

—Encantada —me apresuro a saludarlo.

—Sea bienvenida, señorita. —Se nota que lo ha pillado por sorpresa, porque el pobre hombre no es capaz de reaccionar.

Nos estrechamos la mano con torpeza mientras Ian se ríe; es malvado, disfruta viéndome hacer el ridículo. El mayordomo nos indica el camino, Ian vuelve a coger mi mano y lo seguimos.

—No te sientes tan segura cuando no lo controlas todo, ¿eh, doctora? Yo me lo haría mirar. —Carraspea.

—Te voy a matar —susurro.

Capítulo 41

—Señor Williams, su hijo Ian ya está en casa —informa el mayordomo antes de permitirnos pasar.

En cuanto entramos en el gran salón, unos ojos de color verde esmeralda se clavan automáticamente en mi mano, cogida de la de Ian.

—¡Por fin han llegado! —exclama eufórico un señor mayor que se apresura a levantarse del sofá para acudir a nuestro encuentro.

—Beatriz, te presento a mi padre, Robert Williams. —Ian señala a su padre con la mano—. Papá, ella es mi novia, Beatriz Swanson.

«¡¡¡Su padre!!!

»¡¡¡¿¿Su novia??!!!»

El señor Williams me mira como si estuviese viendo una sirena de oro, con una gran sonrisa de admiración. De repente me abraza como si se tratase de mi propio padre, dejándome asfixiada por completo. Yo no soy tan efusiva, pues todavía estoy en estado de *shock*. Deduzco, por su expresión, que todo esto a mi querido *novio* le está divirtiendo sobremanera.

—¡Vaya, capullo, por fin te has decidido a venir! —Sammuel aparece tras él y se dan un gran abrazo—. Encantado de volver a verte, Betty —me saluda muy alegre, y nos damos la mano con toda formalidad.

Debo de estar más roja que una manzana.

—Lo mismo digo, señor Roc. —Reminiscencias de secretaria esclavizada.

—¡Oh, no, joder, llámame Sammuel, ahora somos cuñados! —Sonríe mientras yo rezo para que me trague la tierra.

Ian sabe que odio ser el centro de atención, y obviamente me ha hecho esta jugarreta a traición. Me las va a pagar todas juntas.

—¡Cuñada! —Oigo la voz de Liz a mi lado, me vuelvo y descubro su barrigón junto a mí.

—Déjate de bromas, ya tengo bastante con el género masculino, se supone que tú eres mi aliada —le susurro al oído mientras nos damos un beso.

—¡Tu aliada..., y una mierda, se supone que las amigas se cuentan las cosas! —me contesta entre dientes con una sonrisa igual de radiante que falsa.

—¿Ya os conocíais, chicas? —pregunta intrigado el padre de Ian.

—¡Oh, sí! Nos conocemos del trabajo, ¿verdad, Beatriz? —señala Elizabeth la mar de entusiasmada.

—Sí, hemos coincidido alguna que otra vez —comento, dejando pasar el tema.

—Me suena mucho tu cara, Beatriz, ¿será de alguna revista o de la televisión? —masculla el señor Williams pensativo.

La Hudson suelta un bufido para ahogar la risa, pues es evidente que no me recuerda de Hudson Enterprises al ir así vestida. Quiero pegarle un codazo, pero me aguanto.

Me he dado cuenta de que Ian y ella no se han saludado, por lo que deduzco que aquí hay gato encerrado.

El mayordomo avisa al padre de Ian con un gesto de la cabeza.

—Todo está dispuesto para la cena, chicos, vayamos al salón, si os parece —anuncia el señor Williams con amabilidad.

Nos acercamos hasta una mesa preciosa, enorme, de madera maciza, que ya está vestida con una vajilla de porcelana y una cubertería de plata. Exquisito. En un derroche de caballerosidad, Ian retira mi silla para que tome asiento y, acto seguido, se coloca junto a mí. Sammuel se sitúa justo enfrente, al lado de Elizabeth. El padre de Ian preside la mesa. Una de las sirvientas aparece para llenar nuestras copas de champán mientras esperamos a que traigan la cena.

—Beatriz, Ian me ha contado que te dedicas al campo de la psiquiatría —indica el señor Williams.

—Sí, señor, así es —respondo muy cortada.

—No, por favor, Beatriz, llámame Robert, ahora somos de la familia.

—¿Cómo no te has ido a tu pueblo en este día tan especial, Betty? —pregunta Sammuel para echarme un cable, pues se ha dado cuenta de lo mal que lo estoy pasando.

—Bueno, en España esta fecha no se celebra; además, la muerte de mi madre es muy reciente y a mi padre no le apetecía dar gracias por nada.

—¡Oh, Dios mío, siento mucho tu pérdida! —exclama el señor Williams afligido.

—Gracias. Yo pensaba quedarme en casa, no sabía nada de esta cena. En realidad, ha sido una... —iba a decir «encerrona», pero le dedico una mirada cómplice a mi acompañante y termino la frase diciendo—: gran sorpresa.

Le regalo una sonrisa falsa a mi querido Williams Júnior, que tarda en devolverme el gesto. Está un poco raro, por lo que comienzo a mosquearme, pues sé de sobra que Elizabeth fue más que un simple capricho pasajero para él.

—Ian acostumbra a hacer esas cosas, le encantan las sorpresas, siempre está tramando alguna —me cuenta su padre.

—Por cierto, hermanito, la tuya está aparcada ahí fuera —pincha Ian a Sammuel con una media sonrisa.

—¿Por fin has decidido comprarte un coche, loco? —investiga Sammuel intrigado. Ian se encoge de hombros sonriente—. ¡No puede ser! ¿En serio, tío? ¡Betty, si has conseguido eso es que lo tienes bien cogido por los huevos! —Me dedica un brindis con sus ojos violetas llenos de alegría.

—No sé qué es peor si el coche o la moto —replico. Me sale del alma, por lo que Ian deja escapar una carcajada.

A continuación, Sammuel y él intercambian una mirada que solo ellos entienden.

—¡No aguanto más, vamos a verlo, me puede la curiosidad! —propone el hermano mayor, y ambos se ponen en pie apresuradamente.

—¡Ni se os ocurra! Levantarse de la mesa es una falta de respeto hacia las damas —protesta el señor Williams.

—Las damas están deseando quedarse a solas. Venga, vente, papá —lo anima Ian con la mano, ya desde la puerta.

Elizabeth, Robert y yo nos miramos.

—Vamos, Robert, hay confianza de sobra, ve a ver qué locura ha cometido ahora tu benjamín —lo anima Liz con cariño.

Entonces, como si fuese un niño pequeño, él sale corriendo para alcanzar a sus hijos y así desaparecen los tres.

—¿Y bien, señorita Swanson? —Elizabeth me está estudiando recostada en el respaldo, con una ceja levantada. «Mala señal.»

—Iba a contártelo.

—¿Cuándo? ¿El día de la boda?

—¡¿Qué boda ni qué leches?!

—Lo último que sabía sobre el *temita* es que, después de que te acostases con él, fue fardando de haberse tirado a una virgen y que por eso ibas a matarlo. Entonces di por sentado que no habías vuelto a verlo. Pero resulta que esta noche de repente me encuentro con que el acontecimiento más importante del siglo es que mi querido cuñado, por cierto, el mismo descerebrado que intentó arruinarme la vida, va a presentarnos por fin a su primera novia, a los treinta y cinco años, y... ¿quién resulta ser esa milagrosa mujer? ¡Mi mejor amiga! —Hace aspavientos exagerados con los brazos, le va a dar algo—. ¡Oh! No, espera, que las amigas se cuentan ese tipo de cosas. —Cruza los brazos por encima del tripón indignadísima.

—No sabía cómo decírtelo, ha sucedido todo tan deprisa. Además, yo tampoco me atrevería a definir nuestra relación como de novios.

—Y ¿cómo la definirías, Betty? —Me amedrenta con sus ojos de gata clavados en mí.

—Pues nos estamos conociendo —me excuso, encogiéndome de hombros.

—¡Y una mierda! —bufa.

—Elizabeth, cálmate, estás a punto de salir de cuentas y no te viene bien tanta excitación.

—¡Pues haberlo pensado antes! Quiero que sepas que no pienso perdonarte. —Gira la cara hacia otro lado, enfurruñada.

—Vamos, no seas melodramática, no te pega nada. Lo que te fastidia en realidad es haberte quedado con cara de tonta al verme aquí y no saberlo antes. La señorita *Lo-controlo-todo* se ha llevado una sorpresita inesperada.

Cuando abre la boca para protestar aparecen los hombres en el salón, que se acercan a la mesa charlando entre ellos.

—¡Esto no se va a quedar así! Ya hablaremos tú y yo, no pienso volver a contarte nada —me amenaza.

—Qué tonta eres.

—¡Elizabeth, me voy a comprar un AM-RB 001! —le cuenta Sammuel con cara de niño

pequeño superentusiasmado.

—Muy bien, cariño —responde ella, sin haberlo escuchado siquiera.

Otra de las sirvientas, ésta un poco mayor que la anterior, entra con una mesita de tres pisos llena de platos tapados que va disponiendo a lo largo de la mesa. Después desaparece llevándose las tapaderas y la mesita consigo, para que una tercera criada nos sirva.

—Señor, te damos gracias por reunirnos un año más en torno a tu mesa. Bendice los alimentos que vamos a tomar... —El señor Williams continúa con su retahíla de agradecimientos a Dios, se acuerda hasta del perro de los vecinos. ¡Jesús!, y yo con el hambre que tengo solo consigo pensar en lo bien que huele la comida—... y, por último —continúa—, te doy gracias especialmente porque mi hijo Ian haya encontrado a una mujer tan maravillosa como Beatriz. Espero que me den nietos pronto.

Yo me atraganto con el champán que acabo de beber al oír sus palabras y, sin poder evitarlo, lo escupo todo encima del pavo. «¡Oh, Dios mío!» Comienzo a toser y a ponerme roja mientras Ian, Sammuel y Elizabeth lloran de la risa.

Todas las sirvientas se apresuran a limpiar el desastre que he causado.

—Papá, no tendrías que hablarles de hijos a las mujeres de Ian, ya deberías saberlo —bromea Sammuel entre carcajadas.

Ian se levanta entonces de su silla como alma que lleva el diablo.

—¡Retira eso ahora mismo! —increpa a su hermano, amenazándolo con el dedo demasiado cerca de su rostro—. No te permito que la trates como a una cualquiera.

—¡Eh! —lo interrumpe Sammuel, levantándose también—. Tranquilo, hermanito, solo era una broma —se excusa sin ningún atisbo de arrepentimiento, pero con una evidente sorpresa por la voraz defensa de su hermano.

—No te preocupes, Ian, sé que Sammuel estaba de broma —alego, tratando de tranquilizarlo mientras le tiro del brazo para que se siente.

El señor Williams se levanta también y reprende duramente a sus hijos con una sola mirada.

—¡Basta ya! ¡No estoy dispuesto a que cada vez que traigáis a una mujer a mi casa montéis una bochornosa pelea de gallos! —exclama muy irritado, dando un golpe en la mesa.

Sammuel e Ian se sientan entonces, agachando la cabeza. Elizabeth parece estar pasándosele en grande, entre otras cosas, porque se está riendo abiertamente.

Las criadas me han retirado el plato mojado y me han servido todo de nuevo, qué apuro.

—¡Que aproveche! —El anfitrión levanta su copa y todos brindamos.

—Es el pavo más sabroso que he comido nunca, señ... —me detengo para corregirme—, Robert.

—Me alegro de que te guste, Beatriz, es la receta tradicional de Catherine, la madre de mis hijos, y una manera de que ella esté presente en este día tan especial —me contesta algo afligido. Se nota que todavía la echa de menos, seguro que su pérdida supuso un duro golpe para todos.

El pavo relleno acompañado de salsa de arándanos dura muy poco en mi plato, hasta lo rebaño, ¡qué rico!

—Beatriz, como sigas chupándote los dedos de esa manera tendré que llevarte al baño —susurra Ian en mi oído, rozándome a propósito con los labios al hablar y colocándose con

disimulo el bulto de su pantalón por debajo de la mesa, aunque de un modo lo bastante explícito como para que yo adivine su gran erección.

Me tenso en mi silla, ruborizándome al imaginar la tórrida escena.

Durante el postre, los hombres hablan de negocios, y Elizabeth y yo los escuchamos con atención, o al menos fingimos hacerlo. Creo que la pelirroja malvada debe de haberse fumado algo, porque la noto excesivamente calmada, sin dar su opinión sobre nada ni llevarles la contraria. Algo está ocurriendo aquí que se me escapa.

Cuando terminamos de cenar, nos levantamos de la mesa para dirigirnos hacia otro salón a beber algún licor. Tomamos asiento en varios sofás dobles que se encuentran formando un cuadrado alrededor de una mesa baja plateada. Ian se sienta junto a mí, y de vez en cuando posa una mano sobre mi muslo haciendo presión en él para que me suba mucho calor.

Charlamos sobre lo maravilloso que es mi país durante un buen rato. Después cambiamos de tema.

—Sammuel, ya que hoy no habéis traído a Cathy, mañana me la podríais acercar, hace ya dos días que no la veo —señala el padre de Ian una vez que da un sorbo de su vaso de whisky.

—Sí, papá, ya sabes que Carol y Bruce habían prometido llevarla hoy a la Ciudad de los Niños a cenar y no quería perderselo.

—¿Cuándo viene?, ¿mañana? —pregunta Ian de lo más interesado.

—Sí, mañana os traeré a la princesita. —Sammuel sonrío. Parece que ya han olvidado sus rencillas.

Yo no opino nada al respecto, sé de sobra que todos se pelean por estar con ella, incluida yo, que voy a verla a su casa en cuanto puedo y no hay día que no me mande alguna foto por wasap con algún maravilloso peinado, vestido o zapato. Esa enana malcriada nos ha robado el corazón a todos. Aunque lo que me sorprende es que Ian esté incluido en su club de admiradores, pues no me pega nada verlo rodeado de juguetes, al menos, no de juguetes infantiles. Aunque después de lo de las orquídeas..., este hombre es una caja de sorpresas.

Me levanto para ir al baño.

—¿Te acompaño? —pregunta Ian con voz sensual.

—¡No! —exclamo, dando un respingo que a nadie le pasa desapercibido; y para que no piensen que estoy mal de la cabeza, me apresuro a añadir—: No te molestes, gracias, creo que puedo ir sola, imagino que está al fondo del pasillo a la derecha, como todos los baños, ¿no? —bromeo.

—Efectivamente —afirma Elizabeth riendo.

Encuentro enseguida el aseo, donde me recreo un buen rato. No tengo ninguna prisa por volver, estoy pasando muchísima vergüenza y me da la sensación de que cada palabra que digo y cada movimiento que hago son estudiados a conciencia.

Cuando regreso al salón, oigo voces procedentes de una de las habitaciones. Sé que no deben espíarse las conversaciones ajenas, pero una de las voces es la de Ian, así que no puedo evitar hacerlo.

Me escondo con todo cuidado tras la puerta, que está entreabierta.

Escucho.

—¡Eres un maldito desgraciado! —Reconocería esa voz hasta en el infierno: se trata de Elizabeth, y parece enojada de verdad.

—¡No tienes derecho a insultarme, tú estás haciendo lo mismo! —le reprocha Ian igual de alterado.

Me asomo un poco más por la rendija, y entonces logro verlos. Debo de haberme equivocado de camino, porque la sala parece una especie de biblioteca, no es el salón donde nos encontrábamos. Están los dos en el balcón, imagino que para que nadie los oiga. La Hudson no deja de gesticular con los brazos, y resulta hasta cómica con ese barrigón.

—¡Yo no oculto nada!

—¿Ah, no? ¿Estás segura de eso, Elizabeth? Porque creo recordar que tú también le has ocultado algún que otro detallito a tu querida amiga.

—¡Eso no fue nada comparado con esto!

—Claro, la diferencia es que ahora soy yo el que lo oculta, pero el hecho es el mismo.

—¿Cómo te atreves? ¡Te estás aprovechando de ella, de su ingenuidad! ¡No te importan lo más mínimo sus sentimientos! —grita ella.

—¡Y ¿tú qué sabes?! —gruñe él.

—¡Te conozco de sobra, Ian Williams! Solo te aviso de que, si te atreves a hacerle daño, te perseguiré por toda la galaxia hasta sacarte los ojos, cabronazo.

—¿Crees que pretendo hacerle daño a propósito? Todo surgió de repente, yo no lo planeé.

—Podrías haber elegido a otra psiquiatra, no a mi amigo...

—¡Me la recomendó Simon, mi abogado! —la interrumpe.

—Me da igual, Ian, no quiero saber nada más sobre este asunto. Si no se lo cuentas tú, lo haré yo, así que más te vale hablar. Eres un cobarde que no la merece.

—En eso estoy de acuerdo contigo.

No quiero seguir escuchando.

No puedo creerlo... No quiero creerlo.

No obstante, ésa sería la única explicación lógica por la que estaban tan raros en la cena y por eso intercambiaban esas miradas tan sospechosas.

¡Me ha traído para ponerla celosa a ella!

Las piezas empiezan a encajar en mi cabeza.

Él quería saber si Samuel traería mañana a la niña, pero solo para enterarse de si Elizabeth estaría sola. ¿Están liados? Pero ¡si está embarazada, por el amor de Dios!

Cuando vuelvo a ser consciente de dónde me encuentro, estoy en la calle, llorando como una magdalena penitente. Tengo que huir de aquí, necesito pensar algo cuanto antes, y quiero alejarme de él. Pero ¿cómo?

Capítulo 42

Justo en medio de mi fulminante salida, cuando ya casi estoy llegando a la garita de seguridad para poder tomar un taxi (cómo lo pagaré y cómo entraré en casa sin llaves es harina de otro costal, ahora estoy inmersa en mi huida), va y se pone a diluviar como si fuese el fin del mundo. Y ¿os preguntáis por qué pienso que soy gafe?

«¡Mierda!»

¿Qué más podría ocurrirme? ¿Por qué mi vida es así, un continuo torbellino de mala suerte? Solo me queda que se resquebraje la tierra bajo mis pies, o que aparezca un dinosaurio y me devore, ¡es que es el colmo de lo absurdo!

—Señorita Swanson. —Una voz de hombre, de sobra conocida, me saca bruscamente de mi desdicha para sumirme en una repentina alegría.

Me vuelvo para ratificar que es John en el Porsche Cayenne de Elizabeth.

—Todos la están buscando —me informa el guardaespaldas de mi amiga.

—¡John, por favor, no le cuentes a Liz dónde estoy, no quiero volver!

Mi estado debe de ser deplorable, siento cómo el vestido empapado se pega a mi cuerpo y cómo el pelo chorreante resbala por mi rostro. Ahora me alegro de que esté lloviendo, pues mis lágrimas se camuflan con la lluvia.

El gigante negro me observa con cara de pocos amigos, imagino que su jefa lo habrá amenazado de muerte si no me encuentra.

—Súbase al coche, va a coger una pulmonía —me ordena.

Abro la puerta del pasajero sin pensarlo dos veces porque estoy tiritando de frío.

—Llévame a casa, John, por favor —le suplico.

—Ian está esperándola allí —me advierte.

«Y ¿ahora qué?... ¡Idea!»

—Pues llévame a Brooklyn, a la calle Havemeyer, 22, por favor —le ruego, sorprendida por mi memoria.

—Está bien.

A continuación, introduce la dirección en el GPS y no pronunciamos ninguno de los dos ni una sola palabra más durante el trayecto.

Todavía no hemos llegado a la calle que le he indicado, pero al pasar por delante de un parque, reconozco el gran portón de hierro por el que entramos Ian y yo para ir a la cabaña.

—¡Aquí, para aquí, John! —exclamo emocionada.

Cuando el guardaespaldas detiene el vehículo, salto literalmente fuera mientras le doy de nuevo las gracias por salvarme.

—¿Se va a quedar aquí sola en plena noche y lloviendo? —me pregunta John, tras echar un pertinente vistazo a los alrededores.

—Tranquilo, estoy cerca de la casa de un viejo amigo, estaré a salvo.

Muy a su pesar, arranca el vehículo, acelera y se marcha a toda prisa. Yo me apresuro a subir como puedo por la ladera rocosa por la que me llevó mi falso novio. Una vez arriba, no tardo en descubrir la cabaña entre los árboles y corro hacia ella como si fuese mi única salvación.

Me embarga la emoción al comprobar que, en efecto, la llave sigue debajo del felpudo, y abro sin problemas. Entro en la casita y cierro por dentro, dejando la llave puesta para que nadie pueda abrir. Estoy sola en plena noche, en medio de quién sabe dónde, sin móvil, sin abrigo, sin dinero... Podríamos titular el libro *La pesadilla de una gafe se convierte en realidad el día de Acción de Gracias*.

Lo primero que debo hacer es secarme; tengo que entrar en calor como sea porque no puedo dejar de tiritar, debo de estar poniéndome azul. Se me pasa por la cabeza encender un fuego en la chimenea, pero nunca lo he hecho antes, así que enseguida me autoconvenzo para no prenderlo, pues no me gustaría volver a extinguir las orquídeas con un incendio. Así pues, opto por llenar la bañera y sumergirme en agua hirviendo.

Poco a poco voy recobrando el aliento y volviendo a la vida. Habrá pasado cerca de una hora, mis dedos están arrugadísimos y el cuarto de baño se ha llenado de vapor. Salgo de la bañera, me enrolla una toalla al cuerpo y busco un secador de pelo que encuentro en un cajón. Me seco tranquilamente mientras trato de quitarme de la cabeza la doble traición que acabo de destapar.

Entro en la habitación donde está la cama, busco algo de ropa en los cajones y me pongo lo único que hay: una sudadera roja de algodón con capucha que me queda enorme y unos pantalones de chándal que me están peor todavía —con las zapatillas ni siquiera lo intento—; al menos dormiré calentita. Al cerrar el cajón, toco algo duro con los dedos y vuelvo a abrirlo para comprobar de qué se trata. Saco una carpeta verde en la que veo que está escrito en rotulador: «Documentación para el juicio». La abro porque me vence la curiosidad, y lo que encuentro consigue que me deje caer abatida sobre la cama.

Antes de inspeccionar con detenimiento la gran cantidad de papeleo que contiene la carpeta voy a prepararme un café, pues mucho me temo que, entre unas cosas y otras, ya no podré pegar ojo en lo que resta de noche. Además, este asunto requiere de toda mi atención.

Vuelvo a la habitación con la taza humeante entre las manos y observo turbada todos los documentos que he esparcido sobre la cama. No sé muy bien por dónde empezar.

Me siento entre ellos y busco el que tiene la fecha más antigua, lo cojo y lo leo. Es la autopsia de Charles Williams, en ella se informa de cómo murió. «Pero entonces ¿le hicieron autopsia? ¿No se lo había llevado Ian y lo había enterrado sin que nadie lo supiera?»

Después cojo otro documento, se trata de la cesión del apellido Williams al chico algunos años después de su muerte, junto con la factura de una lápida y su grabado. Me parece que Ian aguardó hasta el reconocimiento legal para grabar el nombre, no creo que no lo hiciese antes por falta de dinero.

Otro pelotón de folios grapados conforman la sentencia de un juicio en el que se condena al señor Mathew McHugh a cuarenta años de prisión por varios delitos, entre ellos, abuso de menores, apropiación indebida de fondos públicos, estafa al Estado, asesinato de indigentes y violación de múltiples derechos humanos.

«¡Madre mía, vaya joyita de hombre!» Pienso en todos aquellos niños que fueron sus víctimas y se me eriza el vello de todo el cuerpo.

Hay otra sentencia grapada con la anterior, en la que se condena a un tal Paul McHugh al sacrificio inmediato de su perro, un rottweiler de cuatro años adiestrado para peleas clandestinas. Además, condenan también a su dueño a quince años de prisión por la práctica ilegal de éstas. No se indica nada con respecto a la muerte de Charlie, me imagino que no se pudo demostrar que estuviera en casa aquel día, si es que estaba.

Selecciono otro dossier. Estos informes están fechados hace un año, se trata de varios casos clínicos de trastornos de personalidad múltiple. Se me eriza el vello de nuevo al descubrir recortes de revistas médicas que informan de cómo actúan los pacientes con esa patología, las causas que la provocan, las consecuencias..., todo. «¡Vamos, que se lo ha estudiado bien para meterse en el papel! ¡¡¡Será hijo de...!!!»

La rabia de lo acontecido en casa de su padre, junto con el pensamiento de que también me haya engañado en lo que respecta a su enfermedad, hace que quiera arrancarle la cabeza, o los huevos, ¡o lo que sea!, para después picarlo en trozos muy pequeñitos y echárselo a los patos. ¡Nunca en toda mi vida he sentido tanta agresividad! Si lo tuviese delante ahora mismo, juro que lo descuartizaría... «¡Arghh!»

Después de deambular varias veces por la cabaña y romper algunos platos contra el suelo — bueno, la vajilla entera—, vuelvo a la cama. Ya me quedan menos documentos y quiero conocer toda la verdad para saber a qué me enfrento.

¡Lo odio!

Encuentro una tarjeta de visita de un tal Simon, que es abogado, con mi número de teléfono escrito a bolígrafo por la parte de atrás. Imagino que será uno de tantos a los que Elizabeth mortificó para que viniesen a la consulta.

En otro dossier descubro varias biografías completas, con fotos incluidas, de algunos hombres; también consta dónde han estudiado o trabajado, sus domicilios actuales... Sin embargo, todo ello no me dice nada, no encuentro ninguna cosa en particular que llame mi atención. Solo observo que todos coincidieron en algún momento en el centro de menores y que curiosamente todos están ahora en prisión, salvo uno, un tal Roger Montgomery.

Lo último que me queda es un sobre cerrado con fecha de hace poco más de un año. Lo abro. Es una citación judicial para el lunes, o sea, dentro de tres días. El demandante es el señor R. Montgomery, y el demandado es Ian Williams: se le acusa de homicidio.

«¿Homicidio?»

Esto ya era lo que me faltaba.

Vuelvo a colocarlo todo como estaba y lo meto en el cajón de nuevo.

Mi cerebro comienza a maquinara a toda prisa sobre toda la nueva información recopilada, pero se detiene en seco porque algo me asusta. Se trata de un ruido procedente de la calle:

¡pisadas! Me apresuro a apagar todas las luces y me encierro a oscuras en el baño, la única estancia de la cabaña en la que no hay ventanas. Estoy temblando de miedo. Nadie sabe que estoy aquí, salvo John. ¿Se lo habrá contado a Elizabeth? ¿Será ella?

«Sí, claro, en su avanzado estado de gestación va a venir hasta aquí en plena noche a buscarme...» Es por este tipo de cosas por lo que me decidí a estudiar Psiquiatría, por comprender el mecanismo por el cual el cerebro intenta engañarse a sí mismo para convencerse de cosas absurdas cuando no encuentra otra salida. Parece ridículo, pero tiene su explicación lógica, es solo otro mecanismo de defensa más.

Pasa un buen rato, en el que no dejo de temblar, pero no sucede nada. Salgo a toda prisa de mi escondite y, como si fuese el mismísimo Flash Gordon, cojo una almohada y el edredón de plumas que está sobre la cama, para volver corriendo a encerrarme en el cuarto de baño. Una vez a salvo, me monto una cutre-acampada junto a la bañera; menos mal que como el suelo es de madera no hace ni pizca de frío. Me quedo dormida en menos de un minuto, pues mi mente ya no puede más y simplemente desconecta.

Capítulo 43

Abro los ojos, pero no veo nada, todo es oscuridad a mi alrededor. Me incorporo para descubrir qué sucede, pero lo que siento es que me duele todo el cuerpo. «¡Oh, Dios! ¿Es que he dormido sobre una piedra?» Entonces recuerdo dónde estoy. Me levanto del suelo con movimientos extraños, como si fuese una mezcla entre un viejo robot oxidado y una muñeca de Famosa con las pilas agotadas, porque tengo cada músculo entumecido.

«Es imposible que los japoneses defiendan que dormir en el suelo es lo más sano que hay.»

Abro la puerta poco a poco y asomo la cabeza para comprobar si hay algo distinto de cómo estaba anoche, pero parece que no, que todo está en orden, si es que se puede llamar *orden* al destrozo que hice en la cocina y en la habitación, claro. Decido salir al salón. No hay nada diferente, menos mal que no ha entrado nadie.

—¡Ahhhh! —grito como una loca, y doy un brinco cuando miro hacia el sofá. Siento cómo el miedo va subiendo por mis pies.

¡Mi bolso!

¡Mi bolso está sobre el sofá!

Esto solo puede significar que alguien ha estado aquí, pero la puerta estaba cerrada y con la llave puesta y hay rejas en todas las ventanas... No es posible. ¿Quién habrá sido y cómo? Es evidente que la primera persona en la que pienso es Ian, pero me resulta muy extraño que haya sido capaz de venir y no decirme nada.

Me apresuro a coger mi móvil para buscar la aplicación de Uber. Indico la dirección exacta en la que tienen que recogerme y espero. En cuanto la moderna aplicación me confirma que hay un vehículo disponible muy cerca y que ya viene de camino, salgo de aquí echando leches.

Ni siquiera miro hacia atrás cuando voy corriendo entre los árboles, porque el miedo a que alguien me esté persiguiendo me lo impide. Literalmente, me tiro por la ladera, rodando hacia abajo y rebozándome de barro, para volver a salir al camino principal del parque cuanto antes. Cualquiera que me estuviese viendo podría pensar perfectamente que huyo del diablo.

Por último, llego a la puerta principal del parque, donde, en efecto, hay un coche negro aparcado, cosa que me alivia sobremanera. Me acerco hacia él a toda prisa, mientras el conductor contempla, pasmado desde su asiento, mi chándal ocho tallas más grande, conjuntado con todo primor con los tacones de aguja amarillos, y todo ello lleno de barro. No me importa, en realidad me da igual lo que piense sobre mí ese hombre.

—Al 382 de Central Park West, rápido —le ordeno todavía sin respiración, mientras me

abrocho el cinturón de seguridad y me acomodo en el asiento trasero.

El conductor me observa con cara de chiste, pues seguro que esperaba que semejante personaje sucio le pidiese ir al Bronx y no a la zona más pija de Manhattan. ¡Cuántos prejuicios tenemos!

Cuando hemos llegado y bajo del coche, observo que mi asiento ha quedado embarrado por completo. Entonces comprendo por qué me miraba de ese modo el pobre hombre, y no era precisamente porque fuese un experto en moda. Así que, aparte de lo que ya de por sí cobra la aplicación por adelantado, lo obsequio con una buena propina para que al menos pueda limpiar la tapicería.

Una vez que me encuentro en mi casa, logro respirar tranquila.

Me doy una ducha rápida para quitarme los restos de barro seco. Al salir, me tiro en el sofá boca abajo, entre otras cosas porque es lo único que consigo hacer, necesito relajarme.

Mi vida monótona, serena y aburrida se ha convertido en una película del agente 007 desde que Ian apareció en ella, y no estoy acostumbrada a enfrentarme a tantas cosas en tan poco tiempo. Mi cerebro es sedentario, asimila despacio, necesitaría un par de meses, o incluso un par de años, para hacer frente a todo esto. Por ello, me encuentro terriblemente desubicada, como si no aceptase la gran cantidad de acontecimientos ocurridos. Podría parecer que me niego a asimilarlo, pero lo que sucede es tan solo que resulta demasiado complicado para mí.

Mi móvil no tarda en sonar, aunque estoy segura de que no puedo moverme para responder, me duele todo. Después de un rato, ese ruido sigue retumbando en mis oídos, lo hace tantas veces que dudo si contestar, me hago la tonta..., pero al final decido levantarme para cogerlo porque la canción de Iron Maiden me está taladrando el cerebro y eso solo puede significar una cosa: que la llamada es de mi querida pelirroja. Al fin y al cabo, ella no tiene culpa de nada, solo intenta protegerme o al menos ésa es a la conclusión que he llegado, pues no creo que ella le corresponda.

—¡Pero ¿dónde cojones te habías metido, por el amor de Dios, Betty?! —grita como poseída.

—Buenos días, señorita Hudson —contesto, como hacía en Hudson Enterprises.

—Déjate de chorradas. Ya veo que estás bien, y yo preocupada. No puedo hablar ahora; por tu culpa, empezaron a darme contracciones anoche y acabo de romper aguas.

—¡iii¿¿Qué??!!!

Me pongo nerviosa de nuevo. Pero ¿es que no van a dejar de sucederme cosas? ¿Dónde están aquellos días en los que me quejaba de aburrimiento y soledad?

—John nos está llevando al hospital a Sammuel y a mí. No sé a quién atenderán antes, porque este hombre está desquiciado... —Deja de hablar porque sufre una nueva contracción. Lo sé porque la oigo contar las respiraciones, como le ha enseñado su matrona en el curso de preparación al parto, y la oigo también maldecir a su marido de mil formas distintas. No me gustaría estar en el pellejo del señor Roc ahora mismo—. Betty, ve a casa cuanto antes para quedarte con Cathy, está allí sola con la señora Wilson, pero esa maldita albóndiga tiene que irse con su hija ¡precisamente ahora! Date prisa, por favor. Te quiero, adiós.

—Pero...

Pero nada, porque ya ha colgado.

Miro el móvil con cara de mongola hasta que desaparece la foto de una Elizabeth sonriente de la pantalla y ésta se queda oscura. Si hubiese estado al otro lado del mundo y no pudiese acudir a cuidar a su hija, ni se habría enterado, pero me conoce muy bien y sabe que nunca estoy demasiado lejos. ¡Qué vida más triste!

Descubro entonces que tengo cerca de doscientos wasaps sin leer de Ian y, sin pensarlo dos veces, le doy a «Vaciar chat». También hay montones de llamadas perdidas tuyas, junto con las de Elizabeth, de Sammuel y de otros números desconocidos.

Las palabras «¡Ve a casa cuanto antes!» resuenan en mi cabeza, y entonces reacciono. ¡Cathy pronto estará sola porque la señora Wilson tiene que marcharse! Solo espero a que aguarde mi llegada, ¡la niña no puede quedarse sola!

Me apresuro a ponerme los leggins negros y rosa de yoga, con el primer jersey que encuentro, que es uno blanco que deja un hombro al aire y me cubre solo medio estómago. Ni me detengo a pensar que estamos casi en invierno. Me pongo las zapatillas de deporte blancas como buenamente puedo mientras corro por la casa y cojo la parka negra de la percha de la entrada.

Debo llegar a casa de Liz cuanto antes. Ya en la calle, llamo a un taxi, que de forma milagrosa se detiene frente a mí nada más levantar el brazo. Se nota que es festivo y la gente no ha salido.

—Al 80 de Hidden Valley Road, en Far Hills. Dese prisa, por favor.

Tardamos unos cuarenta y cinco minutos en llegar que se me hacen eternos. En cuanto estamos frente a la casa de los Roc, la señora Wilson me aborda para que no deje escapar el taxi.

—Pero, espere, que tengo que pagarle —la informo apuradísima.

—No te preocupes, te estaba esperando; llego tarde al aeropuerto, ya lo pago yo todo.

Y se mete enseguida en el vehículo sin ni siquiera mirarme. El taxi acelera y desaparece de mi vista como un cohete.

Miro hacia la casa. Me parece extraño que haya dejado a Cathy sola en el interior; aunque tenga cinco años, no se le puede dar demasiada libertad porque siempre la está liando.

Entro en casa con mis llaves.

—¿Cariño? —exclamo desde la puerta.

Nada, solo hay silencio. Qué raro, por lo general viene corriendo hacia mí como un tornado.

—Nena, no es momento de jugar al escondite, la *madri* está un poco cansada. —Hablo alto para que me oiga de dondequiera que se haya escondido.

Cuando nació, todas las mujeres de la familia queríamos ser las madrinas de la criatura. Por supuesto, yo me considero totalmente de la familia. Pero Carol, la madre de Elizabeth, ha aguantado a la pelirroja más años que yo, por tanto, ganó por goleada ese derecho y le concedieron a ella el gran honor. Para quitarme esa espinita, le enseñó castellano a Cathy y así podemos hablar entre nosotras sin que nadie se entere, y por esa misma razón me llama *madri*.

No hay señales de vida en la planta baja. Me dirijo a la planta de arriba, subiendo los escalones a toda velocidad de dos en dos, pues, aunque estuviese escondida, no habría aguantado las ganas de decirme «No estoy, búscame», o algo similar, como hace siempre. Cuando un niño está en silencio es que algo malo sucede.

Voy corriendo hacia su habitación y enseguida oigo risas tras la puerta. Un gran alivio se

apodera de mi cuerpo, por fin respiro, no soy consciente de lo tensa que estaba hasta que me relajo. Ni siquiera me detengo a espiarla porque me muero de ganas de abrazarla y achucharla.

—¡Cariño, ya estoy aquí...! —Abro la puerta y me quedo petrificada.

Una especie de travesti diabólico está tendido boca arriba sobre la gran alfombra rosa de *Frozen*, mientras Cathy, sentada sobre su pecho partiéndose de risa, lo maquilla con las pinturas de Chanel de su madre.

—¡Vaya, mi amor, cuánto has tardado en llegar! Joder, ese conjunto te queda de infarto... — me saluda alegremente la esperpéntica muñeca pérfida desde la alfombra, admirando mi terso abdomen desnudo con lascivia.

Como es evidente, paso de él, reprimiendo como puedo las ganas de asesinarlo que tengo. Me ha provocado un profundo *shock* encontrarme con él de repente.

Cathy se levanta enseguida, entusiasmadísima por mi aparición. Lleva puesto su disfraz de Campanilla verde, que deja al aire sus delgadas piernecitas, y unas graciosas alas en la espalda cubiertas de purpurina. Su melena pelirroja está recogida en dos trenzas, y sus increíbles ojos violetas me miran llenos de cariño. La espero de rodillas en el suelo y, cuando llega a mi altura, se lanza a mis brazos.

—¡*Madri!* ¡Qué ganas tenía de verte! —Ríe mientras me abraza con fuerza.

—¡Y yo a ti, princesa! Te he echado tanto de menos...

Le doy mil besos en sus mofletitos mientras ríe.

—Mira, *madri*, el tito y yo estamos jugando a las pinturas; ¿a que me ha quedado muy guapo? —Me coge de la mano y tira de mí para que me acerque hacia él, pero me resisto.

Ian se ha sentado en plan indio en el suelo y me contempla sonriendo exageradamente para que admire la obra de arte que ha creado mi querida sobrinita. «Dios mío, parece cualquier cosa, da mucho miedo.» Me tapo los ojos con la mano que tengo libre para no mirarlo más, pero sobre todo para evitar reírme del cuadro que tengo delante.

—Te ha quedado muy bien, pequeña, pero tu tito puede marcharse, ya me quedo yo contigo, ¿vale? —propongo divertida, mientras le dedico a él una mirada reprobatoria sin que ella se dé cuenta.

—¡Nooo! —Lloriquea sin lágrimas la renacuaja—. El tito me ha prometido quedarse conmigo todo el día, ¡y no le dejo que se vaya!

Corre a sentarse en su regazo y lo abraza como si le fuese la vida en ello. Es evidente que es hija de una bruja.

—La princesa manda —se excusa Ian encogiéndose de hombros, mientras sonrío triunfal.

Evito soltar un gruñido de rabia por su primera victoria. Quiero marcharme, pero Elizabeth confía en mí, me ha pedido que cuide a su hija y no pienso dejarla sola con este gañán, porque entre los dos serían capaces de quemar la casa. Y conmigo ejerciendo de supervisora..., es evidente que no.

—¡*Madri*, sal fuera, que vamos a darte una sorpresa!

—¿Otra?

Salgo de la habitación recelosa mientras ella me empuja. Esta niña está en todas partes, vaya nervio se gasta. Cierra la puerta enérgicamente tras de mí.

No creo que pueda sobrevivir a este día.

Enseguida vuelve a abrirse la puerta e Ian aparece ante mí con su maquillaje exclusivo.

—¡Cuéntame ahora mismo qué cojones ocurrió anoche, por qué te fuiste al baño y ya no volviste! —gruñe en mi cara—. Y espero que me digas la verdad, Beat...

—¿La verdad? —lo interrumpo, enojada como no lo he estado nunca—. ¿Te refieres a la misma verdad que me has contado tú a mí, señor Williams? ¿O en realidad ahora eres Ian, alias *el Capullo*? ¡Ah, no, perdona..., que resulta que todo era mentira! —grito colérica.

Se queda helado.

—¿Has hablado con Elizabeth? —supone tartamudeando.

—No, tranquilo, no he hablado con tu amada Elizabeth, lo he descubierto todo por mí misma, repasando lo sucedido entre nosotros. Desde el principio, nada me encajaba, y al final ¡¡¡descubrí que me mentías!!!

Se ha quedado blanco, pero aun así intenta disimular.

—¿Mi *amada*? Y ¿eso ahora a qué viene? —protesta.

—¡Os espié mientras hablabais anoche en la biblioteca! ¿Pensabas que era tonta? ¡Pues me subestimas, porque el tonto eres tú! —le grito.

—¡Quería contártelo todo desde hace tiempo, pero nunca me dabas la oportunidad! —exclama.

«¡Y encima lo admite en mi cara!»

¡ZAS!

No puedo evitar soltarle un guantazo con todas mis fuerzas.

Entonces me agarra por las muñecas con fuerza y me empotra contra la pared. Su expresión de incredulidad, mezclada con ira, todo ello enmarcado en el maquillaje de princesa venida a menos, es una imagen explosiva que jamás podré borrar de mi memoria.

—¡Vas a escucharme lo quieras o no...!

Un carraspeo lo interrumpe y hace que nos separemos de inmediato.

—¿Qué hacéis?

No sé cuánto tiempo lleva Cathy escuchando, pero está plantada a nuestro lado, observándonos con cara de mosqueo y los brazos en jarras sobre su pequeña cintura.

—¡Nada! ¡Nada! —me apresuro a responder—. Tu tío quería convencerme para que me maquillases, pero yo no estoy de acuerdo.

Ella levanta una sola ceja, obviamente no me cree.

—Y ¿por eso tienes que pegarle? ¿No te han enseñado en el colegio que eso no está bien? —me reprende—. Y ¿tú por qué la coges así, tito? —Ladea la cabeza expectante, mirándonos de reojo.

Entonces Ian rompe a reír.

—¡Eres una miniarpía, ven aquí!

La coge en brazos y se mete con ella de nuevo en la habitación mientras la niña sigue protestando.

Yo aguardo fuera, deambulando histérica por el pasillo. Estoy muy alterada, acabo de confesarle que conozco todos sus secretos, ¡todos! A ver ahora cómo reacciona y qué se inventa

al respecto. Aunque parece que no niega nada, ni siquiera se ha molestado en excusarse. Me da igual; lo único que me interesa es no volver a verlo jamás, aunque teniendo en común a la bichita, imagino que será bastante complicado.

—¡Ya puedes entrar, *madri*! —me llama en español una vocecilla.

Entro con sumo cuidado, pues, viniendo de esos dos, puedo esperarme cualquier cosa.

Ian está desmaquillado, pero todavía le queda algo de rímel en las pestañas, por lo que su mirada parece mucho más intensa, si cabe. Está situado detrás de una especie de escenario improvisado que han montado con las cajas de plástico donde la niña guarda sus innumerables muñecas. Automáticamente, dirijo la mirada hacia el lugar donde deberían estar éstas y descubro a Cathy sentada en medio de todas ellas. Están dispuestas en fila india, sentaditas a modo de espectadoras.

La princesa me hace un gesto con la mano para indicarme que vaya a instalarme a su lado, y yo voy corriendo a colocarme entre la Nancy Esquiadora y la Sirenita.

—¡Chiss! Ya va a empezar la obra de teatro, hay que estar calladita y quietecita —me increpa la miniLiz, poniéndose un dedito sobre sus labios perfectamente pintados de rosa.

Yo evito reírme; ¡desde luego es una *Hitler Toy*!

Ian apaga la luz y enciende una linterna que deposita sobre una de las cajitas a modo de foco. En el pequeño escenario coloca una Barbie rubia que lleva puesta una bata blanca y un Ken moreno vestido con chaqueta y corbata.

—¡Bienvenidas a la maravillosa historia del valeroso *Kenian* y la delicada *Barbitriz*! —Presenta de una forma muy espectacular a los personajes, que sostiene en cada una de sus manos.

«¡¡¡¿¿¿*Kenian* y *Barbitriz*???!»

—¡Oh, Dios santo! —Me tapo la boca a la vez que niego con la cabeza llena de incredulidad.

—¡Chiss, silencio! —me reprende Cathy tan molesta que hasta me intimida. Levanto las manos en señal de perdón y parece que se calma.

Ian prosigue con el cuento.

—Érase una vez una chica llamada Barbitriz que vino de un pueblucho español en el que solo había vacas para poder cumplir su sueño de ser psiquiatra en Manhattan.

¿Acaso pretende provocarme más todavía metiéndose deliberadamente con mi pueblo?

—¿Qué es una psiquiatra, tito? —lo interrumpe la peque. Está claro que ella sí puede interrumpir.

—Una señora que cura las mentes, nena —contesta Ian.

—Solo algunas, otras no tienen remedio —recalco yo.

—¿Como una bruja que lee los *celebros*? —conjetura Cathy entusiasmada con la historia, que apenas acaba de empezar.

—¡Eso, exacto, una bruja! —exclama el tito divertido, bajo la mirada de amenaza de muerte que le lanzo—. Continuemos con el cuento, chicas —sugiere riendo—. Pues resulta que un buen día el hermanito de Kenian, de nombre *Kemmuel*, lo llamó al móvil mientras estaba en la fiesta de inauguración de la consulta de Barbitriz porque quería que le llevase una cosita que se le había olvidado.

—¿Qué cosita? ¿Un regalo? —pregunta Cathy.

—Sí, un regalo —contesta Ian esquivando la pregunta. Vete tú a saber de qué se trataba—. Cuando Kenian llegó a la fiesta, se encontró con que todos estaban muy preocupados buscando a Barbitriz, que había desaparecido de forma misteriosa sin dejar rastro. La mujer de Kemmuel, que se llamaba *Barbilizabeth*, le dio la dirección de la doctora al valeroso Kenian para que fuese a rescatarla, pues él conducía una supermoto voladora y llegaría más rápido que ninguno.

—¡Guau, tito, como tu moto, voladora, cómo mola! —aplaude Cathy emocionada.

Yo pongo los ojos en blanco al descubrir cómo babea el tío por el fanatismo de su sobrina y viceversa. Es obvio que aquí sobro, pues están claramente enamorados el uno del otro.

—Cuando iba camino del tenebroso castillo, el apuesto y valeroso Kenian encontró a la delicada Barbitriz sentada en un banco a punto de morir congelada.

—¡Ufff, cuánta imaginación! —protesto.

Los dos me hacen callar y él continúa:

—Como iba diciendo, Kenian iba volando con la supermoto a toda prisa, pero una señal del destino hizo que se volviese hacia aquel banco justo en ese preciso momento, y la descubriese. —Pone al Ken, subido en una moto rosa bastante cursi, al lado de la Barbie.

—La moto de Kenian da mucho más miedo que ésa —aseguro, señalándola con el dedo.

—¡Que no interrumpas! —me reprende la niña muy indignada—. Te vas a ir fuera, ¿eh? —me advierte muy seria para después pasar de mí.

Ian carraspea para ahogar la risa al ver mi cara.

—La delicada y hermosa Barbitriz al principio se negaba a montar con él en su moto porque pensaba que era un hombre malo, y ya sabéis que no debéis ir nunca con extraños —enfatisa, mirando a su sobrina—, pero en cuanto Kenian le dedicó una de sus sonrisas perfectas, ella cayó locamente enamorada de él...

—¡Ya te gustaría! —lo interrumpo.

—¡Jo, *madri*, no me dejas escuchar! —protesta Cathy.

Pongo los ojos en blanco, pues la mocosa está entregada por completo a la causa.

Entonces, tras una señal de su tío, la niña busca una canción en YouTube con el móvil de él, y cuando comienzan a sonar los primeros acordes se me dibuja una estúpida sonrisa en el rostro que me apresuro a borrar. Cathy canturrea feliz la que inevitablemente se ha convertido en la canción de su tío y mía: «*I only want to be with you...*».

—Pasaron unos días y Kenian no dejaba de pensar en Barbitriz. Entonces a él se le ocurrió que, si iba a verla a su trabajo y le contaba alguna historia, tendría la excusa perfecta para volver a estar junto a ella y averiguar por qué se sentía así, cosa que descubrió en cuanto sus ojos volvieron a mirarla... El problema fue que el cuento que quiso contarle en un principio no fue el que le contó finalmente; además, ella lo malinterpretó todo y, poco a poco, la mentira se fue haciendo cada vez más grande, hasta que llegó un momento en el que a Kenian le resultó imposible detener aquella farsa. Por mucho que trató de ser sincero con ella, no pudo...

—¿Por qué no pudo? —lo interrumpe la pequeñaja, cortando a la vez la música del móvil.

—¡Eso! ¿Por qué no? —lo animo yo también, expectante.

—Porque tuvo miedo de que ella conociese la verdad y dejase de quererlo. —Ian suena abatido mientras me observa con gran pesar.

—Pero él le había dicho una mentira, eso no vale —alega Cathy pensativa.

—Solo era mentira un pequeño detalle, nada más.

—Tito, mentir está muy mal. Hay que decir siempre la verdad, aunque tengamos miedo de lo que nos pase —le reprocha una Campanilla muy decepcionada de repente.

—¿Ah, sí? Y ¿quién te ha contado eso? —le pregunta Ian, haciéndose el enfadado.

—¡Papi! —exclama orgullosa, levantando su fina barbilla.

—Claro, no podría ser otro que don Perfecto —protesta él por lo bajo.

—Barbitriz no puede casarse con Kenian —Cathy se pone en pie para situarse al lado del escenario—, porque si le miente nada más conocerla, todo lo demás podría ser mentira también, no puedes fiarte de alguien así —añade, gesticulando con exageración con sus manitas rechonchas bajo la atónita mirada de su tío.

—Y eso seguro que es cosecha de la madre que te parió —le reprocha Ian a su sobrina entre dientes.

—«A veces, la vanidad es más fuerte que ningún amor, por eso a los hombres hay que halagarlos para obtener de ellos lo que quieres» —recita la niña como si fuese una oración, provocando con ello nuestra estupefacción absoluta—. ¡Eso sí que me lo ha enseñado mamá! —presume orgullosa.

—*Oh, my God!* —suspiro, mientras me tapo la boca con ambas manos—. La está entrenando para exterminar a los hombres de la Tierra. —La señalo con ambas manos.

—¡Y lo conseguirá!

Ian se parte de risa mientras ella nos ignora.

—Bueno, tito, ¿qué hacemos con el final del cuento?

—Nena, el cuento demuestra que el amor verdadero existe. Kenian no creía en él hasta que conoció a Barbitriz; la moraleja es que solo hay que encontrar a la persona adecuada y el amor surgirá por arte de magia.

—Yo quiero cambiarlo, no me gusta nada. —Arruga su naricilla respingona, negando con la cabeza—. Borremos las mentiras, se conocen y se casan.

—Pero solo le mintió en una sola cosa, todo lo demás fue real. Nunca le mintió con respecto a sus sentimientos: la ama de verdad, como nunca imaginó que fuese posible. Hay que saber perdonar —argumenta Ian, mirándome a los ojos fijamente.

—Tan solo se necesita una pequeña mentira para poner en duda todas las grandes verdades —le respondo con los ojos anegados en lágrimas—. Apréndete eso también, Catherine Roc, porque esta princesa ya no quiere tanto cuento.

Me levanto y salgo de la habitación pegando un portazo.

Capítulo 44

Estoy sentada en la escalera del porche, viendo llover.

—Sammuel acaba de llamar: todo ha salido bien, es un niño precioso.

Ian me pasa su móvil para enseñarme la foto de Elizabeth mirando embobada al bebé entre sus brazos. No puedo evitar sentir envidia de ella, una vez más.

—Gracias. —Le devuelvo el teléfono sin mirarlo.

Se sienta a mi lado apoyando los codos sobre las rodillas.

—¿Y Cathy? —le pregunto.

—Se ha quedado dormida después de recoger su cuarto y hablar con su padre. Le ha preguntado hasta el color del chupete del bebé, y le ha dicho que es feliz porque estamos los tres juntos. Han sido demasiadas emociones para ella en un solo día.

Ninguno de los dos abre la boca, solo permanecemos contemplando la lluvia mientras ésta humedece la hierba verde a nuestros pies.

—Beatriz, no sé muy bien cómo explicarlo, pero si te sirve de consuelo, cada cosa que dije o hice fue real. Me odio a mí mismo, y ahora todavía más. Todo cuanto te conté sucedió tal cual. El señor Williams y yo somos el mismo, uno tiene miedo a enamorarse y el otro se convence de que sería bueno hacerlo, simplemente son mis dudas internas. La diferencia es que te lo dibujé como si fuésemos dos personas distintas. Así que en realidad todo es cierto, salvo que esté enfermo.

De pronto se vuelve para contemplarme con una expresión extraña. Yo le devuelvo la mirada, intrigada y nerviosa.

—Mi alma era un agujero negro que absorbía toda la bondad que había a mi alrededor para convertirla en oscuridad. No deberías esperar demasiado de mí porque estoy acostumbrado a pensar únicamente en mi bienestar. Era un hombre muerto en vida que me aburría de todo, nada me importaba. Me acostaba siempre con más de tres mujeres porque, por separado, ninguna me satisfacía lo suficiente. Tenía mi vida bajo control, actuaba movido tan solo por y para mi beneficio... Pero entonces apareciste tú, con esa cara de niña buena, y todo cambió.

—Ian, no te creo.

—Entiendo que haya perdido tu confianza, pero déjame explicarte de una vez por todas el motivo por el que lo hice y después podrás marcharte si así lo deseas.

—Te escucho.

—Pasado mañana tengo el juicio más importante de mi vida. El último que cierra el ciclo.

—¿Qué juicio? ¿Qué ciclo? —pregunto con disimulo.

—¿Recuerdas que te conté que me había vengado de todos los que habían abusado de Charlie?

—Sí.

—Pues uno de ellos tiene una hermana abogada que, gracias a sus artimañas, logró que lo exculpasen, por eso sigue en libertad. Aun así, no contento con eso, me demandó porque sostiene que yo maté a Charlie y después lo enterré para que nadie se enterase.

—Y ¿qué gana él con eso?

—Que me culpen a mí del delito y todos sus amiguitos salgan de prisión.

—Pero ¿no tienes forma de demostrar tu inocencia? —Ahora estoy preocupada por él.

—Cuando mi padre le cedió el apellido a Charlie, fue necesario que un equipo de la policía científica certificase la identidad y la defunción de mi amigo. Imagínate lo que tuvieron que hacer para ello, aunque yo me negase rotundamente. No obstante, gracias a la autopsia que le realizaron, pudimos meter entre rejas a toda esa escoria, además de al desgraciado de McHugh y a su hermano.

—¿A su hermano, por qué? —Intento que no se dé cuenta de que sé lo de las peleas de perros clandestinas.

—Era el dueño del perro. Por lo visto, no era la primera vez que mordía a un niño, ni fue la última. Lo grababa todo en vídeo para venderlo después; aunque no lo creas, hay una mafia que se dedica a comerciar con ese tipo de... escenas.

—¡Qué barbarie! —exclamo horrorizada, conteniendo unas ganas enormes de llorar ante semejante depravación humana.

—Tranquila, espero que se pudran todos en la cárcel por ello, a no ser que el miserable de Montgomery haga algo para remediarlo. El solo hecho de pensarlo me mata, porque todos mis años de lucha no habrían servido para nada. —Cierra los puños con fuerza.

—Pero si tienes la autopsia no pueden acusarte de homicidio, Ian.

Me examina con los ojos entornados al oír de mi boca la palabra *homicidio*, que es justo lo que ponía en la carta de citación que vi en la cabaña.

«Sí, ambos tenemos secretos, cariño», pienso.

—Supongo que no podrán, pero, aun así, mi abogado me recomendó el peritaje de una psiquiatra que alegase algún tipo de desequilibrio mental, para estar completamente seguros de ello. Intuyo que pretende basar mi defensa en eso. Él fue quien me facilitó tu número.

—Y ¿él de qué me conoce?

—No lo sé.

—Y ¿no crees que debería basar la defensa en tu inocencia, y no en una psicopatología que ni siquiera tienes? —Me fastidia que crean que pueden jugar con estas cosas tan a la ligera.

—Él es el profesional, se supone que sabe lo que se hace. Yo solo debía convencerte a ti para que me dices el informe.

—¡Y ¿me haces creer que tienes personalidad múltiple?! ¿No encontraste algo más sencillito por ahí? —pregunto sorprendida.

No puede evitar sonreír al ver mi expresión de perplejidad. Se encoge de hombros.

—Como al principio no me reconociste, quise tomarte el pelo y me presenté en tu consulta como un perfecto caballero. Entonces me di cuenta de que te hacía más gracia siendo así, estabas más receptiva. Fue un juego inofensivo hasta que tú te montaste la película de la personalidad múltiple y siguió pareciéndome gracioso comprobar hasta dónde serías capaz de llegar, a la vez de servirme de coartada para el juicio. Al final, se me fue de las manos.

—¡Qué imbécil he sido, por favor! —Meto la cabeza entre los brazos.

—No digas eso. —Se acerca hasta mí para alzarme la cara con un dedo y que así pueda mirarlo a los ojos—. Poco a poco, comencé a confiar en ti y a contarte cosas que jamás le había contado antes a nadie, pues me sentía muy a gusto a tu lado. Pero lo que nunca imaginé es que terminaría enamorándome de ti, con eso sí que no contaba. La conclusión es que utilicé la mentira como una forma de demostrarte que también tengo mi lado serio y razonable, que al fin y al cabo fue lo que en realidad te atrajo de mí: ese caballero oscuro.

—¿De verdad crees que eso fue lo que me gustó de ti?

Es obvio que, estando enfadada como lo estoy con él, no voy a cantarle las alabanzas de todo lo que adoro de su persona, pero creo que la educación y el razonamiento ocuparían las últimas posiciones de la clasificación.

—Vamos, Beatriz, sé sincera contigo misma por una vez en la vida: una mujer como tú jamás se fijaría en un tipo como yo. De no haber sido por mis circunstancias misteriosas, nunca me habrías dado la más mínima oportunidad, debes reconocerlo.

Entonces pienso que él tampoco me habría dado esa oportunidad a mí. El destino, o como queramos llamarlo, ha jugado a favor de nuestra causa, pues ni un hombre como él miraría jamás a una mujer tan aburrida y simple como yo, ni alguien como yo se fijaría en un *living la vida loca* como él.

—Ian, ahora mismo no puedo ni mirarte a la cara. Te has burlado de mí y de mi profesión—¿Eres consciente de que he arriesgado mi carrera por estar contigo? Me he saltado todos los malditos códigos y me siento increíblemente ruin por ello, me he decepcionado a mí misma, me odio por esto —digo, señalándonos a ambos con una mano—. Si alguien nos hubiese descubierto, todos los años de sacrificios de mi vida habrían sido en vano porque me habrían retirado el título al instante, ¿lo entiendes? ¡Y todo para que te rieses tú solo de tu maldita broma!

—Lo siento de veras. —Coge mis manos entre las suyas y enseguida me siento reconfortada por su cálido tacto, pero me obligo a retirarlas de inmediato. Entonces me mira apenado por mi rechazo—. Al principio solo pensaba en mí, en mi propio beneficio, pero después solo pude pensar en ti, por eso te he contado toda la verdad. Incluso corriendo el riesgo de ir a la cárcel por no tener ese maldito informe psiquiátrico, quería que nuestra relación estuviese limpia por si...

—¡Me lo has contado porque te he pillado, no mientas más! —lo interrumpo enojada.

—¡No! Intenté confesártelo mil veces, pero nunca me dejabas. Anoche era mi fecha tope, pero saliste corriendo despavorida, sin que yo supiese por qué, a destrozarme la cabaña. ¿Se puede saber qué te hicieron mis platos y mis copas, por el amor de Dios?

—¿Fuiste tú el que me dejó allí el bolso? —De no ser así, no lo habría visto.

—¿Quién, si no?

—Y ¿cómo entraste?

—Hay un pasadizo secreto, para posibles huidas. Y no cambies de tema; ¿por qué te fuiste?

—¡Te oí hablando con Liz: te reprochaba que me ocultabas algo y que no te importaban mis sentimientos!

—Y, en vez de pedirme explicaciones, ¿sales huyendo?

—Creí que estabais liados.

Nos miramos y de pronto comprendo lo absurdo de mi suposición.

—Joder, Beatriz, y luego el que está mal de la cabeza soy yo. Me gustas tú, solo tengo ojos para ti, ¿qué más puedo hacer para que me creas?

—Ya no me sirve de nada, me has destrozado el corazón, Ian.

—Si tuviese la oportunidad de cambiar una sola cosa en mi vida, Beatriz, lo único que cambiaría sería haberte hecho daño —sentencia.

Se levanta para dirigirse hacia el interior de la casa. Dudo durante un breve instante si detenerlo o no, me gustaría, pero al final no hago nada. No sé luchar contra mí misma, me falta valor.

Voy a volverme loca; quiero creerlo, pero no puedo. Está ocultándose algo con respecto al juicio que no logro descubrir. ¿Por qué razón querría su abogado que lo diagnosticase de TID? ¿Para qué le habrá servido toda esta pantomima?

Cuando pasa un rato, decido entrar, pues un escalofrío me avisa de que me estoy quedando fría. Una vez en el reconfortante interior de la casa, descubro que Ian está dormido en el sofá con Cathy, plácidamente acurrucada entre sus brazos. Permanezco contemplándolos un momento. Es una escena tan tierna que parecen estar dibujados a carboncillo sobre un lienzo. No puedo evitar que me embarguen unas ganas enormes de acurrucarme junto a ellos bajo la manta que los cubre.

Entonces, por una vez en mi vida, y sin que sirva de precedente, olvido el motivo de mi enfado y decido cobijarme en ese paisaje bucólico.

Siento cómo un brazo fuerte me abraza enseguida y cómo otro pequeñito rodea mi cuello a la vez. Él me besa perezosamente el pelo y enseguida me quedo dormida con una gran sonrisa dibujada en el rostro.

* * *

—¡Dormilona, que ya es de noche! —La voz chillona de Cathy en mi oído me sobresalta, sacándome de golpe del placentero sueño en el que estaba inmersa.

—¡Vaya, qué princesa tan delicada! —protesto, haciéndole cosquillas en la tripita.

—Su alteza no veía la hora de despertarte, Bella Durmiente —dice Ian con una sonrisa; se sienta a mi lado y me acaricia la espalda por debajo del jersey, mientras unos ojos violetas entornados no pierden de vista la mano demasiado cariñosa de su tío.

—Tito, creo que no deberías tocar a mi *madri* así.

Él retira la mano automáticamente, incluso está sonrojado; creo que ni se había dado cuenta de que lo estaba haciendo delante de la niña.

—Y ¿por qué no, Cathy? —la provocho yo, pues me gustaría saber lo que piensa ese cerebritito loco al respecto.

—Porque es mío, ¡búscate a otro! —refunfuña ella molesta, en un castellano más que perfecto.

«¡Toma ya!»

Ian suelta una carcajada tan sonora que resuena por toda la casa, mientras yo me quedo mirando a la dulce niña con cara de lerda. ¡Esto sí que no me lo esperaba!

—No sé lo que ha dicho, pero por sus gestos y tu expresión, deduzco por dónde van los tiros.

La renacuaja nunca había actuado así conmigo. Siempre ha sido un amor, pero me está dando la impresión de que en presencia de su tío la cosa cambia y se convierte en una bruja posesiva y celosa.

—Ha dicho que me busque a otro —protesto entre dientes.

—¡Eso sí que es marcar territorio! —se mofa el tito de mí.

Después de que Ian se ría de lo lindo, corremos un tupido velo y nos vamos los tres a merendar a la cocina; por supuesto, ellos cogidos de la mano y yo detrás. Pongo los ojos en blanco al verlos. Entonces se oye cómo se cierra la puerta de entrada.

—¿Dónde está mi princesa? —Es la voz de Sammuel.

Cathy sale disparada hacia su padre, seguida por nosotros.

Allí están el padre y la hija, abrazándose y besándose como si hubiesen estado miles de años sin verse.

—Papi, ¿dónde está mami?

—Mamá está con tu hermanito, nena, ya sabes que como es tan pequeño no se lo puede dejar solo. He venido a buscarte para que nos ayudes con él porque nosotros solos no sabemos cuidar al bebé.

La coge en brazos y ella lo observa un poco indecisa. Es evidente que el plan es que no se ponga celosa.

Ian y él se dan un gran abrazo y yo le doy la enhorabuena más cortésmente.

—¿El bebé también es de tito? —pregunta al final Cathy.

—Claro, hija —le responde su padre.

Ella le dirige una mirada rencorosa a su tío, que no entiende a qué viene tanto drama.

—¿Con cuánta gente tendré que compartirte? ¡Me prometiste que era tu princesa! ¡Eres un mentiroso! —grita ella encolerizada, haciendo aspavientos con sus manitas desde los brazos de Sammuel—. ¡Que sepas que esta princesa ya no quiere tanto cuento!

Ian se tapa los ojos con una mano mientras niega con la cabeza y murmura entre dientes: «Mujeres».

—Cariño, no sé cómo se las apaña tu tío para que todo el género femenino le reclame lo mismo. —Sammuel se está partiendo de la risa—. Anda, preciosa, sube a por tu abrigo, debemos irnos ya.

La suelta en el suelo dándole una pequeña palmada en su culito respingón.

Ella obedece, pero cuando va por la mitad de la escalera se detiene y se vuelve para mirarnos.

—Papi, ¿qué es un *Ian-sutra*?

Sammuel automáticamente aniquila con la mirada a su hermano, al que casi se le salen los ojos de las órbitas. Mucho me temo que le va a costar muy cara la bromita.

—Nada importante cariño —le tiembla la voz—, es que a tu tío le gusta inventarse palabras raras que no existen. Venga, sube de una vez... —gruñe, mirándonos de reojo a ambos.

—Entonces ¿yo también puedo hacer el *Cathy-sutra*? —pregunta ella toda pizpireta.

—¡¡¡¡¡Ian!!!!!! —ruge un Sammuel colérico.

Ian sale corriendo por la puerta sin pronunciar ni una sola palabra. Me quedo yo sola ante el peligroso señor Roc, que se encuentra hiperventilando.

—¡Veo negro, Betty! —ruge.

—Lo siento, yo...

Me quiero morir.

—¡Márchate con él o lo pagaré contigo! —grita, amenazándome con el dedo.

Entonces yo también salgo corriendo de allí y enseguida descubro que Ian me está esperando al pie de la escalera, subido en la moto, con el motor ya en marcha y partiéndose de risa al verme correr también. Me lanza el casco cuando estoy a su lado y me monto muy deprisa mientras nos damos a la fuga.

—Voy a llevarte a un sitio muy especial para mí, agárrate fuerte —me indica, mientras acelera hasta alcanzar la velocidad de la luz.

Capítulo 45

No me acostumbraré nunca a ir montada en esta moto. Me da pánico y no puedo evitar gritar como una desquiciada cada vez que se aproxima una curva o adelantamos a un coche, para mí es mucho peor que los *loopings* de la montaña rusa; al menos allí hay cinturones de seguridad, por Dios santo.

—Beatriz, tendré que comprarte un casco insonorizado: parece que estén despellejando a un gato a mi espalda, ¡y es espantoso, joder! —protesta Ian, mientras me arranca literalmente el casco de la cabeza para guardarlo.

Sostiene la gran moto entre las piernas.

—Si no tuvieses complejo de kamikaze, no gritaría —alego en mi defensa.

—Sí, te creo —se burla—. Ya hemos llegado. —Señala un edificio que tenemos delante.

—Y ¿dónde estamos?

Bajo de la moto sintiendo todavía el temblor en mis piernas.

—Ésta es mi última sorpresa para ti. Con ella, habrás terminado de conocerme y podrás decidir por ti misma si me quieres en tu vida o no.

Voy a dar una respuesta impulsiva, pero muerdo la lengua. Poco a poco, nos vamos conociendo y acostumbrando el uno al otro, que es lo bueno de las relaciones: aprendes a controlar tus impulsos para no dañar a la otra persona y antepones su bienestar al tuyo propio, porque te importa.

Me coge de la mano.

—¿Preparada?

—Viniendo de ti..., miedo me da.

—Te gustará, doctora, te lo prometo.

Me da un suave beso en los labios que me sabe a gloria bendita y que me incita a seguirlo a donde haga falta.

Nos encontramos en la esquina de la avenida Madison con la calle Veinticinco, justo frente a Madison Square Park, bastante cerca de su casa. El edificio al que estamos accediendo parece bastante normal. Cuento cinco plantas, es blanco y está lleno de grandes ventanales con rejas. Por su aspecto, no tengo ni una ligera idea de qué puede tratarse.

—¿Qué es? —pregunto intrigada.

—No seas impaciente, rubia, a su debido momento todo sabe mejor —susurra con voz provocadora.

Saca una llave y abre el gran portón de hierro forjado negro que nos separa del interior. Una vez dentro, saluda a dos guardias de seguridad que hay a ambos lados de la puerta. Ya es de noche y el centro está cerrado.

—Buenas noches, señor Williams —saludan ellos.

—¿Qué tal, chicos?

—Todo en orden, señor.

—Bien, vamos a pasar dentro.

Me coge de nuevo de la mano para dirigirnos hacia una sala que tenemos a nuestra derecha. SALÓN DE ACTOS, pone sobre la puerta. Ian la abre y lo que veo al otro lado me deja completamente alucinada.

Hay muchos butacones de color granate dispuestos en varias filas muy bien ordenadas que culminan en una pantalla de cine enorme. Calculo que habrá capacidad al menos para quinientas personas en esta sala.

—¿Me has traído a un cine? —pregunto.

—¡Chisss! Espera.

Una de las puertas se abre entonces poco a poco y una pequeña cabecita sin pelo aparece tras ella; el chiquillo apenas puede empujarla él solo para pasar. En cuanto sus ojillos vivarachos descubren a mi acompañante, se iluminan como nunca imaginé que fuese posible, irradiando una felicidad extrema.

—¡Ian, has venido! —exclama, mientras corre hacia él con los bracitos abiertos—. ¡Creíamos que ya no vendrías!

Él se agacha para recibirlo con sus poderosos brazos extendidos. A continuación, ambos se funden en un abrazo demasiado tierno para mi sensibilidad, que deja escapar un par de lagrimillas.

—Y ¿cuándo os he fallado yo, eh?

—¡Nunca! —El pequeño ríe con muchas ganas.

Ian se incorpora con el niño en brazos, que me observa expectante.

—Mario, me gustaría presentarte a una persona muy especial.

—¡Es tu novia! —canturrea el niño emocionado.

Ian se sorprende por la franca respuesta del niño.

—¡Vaya! Y ¿tú desde cuándo eres adivino?

El pequeño se parte de risa.

Su respuesta me pone algo nerviosa: su novia...

—¡Hola, Mario, es un placer conocerte! —lo saludo, cogiéndole la manita.

—Ya verás cuando te vean los chicos. —Se sonroja—. Eres muy guapa.

—¡Vaya, gracias!

El piropo del pequeño me rompe los esquemas, parece tan inocente...

—¡Los niños de siete años no pueden tener novia, lo primero son los deberes! Ya estaba claro, ¿no?

Ian deja al niño en el suelo riéndose.

—Sí, solo era una broma. Lo primero son los estudios. Soy demasiado joven para tener

novias; cuando sea mayor como tú ya tendré tiempo para eso, ¿a que sí, Ian?

—¡Claro, tío! —La voz compungida de Ian hace que lo mire al instante, y compruebo que logra evitar a duras penas que las lágrimas asomen a sus ojos al contemplar al pequeño. Es entonces cuando entiendo que es probable que Mario nunca llegue a ser mayor—. Vamos, corre a sentarte, o en cuanto lleguen los demás te quitarán tu sitio.

El pequeño sale disparado para sentarse en la primera fila.

—Ese cabroncete me ha robado el corazón —susurra, mientras seca una lágrima de su ojo como si se tratara de una mota de polvo sin importancia.

Ni siquiera me da tiempo a consolarlo, porque enseguida se abre la puerta de par en par y, sin darme cuenta, de repente hay un pelotón de niños pequeños rodeándolo y aclamándolo. Todos se pelean por darle un beso. Como puede, él los besa a todos y los va mandando a sentarse.

—Ian, ¿por qué no viniste en Acción de Gracias? Te estuvimos esperando —lo regaña una niña con tirabuzones rubios y unos increíbles ojos azules.

Él postra una rodilla frente a ella para hablarle a su altura, y la pequeña aprovecha para sentarse en su otra rodilla mientras lo abraza.

—Melanie, ya os conté que este año no podía venir a cenar con vosotros: a mi papá le hacía mucha ilusión que estuviese alguna vez con él, y este año era muy especial. —Me guiña un ojo.

«Y yo encima se lo arruino.» Me siento tan rastrera.

—¿Por ella? —La pequeña me señala. No creo que ninguno me haya prestado la menor atención, solo ella.

—Sí, se llama Beatriz y es médico, lo que quieres ser tú de mayor, nena. ¿Sabes que me recuerda a ti? Sois igualitas, pero tú en versión mini. —Sonríe mientras yo muero de amor por su ternura.

—No me gusta —protesta la chiquilla sin ni siquiera mirarme. Él suelta una carcajada y me pregunto qué habré hecho yo para que me odie nada más verme—. Me dijiste que eras mi novio.

«¡Ups! Eso lo explica todo.»

—Nena, ya sabes que siempre tendrás mi corazón, pero Beatriz es mayor, como yo. Cuando tú tengas edad de tener novio, yo seré un anciano: ¿quieres casarte con un viejecito arrugado, o con un joven atractivo de tu edad?

—Quiero casarme contigo —protesta ella enfurruñada.

—Pues no se hable más, ya prepararemos la boda. Ve a tu asiento, que ahora tengo que inventar alguna excusa para dejar a esta pobre chica —cuchichea bajito, y ella deja escapar una risilla malvada—. Venga, princesa.

Antes de salir corriendo por el pasillo, la princesa traviesa se detiene para sacarme la lengua.

—¡Oh! Ya veo que a todas nos juras amor eterno. —Me cruzo de brazos exagerando mi irritación.

—Pero solo a ti te lo daré. —Me besa al tiempo que muestra una amplia sonrisa. Lo veo tan feliz...

A continuación, las luces se apagan y una señora, entrada en años y en carnes, aparece delante de la pantalla para presentar a los niños *El Cascanueces* de Tchaikovsky. Todos los pequeños aplauden entusiasmados y enseguida el ballet aparece en la pantalla. Ian y yo nos

sentamos en la última fila.

—Nunca imaginé que tuvieses un corazón tan grande —le confieso mientras observamos la obra.

—Soy un privilegiado, económicamente hablando. Cada dólar que gano lo invierto aquí, se lo debo. Estos niños merecen tener las mismas oportunidades que los que nacen en un hogar acomodado. No son mejores ni peores, solo han de luchar un poquito más. Su familia son los profesores, ellos mismos y yo, por eso insisto en que se protejan unos a otros, porque esta experiencia los unirá para siempre. Intento que haya buen ambiente, por eso todos tienen lo mismo, aquí no hay envidias. De momento, el plan marcha fenomenal.

—Es asombroso, Ian.

Miro cómo los niños contemplan encantados la obra.

—Y todavía no has visto nada, ven.

Se levanta sin hacer ruido para que no se den cuenta de que nos retiramos. Me da la mano y tira de mí para indicarme el camino. Subimos por una escalera hasta la primera planta. Una vez allí, vamos hacia la derecha.

—Aquí están los más pequeñitos: de los cero a los tres años. No puedo mostrarte sus instalaciones ahora porque están dormidi...

—¿Cero años? —lo interrumpo apenada.

—¿Crees que no hay recién nacidos abandonados, doctora?

—Pobrecitos.

—No te equivoques, ellos son los que mejor lo llevan; en esta planta no sufren problemas de adaptación, pues estos niños tan pequeños casi no tienen recuerdos de su vida anterior. Ya sabes que a esa edad se vive en el presente, sin más complicaciones, ellos son muy felices. Sus cuidadores están más que preparados para estas tareas y los quieren mucho, doy fe. Hasta hubo un niño que fue adoptado por una de las educadoras. Es inevitable querer a esos chiquitajos, a mí me dan la vida.

—Sí, en eso tienes razón, yo les he cogido cariño en un solo minuto.

Sigue sorprendiéndome que a Ian se le den tan bien los niños, el chulito de playa resulta ser todo un padrazo.

—En el ala de enfrente están los niños de tres a siete años. —Nos dirigimos hacia la izquierda—. No se adaptan con tanta facilidad como los querubines, pero en cuanto toman contacto con los demás niños del grupo, se apaciguan y terminan modelando su carácter. Obviamente, contamos con un gran equipo de psicólogos que ayudan a conseguirlo y todo funciona de lujo.

—Ya veo.

Me muestra una de las muchas habitaciones que hay. Tiene cuatro camitas azules y un baño con todo chiquitito para su altura. Es todo precioso, cada habitación tiene sus cuatro pupitres, sus cuatro armarios y una ventana con rejas para que no haya peligro.

—El centro cumple todas las normas de salud y seguridad, no quiero accidentes.

Está todo nuevo, limpio, ordenado, cuidado...

—¡Me encanta! —exclamo con entusiasmo.

—Me alegro. —Sonríe.

Subimos otra planta más.

—Aquí tenemos a los aspirantes a delincuentes: de siete a diez años, a la derecha; de diez a quince, a la izquierda. —Hace un gesto con cada mano imitando a una azafata de vuelo y eso me hace reír—. A esas edades ya duermen de dos en dos. Como ahora están estudiando tampoco te lo puedo mostrar, pero otro día lo verás.

Subimos otra escalera más.

—Aquí están los delincuentes profesionales, como yo los llamo: a la derecha tienes a los bandidos desde los quince años hasta los dieciocho, y a la izquierda, de dieciocho a veintiuno, que es cuando levantan el vuelo y se marchan.

—¿Se quedan aquí hasta la mayoría de edad? ¿En serio?

Me resulta sorprendente que aguanten tanto tiempo respetando normas y horarios, sin intimidad. No sé.

—Pues, aunque te parezca increíble, muy pocos quieren marcharse. Incluso estoy creando una especie de cursos profesionales para los mayores, pues muchos se encuentran perdidos al salir a la calle y no quiero cerrarles la puerta en las narices solo por ser adultos; también necesitan ayuda.

—Pero corres el riesgo de que se aprovechen de ti, o de que al final no aprendan a arreglárselas por sí solos en la vida.

—Estás hablando con Vito Corleone: de mí nadie se aprovecha, *bambina*. —Sonríe, imitando el acento de la mafia italiana—. Yo los ayudo en lo que puedo, incluso a algunos les he encontrado trabajo. Lo único que me interesa es que sean buenas personas y que, por el mero hecho de no tener familia, no se vean solos o se metan en problemas.

Cuando estoy a punto de estamparlo contra la pared para asfixiarlo a besos, se abre una de las puertas de las habitaciones de la izquierda.

—¡Eh, Ian, tronco! ¿Qué pasa? —Un chico en plena adolescencia aparece, despeinado y adormilado, por el pasillo en el que estamos.

Se dan la mano los dos, pero en plan colegas.

—John, te presento a Beatriz Swanson, ella es...

—Por cómo la miras, deduzco que tu hermana no es —lo interrumpe el chico; Ian le sonríe—. Encantado, Beatriz; creo que ya sabes que eres demasiado guapa para él. —Me besa la mano.

—¡Oye, tronco! Sabes que no está permitido levantarle las novias al jefe.

Yo sonrío algo cortada, mientras ellos bromean a mi costa.

—Os dejo, pareja, voy a seguir estudiando, el lunes tenemos examen de álgebra. He visto luz en el pasillo y he salido a comprobar si a alguno de los enanos le hacía falta algo.

—Muy bien, John, suerte con el examen.

—¡Gracias, pero no la necesito, es muy fácil para mí! —Sonríe al tiempo que se vuelve a su habitación, pero antes de cerrar la puerta se asoma para mirarme—. Beatriz, cuídalo, eres una tía con suerte. —Y desaparece.

—Ya sabes: eres una tía con mucha suerte, rubia —ronronea Ian en mi cuello, y me atrae hacia sí por la cintura con fuerza.

—¡Oh, sí, me ha tocado la lotería!

Se separa de mí.

—John llegó aquí hace nueve años, tenía diez. Sus padres se lo pasaban en grande dándole palizas. Siempre recordaré aquellos ojos asustados que reclamaban cariño. Al principio, lo pasamos muy mal con él porque intentaba alejarnos a todos, pero poco a poco cedió. Solo había que hacerle ver que no todas las personas son malas y que él no había tenido la culpa de lo sucedido. Ahora es un muchacho brillante que saca matrículas de honor, que ayuda a cuidar y a estudiar a los pequeños y, además, también es una de mis debilidades. —Sonríe como un padre orgulloso.

Yo lo observo aguantando como puedo la emoción que se apodera de mí. Estoy intentando no llorar, pero creo que me va a resultar realmente complicado.

—Bueno —añade, para eludir este momento tan romántico que se ha creado entre nosotros —: en las dos plantas de arriba están la biblioteca, el comedor y el gimnasio. En primavera y en verano, los chicos salen al parque a practicar deporte, y el resto del año suben arriba. ¡Y eso es todo! Ya conoces mi vida.

No soy capaz de abrir la boca. Esto debe de haberle costado muchísimo dinero, pero no es solo la parte económica la que he descubierto esta noche. Acabo de darme cuenta de que Ian es un niño grande que lo único que pide es sentirse querido, que lo único que desea es que esos críos no conozcan nunca un infierno como el que él vivió; lo único que busca es que a nadie le falte ropa, ni un plato caliente, ni un beso de buenas noches. He descubierto a un hombre bueno, generoso y responsable, no la cabra loca que aparenta ser siempre.

Unos ojos azules me observan ansiosos a la vez que me suplican todo eso de lo que acabo de ser consciente.

—Te amo, Ian —declaro entonces con toda mi alma.

Él abre desmesuradamente los ojos, sin poder evitar que una sonrisa tonta se instale en sus labios.

De inmediato, destruye la distancia que nos separa con dos zancadas ágiles y besa mis labios con tanta pasión que ardo en ellos, con ese deseo contenido que por fin libera. Me coge en brazos y yo enrosco las piernas alrededor de su cintura, mientras continuamos besándonos. Choca contra una pared, luego contra una puerta, y casi nos caemos por la escalera, de no ser porque se agarra con fuerza a la barandilla. Yo me parto de la risa al ver su cara de pánico.

—Joder —gruñe al golpearse contra un extintor en toda la cabeza.

Nos miramos, nos reímos ¡y nos damos más besos! Ninguno de los dos puede ni quiere parar.

—Vamos a otro sitio, aquí no estamos seguros —ronronea, echando hacia atrás la cabeza, con los ojos cerrados mientras le beso el cuello como una vampiresa sedienta.

Me baja de sus brazos y me coge de la mano para subir una planta más a toda prisa. Una vez arriba, introduce una clave numérica en un pequeño teclado que hay en la pared junto a una puerta metálica y ésta se abre.

—¿Dónde estamos? —pregunto.

—Espera aquí un momento.

Se aleja de mí para entrar en la sala oscura. No veo nada, pero enseguida se ilumina la

estancia. Estamos en un gran gimnasio, hay máquinas de musculación por todos sitios, cintas de andar y bicicletas estáticas, todo nuevo, amplio y moderno.

—Los chicos necesitan quemar energías, y yo también. Ven.

Vuelve a coger mi mano para guiarme a través de los diversos aparatos de musculación y al final entramos en una sala cuyas paredes están cubiertas de espejos que van del suelo al techo.

—Ésta es la sala habilitada para yoga y baile. —Observo que todo el suelo es una gigantesca colchoneta azul—. Aquí no está permitido entrar con ropa ni calzado de la calle, doctora —me indica, quitándose el jersey por la cabeza y tirándolo al suelo.

Yo sigo el recorrido de la prenda con la mirada y un momento después lo miro de nuevo a los ojos.

Me está retando, espera algo de mí, pero no estoy segura de poder dárselo. Lo tengo tan solo a unos centímetros de mi cuerpo, con el torso desnudo, firme y suave; percibo su calor, sus ganas de mí, yo siento lo mismo, pero soy incapaz de lanzarme y desinhibirme, necesito su ayuda.

—Vamos, Beatriz, despacio, no pienses en nada, solo actúa, déjate llevar por tus instintos, por tus sentidos... Cierra los ojos.

Obedezco.

—¿Qué ves? —Noto su aliento en mi nuca.

—A ti, desnudo.

—Mmmmm, estoy desnudo, esperando lo mismo de ti. Quiero besar tus pechos, jugar con tus pezones erectos con mi lengua, degustarlos, saciarme de ellos.

Entonces, sin pensarlo siquiera, cojo mi jersey y me lo quito por encima de la cabeza. Me muero de ganas de que cumpla sus deseos, porque son mejores incluso que los míos. ¡Y vaya si los cumple! El eco de mis gemidos en la sala vacía demuestra que me hace perder el control de todo mi ser.

Después de castigar mis pechos, que están doloridos de tanto placer, se separa de mí para dejarme jadeante y sola. Lo miro atormentada, descubriendo que efectivamente está desnudo y que su gran miembro está tan erguido que me da la sensación de que puede tocarle hasta la barbilla. ¡Por Dios, qué dimensiones tan desorbitadas!

Me tortura de nuevo, observándome.

—Lo estás haciendo muy bien, cariño. Ahora podemos continuar con el calzado y así podremos entrar a la sala de la colchoneta; parece bastante divertida, ¿no crees?

Antes de que termine la frase, lanzo mis deportivas por los aires y él asiente satisfecho.

Me coge de la mano y entramos en la sala. Luego cierra la puerta tras de sí con llave.

—Está insonorizada, así nadie oirá tus gritos: serán solo míos.

Observo avergonzada mi cuerpo desnudo en todos los espejos, pues solo llevo puestos los leggins. Intento no taparme con las manos, pero me resulta muy difícil. Él parece adivinar mis pensamientos.

—Mírate, mujer: eres preciosa, eres una diosa, has sido esculpida por el mismísimo diablo para hacerme perder la cabeza, mi Beatriz... —suspira, al tiempo que se acerca poco a poco.

Acaricia su miembro con una mano mientras me observa con sus ojos llenos de locura, de sed, de pasión, de fogosidad, de ardor, de deseo... Es la lujuria personificada, y yo, al verlo así,

podría muy bien arder por combustión espontánea.

—¿Quieres probarla? —Me provoca al ver que no soy capaz de retirar los ojos de su gran pene. Siento necesidad de él, muero porque me posea aquí y ahora, no aguanto más.

Ian ladea la cabeza con atrevimiento y se toca para excitarme. Apuesto a que está seguro del todo de que me voy a negar, y eso precisamente es lo que me anima a ponerme de rodillas frente a él y agarrar con fuerza la parte trasera de sus muslos con las manos para introducirme su miembro en la boca. Él suelta un bufido de éxtasis.

Degusto su punta aterciopelada entre los labios, sabe muy bien. Al verlo revolverse de placer, me invade una sensación tan sugestiva que me creo toda una diosa.

Con la mano izquierda separo los testículos para subirlos y hacerlos más accesibles a mis besos, mientras con la mano derecha le acaricio el escroto. Con la lengua, alterno movimientos suaves con otros más intensos. Sus jadeos me indican que lo estoy haciendo bien.

—Mírame, Beatriz —jadea Ian desde arriba.

Obedezco y lo descubro muriendo de placer. Comienzo a acariciar la punta de su miembro con los dedos, estimulándolo con diferentes toques. Luego aplico presión por medio de un anillo que formo con el dedo pulgar y el índice a lo largo del tronco, desde el glande hacia la base. Sus gemidos son cada vez más fuertes, y siento sus palpitaciones.

Ahora mi boca toma el control, recorriéndolo por entero. Con la lengua, lamo generosamente en ambas direcciones, de la punta a la base y viceversa, concentrándome en la parte inferior, donde, a juzgar por sus contorsiones, creo que tiene mayor sensibilidad.

Mojo la punta del dedo índice y lo coloco en el frenillo, trazando pequeños recorridos de ida y vuelta sobre su eje, describiendo pequeños círculos.

—¡Joder, no aguanto...! —bufa él entre dientes.

A continuación, le paso la lengua despacio, haciendo primero un lento recorrido para volver a pasar a un ritmo más rápido. El secreto está en el ritmo, es como un baile.

—¡Dios santo...! —jadea mientras suspira.

Me pilla varias veces mirando nuestra sugerente imagen reflejada en los espejos. No puedo negar que me excita. Él lo disfruta sobremanera, quiere pervertirme, pero ni se imagina que lo que me pervierte es él.

¡Lo he sorprendido, sin ninguna duda!

De pronto, siento en la lengua un endurecimiento descomunal de su miembro. Sus gemidos, las contracciones en sus muslos y en su abdomen, junto con la pelvis, que empuja hacia mí, me indican que va a correrse. Justo antes de que me dé tiempo a pensar si me retiro o no, me trago sin querer todo lo que ha salido de él..., y para mi sorpresa no es nada asqueroso, como imaginaba.

—No es posible que no hayas hecho esto más veces. —Se arrodilla frente a mí y me besa con devoción mientras intenta recuperar el aliento—. Joder, no es posible.

Está alucinado, y a mí me entra la risa al verlo tan sorprendido.

—Ha sido mi segunda vez —le confieso avergonzada, ya que la primera también fue con él.

—¡Pues bendita segunda vez, rubia!

Se deja caer sobre la colchoneta de espaldas y me contempla con incredulidad. Yo me

levanto para ir a ponerme mi jersey, pero me agarra por el tobillo, haciendo que caiga sobre él.

—¿Adónde crees que vas?

—A vestirme.

—¿Qué? Ahora me toca a mí. No pensarás que después de esto voy a dejarte escapar..., ¡en la vida!

Doy un respingo y pienso que lo que acaba de insinuar es producto de la perturbación que provoca una felación bien hecha. Tira de los leggins y me los quita en un solo movimiento. Luego se incorpora para colocarme boca abajo sobre la colchoneta. Solo llevo puesto el tanga.

—Relájate, Beatriz —musita en mi oído, besando con suavidad mi cuello.

A continuación, se pone sobre mí para comenzar a masajear mis hombros, despacio pero con firmeza. Yo dejo escapar un suspiro mientras intercala los masajes con las caricias. Creo que sería capaz de morir de gusto ahora mismo. Poco a poco, empieza a bajar hacia mi trasero, y sus dedos cada vez se acercan más a mi abertura, pero sin llegar a tocarla. Yo abro las piernas para facilitarle el acceso, pero él continúa su masaje sin rozarme. Definitivamente, voy a implosionar, me muero de ganas.

—¿Qué haces? —pregunta con la voz ronca mientras me roza con su miembro erecto a propósito.

—Quiero que me toques.

—Te estoy tocando.

Besa mi espalda con delicadeza.

—Pero no me tocas donde yo quiero —protesto, un poco sonrojada.

—Y ¿dónde quieres que te acaricie? Dímelo.

—Ya lo sabes. —Me da vergüenza.

—No lo sé, muñeca, pídemelo —continúa, masajeando mi culo, rozando sutilmente con el pulgar la zona que deseo que acaricie.

—Quiero que me hagas tuya, te necesito.

—Por esta vez, me vale —admite sonriendo con las mismas ganas que tengo yo.

Entonces, uno de sus dedos toca por fin mi palpitante zona, que lo acoge más que bien, porque en cuanto masajea mi clitoris un par de veces me invaden las locas contracciones y termino teniendo al fin un pedazo de orgasmo brutal.

Me coge entre sus brazos, apoya la espalda contra uno de los espejos y se agacha en cuclillas, al tiempo que me coloca para que permanezca sentada sobre sus muslos mientras él se coloca rápidamente un preservativo que nadie sabe dónde habría escondido.

—Me vuelves loco —gruñe contra mis labios mientras me besa. Siento su miembro en alto, que se apoya en mi obligo sediento de mí—. Haz lo que desees, soy todo tuyo.

No lo pienso, me está adiestrando para que sea más lanzada, para que pierda la vergüenza, y precisamente el deseo que siento por él es lo que me está ayudando a conseguirlo, porque sin dudarle entiero su miembro en mi sexo. Él me mira con adoración pero no dice nada, me deja mi espacio. Enseguida comienzo a balancearme porque lo necesito. Él jadea junto a mí. Con una mano acaricia mi orificio trasero, para terminar introduciendo el dedo completo, y en cuanto acelera el ritmo termino estallando de placer sin poder remediarlo, y él me sigue al instante.

—¡Eres increíble, estoy perdiendo la cabeza, Beatriz! —afirma mientras nos besamos.
—Pues ya somos dos —suspiro exhausta.

Capítulo 46

Hemos hecho el amor y practicado el fornicio por todos los rincones del gimnasio y de todas las maneras posibles que se le han ocurrido; incluso hemos utilizado posturas que ni imaginaba que dos personas pudiesen usar. Como queden más cosas por hacer del *Ian-sutra*, moriré de dicha.

La verdad es que siempre he sentido curiosidad sobre la distinción entre las dos prácticas sexuales, pues yo pensaba que al fin y al cabo eran lo mismo, pero no; como es obvio, Ian me acaba de mostrar con ejemplos prácticos la diferencia entre *follar* y *hacer el amor*, incluso me ha enseñado una mezcla de ambas, y para mi gran sorpresa adoro todas y cada una de ellas, siempre que sean con él.

Después de darnos una *pornoducha* en los baños, ya que me ha penetrado de frente, de espaldas, de rodillas, boca arriba, boca abajo, contra la pared, contra los lavabos, contra el váter, contra las taquillas, contra los bancos y contra todo lo que había por allí, nos hemos puesto los albornoces blancos y ahora estamos tendidos plácidamente sobre la colchoneta de la sala de yoga, tomándonos un batido de proteínas de la máquina, que, por cierto, son gratis.

—Esto no debe de ser sano —bromeo, intentando recobrar el aliento tras los últimos mil orgasmos que he tenido.

—Siento contradecirla, doctora, pero yo creo que es lo más sano que hay. —Sonríe divertido.

—Me duelen partes de mi cuerpo que no sabía ni que existían.

—Pues ahora ya lo sabes, y te advierto que te quedan muchas más por descubrir.

—¡Eso es imposible!

—Dame cinco minutos y te lo demostraré.

—¿Es que sigues tomando Viagra? —pregunto, alucinada por su inagotable fogosidad.

Suelta una carcajada.

—¡Nunca he tomado Viagra estando contigo! Si solo tengo que mirarte para que se me levante —indica señalando a su *amiga*, de nuevo erecta.

—O sea, que era otra mentira.

—Sí y no; no te niego que la haya tomado en alguna ocasión, pero ya no. —Me observa con picardía.

—¡Pues creo que es imposible que aguantes tanto!

—Por lo visto, no lo es; unos debemos de ser más ardientes que otros. —Se encoge de hombros, sonriente, aunque descubro un atisbo de preocupación en sus ojos que hasta ahora mismo no había visto.

—Ian, ¿estás nervioso por el juicio?

—Un poco —confiesa, apretando la mandíbula.

—¿Qué sucede?

Me siento sobre mis rodillas para observarlo.

—Quiero que me prometas algo —me ruega, al tiempo que se sienta como un indio frente a mí.

—¿Qué?

—Que no vendrás al juicio. Le he ordenado a mi abogado que no te inmiscuya para nada, no quiero que salga a relucir tu nombre en ningún momento.

—Pero podrías ir a la cárcel, soy tu única baza.

—No voy a permitir que te juegues tu carrera por mí, es mi único deseo, Beatriz. Si tiran del hilo y descubren que hemos estado liados mientras era tu paciente, te retirarán la licencia. No voy a pasar por ahí, no me lo perdonaría.

Ahora sí que acaba de romperme los esquemas, pues su abogado pretendía argumentar que sufrió un desdoblamiento de personalidad cuando sucedió el accidente del perro y por eso Ian no hizo nada, entre otras cosas, porque no se acuerda. ¿Qué harán ahora?

—Ian, tienes que entender que yo no me voy a quedar de brazos cruzados si puedo evitar que te metan en la cárcel injustamente.

No sé, a lo mejor consigo que me dejen declarar algo a favor de él o, al menos, intentarlo. Me niego a permanecer quieta, sin más.

—No te preocupes, no podrán corroborar nada de lo que me acusan, por esa parte estoy tranquilo: las mentiras no pueden probarse.

—Voy a ir, no me lo impidas, quiero estar a tu lado, pase lo que pase.

Entonces se levanta, se arrodilla junto a mí y atrapa mi rostro entre las manos, clavando sus ojos en los míos.

—Beatriz, si me encarcelan, será por muchos años, y quiero que me prometas que jamás irás a verme, ni una sola vez. Mi único deseo es que rehagas tu vida y que te olvides de mí. No vas a ser la pareja de un presidiario, no lo consentiré —gruñe.

—¿De qué me estás hablando? ¡No pienso prometer semejante estupidez!

Un montón de lágrimas recorren mis mejillas, pues está claro que esto es una despedida. No está nada seguro de que vayan a absolverlo, y lo que ha estado intentando todo el tiempo es que yo crea que sí.

Entonces ¿a esto se refería Elizabeth cuando hablaba con él en casa de su padre? Ahora lo entiendo todo.

—¡Escúchame, maldita sea! Eres una mujer valiente, podrás con esto y con mucho más.

—¡No!

—Beatriz, por favor, escúchame, necesito que entiendas lo que quiero pedirte, pues será mi único consuelo en caso de que el juicio no resulte a mi favor.

—¡No quiero escucharte, Ian! Me has mentido otra vez.

—Te he mentado, sí, pero lo he hecho para que no sufrieses, joder. Te juro por lo más sagrado que he procurado por todos los medios no enamorarme de ti, pero más aún que tú no te

enamorases de mí. Lo he intentado, pero no lo he conseguido. Porque el amor ha podido conmigo y con mi lucha, porque te necesito más que el aire que respiro. Cada mañana, al despertar, mi primer pensamiento eres tú y al anochecer eres el último. Vivo por ver tu sonrisa, por tocarte, por olerte, por sentirte... Lo que acaba de suceder en las últimas horas será el recuerdo que logrará mantenerme con vida los próximos años. Beatriz, has vuelto a encender mi alma. Me has devuelto las ganas de vivir.

—¿Y yo? ¿Qué hay de mí?

Mira hacia el techo con los ojos cerrados con fuerza.

—Por eso me odio —gruñe entre dientes, clavando de nuevo esas aguamarinas en mí—, y si entro en prisión me odiaré toda la vida, por hacerte sufrir cuando lo único que pretendía era hacerte feliz. —Sus ojos también están inundados de lágrimas.

No soy capaz de abrir la boca.

—Traté de hacerte creer que me acostaba con otras mujeres mientras estaba contigo, he intentado que pensases que me burlaba de ti, que no me importabas, para que te enfadaras y me dejaras, así te resultaría más fácil olvidarte de mí. Pero no fui capaz. He sido un puto egoísta, porque lo único que necesito es estar a tu lado en mis últimas horas de libertad. Mirarte, besarte, acariciarte, hacerte el amor...

—Ian, no es justo. —Niego con la cabeza.

—Lo siento, nena. ¿Podrás perdonarme algún día?

—No.

Me levanto y me dirijo abatida hacia la puerta.

—Beatriz, no me dejes, te lo suplico, solo me queda un día.

Me vuelvo una última vez para mirarlo a los ojos. No quiero pensar que ésta es otra treta más para que le dé un diagnóstico falso.

—Sabías desde hace mucho que mi integridad moral no me permitiría proporcionarte un informe falso, y no lo haré. Ya bastante me decepcioné a mí misma al permitirme amar a mi paciente —le confieso antes de salir de la sala.

—No lo entiendes, Beatriz, no quiero ese maldito informe, te estoy pidiendo justo lo contrario: que me perdones por todo lo que he hecho y... que me olvides.

—Pues comenzaré a olvidarte ahora mismo, no te concederé ese último día. Adiós, Ian.

Cierro la puerta tras de mí, bajo la escalera de las cuatro plantas a toda prisa y salgo a la calle descalza y tan solo ataviada con un albornoz para llamar a un taxi.

* * *

Cuando entro en mi casa me dejo caer sobre la cama para llorar con desconsuelo, y vaya si lo hago, durante horas.

¿Cómo es posible que cuando al fin consigo abrirme al amor éste resulta ser algo imposible que ni siquiera es real? ¿Y si de verdad lo meten en la cárcel? ¿Qué será de mí? ¿Cuándo he comenzado a necesitarlo en mi vida? ¿Seré capaz de pasar este día sin tenerlo a mi lado sabiendo que será el último? Pero ¿sería capaz de estar a su lado sabiendo que igualmente sería el último?

Me torturo pensando que si le hiciese el maldito informe que acredita que tiene personalidad múltiple jamás me lo perdonaría a mí misma, habría traicionado todo aquello en lo que creo, todo aquello que soy, y siempre me quedaría la duda de pensar si me quiso por eso o por mí misma. Sería comenzar algo estando ya podrido, ya corrupto. Es muy duro, pero no puedo hacerlo. Aun siendo la única oportunidad de que no lo encarcelen.

Tampoco puedo quedarme en casa aguardando a que se celebre el juicio, sin hacer nada, sin saber qué sucede.

«¡¿Qué hago?!»

Cuando el sol comienza a asomar tras los rascacielos de Manhattan consigo quedarme dormida, pues estoy exhausta de tanto llorar y meditar durante toda la noche.

El timbre de la puerta me despierta. Salto de la cama sobresaltada, siento cómo arden mis ojos, deben de estar hinchadísimos. Me dirijo corriendo hacia la puerta, todavía con el albornoz blanco de ayer puesto. Levanto la mirilla para descubrir a un mensajero ahí plantado.

—¿Qué desea? —pregunto con una voz de ultratumba, sin abrirle.

—Traigo un paquete para la señora Beatriz Swanson.

Abro la puerta permaneciendo tras ella para que el chico no pueda ver mi diseño exclusivo de Dior ni mi hermoso peinado mañanero.

—¿Es usted la señora...?

—Señorita —lo interrumpo— y, sí, soy yo.

—Firme aquí si es tan amable.

Me pasa una máquina digital donde firmo con el dedo y se la devuelvo, luego me entrega el paquete y se marcha. Cierro la puerta y me apresuro a mirar el remitente, que consigue que se me caiga el bulto al suelo: «Ian Williams».

Lo recojo embobada, no sé si quiero abrirlo. Me siento en el sofá con la mirada perdida, dudando si abrirlo. Lo que haya aquí dentro puede terminar de destrozar mi corazón, y de ésta sí que estoy segura que no me repondré nunca. Respiro hondo para tomar aire, en estos momentos me gustaría ser más fuerte y no tan miedosa e insegura.

Voy.

Abro el sobre para descubrir unos cuantos papeles del tamaño de un folio, doblados por la mitad; cuando me dispongo a sacarlos, una nota más pequeña cae sobre mis rodillas. La cojo.

Sé que no tengo derecho a pedirte nada, pero eres la única persona capaz de hacerlo. Cuida de mis niños hasta que yo vuelva, por favor.

Siempre seré tuyo,

Ian

Pensaba que no tenía más lágrimas que derramar, pero por lo visto estaba equivocada. Estrecho el pequeño papelito contra mi corazón, presagiando que mañana a esta hora es probable que sea lo único que me quede de él.

Separo los demás documentos, que permanecían doblados, los leo deprisa por encima y me doy cuenta de que se trata básicamente de un poder notarial en el que se establece que, hasta que Ian Williams salga de prisión, la doctora Beatriz Swanson será la tutora legal de los doscientos

niños del centro.

«¡¿Qué?!»

Ese hombre está loco, ha perdido el norte por completo, y lo peor de todo es que yo voy por el mismo camino.

También deja bien claro que yo seré la única persona que tome las decisiones con respecto a los niños, al personal docente y a todo lo demás. Hay adjunto un número de cuenta bancaria a mi nombre en el que se autoriza a cobrar recibos, suministros, impuestos, sueldos, comida y ropa, entre otras cosas.

Vamos, que no ha dado puntada sin hilo. Esto ya debía de tenerlo preparado desde hacía tiempo, no ha surgido en media hora.

Estoy en estado de *shock*.

He pasado de ser una mujer sola en Manhattan que intentaba probar suerte, teniendo demasiados miedos, siendo demasiado introvertida, demasiado patosa y demasiado aburrida, a tener doscientos niños a mi cargo, a mi pseudonovio metido en la cárcel y, por si todo eso fuese poco, a punto de perder mi licencia si mañana saliese a la luz mi relación con un paciente. ¿Alguien da más?

Una llamada de teléfono me saca de mis cavilaciones; cojo el móvil para comprobar que es un número desconocido.

—¿Sí? —contesto intrigada.

—Hola, Beatriz, soy Robert, el padre de Ian.

—¡Ah! Hola, señor Willia...

—Robert, querida —me interrumpe cariñosamente.

—Sí, perdón, Robert. Le pido disculpas por la forma en que abandoné su casa el otro día, me siento tan avergonzada...

—Tranquila —me interrumpe de nuevo. Me parece oír que sonrío—. Ya estoy acostumbrado, no te preocupes.

—¡Gracias, de veras! ¿Qué sucede? —pregunto asustada, temiéndome lo peor.

—Elizabeth me ha facilitado tu número, espero que no te moleste que te haya llamado.

—¡No, por favor, no me molesta en absoluto!

—Quería pedirte un gran favor personal, Beatriz. Como ya sabrás, mi hijo tiene mañana un juicio muy importante y, aunque todos confiamos en su inocencia, él no las tiene todas consigo. Aunque no lo demuestre, lo conozco y sé que está muy preocupado.

—Sí, algo me ha dicho —suspiro nerviosa.

—Ya sabes que él es muy reservado para sus cosas, nunca cuenta nada, desde bien pequeño se ha forjado su propia vida.

—Lo sé —musito. No entiendo adónde quiere llegar.

—Beatriz, me gustaría pedirte que vinieses mañana conmigo: Sammuél está muy ocupado con el nacimiento del bebé y a mí no me gustaría estar allí solo..., a mi edad.

—¡Claro que iré, Robert! —exclamo sin dudar.

—¿De verdad? —Está extrañado, lógico, yo tampoco esperaba ir—. ¡Gracias, de corazón! ¡Ay, qué alegría acabas de darme, muchacha!

Después de quedar en la dirección del juzgado a las once, que es la hora del juicio, me siento mucho mejor.

—Mañana nos veremos entonces, y gracias a usted —me despido.

Sé de sobra que no tengo espíritu guerrero, aunque envidio a esas mujeres que lo poseen y son capaces de luchar sin tregua por lo que quieren. Pero también sé que me he enamorado de Ian, incluso intentando evitarlo con todas mis fuerzas, por eso me llena de esperanza pensar que estaré a su lado hasta el final, luchando por primera vez en mi vida por lo que amo. No podría quedarme en casa esperando a que sucediese lo peor, o aguardando a que llamase al timbre para decirme que lo han absuelto. Por una vez, voy a ser valiente. Deseo estar allí, vivirlo junto a él, apoyarlo en su pesar, o alegrarme de su dicha, porque al fin y al cabo también es la mía. Es lo que necesito y nadie será capaz de hacerme cambiar de idea, ni siquiera él mismo.

Entonces, con esa nueva ilusión en mente, una extraña relajación se apodera de todo mi cuerpo para liberar el estrés que me ha provocado el ajetreo desorbitado de las últimas horas, incluso de los últimos días, y consigo así entrar en un sueño muy profundo, realmente placentero.

* * *

—Bet, Bet. —Un susurro familiar consigue sacarme de mi delicioso letargo.

—Mmmm... —gruño de mala gana.

—Betty, ya es de día, ¿estás bien? Tú nunca duermes tanto.

Abro los ojos con pereza. La luz del sol me deslumbra y me hago la loca mientras mi hermano, sentado en el borde del sofá, me observa preocupado.

—¿Cuándo has llegado? —le pregunto adormilada, tapándome la cabeza con uno de los cojines.

—Ayer a las cinco de la tarde, y ya estabas aquí dormida.

«¿¿¿Ayer???»

Entonces me levanto de un salto.

«¡¡¡EL JUICIO!!!»

—¿Qué hora es, Peter?! —vocifero mientras corro por el pasillo.

—Son las diez de la mañana. ¿Te has vuelto loca? Tranquilízate.

—A las once es el juicio de Ian, ¡llegaremos tarde!

—¿Un juicio? ¿Llegaremos? —Mi hermano está alucinando.

—¡Te lo explicaré por el camino! ¡Cámbiate y ponte un traje, corre! —le ordeno, y me precipito hacia el baño para intentar hacer algo con mi pelo a toda prisa, pues no me da tiempo a ducharme.

—Yo también me alegro de verte —protesta tras la puerta, pero no le hago el menor caso.

Vuelo como una desquiciada hacia el vestidor. Me pongo un traje negro de Chanel, que es lo primero con lo que me topo de frente; consiste en una falda negra entallada hasta las rodillas y una americana del mismo color. Descuelgo una blusa escotada de pico en un tono gris perla y me subo a unos taconazos negros de aguja que tengo fuera de su caja.

¡Lista en menos de tres minutos!

Salgo a toda prisa en busca de Peter, que ya me está esperando en el salón, arreglado como un pincel. Me silba boquiabierto al verme aparecer. Como ni siquiera me he mirado al espejo, supongo que es porque voy bien.

—Gracias, hermanito, tú también estás muy guapo. ¡Vamos! —digo, tirando de su corbata sin aminorar la marcha.

Descuelgo mi bolso del perchero y salimos echando leches de casa.

Durante el trayecto en taxi, me maquillo ligeramente los ojos y los labios, lo justo para no parecer un muerto viviente, mientras mi hermano me cuenta que por fin se ha sincerado con Kattie y ha elegido intentarlo con Sandra. No sé si lo hace para mantenerme entretenida o porque así descarga su conciencia, pero me alegro de que por fin se haya decidido por una de las dos; el destino ya decidirá si ha sido la elección adecuada o no.

Las diez cincuenta y cinco horas de la mañana. Entrando en el juzgado.

Capítulo 47

Me encuentro sentada en un banco de madera. La sala es muy luminosa, pues está repleta de ventanas. Nunca antes había estado en un juzgado, solo los había visto en las películas. Es difícil de explicar, pero se respira nerviosismo en el ambiente, pues da la sensación de que, incluso viniendo de visita, puedes acabar en prisión.

No dejo de temblar, mi pie no puede parar de moverse, tiene vida propia, hay demasiadas cosas que dependen de lo que suceda hoy aquí, y mi vida es una de ellas.

—Bet, tranquila, nada puede salir mal, ya lo verás. Yo creo en la justicia. —Peter me coge de la mano para que me calme, pero hasta que todo esto termine no podré respirar.

No había ningún asiento libre por ningún otro sitio, así que nos hemos sentado diez filas por detrás del espacio reservado para la acusación; desde aquí no se ve nada.

Mis ojos permanecen clavados en una espalda ancha, situada en el primer banco de la sala. Lleva un traje de Armani negro impoluto que le sienta como un guante. Aunque sea un manojo de nervios, no lo aparenta. Todavía no me ha visto, está cabizbajo.

Cuando el juez aparece en la sala, todos nos levantamos de nuestro asiento. Es un hombre negro bastante entradito en años, calculo que debe de estar a punto de jubilarse. Entonces Ian se vuelve un poco para mirar con disimulo entre el público y, cuando me descubre, no puede evitar mostrar una amplia sonrisa, y yo hago lo mismo. Esa mirada es todo cuanto necesitaba.

Moriría por ir a darle un beso y desearle suerte, pero decidí otra cosa y debo aceptar las consecuencias. Me guiña un ojo despreocupado, hasta el último momento intenta no inquietarme, pero su expresión ha cambiado radicalmente: de pronto se lo ve..., feliz. Su padre, que permanece a mi derecha, parece relajarse un poco al ver el gesto entre nosotros.

Todo el mundo se sienta de nuevo.

—Procedimiento abreviado, juicio oral número mil cuatrocientos setenta y seis, barra dos mil diecisiete. Se declara abierta la sesión. El señor secretario procederá a dar lectura de los escritos de acusación y defensa —enuncia el juez.

Dicho secretario informa entonces del motivo de la acusación: homicidio imprudente por omisión del deber de socorro.

—Póngase en pie el acusado. Señor Williams, se lo informa de su derecho a no declarar contra sí mismo y a no confesarse culpable. Si decide usted hablar, responda a las preguntas únicamente con la verdad —informa el juez a Ian.

Después de que Ian facilite sus datos personales al secretario, todos se sientan.

Puedo ver entonces al demandante. Se trata de un hombre pelirrojo de unos cuarenta años, muy delgado y...

—¡No me jodas! —se me escapa.

Peter me observa boquiabierto porque yo jamás suelto tacos. Solo acierto a señalar hacia el banco de la acusación. Él sigue la dirección que le indica mi dedo.

—¡La madre que me parió! —exclama atónito.

Nuestra querida Sandra se levanta entonces y se pasea tan tranquila por la sala mientras expone a todos los presentes su versión de los hechos, o más bien la versión de su cliente. En ese instante recuerdo que en la puerta de su despacho pone SANDRA M., pero nunca supuse que su apellido fuese Montgomery. No entiendo nada.

—El mundo es un pañuelo —musita Peter asombrado.

—Un pañuelo lleno de mocos asquerosos —añado enfadada, pues yo dispongo de más información que él.

En su alegato, Sandra ha insinuado que Ian estaba locamente enamorado de Charlie porque no permitía que se relacionase con los demás niños del centro, que lo tenía monopolizado para su uso exclusivo. Ha negado todas las vejaciones de las que Ian acusó a su hermano Roger en el juicio anterior, por no haberlo denunciado en aquel entonces, y ha explicado cómo Ian se llevó a Charlie aquel día para que el perro lo matase, porque asegura que el señor McHugh le pagaba comisiones por los vídeos que grababan. Después enterró el cuerpo del chico para que nadie se enterase de lo sucedido.

Yo me quedo blanca. ¿Cómo alguien es capaz de acusar a Ian de algo semejante? Daría lo que fuese por estar ahora mismo a su lado y poder abrazarlo, pues debe de estar al borde de la locura. No sé cómo se contiene, imagino que porque su abogado lo estará calmando.

Se oye un murmullo generalizado entre los asistentes, que critican con dureza al acusado.

Menos mal que pronto el abogado del señor Williams Júnior, alias *mi novio*, desmiente a mi querida amiga para alegar que Ian no estaba enamorado de Charlie, ni mucho menos, sino que solo pretendía alejarlo de aquellos chicos, ya que él disfrutaba de inmunidad allí dentro por la amistad que su padre mantenía con el director del centro. Lamenta con sarcasmo que un niño no sea capaz de denunciar abusos si nadie se lo aconseja, y sobre todo que ni siquiera sepa lo que es una denuncia, dejando a Sandra por fin donde se merece, es decir, a la altura del betún. Después muestra al juez las dos sentencias que yo ya conozco, donde declaran culpables a los dos hermanos McHugh, junto con la autopsia de Charlie, donde certifican que «murió desangrado al ser desmembrado de forma violenta por numerosas mordeduras de un cánido de considerable tamaño», palabras textuales del informe forense que me hacen inhalar hondo para no marearme.

Es lo que siempre me ha llamado la atención de los abogados: lo ágiles de mente que deben de ser para reaccionar tan rápido ante las acusaciones de sus contrarios y saber lo que deben responder en cada momento para lograr dar la vuelta a la tortilla, ya que cada vez que interviene uno de los dos te crees su versión a ciegas, para luego creer de nuevo al siguiente que habla, y así sucesivamente. Parece un partido de tenis.

El juez llama a declarar entonces a Ian, que sube con elegancia al estrado y hace el juramento sobre la Biblia y la Constitución.

Sandra se levanta de su sitio.

—Lo que no logro entender es la razón que lo motivó, señor Williams, a denunciar a mi cliente —comienza la letrada sin saludarlo ni mirarlo—. Ni siquiera aunque la absurda historia que acaba de narrar su abogado fuese real. Los malos ya están en la cárcel, ¿no?, fin de la historia. ¿Por qué continuar con esto?

Él la observa con odio.

—Lo único que me motiva es que se haga justicia de una vez por todas. Mi amigo era un pobre chico al que el destino nunca regaló nada, más bien siempre se lo arrebató, todo menos su sonrisa, con eso no pudo nadie. —Ian baja la vista, no puede evitar emocionarse al recordarlo, pues esa vivencia marcó su vida para siempre. Entonces levanta la mirada clavándola en el pelirrojo, que parece estremecerse de miedo—. ¡Juro que hasta que ese maldito bastardo no esté entre rejas no descansaré! —ruge colérico.

—¡Protesto, señoría, usted acaba de presenciar la amenaza! —exclama Sandra con gesto teatral—. Aquí se puede comprobar la naturaleza violenta del acusado...

—Señor Williams, contrólese o me verá obligado a amonestarlo —lo reprende el juez—. Además, le recomiendo que tenga presente a lo largo de su vida un principio fundamental, y es que la venganza y la justicia nunca van de la mano. —Entonces deja de mirar a Ian para dirigir la atención hacia Sandra. Da la impresión de que el primero le cause una gran animadversión y la segunda le haga hasta gracia, parece que no vamos nada bien—. Continúe, por favor, letrada —la invita con la mano.

—Gracias, señoría —contesta ella haciéndose la ofendida, cuando en realidad está más que satisfecha con la intervención del juez. La conozco y sé que finge muy bien—. Señor Williams, solo le haré una pregunta: ¿sufre usted algún tipo de trastorno psiquiátrico por el que visite de forma habitual a la doctora Swanson, aquí presente? —Ella me señala sin contemplaciones y todo el público de la sala se vuelve para observarme.

Ian parece molesto. Es evidente que nadie contaba con esto, pues he decidido venir en el último instante.

—Por supuesto que no, mis visitas a la consulta de la doctora Swanson fueron exclusivamente por motivos personales —argumenta Ian en vano.

—Le recuerdo que está usted bajo juramento, señor Williams —apunta ella—. ¿Sostiene que eran meros motivos personales, que no fue su paciente en ningún momento?

Una terrible presión se apodera de mi estómago, me entran ganas de llorar, pero trago saliva para intentar que no se me note. No creo que su padre sepa que venía a mi consulta.

—Sí, fui su paciente —termina admitiendo.

—¿Fue su paciente mientras mantenían relaciones sexuales? ¿O mantuvieron dichas relaciones a cambio de que ella le elaborase un diagnóstico falso? —ataca con toda ruindad mi examiga.

—¡No, de ninguna manera! —grita Ian encolerizado—. La doctora Swanson es una profesional intachable, ella se negaría rotundamente a eso.

—De lo cual debo deducir que, aun así, ¿usted intentó corromperla? —Sandra dispara a matar—. ¿Podríamos afirmar entonces que le gusta pervertir a almas inocentes, como la de su

amiguito? —dice, subrayando esa última palabra con retintín.

Observo que Ian tensa la mandíbula para morderse la lengua. Advierto las llamas de ira reflejadas en sus ojos; ahora mismo le encantaría matarla.

—Sí, he de reconocer que me encanta corromper todo lo que se pone a mi alcance, pero esa perversión surgió a raíz de la muerte de mi amigo, y no antes. Gracias a su querido hermano y a sus secuaces, aprendí que el ser humano es corrupto por naturaleza, le complace encontrar cosas bellas e inocentes para destruirlas. —Al pronunciar estas palabras me mira con gran pesar, como si se refiriese a mí con esa letanía.

Sandra está jugando sucio, está utilizando información personal, que nada tiene que ver con el caso, para conseguir ponerlo contra las cuerdas y que se vea obligado a elegir entre su libertad o yo, pues si me defiende se quedará sin coartada. Pero no pienso permitirlo.

—¿Fue entonces cuando surgió su personalidad múltiple, esa personalidad malvada que mató al pobre Charlie? Porque usted es bueno, pero por culpa de los demás a veces se convierte en malo. Una historia demasiado trillada, ¿no cree, *doctor Jekyll*? —suelta la arpía tan tranquila, burlándose de él.

«¡¡¡¿¿¿Qué???! Es imposible que ella sepa nada de eso.»

Ian palidece; su abogado casi se cae de culo al suelo; su padre, más de lo mismo, y yo clavo los ojos en los de mi hermano, que me mira arrepentido, apretando los dientes. ¡Se lo ha contado él!

—Lo siento... —balbucea medio llorando.

No me da tiempo a pegarle una torta a Peter porque Sandra continúa con su ataque despiadado.

—¡Eso es mentira! ¡Estás mintiendo, maldita z...! —le recrimina Ian.

Sandra ríe satisfecha.

—Yo no miento, señor Williams. De hecho, permítame confesarle que lo que yo creo dista bastante de su fantasiosa teoría. Lo que sucedió es que usted mintió vilmente a la doctora, la engañó con sucias artimañas amorosas para que ella creyese su triste historia y poder conseguir así el diagnóstico para ganar este juicio. A ella no le costaba nada elaborar ese informe si con ello evitaba que usted entrase en prisión y poder así salvar su amor, ¿me equivoco? Pero lo he pillado con el carrito de los helados, Williams, usted no tiene personalidad múltiple ni nada que se le parezca: usted es un asesino, así de simple.

«¡Será guarra!»

—¡No te atrevas! —gruñe Ian, incorporándose de su asiento y amenazándola con el dedo—. ¡No vuelvas a insinuar nada parecido sobre ella, no mereces ni pronunciar su nombre!

—¡Orden! —interrumpe el juez.

—¿Quién miente?, ¿yo o el informe psiquiátrico de su querida doctora, ésa con la que nunca tuvo ninguna relación? Por cierto, en las fotografías que le he facilitado a su señoría se puede observar su extraña relación médico-paciente, demasiado sexual a mi modo de ver, pero eso ya es cuestión de gustos, supongo —sentencia ella victoriosa.

—La doctora Swanson no tiene nada que ver con todo esto, señoría —gruñe Ian encolerizado, dirigiéndose al juez para desviar a duras penas su furia de Sandra.

El juez muestra el informe, presumiblemente elaborado por mí, en el proyector de la pared para que podamos verlo todos, y descubro atónita mi supuesta firma en él, una rúbrica que en nada se parece a la mía. Quiero protestar, pero resulta que no puedo hacer nada en el juicio si no estoy citada.

—El informe psicopatológico del acusado describe claros comportamientos de TID —explica el juez—. La personalidad en la que se disocia el acusado se presenta visiblemente agresiva, con bastantes rasgos impulsivos y violentos... Y lo firma la doctora Beatriz Swanson.

—¡Protesto, señoría! —Por fin hace algo el abogado de Ian.

—¿Quién? —Estoy absorta en mi desgracia, no reacciono a lo que me indica mi hermano, no veo a mi novio en la cárcel.

—Madre mía... —Parece que de pronto lo entiendo todo.

Supongo que el letrado Simon debió de ser el que lo tramó todo desde el principio. Persuadió a Ian para que intentara hacerme creer que tenía personalidad múltiple y así obtener el dichoso informe que lo certificara, pero, como no lo consiguió, porque Ian al final se negó a seguir engañándose, convenció a Sandra para que lo hiciese ella. El abogado le confesó su coartada en el juicio para que fuera ella quien lo ganara y pudiera salvar así a su hermano. Lo que no entiendo es qué saca él con todo esto, aparte de dejarme a mí sin licencia y a Ian entre rejas. ¿El amor de Sandra?

«Y ¿ahora qué? ¿Por qué estoy hablando?» Me tiemblan hasta las pestañas.

«No tartamudees, no tartamudees, no tartamudees, no tartamudees, no tartamudees, no
tartamudees, no tartamudees, no tartamudees», me repito.

—Señoría, discúlpeme por rebatirlo, pero creo que mi turno es justo ahora, pues no estoy citada como testigo, solo he venido como público, y me están difamando gravemente.

Ian me suplica con la mirada que no lo haga, supongo que está más informado que yo y confiará en su abogado, pero no voy a permitir todo esto. Estoy harta de ver la vida pasar por delante de mis narices y no hacer nada, es la hora de tomar las riendas y oponer resistencia, me niego a permanecer impasible ni un solo segundo más.

El juez se quita las gafas poco a poco y cierra los ojos para respirar, mientras yo continúo en pie, cagada de miedo, en medio de la sala con cientos de ojos sobre mí.

—¿Sabe usted que no puede intervenir libremente en un juicio, por mucho que la difamen?
—El juez intenta hablarme en un tono sereno, aunque se nota que está enfadado.

—¡Me acojo a la *litis a terceros*! —respondo de carrerilla.

¡Qué bien me ha venido ahora la charlita sobre juicios que me ha dado por teléfono Elizabeth en el taxi! Ella no podía venir a cambiar el transcurso de las cosas a su antojo, como suele hacer siempre, por eso se cercioró de que yo tuviese las armas adecuadas para hacerlo. ¡Qué lista es mi arpía preferida!

Por las expresiones de los presentes deduzco que nadie sabe qué es eso. Y, para los que no lo sepan, básicamente se trata de un pequeño paréntesis que se puede hacer en un juicio si se tiene algo importante que añadir sobre él, yendo a favor o en contra de una de las partes y acogiéndote a las mismas normas que los demás; es decir, que yo también puedo ser juzgada y sufrir cualquier tipo de condena sin venir a cuento, solo por el mero hecho de sacar la lengua a paseo.

—¿Está segura, doctora Swanson? —pregunta el juez, igual de asombrado.

—Sí, señoría.

Y justo entonces siento cómo me tiemblan las piernas.

—Suba al estrado, señorita Swanson, si es tan amable —me solicita el magistrado.

Al avanzar por el pasillo me cruzo con Sandra, y no solo es que no me dirija ni una mirada de arrepentimiento, cuando yo suponía que me pediría mil disculpas por estar haciendo todo esto, sino que encima está intentando intimidarme. No me lo puedo creer, la consideraba mi amiga.

Ian niega con la cabeza como si temiese lo que voy a hacer. Me espera junto al estrado antes de regresar a su asiento para poder mirarme de cerca. Paso junto a él y me susurra con dulzura: «No lo hagas, mi vida, te retirarán la licencia», pero yo sigo avanzando hasta mi sitio, sin prestarle atención, mientras él vuelve al banquillo de los acusados, abatido.

Después de jurar por todo lo jurable, informar de mis datos personales y hasta darles mi carnet de psiquiatría para que conste en acta, solo les ha faltado pedir mi talla de sujetador. El juez anuncia:

—Comencemos.

—Señoría, querría aclarar un par de cosas acerca de lo que se ha alegado aquí. Para empezar, el informe que ha presentado Sandra...

—¡Protesto! —gruñe ella, interrumpiéndome con brusquedad.

Me conoce y quiere ponerme nerviosa; le gusta jugar sucio, y a eso se le llama ser una guarra, ¿no?

—Señorita Swanson, le recomiendo que se dirija a la letrada como «señorita Montgomery,

abogada de la acusación», o tan solo como «letrada». Le recuerdo que en mi sala ha de guardarse el respeto.

—Lo siento, señoría, es la primera vez que asisto a un juicio.

El juez está muy lejos de enternecerse con mi metedura de pata; es más, lo irrita, no parece que esté dispuesto a creer nada de lo que yo vaya a declarar. Por eso no voy a andarme por las ramas. Respiro hondo para armarme de valor.

—Acuso formalmente a la letrada Montgomery de prestar falso testimonio, de hurto de documentación confidencial, de falsificación de firma, de allanamiento de morada, de suplantación de identidad y, por último, de acostarse con el abogado defensor del señor Williams para sacarle información valiosa acerca del juicio y dejar así a su cliente indefenso; no tengo ni idea de cómo se denomina esto último, pero estoy segura de que también es un delito.

«¡Toma ya!»

Sandra se ha quedado blanca como la pared, y el abogado de Ian más aún. Mi novio, o lo que sea, me ofrece una gran sonrisa, y el juez está tan confundido que ni siquiera intenta disimularlo.

—¡Protesto, señoría! —grita la letrada fuera de sí.

—¡Yo también protesto! —El abogado de Ian parece que ha despertado al fin de su letargo.

—Doctora, no puede acusar a la defensa de la acusación de cosas tan sumamente graves y encima sin pruebas —me informa el juez boquiabierto.

Entonces se me enciende la bombilla.

—¡Las tengo!

Corro a sacar de mi bolso el contrato de desistimiento que me firmó Ian cuando decidió que dejase de ser su terapeuta y se lo entrego al juez, que, para mi gran asombro, lo revisa, pues en un juicio jamás se admiten pruebas que salgan de la nada sin que antes las conozcan ambas partes.

—Eso es lo que demuestra que la rúbrica en el informe de la letrada es falsa, ya que ni siquiera se parece a la mía. También demuestra que las fotos presentadas a propósito de mi relación sentimental con el señor Williams son posteriores a la fecha del desistimiento, con lo cual ya no era mi paciente.

—¿Cómo es esto posible? El informe que ha traído la letrada tiene su sello y su firma —murmura el juez, intrigado, mientras compara ambos documentos.

—Ella tiene llaves de mi consulta porque somos..., bueno, éramos amigas. Supongo que las utilizó para robarme el sello y estamparlo en ese informe falso, que imagino que ella misma redactó. Mi hermano trabaja conmigo en la clínica, y como ellos son amantes...

—¡¿¿Qué??! —me interrumpe el abogado de Ian, que se levanta de su asiento para recriminarle a su novia que tenga un amante.

Sandra intenta contestarle, pero el juez la interrumpe pegando varios porrazos sobre su mesa con el mazo.

—¡Orden en la sala! —grita irritado—. Continúe, doctora.

—Mi hermano expuso lo que opinaba sobre el señor Williams a la señorita Montgomery y ella lo utilizó en su contra para intentar que su cliente/hermano eludiera la justicia, ya que difícilmente lo conseguiría por otros medios.

—Vaya al grano, doctora —me increpa el juez, absorto en mi surrealista historia.

—La conclusión es que los abogados de la defensa y la acusación han amañado el juicio y las pruebas, redactando un informe falso, porque yo jamás afirmaré que el señor Williams sufre ningún trastorno psiquiátrico, entre otras cosas, porque no lo creo así. Es más, me atrevo a opinar que debería haber más gente en el mundo como el hombre que hoy está sentado injustamente en el banco de los acusados, porque, gracias a la gran labor que él realiza día a día en su centro de menores: evita que los niños más desfavorecidos de esta sociedad sufran las vejaciones a las que el señor Montgomery lo sometió a él en su niñez. El demandante es el que debería estar entre rejas, y no en libertad, solo por el mero hecho de tener una hermana abogada a la que le fascinan las tretas deshonestas. —Señalo amenazadora con el dedo a ese bastardo pelirrojo, que me observa como si yo fuese una insignificante cucaracha.

Ian y yo intercambiamos una mirada cómplice. Parece tener sentimientos encontrados, pues lo conozco y está sorprendido de que yo haya sido capaz de hacer todo esto..., por él, pero también está perplejo por el tema de su abogado, que, por cierto, cada vez se aleja más de su lado.

—Doctora Swanson —me interrumpe el juez, al ver que me falta el aliento de tanto hablar—, las acusaciones que está usted vertiendo sobre el letrado Simon, la letrada Montgomery y su cliente son muy graves. De ser ciertas, debo tomar medidas de oficio de inmediato; ¿es usted plenamente consciente de ello?, ¿puede probarlo todo? Piénselo bien, porque está a tiempo de retractarse. —El juez parece ahora un poco más permisivo conmigo que antes. Al final, hasta nos haremos amigos.

—Sí, señoría, podría demostrarlo —respondo contundente. Espero no estar metiéndome en un buen lío.

—De acuerdo entonces, puede volver a su sitio. No se admiten preguntas de ninguno de los letrados, ya que este juicio ha sido claramente viciado por ellos.

Los dos abogados quieren protestar, pero agachan la cabeza.

Una vez en mi sitio, mi hermano me abraza con orgullo.

—¡Joder, qué bien has estado, hermanita!

El señor Williams Sénior me da un beso en la mejilla.

—Gracias, hija mía. —Aprieta mi mano a la vez que me dedica una mirada llena de cariño.

Ser padre de un hijo así debe de ser muy duro. No puedo ni imaginar lo que debió de sufrir este hombre al enterarse de todas las cosas que sucedieron en aquel centro, al darse cuenta de que cuando perdió a su esposa perdió también a su hijo, al enfrentarse constantemente a sus reproches... En definitiva, al no haber sabido ser un buen padre para un hijo conflictivo, que tan solo clamaba por su amor a todas horas.

Pero que me llamara para que viniese al juicio no fue casualidad. Un hombre capaz de levantar un imperio de la nada, como hizo él, no se caracteriza por ser ningún tonto, por lo que sabía lo que hacía cuando me hizo esa llamada telefónica ayer. Aunque no haya sido capaz de darle ese amor como a él le habría gustado, de alguna manera nunca ha dejado de proteger a Ian y de mover los hilos a su favor.

—Ha sido un placer, señor Williams. Su hijo no merece otra cosa que ser feliz, ha vivido una

vida que no le correspondía y ya es hora de que todo gire a su favor —le respondo, devolviéndole el apretón de mano y mirando esos ojos que han sufrido tanto, que, a pesar de todo, siguen luchando por salvar a su hijo.

No puede evitar derramar unas cuantas lágrimas al oír mis palabras sobre su pequeño, el rebelde de la familia, ése al que todos odian porque él mismo se encarga escrupulosamente de que así sea, pero que en el fondo esconde un corazón tan grande que no le cabe en el pecho y lo único que intenta es protegerlo para que nadie se lo vuelva a destrozar.

* * *

El juez se ha retirado a deliberar un momento y aparece de nuevo a los cinco minutos, aunque a mí me hayan parecido años. Ahora es cuando mi cuerpo se vence y me entra el pánico.

—La inesperada declaración de la doctora Swanson ha causado un giro sorprendente en la causa, por lo que me veo obligado a actuar de oficio por lo sucedido. Así pues, decreto que se celebre un juicio paralelo derivado de la *litis* en el que la doctora tendrá que facilitar las pruebas correspondientes que antes he señalado. Mientras tanto, se inhabilita de manera preventiva de su cargo a la letrada Montgomery hasta que dichas pruebas corroboren o desmientan los hechos imputables. Independientemente de eso, deberá pagar una indemnización de cien mil dólares al acusado, en concepto de daños a su imagen, e idéntica suma a la doctora por el mismo motivo.

Compruebo cómo Sandra intenta no volverse loca en su asiento, le va a dar algo.

El juez continúa con su veredicto sin prestar la más mínima atención a la histeria de la abogada.

—En lo que respecta al señor Roger Montgomery, dispondrá de un plazo de dos días hábiles para traer al juzgado las pruebas que crea oportunas para demostrar los cargos que pretendía imputar al señor Williams; de lo contrario, deberá pagar una indemnización de ciento cincuenta mil dólares al acusado por difamar su honor e ingresar en prisión por todos los delitos que se le atribuyeron en el juicio anterior, del que salió airoso gracias a las mentiras de su abogada.

—¡¿Qué?! ¡Y una mierda, no puedes hacer eso, maldito cabrón, ya me absolvieron! —grita el pelirrojo al juez, que ni se inmuta—. ¡Te mataré, negro de mierda!

—Usted lo ha querido: a prisión directamente. ¡Guardia! —llama el juez.

Enseguida, uno de los agentes se lo lleva esposado mientras él patatea con violencia. El magistrado ni siquiera pestañea, parece incluso aburrido cuando lo sacan de la sala. Después continúa con su veredicto.

—El letrado Simon queda, de la misma manera, inhabilitado de manera preventiva por viciar pruebas, por ocultar información valiosa a la sala, por dejar indefenso a su cliente y por ejercer de manera perniciosa la profesión de la abogacía. Asimismo, deberá devolver todos los honorarios que le haya retribuido el señor Williams desde que contrató sus servicios y pagarle, además, una indemnización de cien mil dólares por daños y perjuicios.

Ahora sí que se lía una buena en los banquillos, porque ambos letrados comienzan a insultarse sin reparos. Los guardias de seguridad tienen que intervenir para mantener el orden, y al final se llevan esposada a Sandra, que está poseída por completo. Entre la retahíla de insultos

que se dedican se pueden distinguir algunos más dulces que otros, como *puta* o *bastardo*.

El juez parece indignado ante la vergonzosa escena.

—¡Orden en la sala o los detengo a todos por desacato a la autoridad! —exclama, dando golpes con el mazo.

»Póngase en pie el acusado. —Ian obedece—. ¿Tiene usted algo más que añadir?

—No, señoría.

Peter, el señor Williams Sénior y yo permanecemos agarrados con fuerza de las manos. No aguantamos más con tanta presión.

—Debería declarar el juicio nulo por el vicio que lo ha contaminado, pero no quiero que vuelvan a demandarlo por la misma causa; además de que creo en su inocencia, todo esto ha sido tan bochornoso que no sería capaz de soportarlo una segunda vez. Por ello, señor Williams, lo absuelvo de todos los cargos que se le imputan y lo declaro inocente. —Siento cómo la alegría se apodera de mí, quiero saltar—. Permítame añadir que no sé si al final serán pareja ustedes dos o no, tampoco me interesa, pero debería agradecer a la doctora Swanson lo que acaba de hacer por usted, que es precisamente regalarle su libertad.

—¡Gracias, señoría, así lo haré! —celebra Ian risueño.

—Se levanta la sesión —sentencia el juez, dando un último golpe con el mazo para después desaparecer.

Mientras su padre, Peter y yo nos fundimos en un gran abrazo, Ian le asesta un fuerte puñetazo a su abogado, que lo tira al suelo. Sorprendentemente, los guardias inmovilizan al letrado para que no se la devuelva. Entonces Ian se vuelve para buscarme entre la multitud; todos los asistentes continúan aquí sin marcharse, parece que estén haciendo tiempo para ser testigos de nuestro reencuentro.

Nuestros ojos se localizan por fin. Siento que mi alma palpita por él, lo quiero, lo deseo, lo necesito, por mucho que me empeñe en disimularlo, es algo obvio. Entonces corre por el largo pasillo y yo hago lo propio. Cuando nos encontramos en el medio, se agacha para cogerme en brazos y gira sobre sí mismo conmigo en el aire mientras reímos los dos.

—¡Te quiero, Beatriz! —exclama entusiasmado, con los ojos llenos de felicidad—. ¡Te amoooo! —grita más alto, aprisionándose entre sus brazos—. Por fin puedo decirlo.

Luego me deja resbalar por su pecho hasta que estamos el uno frente al otro. Niega con la cabeza, mordiéndose el labio inferior, al tiempo que me contempla con sus ojos azules llenos de promesas.

Ahora soy capaz de reconocer el amor cuando lo tengo delante.

—En estos momentos siento tantas cosas por ti que hasta me doy miedo, rubia.

—Pero si el apuesto y valeroso Kenian no conoce el miedo. —Le sonrío.

—Tú nunca sabrás lo que es el miedo, de eso me encargaré yo.

Entonces aprisiona mi rostro entre sus fuertes manos para besarme con anhelo y pasión, con todo su ímpetu, con esa locura salvaje que me ha enamorado completa e irremediabilmente.

Y todo esto sucede mientras los presentes en la sala aplauden eufóricos a nuestro alrededor.

«¡Me quiere!»

Capítulo 48

Han pasado un par de semanas desde que se celebró el juicio. Estamos a mediados de diciembre. En estos días he podido reunir las pruebas requeridas por el juez, que básicamente se reducían a los vídeos grabados por las cámaras de vigilancia de mi consulta, en los que se puede distinguir con claridad cómo Sandra entra con su llave y sale con el informe falso.

Gracias a Elizabeth, sus múltiples contactos rusos y sus sorprendentes habilidades como detective, hemos podido descubrir que el abogado de Ian, el letrado Thomas Simon, ha resultado ser hermano de un antiguo compañero de trabajo mío, Mark Simon, el que fue jefe de prensa de Hudson Enterprises hace años y que, por cierto, en la actualidad se encuentra en prisión por haber intentado abusar de Elizabeth en un viaje.

Resulta que Mark planeó todo este entramado de forma minuciosa desde la cárcel. Consiguió que Thomas fuese contratado como abogado por la editorial de Ian, supongo que gracias a tener algún contacto en el departamento de recursos humanos, o a sobornarlo. También le facilitó al letrado mi contacto para que éste, a su vez, convenciese a Ian para fingir que sufría algún trastorno psicológico. Imagino que yo fui su víctima perfecta porque debía de creerme medio tonta al conocerme de la época en la que había sido la pavisosa secretaria de Liz en Hudson Enterprises.

Mientras Ian intentaba engañarme, su siguiente objetivo fue Sandra. Se supone que Thomas le contó a ella por amor la estrategia que iba a seguir durante el juicio, aunque nada más lejos de la realidad por ambas partes, pues ella pensaba que igualmente estaba engañándolo a él para poder salvar a su hermano de la cárcel. Sandra mordió el anzuelo antes, y por eso hizo todo lo que hizo, creyendo que eran simples secretos de alcoba, cuando en realidad se trataba de un plan urdido por dos mentes maquiavélicas para vengarse de Elizabeth Hudson a través de Ian.

Estoy confusa porque lo más lógico habría sido que Mark tratase de ir contra Sammuel y Elizabeth. Aunque, pensándolo bien, puede que viniera a por nosotros justo por ese motivo, porque a menudo lo que les sucede a nuestros seres queridos suele dolernos mucho más que lo que nos ocurre a nosotros mismos. En el fondo me alivia que no decidiera ir contra Cathy, pues solo de pensarlo me entran ganas de llorar.

Lo único que sé es que al fin se ha hecho justicia, que nosotros podremos descansar tranquilos de una vez por todas y comenzar desde cero nuestra relación, sin trampa ni cartón, sin barreras ni mentiras. Literalmente hablando, es cierto que ya no tenemos barreras entre nosotros, pues nos hicimos ambos las pruebas médicas necesarias y desde que hacemos el amor sin

precaución es todo mucho más intenso..., si cabe. En eso sí que fue la primera vez de mi capullo preferido, al menos ha tenido una primera vez de algo junto a mí, y puedo asegurar que está más que encantado con este nuevo formato del *Ian-Sutra*, al igual que yo. No obstante, disfrutar es precisamente lo que estamos haciendo desde que terminó el juicio, un acontecimiento que ha cambiado nuestras vidas para siempre.

—De no haber sido por el miedo a perderlo todo, no me habría sincerado nunca contigo —confiesa Ian mientras acaricia con suavidad mi pelo, que descansa sobre su pecho desnudo.

—¿Quieres decir que debo alegrarme de lo sucedido? —musito soñolienta, después de cuatro horas de sexo.

—Si lo piensas bien, es lo mejor que ha podido ocurrirnos, gracias a todo esto: yo me he abierto contigo y tú has sacado la guerrera salvaje que llevabas dentro por mí. —Muestra una amplia sonrisa.

—¡¿Guerrera salvaje?! —Lo observo llena de incredulidad.

—¡Siempre te recordaré avanzando hacia el estrado con paso firme, con los ojos fijos en mí, dispuesta a todo por vengarme! ¡Joder, rubia, no te imaginas cómo me estaba poniendo, esa imagen me acompañará de por vida! —Sonríe lascivo.

No pienso contarle que de paso firme y venganzas salvajes, nada de nada, que en realidad me temblaban las piernas y que casi me desmayo, porque ahora es cuando empiezo a comprender todos esos trucos de mujer fatal que intentaba enseñarme mi mentora pelirroja con respecto a los hombres. Si él quiere imaginarme segura de mí misma y luchando por su amor contra viento y marea, pues que así sea, ¿por qué arruinar su fantasía?

—¡Tuve que contenerme tanto para no cogerte y empotrarte allí mismo...! Todavía no me creo que estés aquí, ¡me salvaste! —Me besa orgulloso.

«Señores pasajeros: acabamos de aterrizar en el Aeropuerto Internacional Luis Muñoz Marín. Gracias por viajar con nosotros», indica la voz del piloto por los altavoces de la suite.

—¿Aterrizar? ¡No es posible! —exclamo asustada.

Me levanto de un salto, con caída incluida, para comprobar por la ventanilla del jet privado de Sammuel que, en efecto, estamos ya en tierra firme, ¡y que yo ni siquiera me he enterado!

Ian se incorpora perezosamente de la cama, estirándose con tranquilidad, mientras me observa ahí sentado con cara de chiste. Yo me apresuro a recoger mi ropa del suelo y a vestirme a toda velocidad.

—¿Tiene mucha prisa, doctora?

—¡Me las vas a pagar! —digo, amenazándolo con el dedo. Ya tengo los vaqueros y la blusa verde puestos.

Suelta una carcajada.

—Con el espectáculo que has montado al despegar, no quería arriesgarme a que hicieses lo mismo al aterrizar. Además, te informo de que todo ha sido idea del piloto.

No doy crédito.

—¿El piloto ha sugerido que me echés seis polvos en la suite privada para mantenerme entretenida?

—Parece que te estoy contagiando mi medida al hablar, querida. —Vuelve a reírse—. Y, sí,

me ha sugerido que te pegue un golpe seco en la nuca o que te drogue, cualquier cosa con tal de que no volviesses a gritar como si te estuviesen despellejando viva, porque lo desconcentras... un poquito. —Hace un gesto con dos dedos para señalar algo minúsculo, pero paso olímpicamente de su ironía.

—¡Podríamos haber muerto, y yo sin enterarme!

—Morir follando en el aire no estaría mal. —Sigue mofándose de mí, y yo cada vez me noto más histérica.

—¡Déjate de rollos, Ian! —Estoy hiperventilando.

—Creía que solo hacías esto cuando montabas en mi moto, pero resulta que la psiquiatra tiene miedo a muchas otras cosas. Mucho me temo que me veré obligado a tratarla, señorita Swanson. —Me observa con atención, con los ojos entornados.

A continuación, se levanta despacio, sin prisas, y se pasea por la estancia como Dios lo trajo al mundo para provocarme. Podría verlo cualquiera de las personas que están en la pista, pero a él no le importaría lo más mínimo, porque está concentrado en burlarse de mí.

—Que me diese pánico montar en este avión es algo muy lógico, porque era la primera vez que montaba en un avión tan pequeño, ¡es demasiado inestable! —alego en mi defensa, sujeta a una de las barras de la puerta.

—¿Me estás diciendo que a la vuelta ya no gritarás como una psicópata enjaulada? —Está con los brazos cruzados delante de mí, observándome lleno de incredulidad con una ceja levantada.

Miro hacia el techo silbando, haciendo como que no lo he oído.

—Beatriz, te he traído aquí por varios motivos, pero uno de ellos es para practicar ciertas actividades que te ayudarán a perder todos esos miedos irracionales que padeces.

No sé por qué, pero de pronto quiero volverme a Nueva York.

—¿Ciertas actividades? ¿Como cuáles? —Frunzo el ceño y tuerzo la boca, pensativa.

—Terapia de choque —afirma orgulloso mientras se pone una camiseta azul.

No aparta los ojos de mí, por eso me hace temer que va en serio.

—No pienso volver a montar en avión, y no creas que me voy a tirar en paracaídas ni nada por el estilo. Te conozco, Williams, y tú eres el que quiere morir joven, no yo. —Mi voz no parece la de siempre, tiene un tono chillón que denota mis nervios.

—Nadar entre tiburones sería una buena idea, para empezar —suelta como si nada, riendo divertido mientras se abrocha los vaqueros.

—¡No te lo crees ni tú! —Se me escapa un bufido—. A no ser que lleves cloroformo en la maleta.

Continuamos discutiendo el asunto mientras bajamos del jet y nos despedimos de la tripulación. Él pretende que pierda el miedo a base de sustos, y yo me temo que lo que va a suceder es que eso lo va aumentar todavía más.

—Creía que te gustaba tal y como era. Si hubieses querido una Mata Hari, no habrías salido con una mujer precavida y responsable —alego en mi defensa.

—¿Precavida o *cagada*?

—Si fuese una cagada no estaría contigo, Satán.

Él se ríe y yo estoy enfadada.

—Ya lo hablaremos más tarde, rubia. Venga, vamos, el taxi nos espera.

Hoy es un día soleado, no hace ni frío ni calor. Calculo que estaremos a unos veintiséis grados, un tiempo ideal. Una vez que estamos montados en el Uber, esperamos mientras el conductor mete nuestro equipaje en el maletero. El reloj del coche marca las 14.00 horas.

—Al número 100 de Dorado Beach Drive, por favor —le indica Ian al conductor cuando éste se instala tras el volante.

—¿Dónde estamos, me lo vas a contar ya? —le pregunto al loco de mi novio mientras observo por la ventanilla los verdes paisajes que vamos dejando atrás. Me recuerda a la selva amazónica que he visto en algunos documentales.

—Ahora lo descubrirás, no seas impaciente, es una sorpresa —me regaña condescendiente.

Después de unos cincuenta minutos de viaje, en los que me he quedado dormida plácidamente entre los reconfortantes brazos de mi acompañante, el coche se detiene.

—Cariño, despierta, ya hemos llegado —me susurra Ian en un tono bajito y dulce al oído.

Abro los ojos y no puedo creer lo que leo en el cartel que tengo justo delante de mi ventanilla: WELCOME TO DORADO BEACH, RITZ-CARLTON RESERVE.

—¡Puerto Rico! —exclamo asombrada, despertándome de golpe.

Recuerdo que un día, hojeando una revista, vi una foto de este lujoso hotel y le pregunté a Ian si realmente existía algo así, porque parecía un paraíso en...

—Tu paraíso en la Tierra, nena —cuchichea sonriente, mientras me ayuda a bajar del taxi.

No logro cerrar la boca, parezco un espíritu errante, todavía no me puedo creer que estemos aquí. Ian paga al conductor, que ha llevado nuestras maletas al interior del hotel para después marcharse, no sin antes desearnos una feliz luna de miel.

—¿No te gusta? —me pregunta entonces algo preocupado ante mi falta de reacción.

Giro poco a poco el rostro hacia él para intentar enfocararlo en mi nublado campo de visión. Sus ojos azules estudian angustiados los míos llorosos, no entiende qué me sucede. Entonces doy un salto y me cuelgo de él como un koala enamorado, enroscando las piernas alrededor de su cintura, riéndome y besándolo como si fuese el fin del mundo.

—¡Te quiero! —musito entre beso y beso mientras él sonríe contra mi boca, tremendamente aliviado, besándome también.

—Cariño, aunque me gustaría quedarme aquí toda la vida saboreando tus labios, debemos ir adentro, nos esperan. —Se obliga a duras penas a apartarse de mí.

—¿Quién?

—El director, el señor George Sotelo.

—¿Quién es?

—Ahora lo verás. —Sonríe de medio lado, lo que me da mucho miedo.

Me bajo al suelo y él me coge de la mano para avanzar juntos a través de la majestuosa entrada repleta de fuentes a ambos lados. Al final nos aguarda un caballero vestido con elegancia, con un traje gris de tres piezas y corbata granate.

—Señor Williams, un placer conocerlo. —Hace una reverencia con la cabeza cuando llegamos a su altura.

—El placer es mío, George. Le presento a mi mujer, la señora Williams.

Le echo un disimulado mal de ojo a mi repentino marido, pero no lo desmiento, pues si ha dicho eso supongo que será por algún motivo.

—Encantado, señora, espero que su luna de miel resulte ser todo lo maravillosa que desean; desde luego, nosotros haremos todo lo que esté en nuestra mano para que así sea.

—¡Gracias! —respondo confundida, se me da fatal mentir. Observo de reojo cómo Ian contiene la risa.

—Gabriel, por favor, acompaña a los señores a la suite West Beach. —El director hace una señal al mayordomo para que se acerque—. Estoy a su disposición para lo que necesiten —añade despidiéndose de nosotros en un español perfecto, pues aquí la gente suele dominar ambos idiomas.

—Gracias, señor Sotelo —decimos Ian y yo al unísono. Me resulta muy sexi oírlo hablar en castellano.

El tal Gabriel nos acompaña hasta nuestra habitación; es muy amable, nos trata como si perteneciésemos a la realeza. Todo cuanto hay a nuestro alrededor es majestuoso, tal y como se adivinaba en la revista. Además, el toque tropical que se respira en el ambiente le otorga un aura mágica que me fascina.

El mayordomo abre la puerta de la estancia y luego se retira para dejarnos a solas. Observo de una ojeada rápida que junto a la entrada están ya todas nuestras pertenencias. Ian me hace un gesto para que pase yo primera y así poder contemplar mi reacción.

—¡Oh, Dios mío! —exclamo tapándome la boca con ambas manos, embargada por la emoción nada más poner un pie en el interior—. Esto es la seducción de los sentidos... —balbuceo.

Él me observa orgulloso.

—Me alegro de que te guste, mi reina —masculla desde atrás.

En el centro de la inmensa suite de diseño moderno hay una hermosa cama extragigante con un elegante dosel de madera. Está engalanada con finas ropas de seda en tonos beige y granate. Los suelos son de madera. Me dirijo al gran baño, donde todo es de un mármol blanco precioso; hay dos grandes lavabos y una amplia bañera de hidromasaje. Las puertas correderas que separan las estancias del exterior son de cristal y van desde el suelo hasta el techo para no ocultar la belleza de nuestro entorno.

—Quiero recluirme aquí el resto de mi vida —murmuro embobada.

—Y todavía no has visto lo mejor, ven.

Ian rodea mi cintura para acercarme hasta un biombo, me gira hasta situarme de espaldas a él y me indica que espere mientras lo retira.

—¡Sorpresa! —exclama.

Me vuelvo.

No me da tiempo a asimilar todo lo que van descubriendo mis ojos desde mi posición hasta el horizonte infinito. Justo delante de mí hay una pequeña piscina, solo para nosotros, incrustada en un jardín privado, lleno de hermosas plantas tropicales y muchas flores. No creo que el Edén diste mucho de esto. A menos de diez metros, puedo admirar por primera vez en mi vida las

impresionantes vistas de la costa caribeña, sus arenas blancas y sus aguas cristalinas.

—¡El mar! —musito, embriagada por tanta belleza.

—Me has enseñado tantas cosas desde que te conozco, que solo deseo vivir para mostrarte otras yo a ti, solo quiero hacerte feliz, mi amor. —Ian me abraza desde atrás, rodeando mi vientre con las manos, apoya la mandíbula en mi hombro y me besa el cuello con dulzura.

Permanecemos así un buen rato, en nuestro paraíso particular.

—¿Tienes hambre, rubia? —pregunta al cabo de un rato, señalándome la mesa que tenemos a la derecha, que ni siquiera había visto. No obstante, ahora que reparo en ella, advierto que está repleta de manjares culinarios de la zona.

Me vuelvo hacia él para mirarlo fijamente, pensativa, mientras él me observa algo intrigado. No sé por qué motivo, pero de pronto quiero cometer una locura, quiero convertirme en esa chica despreocupada que él ve en mí, la que he retenido siempre por demasiadas razones, la que nunca he dejado salir a la luz por miedo al rechazo. Esa otra Beatriz que no pude ser jamás y que siempre anhelé ser.

Entonces, sin mediar palabra, lanzo los zapatos por los aires y salgo corriendo hacia la playa, gritando de alegría con los brazos en alto. Percibo cómo la brisa marina, con su característico olor salino, acaricia mi rostro y revuelve mi cabello. Me siento libre. No tardo ni medio minuto en llegar a la orilla. Es la primera vez que estoy en una playa.

Noto la fina arena en mis pies, tiene un tacto muy suave, me hace cosquillas. Me agacho para tocarla con las manos y observo hipnotizada cómo se escurre entre mis dedos, acariciándose y liberándose al mismo tiempo, como si se tratara de moléculas del tiempo, de los malos recuerdos marchándose para siempre con el viento.

El vaivén de las olas consigue captar entonces mi atención. Es muy sereno, debido a los rompeolas artificiales contruidos para tal fin. Las aguas son de un azul cristalino, tan solo comparable a unos ojos que me contemplan muy de cerca, pero dejándome mi espacio.

Me pongo en pie de nuevo, cierro los párpados e inspiro profundamente. La inmensidad y la belleza del océano me hacen sentir insignificante. Nunca he estado tan cerca de la gracia de Dios. Sin dudarlo, continúo hacia adelante, no me importa estar vestida, salto las olas, riendo como una niña pequeña, hasta que el agua me llega a la altura de la cadera y entonces me lanzo de cabeza contra la espuma.

—¡Soy feliiiiiz! —grito, chapoteando en medio del Atlántico.

Cuando salgo del agua, Ian está sentado en la arena con los brazos rodeando sus rodillas. Tiene el torso desnudo, está descalzo y admirándose como si fuese una sirena. Me siento a su lado.

—¿No te bañas, el agua está buenísima? —le pregunto.

—Eres lo más bello que he visto nunca, no dejas de sorprenderme. —Parece estar en otra galaxia.

—Las estrechas también sabemos divertirnos. —Le saco la lengua.

Él suelta una risotada, negando con la cabeza.

—Por cierto, ¿no tienes que explicarme algo, *maridito*?

—Si no estábamos de luna de miel no nos daban la suite, la tienen reservada especialmente

para recién casados.

—¿Todo el año?

—Así es, señora Williams.

Entonces se abalanza sobre mí para besarme con deleite, con ternura, saboreando cada roce, cada caricia, cada envite, degustándome con el ímpetu que lo caracteriza. Nos rebozamos por la arena, embadurnándonos sin remilgos. Se detiene cuando está encima de mí, apoyado sobre los codos, para atrapar mi rostro entre sus poderosas manos, y penetra mi alma con esos ojos tan azules y agitados.

—Te quiero, Beatriz, te quiero como nunca antes he querido a nadie y como jamás pensé que fuese capaz de hacerlo.

—Y yo a ti también, Ian. Cuando estoy contigo soy una mujer libre y desinhibida, sin ataduras ni complejos.

—Formamos un buen equipo, *Barbitriz*. —Sonríe.

—Y para siempre, *Kenian*.

Capítulo 49

—¡Vamos, dormilona, despierta! —Ian retira la colcha que me cubre de un tirón.

—Déjame dormir un poco más, estamos de vacaciones, por el amor de Dios —refunfuño, buscando en vano la colcha que ha lanzado por los aires.

—No, no, no, nada de dormir, el desayuno ya está servido en la mesa y a las ocho nos espera el barco.

—¿Las ocho? ¿Estás loco? Y ¿qué barco? No quiero montar en ningún barco, quiero dormir —protesto, tapándome la cabeza con la almohada.

Ian me coge entre sus brazos, yo me acurruco en su pecho mientras camina, cobijándome en su calor corporal. Con un poco de suerte, le daré pena y nos quedaremos toda la mañana en la cama dándonos los buenos días como hacen los recién casados.

De repente, me suelta y... me deja caer..., ¡¡¡al agua!!!

—¡¡¡Dios!!! ¡Yo te mato! —aúllo histérica cuando consigo sacar la cabeza completamente espantada de la piscina, como si me hubiese lanzado al interior de un géiser.

Cuando lo descubro, se está partiendo de la risa, con los brazos cubriéndose el estómago. Ya está vestido.

—¡¡¡Me las vas a pagar, capullo!!!! —lo amenazo enajenada de ira, nadando hacia la escalera.

—Tú te lo has buscado —intenta pronunciar entre las carcajadas.

—¿Crees que si estuvieses en tu sano juicio se te habría ocurrido despertar a alguien tirándolo a una piscina?! ¡Estás *pirao*! —Sigo gritando improperios, mitad en español y mitad en inglés; es que todavía no me lo puedo creer.

—Vamos a centrarnos, rubia. —Se agacha junto al bordillo para hablarme más cerca—. Tienes dos opciones: una, permanecer aquí tú sola durante todo el día protestando porque quieres quedarte durmiendo. Y, dos, salir del agua ahora mismo para desayunar, vestirme y pasar un día inolvidable junto a tu marido.

—¡Y la tercera es que tú vengas aquí conmigo!

De un movimiento certero, lo agarro de la manga de la camisa y tiro de ella con todas mis fuerzas. No le da tiempo a reaccionar y termina cayendo al agua.

Ahora la que se ríe a carcajadas soy yo, parece un gato confuso y empapado cuando asoma la cabeza a la superficie.

—Muy graciosa, doctora, ahora sí que llegaremos tarde.

—Tú te lo has buscado —me burlo de él, imitándolo.

Se acerca a mí para acorralarme entre su cuerpo y la pared, yo me subo a horcajadas sobre él, y de un movimiento certero se baja la cremallera y me penetra. Así, estrenamos la piscina del Dorado y mi primera vez en el agua.

Son las diez de la mañana. Gracias a los contactos del director del hotel, hemos podido retrasar nuestra cita para ir a navegar, pues ya tenían todo el día completo, pero al final han podido asignarle nuestra hora a otra pareja.

Me he embutido en un traje de neopreno que prácticamente no me permite respirar. Parezco un chorizo a punto de reventar.

—Seguro que un condón tiene más libertad de movimientos que yo —me quejo mientras consigo a duras penas subirme la cremallera.

Ian se acerca para ayudarme y se mofa de mí.

—Te voy a comprar uno de éstos para que te lo pongas en Nueva York, estás increíble —asegura, terminando de subirme la cremallera traidora.

Lo miro maldiciendo su sentido del humor, aunque mucho me temo que lo esté diciendo en serio, pues para él todo lo que sea mostrar carne es maravilloso. A él sí que le queda de lujo el traje, le marca cada músculo y cada curva de su perfecta anatomía. Mientras lo observo, pienso que es un pecado estar tan bueno.

El barco se detiene y el monitor nos indica que debemos prepararnos para la inmersión. Miro el agua como si de pronto fuese mi enemigo mortal, ha dejado de ser cristalina para convertirse en oscura y tenebrosa.

—Vale, la broma ya ha llegado demasiado lejos... Me rindo, tú ganas —admito cruzándome de brazos expectante.

—No es ninguna broma, vas a nadar entre los tiburones, y te recomiendo que no hagas movimientos bruscos porque podrían morderte y amputarte algún miembro —me advierte Ian tan tranquilo, con su máscara ya puesta.

—¡Ni loca! —Intento bajarme a toda prisa la cremallera del traje, confiando en que si estoy desnuda no me tirará al mar, pero me agarra la mano para detenerme—. ¡No pienso bajar del barco, antes muerta! —grito, empezando a perder el control.

—¿Ves esas aletas que asoman en el agua, Beatriz? —pregunta entonces señalando el mar. Mis ojos siguen la dirección de su dedo y descubro al menos tres aletas de tiburón rodeando el barco, acechantes—. Acaban de lanzarles carne fresca para atraerlos. Obedece las órdenes del monitor o serás un buen bocadito para esas fieras marinas, ¿de acuerdo?

—¡¡¡Nooooo!!!

Cierro los ojos con fuerza y me tapo las orejas, no quiero escucharlo, ahora mismo estoy aterrada. Rezo para que todo esto sea una broma de mal gusto o, mejor aún, una pesadilla.

—¿Confías en mí? —pregunta mirándome a los ojos al tiempo que retira mis manos.

—¡No! ¡Ni en ti, ni en esos malditos tiburones! ¡Ni tampoco en ese monitor infame! —chillo como una loca.

—Y ¿qué culpa tendrá el pobre hombre? —bromea Ian tan tranquilo.

—¡Quiero irme a mi casa! ¡No quiero ser cebo para tiburones!

Me encuentro paralizada, llorando como una niña pequeña a la que acaban de contarle una historia de terror, pero ¡lo peor es que la protagonista ahora soy yo!

No me da tiempo a nada más porque, antes de poder arrodillarme para suplicar clemencia, me descubro volando por los aires... ¡Me ha lanzado al agua sin contemplaciones!

Hoy, por lo visto, es la tónica del día.

Grito debajo de la superficie, pero tan solo sirve para que me quede sin oxígeno. Me ha entrado el pánico y estoy bloqueada, no sé qué hacer. Enseguida siento que sus brazos me rodean y me empujan hacia arriba con fuerza. Cojo aire con todas mis fuerzas al lograr sacar la cabeza, pero justo en ese momento siento que algo grande y oscuro a mi espalda me da un empujón.

—¡Oh, Dios mío..., vamos a morir! —exclamo histérica, retorciéndome e intentando flotar a la vez.

Ian agarra mi cabeza entre las manos y me la gira para que observe los terroríficos colmillos afilados de los tiburones hambrientos que intentan devorarme salvajemente.

«¡Oh, qué monada!»

Unos delfines pequeñitos jueguean con sus madres justo a mi lado, incluso me rozan al saltar. Las aletas de los tiburones sanguinarios resultan ser una de las cosas más tiernas que he visto nunca. Y el agua oscura vuelve a ser cristalina de nuevo.

Clavo mis ojos en Ian, que no puede evitar reírse.

—Te odio, por tu culpa casi muero de un infarto —protesto mientras le salpico la cara.

—El miedo está solo en tu mente, Beatriz, ya deberías saberlo. Yo solo intento enseñarte a mirar más allá —alega, después de esquivar mi pueril ataque.

Uno de los delfines adultos se acerca hasta situarse a mi lado. Tiemblo de miedo. «¿Ha muerto gente asesinada por delfines?» Saca la cabeza del agua para mirarme a los ojos. Es una criatura espectacular. Levanto la mano despacio y lo acaricio, parece que le agrada. Él me devuelve el gesto con el hocico.

—Le gustas —asegura el monitor sorprendido.

—¿Tendré que ponerme celoso? —bromea Ian.

—Es una hembra —explica el hombre—. Es raro que se acerquen tanto a las personas, y menos aún cuando están con sus crías. Tu mujer debe de tener un aura especial que ellos captan, son muy intuitivos.

—Sí, la tiene —asegura Ian, embobado, mientras nos observa al delfín y a mí.

Pasamos el día buceando junto al arrecife de coral —por lo visto, a esto se le denomina *esnórquel*—, practicando diversas actividades acuáticas con los delfines, los leones marinos, las tortugas gigantes... ¡Es una auténtica pasada!

Al volver al hotel, ya ha anochecido. Estoy agotada, pero me siento una privilegiada de la vida por semejante experiencia.

—Gracias, Ian —le digo cuando nos disponemos a dormir, habiéndonos saciado ya de nuestros cuerpos.

—No, gracias a ti por devolverme las ganas de vivir.

* * *

Al día siguiente, me despierto la primera cuando todavía no ha amanecido. Siento el brazo y la pierna de Ian sobre mí, e intento deshacerme como puedo de su abrazo de oso para dirigirme después hacia la playa.

Sentada en una de las hamacas del hotel y cubierta con un chal de punto que he encontrado, observo maravillada cómo el sol va ascendiendo en el horizonte. Todo a mi alrededor es oscuridad, pero va recobrando la luz y el color a su paso. El mundo vuelve a la vida, los pájaros comienzan a cantar, las olas del mar parecen resurgir, las luces de las habitaciones del hotel se encienden... Empieza un nuevo día y, con él, la oportunidad de conseguir todo lo que nos propongamos.

—¿Lista para una nueva aventura, sirenita? —Su voz ronca en mi espalda hace que me vuelva.

Lleva puesto un pantalón de lino blanco y una camisa gris, impecable como siempre, aunque tiene el pelo revuelto a causa del ajeteo nocturno. Una sonrisa involuntaria al recordarlo invade mis labios.

—Nunca imaginé que esto fuese tan bello —murmuro embelesada.

—Te mostraré todas las cosas hermosas del mundo, pero no olvides nunca que la única que lo hace asombroso eres tú.

Me besa en los labios y se sienta detrás de mí, abrazándome, mientras observamos juntos el ascenso del astro rey a los cielos.

* * *

Mi *marido* ha comprado unos trajes muy raros para la excursión de hoy, que, por supuesto, no quiere contarme de qué se trata.

—Podríamos definir esta ropa como «la equipación de unos *boy scouts* cutres». —Me parto de risa al observarnos a los dos.

—¡Oye! Cutre lo serás tú. —Me pellizca el trasero.

Ambos llevamos pantalones cortos de color verde caza, el mío por debajo del culo, el suyo a media pierna; calcetines marrones subidos hasta las rodillas; botas de escalada verdes con pinchos, y unas camisetas de algodón de color caqui. Mi conjunto es *megaajustado*, por supuesto; habiéndolo comprado él, no esperaba menos.

—¿Pretendes que salga así a la calle? —Señalo la camiseta, que me marca hasta los lunares—. Esto es indigno.

—Te pareces a Lara Croft.

—¿Quién es esa tal Lara? —A ver si va a ser alguna de su oficina.

—Un personaje de un videojuego que siempre me ha puesto muy cachondo, aunque tú eres más bien tipo Juliet Starling. —Sonríe lascivo.

—Y ¿ésa quién es?

De pronto parece muy divertido.

—Pues otra mujer sexi y semidesnuda del juego *Lollipop Chainsaw*. —Ríe.

—¿Quién podría ser capaz de usar las palabras *lollipop* y *chainsaw* en la misma frase?! —Es que no me imagino una motosierra con un chupa-chups rosa dibujado en ella. Por Dios, qué cosas más raras les gustan a los hombres.

—La motosierra es lo de menos. —Hace un gesto como si tuviese dos grandes pechos.

—Ya veo a lo que juegas tú. —Levanto la vista al techo.

Sus ojos risueños muestran que se está excitando.

—No entiendo por qué los diseñadores gráficos crean los personajes masculinos llenos de músculos, con grandes armas, mientras que los femeninos tienen unas tetas enormes y van semidesnudos. ¿Acaso creen que, cuanto más grandes sean sus pechos y más minúsculo el tanga, mejor lucharán?

Ian suelta una carcajada.

—Ay, doctora, ya veo que está usted un tanto obsoleta. Es muy sencillo, para anunciar la Coca-Cola Light, que solo toman las mujeres, usan a un tío que está muy bueno, ¿no? Pues para los anuncios de videojuegos, a los que mayoritariamente juegan los hombres, lo mismo. En la vida real, por desgracia, no se ven conejitas sexis enfundadas en cuero conduciendo motos enormes y pegando palizas a hombres malos, y al menos así podemos soñar despiertos, ¿no?

—¡Eres un machista!

—Bienvenida a mi mundo, cariño.

Un *jeep* de Uber nos deja en la entrada del Bosque Nacional El Yunque. Al lado del cartel de bienvenida hay dos chicos que se presentan como nuestros guías. Hasta aquí, todo bien.

—Este bosque es uno de los de menor tamaño en extensión territorial, sin embargo, es el de mayor diversidad biológica, puesto que alberga cientos de especies de animales y plantas, algunas de las cuales solo se encuentran aquí, en ninguna otra parte del planeta —nos explica entusiasmado uno de los guías cuando caminamos por los abruptos senderos.

Mientras admiramos este paradisíaco entorno de árboles milenarios y plantas tropicales, todas ellas espectaculares, podría parecer que nos hayamos trasladado a otro mundo.

Pasamos por la cascada La Coca y subimos a la Torre Yokahú, desde la que se puede contemplar todo el parque. Es maravilloso.

No obstante, la cosa empieza a complicarse cuando después de dos horas andando llegamos a lo alto de una cascada. Los chicos se quitan las mochilas y comienzan a sacar arneses y botas con pinchos... Y esto ya no me gusta tanto.

—Ya hemos llegado arriba del Salto de Juan Diego —informa uno de ellos.

—No me digáis que os vais a tirar por ahí... —comento un tanto nerviosa mientras señalo el abismo que está justo a mis pies. Mi mosqueo va *in crescendo*.

—¡Nos vamos a tirar todos! —me corrige Ian, que está divirtiéndose mucho.

—¡Pero bueno, ¿tú qué eres?, ¿un Indiana Jones frustrado?! —protesto, cruzándome de brazos.

—Con lo de *todos* me refiero a ti también, princesa. —Sonríe victorioso.

Los guías se miran uno al otro algo extrañados porque no se imaginaban que yo no supiera a lo que vengo; obviamente, hasta ahora no se habían encontrado nunca con un novio/marido psicópata que disfrutase viendo sufrir a su pareja.

—¡Y un cuerno! —exclamo mientras salgo corriendo a toda prisa hacia el interior del bosque. Prefiero perderme entre dinosaurios, osos y panteras, o lo que sea que haya por ahí, a descalabrarme contra una roca, ¡y encima a propósito! ¿Estamos locos o qué?

Tan solo un minuto después, me hallo de nuevo frente a la cascada con los arneses y el casco puesto.

—¡Se te han olvidado las esposas, maldito chiflado! —protesto lo bastante alto para que me oigan todos, pero pasan de mí.

Uno de los guías salta como si fuese lo más sencillo del mundo; después lo sigue el otro sin más complicaciones, indicándonos antes cómo debemos sujetar el arnés a la cuerda-guía que hay sobre nuestras cabezas. Solo quedamos nosotros dos en la parte alta de la cascada.

—¡Te toca, rubia! —grita Ian, para que pueda oírlo por encima del sonido atronador del agua.

—¡No pienso saltar! —Que me empuje si quiere.

—¡Vamos, te gustará, te lo prometo!

Entonces todo sucede demasiado rápido: yo intento salir corriendo de nuevo, pero él me retiene. No sé si resbalo o me empuja, lo único que sé es que me caigo cascada abajo.

Siento un vacío en el estómago mientras acompaño al agua cayendo a gran velocidad. De lo último que soy consciente es de mis propios gritos, y entonces me sumerjo de golpe en un silencio absoluto.

Cuando logro salir a la superficie de la laguna que se forma bajo la cascada, descubro que Ian se apresura nadando hacia mí con el pánico reflejado en el rostro.

—¿Estás bien, Beatriz?

Me abraza y después explora rápidamente y con gran preocupación cada parte de mi cuerpo bajo el agua.

—¡No puedo mover las piernas! —exclamo preocupada.

—¡Joder! —Se queda blanco.

Está a punto de llorar.

Me coge en brazos a toda prisa para sacarme de allí cuanto antes.

—¿Qué ha sucedido? —pregunto mientras avanzamos hacia la orilla.

—Has resbalado y te has caído, yo me he lanzado enseguida detrás de ti, pero no he podido hacer nada. Si te ocurre algo, no me lo perdonaré nunca, yo solo intentaba ayudarte a superar tus miedos... ¡Oh, joder, Dios mío! —Sus ojos expresan una gran conmoción.

Si me hubiese tirado él, le habría hecho sufrir un poquito más, pero ya me da pena.

—¡Pillado! —exclamo riéndome.

Me vuelvo y le hundo la cabeza en el agua. Cuando la saca, observa irritado cómo nado plácidamente por la laguna, moviendo las piernas tan tranquila.

—¡Casi me da un infarto! —ruge colérico.

—Lo he hecho para que superes tus miedos, moreno —lo imito.

Su rostro refleja gran incertidumbre, pero sobre todo alivio. Se sumerge para atraparme, cosa que enseguida logra, aunque yo intente huir en vano. Al final nos metemos bajo la cascada mientras nos besamos con pasión. ¡Qué sensación tan placentera la del agua cayendo sobre mí

mientras degusto sus tórridos besos!

Después de realizar el triple salto mortal del ángel sin estar atada a ninguna cuerda-guía, las demás cosas que me tenían preparadas, tipo toboganes de agua naturales y cascadas de un metro, no me han dado ni risa. ¡Todo demasiado fácil para mí!

Bueno, he de confesar que los puentes colgantes y las tirolinas kilométricas a 258 metros de altura en el parque de Toro Verde sí que me han horrorizado —ahora me explico que lo llamen La Bestia—, pero Ian no debe enterarse de ello. Que quede entre nosotros que quería morir con tal de que me bajasen de allí. Sorprendentemente, no ha oído mis gritos.

A la vuelta, me rebozo en barro por las múltiples caídas que sufro debido al camino enfangado, pero poco más. Mi querido *marido* no ha parado de burlarse de mi nula aptitud atlética en todo el día.

—No olvidaré la expresión de los guías cuando nos han visto besarnos tan tranquilos bajo la cascada —comenta sonriendo, mientras cenamos bajo la luz de la luna, contemplando el mar con calma desde nuestra suite, como cada noche.

—Normal, debían de imaginarnos con el cuello partido o algo aún peor, no creo que se hayan asustado tanto en toda su vida —mascullo mientras devoro el cebiche y las deliciosas ostras.

—Has pasado de ser una niña temblorosa a una intrépida temeraria.

—Bueno, yo no diría tanto...

Suelta una carcajada.

—¡Brindo por mi kamikaze favorita! —Levanta su copa orgulloso.

—Creo que se te está notando ya demasiado que intentas quedarte viudo antes de tiempo. Pues te advierto que no pienso dejarte ninguna pensión, que lo sepas. —Lo amenazo con el dedo.

Vuelve a reírse por la broma; últimamente estoy cogiendo complejo de humorista.

Durante la noche, el acompasado sonido de las olas del océano y el fogoso amor de Ian arrullan mis sueños, aquí todo es perfecto.

* * *

Al día siguiente amanece nublado, por eso me pongo la cazadora vaquera con una falda azul marino y las Converse. El clima tropical es así: en un momento está brillando un sol radiante y, de pronto, cae el diluvio universal. Ian se ha puesto unos vaqueros de pitillo grises rotos, con una camiseta negra de Iron Maiden, un *blazer* negro abotonado con capucha y unas deportivas grises. Está de infarto.

El conductor del *jeep* nos deja en la entrada de las Cavernas del río Camuy, donde nos espera una guía muy guapa, que, por cierto, mira con ojos golositos a Ian. Leo en el folleto que se trata de una extensa red de cuevas naturales de piedra caliza y cursos de agua subterráneos.

Nos montamos en una canoa los tres, mientras un señor rema. Por lo general esto me daría muchísimo miedo, pero gracias a mi querido novio suicida, ahora todo lo que no sea enfrentarse directamente a la muerte me resulta coser y cantar.

Observamos múltiples columnas de agua y cuarzo fosilizado, estalactitas y estalagmitas con más de cuarenta y cinco millones de años. Algunas incluso tienen forma de setas o animales,

descubrimos que hay túneles y pasadizos que se han formado entre las rocas, enigmáticamente. Todo está envuelto en un halo misterioso muy sugerente.

—El Camuy es el tercer río subterráneo más grande del mundo —informa la señorita.

—Qué interesante —se maravilla Ian demasiado complacido.

—Me alegro de que le agrade, señor Williams, es un placer para mí mostrárselo... todo — agrega, en un tono demasiado sensual para mi gusto.

Entonces pellizco a Ian en la cara interna del muslo sin que la arpía se dé cuenta y él me sonríe haciéndose el inocente. Al menos, no vuelve a comentar nada más durante el resto de la expedición, por mucho que ella insista en provocarlo.

Al atardecer nos organizan una ruta solo para nosotros en el castillo de San Cristóbal y, después, en el del Morro. El primero es una maravillosa construcción española que usaban para defender la isla de los ataques por tierra, y el segundo, de los ataques por mar. Como hoy es el tercer domingo del mes, hemos podido asistir a las demostraciones de disparos de armas antiguas, muy curioso, aunque a mí no me haya gustado tanto como a mi hombre, al que le han dejado hasta disparar, porque estaba más emocionado que un niño esperando a Santa Claus.

—Las leyendas cuentan que los soldados desaparecían con frecuencia de esta garita del Diablo, y eso lo envuelve todo en un halo tenebroso. —El guía nos está mostrando el castillo del Morro en plena noche. Es bastante guapo, y esta vez es él quien tontea con descaro conmigo, pero me hago la ingenua para intentar tranquilizar a Ian, que me va a dejar la mano sin circulación de tanto apretármela—. Aunque he de reconocer que si una dama como usted estuviese en apuros, yo sería capaz de enfrentarme a la propia muerte, incluso desarmado.

—¡A la mierda, se acabó! —ruge Ian, soltándome con brusquedad.

No sé cómo, pero en tan solo dos segundos el guía está tendido en el suelo con la nariz sangrando.

—¡La próxima vez que intentes ligar con mi mujer, no lo contarás, maldito bastardo! —lo amenaza Ian, muy excitado y respirando con dificultad por el forcejeo—. ¡Vámonos! —Me coge de la mano y tira de mí.

Cuando hemos subido y bajado mil escaleras a toda prisa, me detengo para poder recobrar el aliento. Estamos en medio de la nada, en alguna especie de muralla o mazmorra, o lo que sea esto; no sabría cómo definirlo, porque todo a nuestro alrededor es de piedra y está oscuro por completo. Lo que sí que sé seguro es que nos encontramos junto a un acantilado, porque se oyen las olas al romper frenéticamente contra los muros que nos cobijan.

—Hace mucho frío y quiero irme a casa.

—¿Ahora quieres descansar? ¡Pues cuando íbamos con tu amiguito no te quejabas tanto! — protesta irritado.

Mi lado inteligente me sugiere que pase de él, pues si discutimos y se marcha, me quedaré aquí sola y sería capaz de morirme de miedo.

—Llevamos más de media hora dando vueltas. Si no te hubieses liado a tortas con el guía, no nos habríamos perdido —contraataco, una vez que ha pasado el tiempo que considero prudencial, es decir, un segundo.

—¿Creías que iba a permitir que ese desgraciado siguiese flirteando contigo en mis narices?

—¡Ah! ¿Es que la *señorita Estalactita* no coqueteaba contigo? ¡Y encima tú la provocabas! ¿Te habría gustado que yo la hubiera agarrado por los pelos y nos hubiéramos puesto a luchar como dos gatas en celo? ¡Por Dios, eres un salvaje!

—Esa escena me acaba de poner muy cachondo, rubia...

Observo con incredulidad que me abraza con los ojos mientras avanza decidido hacia mí. Cuando llega a mi altura, me aprisiona el cuello con las manos y devora mi boca con ansia. Un gemido escapa de entre mis labios al sentir cómo sus caderas se aprietan contra mí, haciéndome así, cómplice de su ferocidad.

—Te deseo, Beatriz —suspira contra mis labios al tiempo que me levanta una pierna hasta su cintura y me aparta el tanga hacia un lado—. Solo de imaginarte con otro se me nubla la razón.

Desciende lentamente hasta morder mi cuello y, de un solo impulso, penetra en mi interior, arremetiéndome sin contemplaciones. Echo la cabeza hacia atrás y me muerdo los labios para ahogar todos los gritos que me gustaría proferir, pues el guía todavía debe de estar buscándonos.

Apoya mi espalda contra la fría pared de piedra y me rinde a su furia. Los contundentes movimientos de su pelvis hacen que cada vez me encuentre más cerca del final. El eco de nuestros inevitables gemidos resuena en las paredes.

—Júrame que no te irás con otro —masculla entre dientes mientras me embiste— nunca.

—¿Y tú? —jadeo.

—No podría ni aunque quisiera —gruñe, y levanta la vista para mirarme de frente. Está sudoroso y tiene una evidente expresión de éxtasis en su torturado rostro—. ¡Joder, me tienes en tus manos! —ruge, apoyando la cabeza contra la pared en medio de su orgasmo.

Yo intento terminar, pero sabe muy bien que no seré capaz si no me estimula. Me observa, respirando todavía con fuerza.

—No me has contestado.

Entonces hace de las suyas con sus expertos dedos en el sitio justo y...

—Lo juro... Oh, sí..., ya lo creo que lo juro —suspiro, y yo también estallo en una oleada de placer.

Muy a mi pesar, yo tampoco podría estar con nadie más, ni aunque quisiera. «*I only want to be with you.*»

Capítulo 50

Ian acaba de marcharse, dejándome en un bar que hay junto a la playa. Sin embargo, antes me ha hecho prometerle que no voy a mirar en la dirección en la que se ha ido, así que ahora mismo me encuentro sola por completo, sentada plácidamente en un taburete junto a la barra, mientras me tomo una piña colada.

Hoy es nuestro último día en esta tierra maravillosa. No quiero volver a la rutina, pero sé que ahora mi rutina será mucho mejor que antes, gracias a que dos increíbles ojos azules estarán en ella.

Hemos pasado el día dándonos masajes de manos santas en el espectacular *spa* botánico del hotel, donde me he sentido como una auténtica diosa. Las manos santas, por si alguien no lo sabe, son masajes en zonas específicas que dan los curanderos autóctonos, y se dice que sanan todo tipo de dolores. El hotel los tiene contratados todo el año porque son un gran reclamo turístico, y desde luego a mí esas manos me han parecido milagrosas.

El *spa* lo forman varias casitas colgantes de madera en las enormes copas de los árboles. Por esa original disposición, desde la camilla donde nos aplicaban los distintos tratamientos, podíamos admirar la inmensidad y la belleza de la selva, sus olores y sus sonidos, los nenúfares en el riachuelo, los jacuzzis de piedra natural escondidos entre las plantas...

Me ha parecido el Edén en la Tierra.

Si alguna vez alguien me preguntase dónde querría que esparciesen mis cenizas, sin duda contestaría que me gustaría pasar la eternidad bajo el baniano del Jardín de Purificación, porque, además de su majestuosa inmensidad, los farolillos de colores que sostiene entre sus ramas proporcionan un aire místico y celestial al entorno. Una auténtica pasada.

Nunca imaginé que este mundo albergase semejante belleza, he estado flotando en un sueño todos estos días. Ahora me doy cuenta de que me he perdido tantas cosas maravillosas, pero, como me dice Ian, «tenemos toda la vida para descubrirlas».

Anoche, al volver a nuestra habitación, me comunicó que tenía una última sorpresa y que necesitaría ir arreglada para que me la diese, por eso hoy me he armado de valor para ponerme el vestido rojo ajustado, escotado y muy corto que nunca antes me había atrevido a lucir y que llevo puesto ahora mismo. No entiendo el motivo, pero a los hombres los vuelve locos el rojo, y si además lo acompañas de unas sandalias de tacón de aguja y los labios del mismo color..., ¡les resulta del todo irresistible!

Cuando estaba de pie junto a la terraza, esperándome, he observado lo impresionantemente

guapo que estaba con las manos metidas en los bolsillos del pantalón de su impecable Brioni negro, camisa del mismo color y corbata azul. Se ha vuelto de repente al oír el sonido de mis tacones y se ha quedado petrificado admirándome.

—¡Jodeer! —Ha silbado obnubilado.

—¿No será demasiado exagerado? —le he preguntado algo avergonzada, señalando el vestido.

Entonces se ha acercado a mí, ha atrapado mis caderas entre sus manos y me ha observado muy serio.

—Por supuesto que es excesivo, pero para mi autocontrol, rubia —ha susurrado en mi oído, al mismo tiempo que recorría con una suave caricia mi silueta, dejándome a su paso el vello de punta.

Después de eso, a última hora de la tarde, un hombre nos ha traído en una lancha hasta Bahía Mosquito, en la isla de Vieques; lo sé porque al pobre hombre se le ha escapado e Ian se ha enfadado bastante con él y no le ha dado propina. No entiendo el motivo, porque no tengo ni idea ni de dónde está la bahía ni de qué trata la sorpresa...

—Como metas la pata en todo lo demás, te mataré —lo ha amenazado al marcharnos.

Unas risotadas cercanas me sacan de golpe de mis recuerdos románticos del día. Me vuelvo para descubrir que un grupo de jóvenes boricuas se están partiendo literalmente de la risa porque, por lo visto, una de ellas se lo está pasando fenomenal en el baño. Sus gemidos, por encima incluso de la música, lo ratifican. «Cuando salga y se lo cuenten, se va a poner más roja que un tomate.» Intercambio una sonrisa cómplice con una de ellas, lo que me hace sentir igual de viva, divertida y loca.

De pronto, algo a mi espalda las deja a todas muy serias, y rápidamente descubro de qué se trata.

—No he visto un espectáculo semejante en toda mi vida, ¿está sola, señorita? —susurra en mi oído.

Su voz y un ligero roce en mi espalda hacen que dé un respingo. Me doy la vuelta para mirarlo de frente; entonces sus ojos y los míos impactan con brutalidad, haciendo que por fin salten las chispas contenidas durante todo el día. Me hace una reverencia y me ofrece la mano, que cojo sin titubeos, mientras las demás mujeres del bar parecen odiarme de repente.

—Mi marido ha desaparecido dejándome sola y desamparada —susurro a modo de secreto, exagerando mi indignación al llevarme una mano al pecho mientras salimos del bar.

—Pues su marido es un auténtico gilipollas...

—¡Uf, ni que lo diga! —Me sale del alma, pero su mirada de reproche me obliga a recapacitar—. No me lanzarás a los cocodrilos, ¿verdad? —En realidad, mi pregunta encierra algo de preocupación, pues no puedo ni imaginar qué tendrá preparado como colofón final de tantas emociones fuertes.

—Espera y verás. —Sonríe.

Ya ha anochecido, avanzamos por la arena hasta que llegamos hasta un muelle de madera que se adentra en el mar.

Doy un grito al mirar al agua.

—¡Oh, Dios mío, esto no es posible!

Me tapo la boca con ambas manos y unas cuantas lágrimas involuntarias resbalan por mis mejillas a causa de la impresión.

—¿Te gusta?

—¿Estoy soñando?

—Tú eres mi verdadero sueño, Beatriz, esto no es nada comparado contigo.

Todo el océano está iluminado con luces azules. Parece como si miles de estrellas hubiesen caído al agua. Incluso la espuma de las olas al romper irradia un tono azul, es prodigioso.

Ian me agarra por la cintura para ayudarme a caminar sobre la madera con los tacones. El muelle está decorado con miles de pequeñas velas a cada lado, formando una romántica hilera que nos indica el camino. Es tan bonito que me cuesta asimilarlo.

Cuando llegamos al final de la pasarela, me agacho para poder tocar lo que ven mis ojos, como si se tratase de un pellizco para salir del sueño en el que estoy inmersa, pues no es posible que todo esto esté sucediendo de veras. No obstante, lejos de desvanecerse entre mis dedos, las pequeñas luces azules que inundan el mar resplandecen con más fuerza.

—¿Cómo es posible?

Miro a Ian, que se arrodilla a mi lado y me observa maravillado por mi reacción mientras, a su vez, toca el agua.

—Puerto Rico tiene el privilegio de contar con la bahía bioluminiscente más brillante de toda la Tierra. Se trata de uno de los pocos lugares del mundo donde se puede disfrutar de este espectáculo. En noches oscuras, cualquier movimiento en el agua hace que unos microorganismos llamados *dinoflagelados*, que se encuentran en los arrecifes de coral, emitan luz e iluminen todo lo que tocan, incluso la mano de uno si la sumerge en el agua. —Señala mi mano brillante—. En realidad, se trata de una reacción de defensa natural de estos organismos cuando son agitados por las corrientes marinas o el viento, lo que provoca como respuesta la liberación de energía en forma de luz.

—No tenía ni idea de que esto existiese, Ian..., es... extraordinario. —No sé qué decir.

Él sonríe con una mirada tierna.

—Ven, tengo que darte la sorpresa. —Me ofrece la mano para ayudarme a incorporarme.

—¡¿Es que hay más sorpresas, aparte de esto?!

—¡Oh, sí! Ésta sí que te dejará con la boca abierta.

Sonríe travieso, y un escalofrío me recorre el cuerpo. Sé que esa sonrisa puede significar demasiadas cosas, tanto buenas como malas.

Entonces levanta el brazo en dirección a la playa, como haciéndole un gesto a alguien. Luego me coge por la cintura mientras me mira a los ojos fijamente y me susurra una canción que empieza a sonar desde la orilla. Se trata de *All of Me*, de John Legend.

Estamos abrazados, bailando al son de su voz aterciopelada y de nuestros corazones. Me siento como en un placentero sueño enmarcado por el cielo estrellado, que, celoso de ver el agua brillante a nuestros pies, trata de llamar mi atención con infinidad de estrellas fugaces e impresionantes constelaciones. No obstante, yo solo tengo ojos para este hombre, que acaba de hacerme la mayor demostración de amor que podría haber imaginado, y menos viniendo de él.

De pronto se separa de mí para quitarse la chaqueta y después arrodillarse.

—¿Qué haces? —pregunto, mirándolo extrañada.

—Beatriz, tú y yo somos como el yin y el yang, yo te hago ser atrevida y tú me apaciguas. Al fin he entendido que nos complementamos a la perfección. Tú me haces querer ser mejor persona, conviertes mi oscuridad en luz...

—¿A qué se debe esta repentina vena melodramática? —Lo interrumpo porque estoy muy nerviosa y me entra la verborrea en pleno éxtasis de turbación.

—¡Déjame terminar, joder, no te rías de mí, que ya bastante me está costando hacer todo esto!

—Perdona, perdona. —Sonrío como una tonta al verlo tan concentrado.

—Beatriz, cada vez que estoy contigo, o incluso con tan solo pensar en ti, no soy capaz de contener la sonrisa. Me has transformado en algo que jamás imaginé que pudiese aspirar a ser, y tú formas parte de ello...

—Ian, yo...

—Está bien, ya que no eres capaz de mantener esa boquita cerrada, me dejo de discursos cursis y gilipollices. —Saca algo de su bolsillo y me lo pone en un dedo—. ¡Cásate conmigo, rubia!

—iiii¿¿¿Quéeee???!!!!

¡Madre mía! Nunca habría imaginado algo así, ni siquiera se me ha pasado por la cabeza que fuese a pedirme matrimonio, por Dios santo. ¡De pronto me tiembla todo el cuerpo!

Ian se levanta entonces del suelo para atrapar mi cadera entre sus manos y atraerme hacia sí con fuerza.

—No sé si el protocolo es permanecer arrodillado hasta que me contestes, ni me importa, pero necesito decirte que, si te casas conmigo, me harás el hombre más feliz del mundo, porque yo podré intentar cada día hacerte feliz a ti.

—Madre mía. —No soy capaz de conectar mi cerebro con mi boca.

—¡Tendremos niños y una casa con jardín y...!

«¡Madre mía!»

—Ian, todavía no te he contestado. —Vuelvo a interrumpirlo del todo abrumada.

Entonces se queda blanco y se aparta un poco de mí, expectante.

—Antes de darte la respuesta, yo también tengo algo para ti. —Sonrío.

No le doy tiempo a nada, porque lo empujo y cae de espaldas al agua.

Sale enseguida a la superficie. El agua le cubre hasta la cintura y está bastante confuso. Me recreo inconscientemente en el escultural torso que se deja adivinar a través de su camisa empapada. Iluminado por la insinuante luz de las velas, se sacude el pelo con fuerza y me taladra con sus ojos, brillantes de ira.

—Beatriz, si no me contestas ya mismo..., ¡me va a dar un infarto, joder! —protesta enojado mientras me salpica.

—Tranquilo, lo hago para ayudarte a superar tus miedos. —Me río.

—Te voy a...

Entonces me lanzo al agua sin dudarlo. Cuando salgo a flote, estoy rodeada por las luces

azules, corro a abrazarme a su cuello y lo beso con pasión.

—¡Sí! ¡Seré tu mujer!

—¡Dios, cómo te quiero! —exclama sonriente.

Levanta los brazos con un gesto enérgico en dirección a la playa, haciendo otra extraña señal, y de pronto unas llamas rojas comienzan a ascender desde allí hacia el cielo.

—¿Fuegos artificiales?! —exclamo, tan fascinada como una niña pequeña.

Nos miramos, llenos de promesas y esperanzas. Sus ojos azules están repletos de agradecimiento, ternura, pasión, orgullo..., pero, sobre todo, llenos de amor. Y con esa mirada consigo comprender que nunca más estaré sola, porque a partir de este preciso momento seremos *nosotros* para siempre.

Entonces me abraza con todas sus fuerzas y nos fundimos en un beso de esos que no se pueden fingir, de los que hablan en lugar del corazón. Un beso que sella nuestro amor para toda la eternidad, mientras todo brilla a nuestro alrededor, cielo, tierra, mar y aire, celebrando nuestro compromiso con su esplendor.

Epílogo

Ian

A lo largo de mi vida he aprendido que existen tres clases de amor, a cuál más sólido: el amor a la familia, el amor de la amistad y el amor de pareja.

¿Cuál es el más fuerte de todos ellos? Siempre pensé que no podría decantarme claramente por ninguno, pero lo que sí tenía claro es que ninguno de los dos primeros jamás podría ser superado por el tercero... Hasta que llegó ella.

El amor incondicional de mi madre y el absoluto amor de mi mejor amigo se esfumaron entre mis dedos como el humo de un cigarro; por mucho que intenté protegerlos, su final fue inevitable, y con ellos me marché yo también. Por ese motivo, mi vida dejó de tener sentido hace muchos años, aunque seguía viviendo con el único fin de vengarlos, y, después de lograrlo, de poder terminar con mi sufrimiento de una vez por todas. Me juré a mí mismo que no volvería a permitir que nadie accediese a mi corazón, porque estaba destrozado y lo único que podría ofrecer sería tristeza... Hasta que llegó ella.

Gracias a la ayuda económica de mi padre, pude reunir el dinero suficiente para crear el único consuelo de mi vida, el internado. Con ello recuperé algo remotamente parecido a aquellos dos tipos de amor y, poco a poco, esos niños fueron sanando mis heridas y retrasando mis ganas de abandonar este mundo, aunque he de admitir que nunca renuncié a esa idea del todo... Hasta que llegó ella.

El tercer tipo de amor nunca lo conocí, ni lo quise. Lo desprecié siempre, pensaba que acostándome con numerosas mujeres al mismo tiempo, no le daría la oportunidad a ninguna en particular de acceder a mí, y esa técnica me funcionaba bastante bien, pues tenía cero problemas y múltiples satisfacciones. Tan solo me acostumbré a ese modo de vida donde nada importaba, donde pasaba mis días en blanco... Hasta que llegó ella.

No obstante, el destino me deparaba algo inesperado de verdad: debía conocer ese tercer tipo de amor como fuera; por mucho que yo me negase, por mucho que me resistiese, ella era para mí y ninguno de los dos pudo evitarlo.

* * *

Examino cada palabra escrita en la pantalla de mi iPad. Esta versión de la historia me gusta algo menos que la anterior, donde nombraba ciertas posturas amorosas que me vuelven loco de

ella, ciertas palabras obscenas para provocar su rubor cuando lo lea, y aun así me temo que el sacerdote seguirá escandalizándose bastante cuando me oiga hablar sobre tríos y orgías.

«¡Pues que le den al párroco! Es lo que hay, no pienso cambiarlo más veces.»

Estoy concentradísimo escribiendo mis votos, creo que es la versión número ocho millones desde que he comenzado a intentarlo esta mañana. Voy a arrancarme el pelo de tanto pensar y la corbata ya no sé ni cómo sigue estando colgada en mi cuello. Todo cuanto se me ocurre parecen cursiladas absurdas, me va a estallar el puto cerebro.

El bullicio de la oficina resuena lejano al otro lado de la puerta. He advertido a todos que nadie ose cruzarla ni molestarme lo más mínimo, de lo contrario, serán cruelmente ajusticiados en la plaza del pueblo. Y es que todo lo que me gustaría decirle a esa maldita bruja que ha conseguido hechizarme se queda corto, no encuentro las palabras adecuadas para expresarle mis sentimientos, para contarle que la amo por encima de todas las cosas, por encima incluso de mi propia vida, que ha conseguido que vuelva a sonreír y que lo único que quiero es cuidarla el resto de mis días.

El teléfono de mi despacho suena y clavo los ojos en él. ¿Alguien se atreve a importunarme? Solo tengo línea directa con la recepcionista y con mi secretaria, todo lo demás debe pasar por sus filtros.

«Son mujeres, no se les puedes pedir más», pienso cabreado, vaticinando quién de las dos será mi víctima.

—Williams —gruño, esperando que quien se atreva a estar al otro lado de la línea, lo mínimo que tenga que alegar en su defensa sea que necesita mi ayuda porque yo soy el único ser humano vivo sobre la faz de la Tierra y que ella se está muriendo desangrada, o algo incluso más importante.

—Señor Williams, disculpe que lo interrumpa, pero es importante... —La voz de Rachel, mi secretaria, tiembla al otro lado del teléfono.

—¡Suéltalo ya! —rujo molesto.

—Ha saltado la alarma antiincendios del edificio, hay que desalojar con rapidez, señor.

—Joder, qué inoportuna —ladro, y cuelgo de mala gana.

Cojo la chaqueta del respaldo de mi sillón y me la pongo mientras recojo el iPad y lo apago, todo ello de un solo movimiento. Salgo por la puerta sin demasiada prisa; lo más seguro es que se trate de algún fusible que haya hecho contacto con la alarma y a mí me va a joder todos mis planes.

Observo que la oficina está ya vacía del todo mientras avanzo a través de ella. Por lo visto, todas mis zorritas han salido corriendo despavoridas, ninguna se ha preocupado por mí.

Es asombroso cómo, antes de existir ella en mi vida, cada pierna o pecho que miraba me resultaban atractivos y me incitaban a hacer mil perversiones con ellos, pero ahora siento lo mismo que si me pusieran delante un trozo de cartón. Nada en absoluto. Estoy bien jodido.

De pronto me invade una nítida imagen de Beatriz abierta de piernas para mí sobre alguna de las mesas. Sacudo la cabeza para intentar apaciguar mi erección, cautiva en el pantalón, pues es pensar en el cuerpo de mi querida doctora y me vuelvo completamente loco.

Salgo al rellano y recuerdo que no se puede utilizar el ascensor en caso de incendio, por lo

que tengo que bajar por la escalera. Me vendrá de vicio, porque hace unos días que no voy al gimnasio, ya que el confín de las piernas de mi rubia absorbe cada segundo de mi vida.

Mientras bajo con calma, sin prestar mayor atención a los gritos de la gente que pasa a toda velocidad junto a mí, voy pensando en ella, como suelo hacer a todas horas del día y de la noche. Pienso en su sonrisa angelical, en su mirada dulce, en su cabello rubio siempre sedoso y en sus gestos inocentes. Vislumbro, sonriente, cómo se sonroja cada vez que la acaricio, o cada vez que le digo alguna perversión en público. Vibro como nunca bajo su tacto y me hace sentir el hombre más dichoso sobre la faz de la Tierra cuando me introduzco en su interior. Se ha convertido sin quererlo en el sol de mi amanecer.

Por fin soy consciente de que solo vivo para amarla, quiero protegerla de todo cuanto pueda dañarla mínimamente, aunque sé que por desgracia eso no es posible. Por eso siento miedo, mucho miedo de perderla. Hablando en plata, estoy cagado...

Ella me dice que tenemos toda la vida por delante, llena de sueños bellos, como, por ejemplo, nuestra boda... O formar una familia... Dios, solo de imaginar a su *miniclón* se me llena el corazón de esperanzas e ilusiones.

También quiero seguir ayudando a todos mis chicos del centro, ahora que por fin la he convencido para que cierre su improductiva consulta y trabajemos juntos. Pero el miedo sigue estando ahí, acechándome. ¿La perderé también a ella? ¿Todo cuanto amo está predestinado a morir?

Todo en ella es luz, ha conseguido aplacar mis fantasmas e iluminarme a mí también. ¡Si hasta me paso el puto día entonando la dichosa cancioncita: «*I only want to be with you*»! Dios, ¿qué me has hecho? Me siento tremendamente ridículo, pero tan feliz que me da igual.

Por fin llego a la calle, lo que me hace salir de mi ensoñación rosa de flores y canciones de amor, para volver a la cruda realidad gris.

Todos a mi alrededor charlan despreocupados, formando varios grupos, aguardando a que el equipo antiincendios nos indique que está todo bajo control para poder volver al trabajo. Descubro que los empleados de la editorial, en su mayoría mujeres, están al otro lado de la puerta. Casi todas me observan de reojo, esperando como hienas hambrientas a que me dirija hacia ellas para poder compartir nuestro típico flirteo de siempre.

Es entonces cuando pienso que debería mandar una circular para que todas sepan que ya no hay opciones a nada con el jefe. No habrá más polvos en la oficina, ni en el ascensor, ni en los baños, ni en el parking, ni en ninguna otra parte. Se acabó. Quiero comenzar mi nueva vida, limpio de todo pecado, seré un nuevo hombre, uno de esos castrados.

¡Y lo mejor de todo es que no me agobio al pensarlo!

Apoyo un pie y mi espalda en la pared, me apetece estar solo, no quiero que nadie se acerque a darme el coñazo.

Un rugido atronador de sobra conocido provoca entonces que el corazón me dé un vuelco y busque con la mirada, nervioso, su procedencia.

De pronto localizo mi moto en mi campo de visión, acercándose a toda velocidad, conducida por alguien desconocido. «¡El que me la haya robado lo pagará caro...!», maldigo enajenado por la furia que me invade.

Frena haciendo un asombroso derrape frente a la puerta del edificio. Sufro por mis ruedas, las acaban de poner nuevas y me han costado una pasta, aunque pronto dejo de pensar en ellas.

No soy capaz de moverme, por mucho que quiera, pues lo que tengo delante me ha provocado un infarto testicular.

Unas largas piernas, adornadas con medias de hilo blancas hasta la rodilla y rematadas con unos infinitos tacones de aguja rosa, pasan por encima del asiento para bajarse con elegancia de la moto. La singular motorista lleva una minifalda plisada, que apenas le cubre el culo, de color azul y rosa, con un cinturón ancho rojo. Baja la cabeza hasta la altura de sus rodillas, poniendo el culo en pompa, y cuando la sube ya no lleva el casco puesto. Solo veo una melena larguísima y rubia ondear al viento, recogida en dos graciosas coletas, una a cada lado de la cabeza.

Continúo boquiabierto, babeando, mientras sigo paralizado en mi sitio. Mi entrepierna se ha endurecido en extremo al reconocerla: se trata de mi novia, reencarnada en la mismísima Juliet Starling, la famosa animadora universitaria cazazombis.

—¡Dios! —exclamo, absorto en su perfecta silueta.

Ahora mismo me podría robar la moto si quisiera, o tirarla por un barranco, me daría completamente igual.

Puede haber cerca de trescientas personas, si no más, entre los empleados de las oficinas y los viandantes, observándola muy intrigadas, sobre todo los hombres. Por primera vez en mi puta vida siento morir de celos, tengo ganas de gritar a los cuatro vientos que ese portento de la naturaleza tiene dueño y que se contengan de devorarla con sus miradas sucias o los aniquilaré a todos salvajemente. Ahora.

Entonces ella clava sus increíbles ojos azules en mí y todo a mi alrededor desaparece. Advierto que va bastante más maquillada de lo habitual, y con los labios pintados de rojo fuego, algo que me vuelve literalmente loco... ¿Cómo lo habrá sabido?

Me mordisqueo el labio inferior, muy nervioso.

Cuelga el casco en el manillar de la moto y se dirige hacia mí con paso firme, contoneándose con exageración para que la minifalda deje de cubrir lo que debe. No duda ni una sola vez y no aparta sus ojos de los míos. Yo ya estoy suspirando por ella.

Es lo que me pierde de esta mujer: parece ser la típica modosita, pero en cuanto se lo propone, se convierte en una fiera indómita capaz de desgarrarme el alma de un solo zarpazo.

Se detiene a escasos centímetros de mí, sin perder el contacto visual ni un segundo. A continuación, saca un chupa-chups de algún lugar de la escasa minifalda y lo lame sensualmente hasta que termina introduciéndoselo muy despacio en la boca... «¡Santo Dios...!» Trago saliva con disimulo, tengo la mandíbula en tensión, pues intento hacerme el duro y que no descubra que estoy babeando por sus huesitos como un auténtico lerdo; por eso contengo la sonrisa a duras penas, aunque sospecho que ella me conoce demasiado bien para engañarla.

—¿En serio has derrapado con mi moto? —consigo balbucear. Es que no doy crédito, parezco subnormal.

—¿Alguien necesita una animadora? —pregunta en un tono demasiado sexi para usarlo en público.

Al oír eso, todos los hombres que había alrededor acuden como moscas a la miel gritando: «Yo, yo»... ¡Dios, voy a descuartizarlos! Cierro los ojos con fuerza para intentar recobrar el juicio.

Un sonido provoca que de pronto los abra de nuevo. Se está bajando despacio la cremallera de la cazadora de cuero negra, demasiado entallada, por cierto, que lleva puesta. Descubro entonces que solo lleva debajo un minúsculo top azul y rosa en el que se lee SAN ROMEO KNIGHTS. Es una réplica exacta de la del videojuego, y no le cubre ni el pecho.

Me apresuro a taparla como puedo.

—¡Largaos todos de aquí, desgraciados! —rujo irritado, mirando a mi alrededor. Como alguno la roce, juro que lo mataré.

Ella aprovecha ese lapsus para deshacerse de la chupa y lanzarla por los aires, lo que provoca una exclamación masculina. Me vuelvo para mirarla otra vez, descubriendo que su escote y su terso vientre relucen espléndidos entre la multitud.

—Creo que ahora debo cortarte la cabeza con una motosierra, ¿me equivoco? —Todo cuanto dice me suena a sexo salvaje. Solo puedo pensar en arrancarle ese traje y ponerla contra la pared.

Me dejo caer de rodillas ante ella y abro los brazos mirando al cielo.

—Haz conmigo lo que quieras.

Entonces, todos silban y aplauden, incluso las mujeres, aunque yo solo tengo ojos para ella, que me observa intentando no salirse de su papel de chica dura.

Levanta una de sus esculturales piernas, dejándome ver sus braguitas de encaje blancas, y con el tacón me empuja con fuerza en el pecho, haciéndome caer al suelo de espaldas. Todos se burlan de mí, silbando y aplaudiendo, mientras ella se vuelve con el mismo paso firme y sensual hacia la moto, sin titubear.

Consigo levantarme de un salto y pasar de los comentarios del público para lograr alcanzarla antes de que se desvanezca. Cuando llego a su altura, ya está montada en la moto y me observa con una mirada escalofriantemente lujuriosa a través de la visera levantada del casco.

—Has marcado bien el territorio, rubia, muy inteligente.

«Y me ha puesto tan cachondo que voy a explotar», pienso.

—He de reconocer que el viejo truco de la alarma antiincendios me ha salido bastante bien. —Sonríe malévolamente.

—¿Has sido tú?!

«¡Oh, nena, eres mi ídolo!»

—Me subestima usted, señor Williams. —Su mirada de niña traviesa me encanta—. ¿Sube? Todavía puedo salvarlo de la amenaza zombi. —Hace un gesto con la cabeza señalando el asiento trasero.

Dudo por unos segundos si montar, nadie ha conducido mi moto antes..., bueno, solo una mujer se atrevió a hacerlo y todavía me estoy arrepintiéndome de ello. Sin embargo, arranca para que el sonido del motor me saque de un golpe de mis cavilaciones, y entonces me monto de un salto sin dudarlo.

¡Yo de pasajero en mi propia moto..., inaudito!

—No tendrás miedo, valeroso *Kenian*... —bromea sonriendo mientras me pasa el otro casco.

—Mi único miedo tiene nombre de mujer: Beatriz —le susurro, lo que provoca en su cuerpo un estremecimiento que intenta disimular.

Me bajo la visera del casco tapando con ella mi sonrisa triunfal y la abrazo con fuerza.

—Agárrate bien, te voy a llevar al paraíso.

—Eso espero, rubia.

Siento su culito respingón en mi entrepierna, lo restriega contra mí a propósito y no aguanto las ganas de poseerla aquí y ahora. Si se dejara, bien sabe Dios que la tumbaría ahora mismo sobre la moto... Aunque, pensándolo mejor, esa minifalda me va a dar acceso a mi venganza durante el viaje, y promete ser bastante divertido.

Acelera violentamente y, aunque parezca increíble, no me da ni pizca de miedo, porque tengo fe ciega en ella. Se ha ganado la confianza de un lobo solitario y sanguinario, maltratado desde cachorro, me ha dado amor y comprensión en lugar de palos, consiguiendo que coma de su mano, logrando que vuelva a creer que este mundo también puede ser maravilloso.

La vida me brinda una tercera oportunidad: ella.

—¡TE AMOOO, BEATRIZ! —grito con todas mis fuerzas mientras avanzamos a toda velocidad en dirección a nuestro futuro, mimetizándonos con el palpitante tráfico de Manhattan.

Referencias a las canciones

Ain't Your Mama, Epic Records, interpretada por Jennifer López.

And I Love You So, Sony Music Latin, interpretada por Vonda Shepard.

I Will Always Love You, Halidon, interpretada por Base.

I Only Want to Be with You, Poltronissima Srl., interpretada por Lodovica Comello.

Rise, Capitol Records, interpretada por Katy Perry.

All of Me, Getting Out Our Dreams and Columbia Records, a Division of Sony Music Entertainment, interpretada por John Legend.

«Nunca hay dos realidades iguales, y evidentemente todas pueden ser válidas. Todo depende del ojo con el que se mire. Esto es lo que llamamos *las dos caras de la misma verdad*.»

ANABEL GARCÍA

Agradecimientos

Me gustaría agradecer desde lo más profundo de mi alma el apoyo y cariño incondicional que me brinda mi familia: mamá, papá, Edu, mi amor Flo y a mi razón de ser, mis hijos... ¡Os amo!

También me gustaría dar las GRACIAS con mayúsculas a mis fieras, que siempre están ahí, siguiéndome, sin fallarme nunca: nenas sin vosotras nada tendría sentido, os adoro.

Y por último, quiero agradecer a Esther Escoriza, mi editora, por la gran oportunidad que me ha dado, pues gracias a ella se ha cumplido mi sueño y por la paciencia que ha tenido, sus palabras de cariño y por todas las cosas que he aprendido. Esther eres una gran profesional, pero también una gran persona.

Y a ti, mi querido lector, espero que disfrutes de la lectura.



Anabel García es una escritora española que ha logrado convertirse en muy poco tiempo en una de las autoras más populares dentro del género romántico-erótico.

Anabel nació en 1981 en Cáceres, pero desde muy pequeña vivió en Navalморal de la Mata, hasta que a los dieciocho años se trasladó a Madrid, donde estudió la carrera de Turismo y, después, la de Administración de Empresas.

Tras varios años trabajando en una cadena hotelera, montó su propio restaurante, pero decidió dejarlo todo y embarcarse en la aventura literaria, su gran pasión desde pequeña.

Su carácter intrépido y activo la llevó a conseguirlo, y en la actualidad ha publicado varias novelas eróticas de indiscutible éxito. Es muy conocida su trilogía *Solo tuya* (2015), su bilogía *Rambhá* (2016, que lleva dos años consecutivos en del top 20 de ventas), la bilogía *Catarsis* (2017) y su último trabajo, *La mirada de Cleopatra* (2017).

Actualmente reside en Madrid junto con su marido y sus dos hijos. Si por algo se caracteriza la autora es por dotar de grandes dosis de humor sus historias y por reivindicar en todas ellas protagonistas femeninas con mucho carácter.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

<www.facebook.com/libroSoloTuya>.

Esta princesa ya no quiere tanto cuento
Anabel García

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la cubierta: Kaponia Aliaksei-Shutterstock
© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Anabel García, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2018

ISBN: 978-84-08-18445-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltallerdelllibre.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

